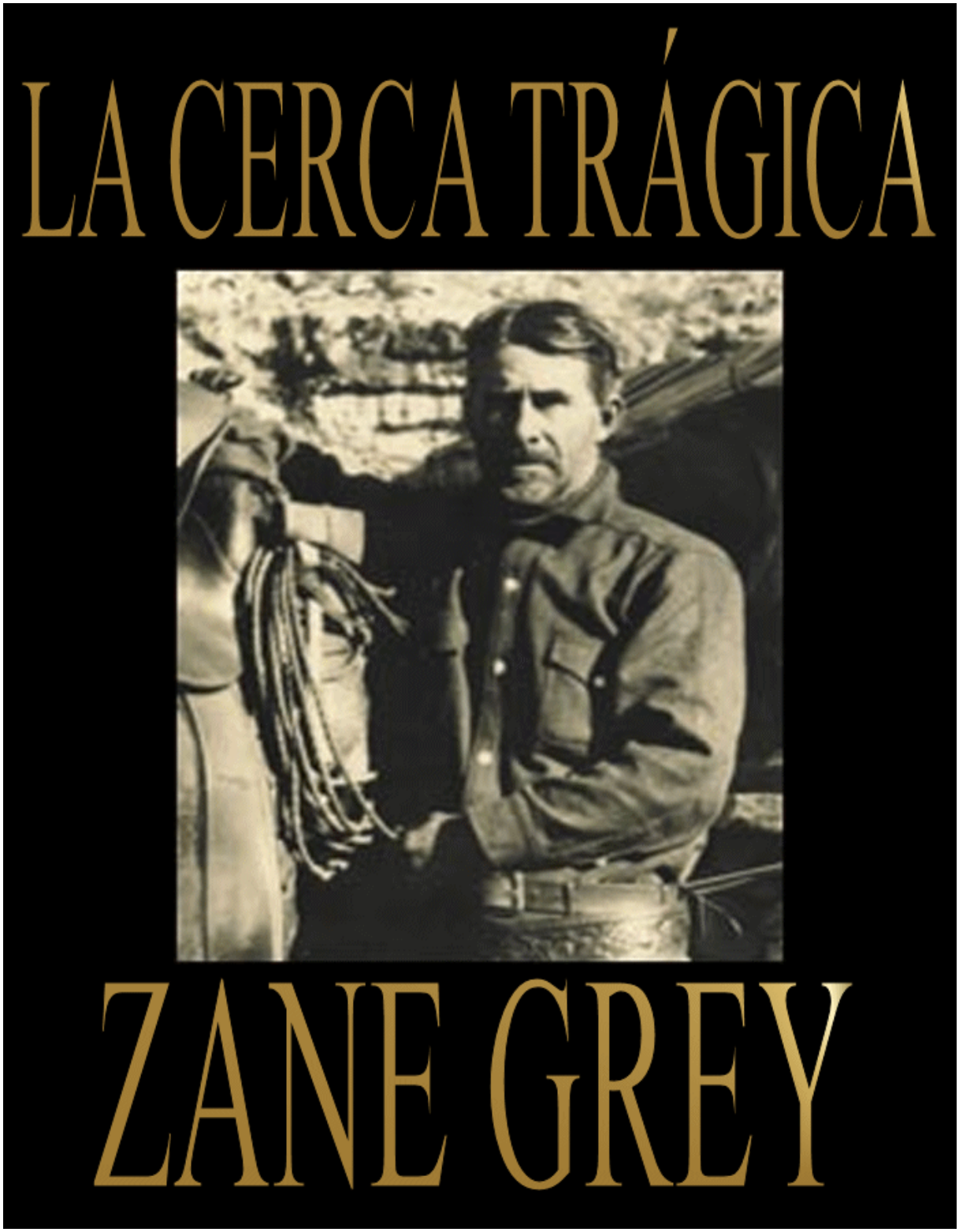
LA CERCA TRÁGICA
ZANE GREY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

Molly Dunn se sentó esperando en el ruinoso porche del almacén de Enoch Summers, en la aldea de West Fork. Por una vez la muchacha no se dio cuenta de que se le acercaba el alto y delgado leñador que, como de costumbre, estaba allí con sus compañeros haraganeando y pasando el tiempo. Molly tenía dieciséis años y estaba en vísperas de una gran aventura. Había sido invitada a ir a Flagerstown, con los See. La muchacha había estado allí una vez hacía varios años, y desde entonces el recuerdo persistía claramente en su memoria. Ahora llevaba en el bolsillo el dinero para comprarse medias y zapatos nuevos que compensaran en parte su actitud de este momento en que se veía obligada a esconder los pies debajo del banco. Por suerte llevaba su traje y su *sombrero nuevos, y aunque no completamente satisfecha*-con su indumentaria, tampoco se sentía avergonzada.

Andy Stoneham, un joven alto, de lívida faz y barba mal cuidada, se había ido acercando subrepticiamente a ella y murmuró:

-¡Me parece que vas muy *presumía* esta mañana, chica!

Molly estaba entretenida ahora en observar las huellas de unas balas que se veían en la pared. Hacía muchos *años que las había observado,* y *recordaba que cuando* era una niña solía meter los dedos en los impactos. ¡Sabría Dios qué batalla se había librado por aquí alguna vez!

-¿Qué, vas para Flag, no?-insistió el muchacho.

-¿Te crees que me voy a vestir así para andar por West Fork?-repuso Molly con ironía.

-¡Ya eres presumida, ya!... Tú estás segura de estar bien guapa, ¿verdad?... Por lo demás, yo mismo te he visto otras veces con este mismo traje, aquí en el pueblo...

-No recuerdo, Andy.

-Es que tienes poca memoria, mujer. ¿No recuerdas que la última vez que bailamos juntos llevabas puesto este traje?...

-¿De veras?

-¡Y tanto! ¿No te acuerdas que te abracé aquella noche?,

-¿De verdad?-repuso ahora Molly con cierta petulancia.

-¡Y tanto!-siguió diciendo el joven cazurramente-. ¡Yo me acuerdo, muy bien!

-Pues yo lo había olvidado, ya ves tú. A mí me habían dicho que tú, como eres tan desgarbado, tenías que cogerte a las chicas con las que bailas.

-¡Sí, sí, bromea cuanto quieras! Pero la verdad es que yo te besé en el baile, y luego, cuando volvíamos en la galera a casa, también.

-¿De veras hiciste eso?-preguntó Molly, roja de vergüenza-. ¿Y qué hice yo?

-¿Tú?... ¡Oh..., pues, tú primero me devolviste el beso, y luego me diste una bofetada!

-¡Andy, eres un embustero, y tú lo sabes!

-¡Ya, ya!... Mira, Molly, la semana próxima habrá baile también...

-¿Dónde?

-En casa de Mill, ¿sabes? Ven conmigo, e iremos juntos.

-Andy, tú sabes que a mí no me gusta ir a casa de Mill. Aparte de que contigo no quiero ir a ninguna parte.

-¿Por qué no quieres venir conmigo?...

-¡Oh, tú verás! Por eso que dices de que me has besado y abrazado.

-¡Como si no fuera verdad!... Y bien que te gustaba. ¿No han hecho todos los muchachos lo mismo?

-¡No! ¿Quién lo dice?

-¡Oh, mira, el mismo Sam Wise me lo dijo a mí! Y Bill Smith se sonrió, aunque no dijo nada.

-¡Entonces..., entonces!-dijo Molly con énfasis esta vez-, tú eres de esos muchachos que se vanaglorian de sus conquistas, ¿no es así?... ¡Y yo que te tenía par tan buen muchacho!...

¡Hablar de una muchacha a sus espaldas!... ¡Besarla... y luego decirlo!...

-¡Oh, si no estás contenta conmigo, puedes quedarte con ese vaquero de Pleasant Valley, que parece que te admira tanto! II dice que tú estás loca por él.

-¡Bah, él no puede decir tal cosa!-repuso Molly, sofocada.

-¡Pues tú bailaste la otra noche mucho con él! Y por tres veces os alejasteis hacia los pinos. Yo os estaba observando. Y el sábado, en el bar, mientras bebía, nos contó a mí y a unos cuantos que te besó, que te abrazó y que... ¡no ha sido él sólo el que lo, ha hecho!

-¡Andy!... ¿Y tú dejas que se hable de mí de ese modo?...

¿Y por qué no he de consentirlo?... ¡Qué me importa! En vista de que tú eres tan mala conmigo.

-¿Que yo soy mala contigo?-acabó por decir Molly, conteniendo a duras penas la ira.

Y no pudiendo reprimir por más tiempo su indignación, la joven volvió la espalda a Andy.

En este momento apareció ante el almacén un jinete, y su presencia interrumpió la conversación de los dos jóvenes, llamando la atención de todos los ocupantes del porche. El recién llegado era un vaquero ni joven ni viejo, de rudo aspecto. Su caballo llegaba cubierto de polvo y dando señales de fatiga.

-¡Hola, Seth!-dijo el viejo Enoch Summers acariciando su ruda barba-. ¿Cómo te va? ¿Y de dónde vienes?

-¿De dónde vengo?... ¡Arch Dunn y yo hemos ido al Diamante!

La atención de Molly se despertó súbitamente al oír el nombre de su hermano. Seth Haverly era su mejor compañero; debían de haber hecho alguna de las suyas.

-Entonces traerás muchas noticias de allá, hombre.

-Algunas traigo.

-Bueno, pues baja y entra, caray. ¡Un trago no te hará mal, me parece a mí!

-No, no, gracias. Voy a mi casa a tomar un bocado. Uno por uno, los hombres que estaban en el porche se unieron a Summers.

El hecho de que Seth Haverly rehusara el beber les producía a todos asombro.

Haverly, que tenía un rostro sereno y unos ojos hondos e inteligentes, se decidió por fin a hablar.-¡Enoch!dijo con voz breve-¿Usted recuerda aquella cerca de que nos hablaron el año pasado por aquí?

-Sí, algo creo recordar!

-Pues bien: ¡ahora se vuelve a hablar de ella! Mejor dicho..., ¡ahora la han hecho!

-¿Que han hecho una cerca?

-Sí. Arch y yo la hemos visto, y hemos ido siguiéndola en un espacio de diez millas, lo menos. Una cerca recta como el vuelo de una abeja. Ahora tiene tres alambres, y con espinos, además.

¿Qué dices, muchacho?... ¿Con espinos?

-Con espinos. Como lo oyen ustedes.

-Arch tenía mucho interés por saber si era verdad lo de la valla. Y al llegar a Flag vimos que, en efecto, allí estaba.

-Pero... ¿quién diablos ha construido esa cerca?

-Traft.

-¡Caramba con Traft! ¡Ya puede hacerlo!... Se ve que le sobra el dinero. ¿Y qué va a hacer con esa valla?

-¡Oh, una cosa que no es muy halagüeña para las gentes de West Fork!-repuso Seth con una sonrisa burlona-. Si es verdad lo que hemos oído decir, los vaqueros y las gentes de este pueblo ¡ya están apañados! Pero Arch y yo sólo hemos hablado con algunos peones de Traft. Ahora hay un nuevo capataz, que es sobrino de Traft, y ha venido de Missouri, a lo que nos han dicho. Arch y yo lo encontramos, *y*, del modo más cortés, le preguntamos: «Díganos, señor, ¿qué van ustedes a hacer con esta valla tan larga?» Y él, luego de lanzarnos una mirada despectiva, nos preguntó, sonriéndose: « ¿A que no lo adivinan ustedes?» Y no dijo más. Dio

media vuelta y se fue.

-¡Caramba, qué explícito!-comentó uno de los que estaban al lado de Summers-. ¡Pues, lo que es como sea verdad, ya estamos todos apañados!

Y se marchó.

Seth continuó entonces:

-Arch y yo estábamos inquietos, la verdad, al ver la cerca íbamos a caballo, y hemos visto dónde empieza la valla, que es en las afueras de Flag; luego va hacia el Sur, y atraviesa el bosque de Traft, cercando-y cogiendo todos los barrancos, hasta cerrarse cerca del Diamante.

En Limestone, Arch y yo nos encontramos con los hombres de Traft, que llevan por allí el trabajo a medio hacer, *y* nos dijeron que cuando se derritan las nieves todos los prados desde Flag hasta Black Butte quedarán encerrados dentro de la cerca. ¿Qué les parece a ustedes?

-¡Caray! ¡Más de cien millas de prados! ¡Más de cien millas de valla por lo tanto!-comentó uno de los hombres.

-¡Justo! Y el pobre ganado no tendrá dónde pastar-dijo el viejo Summers.

Haverly se despidió entonces de todos, y, picando espuelas a su caballo, se alejó.

Molly se quedó también tan pensativa como todos los hombres del porche, mientras se alejaba el jinete. La dichosa cerca de que había hablado Seth debía tener una gran importancia para los pocos habitantes de esta aldea, a juzgar por el efecto que les había causado la noticia.

En este momento, y en opuesta dirección al sitio por donde acababa de marchar Seth, apareció la galera de los See, a la vista de la cual Molly se puso en pie de un impulso. Con gran sentimiento de la muchacha, no venía John See en el carruaje con sus padres. John era el muchacho más agradable que Molly conocía, aunque no fuese tampoco un dechado de perfecciones. La galera llegó junto al almacén, deteniéndose.

-¡Sube, Molly!-gritó See alegremente-. Que se nos ha hecho muy tarde.

-¡Buenos días!-murmuró Molly, subiendo a la galera y sentándose junto a la señora See.

-Buenos días, muchacha-contestó la mujer del ranchero-. ¡Qué envidia me das viéndote saltar así!

-¡Oh, es que estoy sobre ascuas, señora See! ¡Nunca le agradeceré a usted bastante lo amable que es conmigo!

-¡Hola, Caleb!-gritó el viejo Summers-. Me parece que podrías entrar un minuto, hombre.,

-¡Buenos días, Enoch!-. contestó See haciendo al mismo tiempo un saludo que quería ser general-. ¡Llevamos prisa!

-¡Venga, hombre, entra un momento, caramba!

Y para dar el ejemplo, penetró en el almacén.

See gruñó un instante, mientras ataba las riendas de los caballos en el mango del freno, y trabajosamente bajó a tierra. Era un hombre obeso, de cierta edad. Todos los desocupados que estaban en el porche le siguieron al interior de la tienda, excepto Andy Stoneham, que se quedó observando a Molly desde lejos.

-¡Con qué ojos te mira ese muchacho, Molly!-dijo la señora See.

Molly no quiso volver la cabeza y se limitó a comentar:

-¡Hace un rato me estaba diciendo cosas desagradables! Y luego, el muy idiota aún quería que yo fuese con él al baile en casa de Mill.

-¡Molly, tú te haces muy mayor ya, y es preciso que te des cuenta de las cosas!-dijo la señora See con severidad.

-¡Oh, ahora voy a divertirme a Flag!-repuso Molly, como si aquella excursión fuera en realidad lo único que le importaba a ella en el mundo.

-¡Mira, muchacha, vas por mal camino! Tú eres muy bonita y muy loca... Por eso creo

que ya es tiempo de que te vayamos buscando un marido.

Molly sonrió, al tiempo que se ponía encarnada, y comentó:

-¡Eso es lo que dice mamá! Pero la verdad, yo tengo ahora muchas cosas que hacer para pensar en nada.

Caleb See salió al fin del almacén secándose la barba, y sin pronunciar una sola palabra subió a la galera, fustigando a los caballos. El carruaje partió dando tumbos. Molly estaba ahora recordando aquello de la cerca que les había oído a los hombres en el atrio. Y al fin se decidió a decir:

-Míster See, mientras les estaba esperando a ustedes ahí, en casa del señor Summers, ha llegado Seth Haverly. Decía que venía del Diamante, con mi hermano Arch, y que se habían acercado hasta Flag. Y ha estado contando al señor Summers de una cerca que parece que construyen a campo traviesa, por allá. Dijo que era una cerca movible. ¿Qué es eso?

El señor See, mientras su esposa y Molly le miraban, sonrió y contestó:

-No me extraña que no lo sepas, muchacha, ya que en nuestra tierra no se ven estas cosas. En un país como este nuestro, el ganado puede ir por todas partes, buscando a su placer el agua de los arroyos y los prados donde crece buena hierba. Pero si es verdad que están haciendo esa valla movible o movediza, como dices que ha dicho Seth, las cosas variarán mucho para nosotros. Ya no serán nuestros campos, campos libres. Precisamente, en esta parte del Diamante, aunque es un país rudo e inculto, es donde nacen casi todos los arroyos de la comarca, que luego vierten sus aguas al West Fork y al Cibeque, fecundando nuestras tierras. Esos arroyos son los que mantienen nuestros campos fértiles, siempre cubiertos de pastos excelentes. Pero si se hace esa cerca o valla, o como queráis llamarle, y que baje desde Flag hasta aquí, empujaría el ganado hacia el Norte, donde apenas hay pastos. ¡Apañados estamos si esto-es verdad!-Entonces..., ¿de veras es una cosa tan grave?... Yo creía que una cerca así representaba un beneficio-objetó Molly.

-¡Oh, una cosa buena, una cosa buena!... Será una cosa buena para Traft y para Blodgett y para todos los que son ricos como ellos y pueden criar mucho ganado, allá en Flag; pero para nosotros, los de West Fork y los de este país, que puede decirse que vivimos de las aguas que bajan del Diamante, eso no es nada bueno.-¡Oh, muchos de nosotros no podríamos vivir peor de como vivimos!-contestó Molly, muy seria.

-¡Ay, hija mía, y tan peor que podríamos vivir! ¿Ha habido siempre en tu casa leche y carne en la mesa, y llevas tú siempre zapatos, pequeña?

-¡Ay, de verdad que no, tío Caleb!-contestó Molly con una sonrisita triste-. Ahora mismo, por ejemplo, voy descalza... Por suerte, llevo dinero para comprarme medias y zapatos, y si no pudiera comprarlos, preferiría no volver nunca al pueblo.

-Ahora vas a tener un vestido nuevo, Molly-dijo por su cuenta la señora See-. No te he dicho que vamos a una fiesta de campo. El sábado va a ser un gran acontecimiento en Flag; ni el Cuatro de julio lo superará.

-¡Oh, señora See, qué alegría!-exclamó Molly, radiante-. ¡Y pensar que por poco no vengo! No puedo decirle lo que le agradezco su bondad, señora See.

El tío Caleb continuó, como si siguiera el curso de sus pensamientos:

-Hasta ahora, querida Molly, los habitantes del valle hemos vivido con cierta prosperidad; pero si es verdad lo de la valla esa, las cosas van a variar del todo.- -

-Pero...-intervino la esposa de See-dime, Caleb, ¿no es esta tierra del Gobierno?... ¿No puede cualquiera levantar aquí su casa?

-¡Claro que sí! Y eso es lo que más fastidia. Porque Traft no tiene derecho a hacer esa valla. Pero él es muy rico, y tiene la cabeza más dura que uno de sus novillos. Pero, ¿para qué sirve la ley, entonces?... ¿Adónde iríamos a parar si cada cual hiciera lo que le diese la gana?... Los campos comunales llegan hasta más arriba de Flag. Y si se hace esa cerca, ¡cualquiera lleva sus ganados más arriba!... ¡Costaría un dineral!

-Eso quiere decir que se acercan malos tiempos, Caleb-comentó la señora See conteniendo un suspiro.

-Querida Susana, ya sabes que a nosotros no nos deben asustar los malos tiempos! Estamos acostumbrados a ellos... y ya sabríamos salir adelante. Lo peor es que esa cerca me huele a que va a traer la gorda al país. Es una bofetada a todos los ranchos de la comarca. Y los rancheros no se resignarán a ello..., romperán la cerca, harán entrar sus ganados hasta los arroyos... y Traft los acusará de ladrones... y ¡va a haber cada una!...

-¿Qué pasará, tío Caleb?-preguntó Molly, muy seria.

-¡Oh, chiquilla!... ¿Tú recuerdas la guerra de Pleasant Valley, allá, en las montañas del Tonto?... Hará unos diez años... Tú podrías tener entonces cinco o seis...

-Sí, sí que me acuerdo, tío Caleb. Mamá no me dejaba salir del patio. Nosotros vivíamos entonces en Lunden. Además, papá habla constantemente de esa guerra, de modo que aunque yo no recordara...

-¡Oh, hay quien dice que tu padre quedó inválido en esa guerra por simpatizar con uno de los bandos!

-Papá dice que eso no es verdad. Que él fue como fueron tantos, a la fuerza, en el rebaño... Mi hermano es de los que también lo dicen, y ambos se disgustan... Porque papá y Arch no se llevan muy bien. Mi hermano es muy malo, la verdad...

-¡Bah, bah, tu hermano, tu hermano!... Tu hermano es que es muy joven; pero, como tal, tiene cosas buenas malas... Pero, bien, volviendo a lo de la valla, yo os digo que si la tal valla llega hasta Diamante, la cortarán, ¡ya lo creo que la cortarán! Y como las gentes de Traft parecen ser también gente dura, va a correr la sangre.

Hace tiempo que se está viendo venir esto... Y los hombres de nuestro país ya sabéis vosotras cómo son...

Estas palabras siniestras tuvieron un efecto deprimente sobre las dos pobres mujeres, que quedaron silenciosas. Todas las mujeres de esta comarca parecían adivinar el peligro. Abundaban por aquí las viudas y los huérfanos, producto de guerras y de calamidades sin fin. Molly pensó en su hermano Arch. A pesar de que sólo contaba veintidós años, el muchacho había cometido ya más de un asesinato, y, a fuerza de riñas y trifulcas, había adquirido una reputación que no era precisamente el orgullo de-la familia. El caso era que Arch había sido tiempo atrás un muchacho excelente; pero la falta de trabajo, y la bebida, y el pasarse días y más días vagando siempre por los bosques, en compañía de sujetos como Seth Haverly, habíanle perdido. Desgraciadamente, el muchacho se volvía cada vez peor, y esto desesperaba al pobre padre de Molly, inválido e inmóvil, siempre atado a un sillón en su casa.

Molly sintió un sordo rencor contra aquel rico granjero, el tal Traft, que pretendía imponer tales humillaciones y amargar la vida a los humildes. En cuanto al nuevo capataz de Traft, que dirigía un equipo de gentes rudas ocupadas en la construcción de aquella valla odiosa, Molly sentía por él un odio infinito. ¡Ah, si ella se echara a la cara al tal capataz!... ¡Una suerte para los muchachos del país, desharrapados y hambrientos en su mayoría! Era poco probable, de todos modos, que ella encontrara al capataz de Traft. Pero si tal sucediese, Molly no se iba a morder la lengua, y le iba a cantar las cosas claras.

Molly pensó, de pronto, que su hermano Arch había visto al capataz, y podría darle noticias. ¿Cómo le habría sentado a Arch la llegada de aquel forastero?... Seth Haverly era un chico tan sencillo como Arch, pero muy peligroso cuando se enfadaba, y Molly parecía presentir un gran peligro...

Para apartar de su mente estos tristes pensamientos, la joven se fijó ahora en el paisaje que iban atravesando y en sus mismos compañeros de viaje, tan necesitados como ella de un poco de alivio y de consuelo en su miseria.

Hacía mucho tiempo, años tal vez, que Molly no había ido tan lejos de su aldea. No recordaba el camino ni los paisajes. Desde la puerta de su casa se disfrutaba de una vista maravillosa del soberbio valle con las grandiosas montañas salvajes que en el país llamaban el

Diamante, y una serie de oscuras y verdes colinas, extendiéndose suavemente hacia el Sur. Pero ahora iba en este carruaje, que arrastraban dos caballos vivos y nerviosos, a través del tortuoso desfiladero que por esta parte formaba el lecho del río West Fork, precipitándose entre montañas boscosas y umbrías. La vegetación tenía tonos de verde maravillosos, que se iban ensombreciendo al trepar montañas arriba. En las quince millas que llevaban recorridas cuando llegaron al sitio en que el West Fork tributa sus blancas aguas al curso del Cibeque, sólo se habían encontrado los viajeros a un hombre, un rústico jinete que montaba un triste caballo. Aquí, el carruaje desembocó en la carretera, que trepaba y zigzagueaba montaña arriba. Milly miraba ahora con asombro y admiración este paisaje salvaje y grandioso que era su país natal. ¡Todo verde y gris, y tan inmenso! La Naturaleza tenía por aquí una grandeza imponente, casi repelente, pero Molly no podía odiarla. ¡Era su patria, su cuna! Era el sitio donde había transcurrido su niñez, su dulce infancia, su adolescencia. Desde niña, se había acostumbrado a jugar en los bosques sombríos, en los vallecitos rientes, bajo los pinos y los abetos o junto a los arroyos de agua ambarina, a través de esta Naturaleza salvaje, en fin, donde ciervos, gamos, zorras y alimañas salvajes eran tan abundantes como las vacas en los prados, aquellas vacas mansas que ella conducía hacia la aldea cada tarde entre las sombras del crepúsculo. Y pensó que sería para ella una pena inmensa, algo imposible, algo muy doloroso, el tener que marcharse de este hermoso y amable país de bosques y de valles, de riachuelos y de desfiladeros imponentes.

II

Desde las fuentes del Cibeque el camino trepaba, zigzagueaba y ondulaba a través de una serie de bosques, bordeando barrancos y cañadas, hasta llegar, a la zona de pinos y abetos donde terminaban los pastizales.

Durante todo el invierno, la nieve había cubierto montes y valles, como se colegía por la gran abundancia de grama que veíase por todas partes, y ahora comenzaba a florecer bajo los ardientes rayos del sol. El ganado se veía aquí y allá, como puntos blancos, rojos o negros, moteando prados y valles. Y al caer la tarde, desde cualquier altura, el paisaje se alargaba lo infinito, como un inmenso océano verde y ondulante a causa de la abundancia de reses, que se movían en todas direcciones.

Habían pasado varios ranchos, en la mayoría de los cuales habrían sido bien recibidos y hubieran podido pasar la noche; pero el tío Caleb quiso aprovechar toda la luz del día, y de este modo, cuando cerró el crepúsculo habían hecho más de la mitad del camino a Flagers-town.

-¡Bueno, mujer!-dijo el tío Caleb, de pronto-; aquí haremos noche, en el rancho de la viuda Keech, donde sabes que lo pasamos muy bien la última vez que estuvimos por aquí.

Y, diciendo esto, guió a los caballos hacia una glorieta, una amplia plazoleta que se veía en el bosque, y que delataba la existencia de un viejo aserradero. Algunas barracas de madera, vallas de espino o de tablas, y el ladrido de los perros indicaban a todas luces que por allí vivía gente.

Una vez dentro de la cabaña mayor del grupo, Molly pudo darse cuenta de que la señora Keech era la más amable y locuaz de todas las patronas de la comarca. Tenía dos hijas ya mayores y un hijo de unos catorce años, un muchacho enormemente alto, y que atrajo desde el primer momento las burlas y las chirigotas de Molly, a la que hacían coro las hermanas mayores del *boy*.

-¡Así, esta rapaza es nada menos que la hija de John Dunn! , ¿no es eso?-preguntó la señora Keech. Y, volviéndose hacia Molly, añadió amablemente-: ¡Yo conozco muy bien a tu padre, hija mía, y a ti te conozco desde que eras así de pequeña! ¡Ahora ya estás hecha toda una mujer, que va de viaje como una señorita a la ciudad!... ¡Vaya, vaya!...

Molly, de todos modos, no tomó parte apenas en la conversación. Su aventura se le aparecía demasiado grande para que las otras cosas tuvieran importancia junto a ella. Escuchaba en cambio con gran atención todo lo que se hablaba, y durante la cena oyó mil y mil detalles acerca de aquella misteriosa ciudad de Flagerstown hacia la que iban, y de la feria que iba a comenzar al día siguiente y terminaría el sábado, con un *rodeo.* La señora See sonreía, observando la excitación de Molly.

El tío Caleb preguntó por último, encarándose con la viuda de Keech

-Y..., ¿qué sabe usted acerca de esa valla que dicen están construyendo?

-¡Que es cosa hecha!-respondió la viuda con disgusto-. Harry la ha visto. Los hombres de Traft están acampados ahora a diez millas al norte de aquí. Pasarán por aquí este verano, y a la primavera que viene los tendréis allá abajo, en el Diamante.

-Eso nos habían dicho; ¿qué cree usted?

-Pues si quiere usted que le diga la verdad, Caleb, a mí me parece que hacen bien en hacerla. Porque todos sabemos que roban el ganado..., y al que le roban, por ejemplo, un par de terneras, no le ha de hacer ninguna gracia. Con una valla se evita todo eso.

-¿Tiene usted mucho ganado ahora?-preguntó Caleb.

-Alguno tengo. Vacas, sobre todo. Envío bastante manteca a la ciudad. En realidad, ahora vamos mejor que cuando teníamos el rancho. Mis hijos y yo cuidamos del ganado y no necesitamos vaqueros ni músicas. Además, como cada día viaja más la gente por esta

carretera, estamos haciendo algunas barracas de madera para alquilarlas. Esto será como una venta, como una posada.

-Me parece muy buena la idea-aprobó See.

Molly seguía escuchando con gran atención, esperando sobre todo que se hablase algo de aquel nuevo capataz de Traft, que dirigía los trabajos de la famosa valla. Debía llevar seguramente una existencia miserable... Desgraciadamente para Molly, ya no se habló más de la cerca.

-Bueno, señoras-dijo al fin See-; ¡vamos a acostarnos, que mañana tenemos que madrugar!

Molly compartió una de las nuevas alcobas con la señora See. Era una estancia pequeñita, pero muy limpia, perfumada con el olor intenso del pino seco. La habitación tenía tres ventanas, lo cual era una grata novedad para la muchacha. Se prometía tener una semejante, llena de luz durante el día y con aire puro y abundante durante la noche. Se sentía cansada, pero no lograba conciliar el sueño. Tal vez el lecho resultaba demasiado confortable para ella, acostumbrada a tanta miseria. De todos modos, Molly permanecía despierta en la oscuridad, pensando en lo que iba a ocurrir ahora en su vida. Este viaje a Flagerstown podía representar una verdadera calamidad para ella, y, sin embargo, se alegraba, aun a ese riesgo, de hacerlo. Debía disfrutar todos los momentos, aunque luego supiera Dios lo que saliese y resultare.

Los perros ladraban a los lobos, haciendo estremecer a Molly. Lobos y coyotes abundaban en el país, bajando a veces hasta las fuentes del Cibeque y más allá. También abundaban en el país los osos y los pumas, los jaguares y otras bestias feroces, pero a Molly no le causaban el espanto que los lobos. ¡El aullido de éstos era tan lastimero y terrorífico!... Y a momentos los perros, al contestar a los lobos, parecían imitar la nota plañidera de las fieras, como si echaran de menos su perdida libertad salvaje, que disfrutaban sus hermanos.

Al fin Molly se quedó dormida; y al despertar tenía la sensación de que acababa de dormirse momentos antes. Sin embargo, la señora See ya estaba levantada, y se vestía a la luz de una lámpara. A través de una ventana abierta se veía una claridad lívida, y penetraba un aire fino y fuerte amanecía.

Al fin llegaba el gran día para ella. Molly se levantó contenta, y hasta tuvo palabras cariñosas para el altísimo Harry, que sonreía bonachonamente. El día era frío, pero despejadísimo, y un sol radiante parecía saludar a Molly triunfalmente, uniéndose a su dicha, como si quisiera aumentar la alegría de la joven.

Harry apretó dulcemente el brazo de Molly cuando la ayudó a subir a la galera, diciéndole en voz baja:

-¡Ya nos veremos en el *rodeo!*

-Así lo espero-contestó la muchacha con una sonrisa.

La galera partió entonces al largo trote de los caballos descansados. Los conejos saltaban del camino o huían a través de los campos con sus ridículas orejas erguidas; los coyotes corrían por los bosques o pastaban la fresca hierba en la lejanía, y ciervos y gamos pasaban ante los ojos de los viajeros como flechas vivientes, desapareciendo tras la espesura de bosquecillos y matorrales.

El carruaje ganó, luego de haber atravesado espesos bosques de cedros y de abetos, la cima de una montaña. El terreno era despejado y ancho por aquí. Y Molly pudo descubrir ahora una extensión dilatadísima, unos campos inmensos, grises y como velados por la neblina de la mañana, y que eran praderas que se perdían hasta el infinito. Un perfume intensísimo subía del valle, arrastrado por el viento.

-¿Qué perfume es éste tan bueno?-preguntó Molly.

-De la salvia, pequeña-repuso la señora See-. Éste es el valle del Cibeque. ¡Cualquiera diría que tú no has salido nunca de nuestros valles!

-Pues no he salido mucho, señora See-comentó la muchacha sonriendo-; ustedes saben que apenas hay salvia por vuestras montañas. Yo hace mucho que no la he visto. Además, soy

muy ignorante en todo.

-No digas eso. Lo que te pasa es que no tienes experiencia... que ahora empiezas a vivir. Por eso has de tener siempre juicio, hija mía.

Molly escuchaba con aire distraído. Todos callaron. La muchacha iba como en éxtasis, admirando maravillada la hermosura de aquella mañana incomparable y de aquel paisaje grandioso que se extendía ante su vista, pensando en lo inmenso y lo hermoso que es el mundo y lo miserable que había sido, por contraste, su pobre existencia hasta aquí perdida allá en su rincón salvaje. Luego se reprochó aquel mental desprecio hacia su patria chica, recordando que desde el porche de su casa se disfrutaba también una vista soberbia, hasta las montañas del Diamante. Además, ¿qué podía compararse a la hermosura de aquellos valles rientes de sus colinas, a la belleza grandiosa de los desfiladeros, de los barrancos, de las montañas boscosas y umbrías, de los arroyos que saltaban entre las piedras, blancas como el mármol, o ennegrecidas por algas y helechos?...

De todos modos, reconocía que el paisaje que ahora se extendía ante su vista tenía también infinita grandeza. ¡Aquí estaban las grandes praderas del ganado, *«el campo libre»,* los *campos comunales* de que había hablado el tío Caleb, donde pastaban toros y vacas y ovejas a millares. Por estos campos era por donde cabalgaban los jinetes montaraces, como su hermano Arch y el mismo Seth Haverly, considerándolos como terreno suyo. Y, ¿no sería entonces una infamia y una vergüenza vallar aquellos inmensos pastizales cubiertos con una suave alfombra de césped verde y tierno?... Por un instante, Molly comprendió lo que significaba ser un jinete montaraz de esos que el vulgo dice que han nacido a caballo, y hasta simpatizó con su hermano Arch y con Seth. Una valla de espinos, no importa la extensión que tuviera, sería un atentado a la libertad de estos campos tan hermosos, siempre cubiertos de verdura.

-Bueno, muchacha, mira, ya se ve el humo de Flag-dijo de pronto la señora See-. Allá, ¿ves?..., en el valle. Todavía estamos lejos, pero ya vamos llegando.-Humo!-contestó Molly frunciendo el ceño-; ¿es que están quemando rastrojo?

-No, no, mujer. Ese humo es del tren y del aserradero.

Desde allí se veían los campos, jalonados de rebaños, cada uno de los cuales llevaba una marca o contraseña distinta; a lo largo del camino se veían pequeños ranchos, y aquí y allá, y conforme el camino iba descendiendo hacia el valle, los cedros, los pinos y los abetos se hacían más claros. A unas diez millas de Flagerstown, el señor See señaló a una colina distante, por cuya cima aparecía, recortándose claramente contra el cielo, una valla nueva. Luego, dando un golpecito a Molly, murmuró:-Aquélla es la cerca de Traft, como si lo viera. Y todo esto es un pastizal de ovejas.

Molly comenzó a recordar ahora la ciudad de Flagerstown, las montañas oscuras de las cercanías, cubiertas de bosques, el aserradero, con sus pilas inmensas de maderas y de troncos, las casitas grises en la cima de las colinas, los *cottages* rientes, entre verdura, y, en último término, la calle principal de la ciudad, con edificios que a Molly se le antojaban maravillosos. El señor See miró al reloj, comprobando que aún no eran las cinco. El carruaje bajaba ahora prestamente hacia el valle. Molly, era toda ojos.

-¡Vaya, ya hemos llegado!-dijo el señor See deteniendo el carruaje ante un presuntuoso edificio de ladrillos-. Éste es el Nuevo Hotel, Molly. Y ahora, tú, Susana, encárgate de la chica. Llévala a que vea las tiendas y los bazares. Luego la llevaremos a que vea la feria del ganado... Ahora pediremos las habitaciones... ¡Ah! Y a las seis aquí, ¿sabéis?...

Molly saltó del carruaje, avergonzada de sus pies descalzos y sus medias rotas por mil sitios.

Pero tres horas más tarde, la hermosa muchacha, radiante y cargada de paquetes, regresaba al hotel, siguiendo a la señora See, igualmente cargada. El señor See las recibió a gritos:

-¡Por Dios!, ¿de dónde salís?... Parece que venís de robar un almacén... Hace un siglo que os estoy esperando para cenar.

-¡No hemos' tardado tanto, hombre!-contestó su mujer-. Ayúdanos a subir estos paquetes a las habitaciones, y en seguida cenaremos.

Molly tenía una habitación para ella sola. Jamás había visto una alcoba tan linda. Poco dispuesta a abandonar sus preciosas compras, permaneció allí removiéndolo todo hasta que ovó que la llamaban desde el *hall* del hotel. La emocionaba verse mirada y contemplada por las gentes del pueblo, tan distintas de las de su pobre aldea perdida entre montañas.

El comedor del hotel, lejos de ser «mediano», como había anunciado el señor See, deslumbró a Molly con su hermosura jamás había visto nada igual. Y su emoción era tanta que casi no tenía apetito cuando se sentaron a la mesa.

Los See se esforzaban en obsequiarla durante la comida. Molly se dio cuenta de pronto de que la miraban dos chicos, sentados a una mesa próxima. No parecían *cowboys* de las cercanías. Terminada la cena, la muchacha salió contentísima del comedor, subiendo luego a pequeños saltitos las escaleras en dirección a su alcoba.

Una vez allí, se dedicó a desatar paquetes y líos, colocando las compras sobre la cama. *¡Qué* pronto se había gastado el poco dinero que trajera a la ciudad! De todos modos, había comprado muchas más cosas de las que pensaba. La señora See había sido inverosímilmente generosa. Un vestido azul, de bella tela estampada, otro blanco, con listas, medias, guantes, cintas, todo lo más bello y fastuoso que había visto Molly en su vida..., todo se lo había comprado la buena y dulce Susana See.

Pero no era esto sólo lo que llenaba de alegría el corazón de la muchacha; era que la animación y el gentío del pueblo habíanle causado también infinita y grata sorpresa. Además, en varias barracas de la feria, en tiendas y almacenes, la chica, al mismo tiempo que hacían compras, se había ofrecido como ayudanta o dependienta. Uno de los tenderos le había prometido tomarla para su sección de lencería. Y, en resumen, este primer día en la ciudad, estas primeras horas, mejor dicho, llenaban a Molly de esperanza.

-¡Veremos a ver si se cumplen mis ilusiones!-murmuró la chica antes de meterse en la cama, y sin poder evitar un ligero estremecimiento.

Al día siguiente, las sorpresas y el deslumbramiento-de Molly continuaron. La señora See tenía parientes y amigos en Flagerstown, y todos obsequiaron cumplidamente a Molly.

Pero de todas maneras, la visita más importante de aquella mañana fue la que hicieron al Banco de la ciudad, donde Molly pudo conocer a Jim Traft, el rey de los rancheros de la comarca.

-¡Mira, Molly, ahí lo tienes!-dijo el señor See dando un codazo a la chica con disimulo-. ¡Ése es Jim Traft, el bandido! ¡El que va a arruinar a todos los pobres rancheros del país con su famosa cerca!

Molly miró. Entonces pudo ver a un hombre alto, fornido, de bastante edad, en mangas de camisa y con unas rudas botas de campo llenas de polvo. Su rostro, curtido por el sol y la intemperie, tenía una expresión dura y altiva, lo mismo que el gesto de la boca. Los ojos azules eran lo único que ponía una nota de suavidad y cierta dulzura en el semblante de aquel hombre; pero a Molly no la hubieran engañado aquellos ojos, azules como el cielo.

Cuando los See y Molly iban a salir del Banco, Jim Traft pareció reparar en ellos, y se encaró con Caleb:

-¡Juraría que yo le conozco a usted!-dijo.

-Lo mismo que yo a usted, señor Traft-repuso el aludido-. Yo soy Caleb Sed.

-¡Ya decía yo! Soy buen fisonomista. Usted vive allá, en el Cibeque, ¿no?... Me alegro de encontrarle, y, si no lleva usted prisa, voy a hacerle a usted algunas preguntas.

-Estoy a su disposición, señor Traft, y muy contento de poder servirle.

Hizo una breve pausa, y añadió señalando a sus acompañantes:

-¡Aquí, es mi mujer..., y esta chica es una amiguita nuestra, Molly Dunn, que hace su primera visita a Flag desde que era niña!...

Traft estrechó la diestra de las dos mujeres. Era un hombre bizarro y cordial, y sus ojos,

vivos y sutiles, se detuvieron complacidos sobre la linda figurita de Molly.

-¡Muy bien, muy bien!-dijo sonriente-; ¡me alegro mucho de conocerla a usted, señorita Molly Dunn, del Cibeque! Yo creo recordar que conozco también a su padre. Así, ¿ésta es su primera visita a Flag después de muchos años, no es eso?

-Sí, señor. Hace muchísimo tiempo que no he venido por aquí-contestó Molly amablemente.

Cuando salieron del Banco, Molly dijo a la señora See:

-¡Cómo me miraba el señor Traft!... No parece que le he sido muy simpática... Quizá le han hablado mal de mi familia.

-¡Oh, ya sabes que a causa de tu hermanito...! Pero de todos modos, también puede haberte mirado así por el hecho de vivir allá abajo.

-Pero a mí no se me debe confundir con mi padre ni con mi hermano Arch, señora See-se defendió Molly.-¡Claro, claro, hija mía!...

Hasta el principio de la tarde, persiguió a la pobre Molly el recuerdo de aquella mirada de Traft y el de la ignominia de su pobre apellido, el apellido de los Dunn. Pero cuando llegaron, en las primeras horas de la tarde, a los terrenos donde estaba enclavada la feria, la hermosa muchacha se olvidó de todo. Ya no parecía la misma. Ahora era una de tantas jóvenes como circulaban por allí, ataviadas con trajes claros. Ella iba vestida con el traje azul, y todo el mundo la miraba. Las mujeres parecían flores, a causa de los colores de sus trajes. Luego circulaban *cowboys* y rancheros, ostentando en sus trajes o sus sombreros distintivos y contraseñas especiales, que delataban su rancho o la marca de su amo y de sus ganados, indios con pintoresca indumentaria, y, llenándolo todo, los campos, las praderas y los caminos, caballos, caballos y más caballos, tratantes, chalanes, gentes pintorescas y atrabiliarias, circulando entre toda clase de vehículos, comunicando a la feria un aspecto abigarrado y original en extremo.

Como por arte de magia, Molly se colocó aquella misma tarde en una barraca de la feria. De este modo vióse separada de la compañía de la amable señora See. En la barraca conoció a otra joven, aproximadamente de su misma edad, con la que iba a compartir el fascinante trabajo de servir al público emparedados y café.

Por fortuna para Molly, su compañera de trabajo era una joven muy linda y amable, y para colmo de suerte, no parecía conocer a los Dunn.

Bajo su amable dirección, Molly fue aprendiendo a servir a los parroquianos. En cambio, no acababa de acostumbrarse a llevar la hermosa bata que le habían puesto para servir las mesas, y la horrorizaba la idea de mancharla.

Una vez Molly sirvió a tres *cowboys.* Jamás había visto la muchacha una indumentaria tan pintoresca como la que llevaban estos muchachos, con anchos sombreros y brillantes fajas o cinturones de cuero amarillo. De todos modos, pudo observar la muchacha que los tres *cowboys* llevaban, como su hermano Arch y como Seth, pistolas al cinto, cosa que nunca creyó ver en las gentes de la feria. Uno de los jóvenes miraba dulce e insistentemente a Molly.

Al cabo de poco rato, los tres muchachos volvieron, en ocasión en que la compañera de Molly no andaba cerca. Uno de ellos, aquel que miraba tan insistentemente a Molly antes, le preguntó:

-*Miss... Miss...,* ¿cómo dijo usted antes que se llamaba, señorita?

Y, diciendo esto, se sentó a horcajadas en el banco que había ante el mostrador.

-Yo no he dicho nada-repuso Molly, muy seria.

-¡Oh, perdón, excúseme usted! ¡Me he confundido!-murmuró entonces el jovenzuelo, muy turbado, bajo la mirada burlona de sus camaradas-. ¿Tiene usted gaseosa?

-No.

-¿Y cerveza de jengibre?

-Tampoco. Ninguna bebida alcohólica.

-Sólo tienen ustedes café y bocadillos y pasteles, ¿no es eso?... *¡Cake,* vamos!

-Eso es.

-Bien. Entonces dénos usted café con unos trozos de *cake*-ordenó el *cowboy*.

Molly les sirvió son rapidez evitando hábilmente que el joven que le había hablado le cogiera los dedos cuando alargó una taza.

-¿Vive usted aquí?-le preguntó ahora.

-Usted sabe bien que soy forastera, de otro modo no se mostraría usted tan impertinente-contestó Molly con severidad.

-¡Ah, ya!-comentó el *cowboy,* corrido.

Sus camaradas comenzaron a burlarse de él nuevamente. Molly, con sus finos oídos, no perdía una palabra de la zumba. Evidentemente, el joven descarado, aquel que le hablara antes, tenía fama de «castigador de mujeres», y ahora se veía en completa derrota. Finalmente, viendo que Molly no se ocupaba de él, y cansado de las bromas y la zumba de sus camaradas, arrojó una moneda de plata al mostrador, y dijo con énfasis:

-El cambio para usted, copito de nieve.

En seguida se levantó y se fue. Y sus amigachos le siguieron a los pocos instantes.

Molly estuvo muy ocupada a partir de este instante, y sólo al cabo de cierto tiempo se dio cuenta de que una verdadera fila de *cowboys* no hacían más que ir y venir alrededor del mostrador, con el exclusivo objeto de mirarla. Más de uno de ellos mientras le servía habíala llamado, como el descarado aquel, *«copito de nieve»*. Sin embargo, ninguno de ellos le había hablado rudamente, sino al contrario. Por lo visto la tomaban por una muchacha de buena familia, una señorita de calidad, de paso accidentalmente en el pueblo. Esto halagaba inmensamente a Molly, aunque, por otro lado, le hacía pensar, con cierta melancolía, que los muchachos habrían procedido de modo muy distinto, si la hubiesen sabido una humilde Dunn, de allá, de su pobre aldea del Cibeque.

Pronto vino a relevarla su compañera, miss Price, en el servicio del mostrador y de los veladores.

-¿Qué? ¿Se ha entendido usted con los chicos?-le preguntó-. A mí me han mareado hasta lo increíble. Le advierto a usted que apenas conozco a alguno de ellos.

-¡Oh, mire..., les he servido a mi manera!-repuso Molly, sonriendo también.

-Muy bien, sí. Eso es lo que hay que hacer. Conllevarlos. Si se les hace caso, la vuelven a una loca. Se reirá usted con ellos. Pero hay que tenerlos a raya, y para eso, no hay más que tratarlos con frialdad. Mañana por la noche ya sabrá usted la vida *y* milagros de todos.

-¿Cómo mañana por la noche? ¿Por qué?

-Porque hay un gran baile después del *rodeo* de la feria. ¿No se lo ha dicho a usted mi madre?... De todos modos, usted vendrá con nosotros.

-No, no me han dicho nada. Es usted muy amable conmigo, pero no podré ir. Yo soy una desconocida para ustedes, una extraña. Y si ustedes creen...

-¡Vamos, no sea criatura!-la interrumpió miss Price-. Usted vendrá al baile con nosotros, de todos modos. La señora See se lo ha prometido a mi madre.

Molly experimentó una honda alegría. Al acabar la tarde, volvió a la ciudad, charlando interminablemente con la señora See acerca de todo cuanto había ocurrido en la barraca de la feria. Aquella noche fueron a cenar a casa de unos parientes de los See; pero, desgraciadamente, a la mesa no había ningún otro comensal joven sino Molly, que se aburrió oyendo hablar a las gentes graves de los eternos asuntos de la ciudad y del campo.

III

Era el sábado por la tarde, y el *rodeo* acababa de empezar, como podía juzgarse por el aspecto desierto de los campos vecinos. Molly habíase quedado hoy en la barraca más tiempo que de costumbre. La señora See la esperaba. Y ya se disponía a marchar la muchacha, cuando vio llegar y acercarse al mostrador un nuevo parroquiano.

Era un joven que llevaba recios zahones y calzaba gruesas botas de campo, cubiertas de polvo. Al llegar junto al mostrador pidió algo para comer y beber, sin reparar para nada en Molly. Su rostro tenía una expresión triste y preocupada.

De todos los jóvenes que Molly había visto desfilar por la barraca en dos días, éste era el primero que no la

había mirado dos veces, y el único también que no parecía alegre, ni osado, ni con ganas de bromas y de zumba. Molly se sintió un poco picada, como humillada, al tiempo que experimentaba una muy natural curiosidad, completamente femenina.

Podría tener unos veintidós o veintitrés años, y a todas luces se veía que no era un *cowboy*. Parecía más bien un desollador o pellejero de cierta categoría. La punta de su nariz aparecía casi pelada, sin duda por el exceso de sol, que curtía todo su rostro; pero esto no impedía que el joven resultase guapo. Éste dejó su sombrero en el mostrador, descubriendo unos cabellos ondulados y una frente con profundas arrugas.

Había quedado algo a la izquierda de Molly, y ésta le miraba de reojo, pensando que por su trato con los jóvenes durante aquellos días, era ya una experta en esto de conocer a los hombres.

El desconocido apuró su café lentamente y luego levantando la cabeza miró a Molly. La muchacha tuvo ahora la sensación de que no la había visto hasta ahora, porque por sus ojos grises pasó como un relámpago de sorpresa, algo que traicionó una emoción muy agradable.

-¿Qué haría usted si yo le dijera que me gusta?-preguntó de pronto el muchacho, osadamente.

-¡Señor!-contestó Molly, sofocada.

Él repitió la pregunta con más lentitud, como si pesara las palabras.

-¡Pues... me enojaría... *y* ya veríamos!

-¿Así lo toma usted?

-¡No sé cómo tengo que tomarlo!...

Pero al decir esto, la muchacha no pudo impedir que una sonrisa tímida apareciese en sus labios.

El desconocido se apoyó entonces de codos en el mostrador, *y* dijo, mirando fijamente a la muchacha:

-¡Bien : ya hablaremos de ello!... Sepa usted desde ahora que me gusta... Por lo pronto, no me marcho porque usted me eche a empujones.

Los dos sonrieron, y el joven continuó:

-¡Es la primera vez que la veo a usted! Nunca la había visto antes...

¿Y qué culpa tengo yo?-repuso Molly, cada vez más turbada a pesar suyo. Porque el desconocido le iba gustando cada vez más.-Pero, ¿usted no vive aquí en Flag?

-No, señor, no. No vivo aquí.

-¿Dónde vive usted, entonces?

-Yo soy del Cibeque.

-¿El Cibeque?... ¿Qué es eso del Cibeque?... ¿Es una ciudad o un rancho o qué?...

-Es un valle.

-Nunca he oído semejante nombre. ¿Y está muy lejos de aquí?

-Se tarda dos días a caballo.

-Entonces... ¿ha venido usted aquí a pasar los días de feria, no es eso?-continuó el joven, cada vez con más interés.

-Sí. Nos vamos mañana por la mañana-repuso Molly, sonriendo de nuevo.

Y pensó que quizá no volviera jamás a Flag; y aunque así fuese, ¿se volvería a repetir este milagro?...

-¡Oh! ¡Aún falta un buen rato!-dijo el desconocido mirando con una expresión sonriente, que hizo estremecer de un modo muy dulce a la muchacha-. Yo no conozco ese valle de usted... Pero, bueno, esta noche hay un baile, *y* usted irá seguramente.

Molly asintió en silencio. Comenzaba a ser más dueña de sí misma.

-Apostaría a que todos los *cowboys* del *rodeo* le tienen pedido a usted un baile para esta noche-declaró él en tono como celoso.

-¡Todos no!-bromeó Molly.

Él la miró, dudando al principio, pero con una expresión de firmeza más tarde, como si la creyera. Entonces, la chica pensó que este joven estaba, tal vez, enterado de su .vida y milagros, de todo lo relativo a su familia y casi deseó que se abriera la tierra y se la tragara.

-Yo no sé bailar apenas estas danzas de la ciudad-continuó el desconocido al cabo de un momento-; pero iré de todos modos, si es cierto que usted no tiene comprometidos todos los bailes.

-Pues, mire, para decirle la verdad..., aún no tengo comprometido ni un solo baile.

-¡Cómo! ¿Entonces, es que está aquí su novio?

-¡Mi novio no existe!-contestó Molly, muy seria. Como los otros muchachos que habían ido desfilando por la barraca, también éste creía que ella tenía novio.

¡Ah, si la hubieran sabido una Dunn, la pobre Molly Dunn de West Fork, no habrían sido tan amables!...

-Bueno, escuche usted, joven! ¡Ahora hablo en serio!-continuó el muchacho con cierta gravedad.

-Y yo le contesto también en serio. Yo no miento nunca.

-Eso dice que es usted una chica formal. Pero... ¿de veras no tiene usted novio?

-¡Y tan de veras! Tengo diecisiete años. ¿O es que se creía usted que era más vieja que Matusalén?

-Yo no había pensado en la edad que usted pudiera tener... Puesto a echarle, le habría echado dieciocho... Pero, bueno, eso no importa... ¿No había estado usted aquí en Flag últimamente?

-No; hace muchos años que no había estado aquí. Desde que era muy pequeña.

-Y... ¿bailará usted conmigo esta noche?

-Sí, desde luego.

-¿Cuánto tiempo?

-¡Oh, no sé!... Yo no conozco tampoco los bailes de la ciudad.

-Bien, ya lo arreglaremos entre los dos... Me tomarán, seguramente, por el novio de usted... Y eso me gustaría mucho. ¿Y a usted?...

-¡Hombre, tampoco me desagradaría del todo, qué caramba!-contestó Molly, un tanto encarnada, y mirando a su interlocutor con ojos picarescos y una sonrisa llena de gracia.

-¡Gracias! dijo entonces el joven empleando, por cierto, palabras muy distintas de las que Molly esperaba que pronunciase.

En seguida se puso en pie, y, mirando a Molly con sus dulces ojos grises relucientes, murmuró:

-Guárdeme usted algunos bailes para esta noche. ¡Adiós, miss Cibeque!

Se marchó con paso rápido, montó en su caballo, y se alejó en dirección a los *corrales* y las cercas donde se celebraba el *rodeo.*

Molly permaneció unos instantes inmóvil y pensativa, hasta que vino a sacarla de su ensimismamiento la señora See.

-Ha venido un último parroquiano-dijo la muchacha, como si quisiera justificar su retraso.

-¡Bueno, pequeña, vámonos! Todas las barracas y las tiendas se cierran a la una, y es tarde... El *rodeo* ha empezado ya-contestó la señora See-. Démonos prisa, pero no te olvides del dinero... Luego habrá que dárselo a miss Price... Ya sé que has tenido un gran éxito aquí en la barraca... Estoy contenta de ti, Molly.

Entonces, las dos mujeres se dirigieron a toda prisa hacia la feria de ganado; allí, alguien habíales reservado sillas, y la hermosa Molly experimentó en seguida una vivísima curiosidad por ese primer *rodeo* a que asistía en su vida. Luego hubo carreras de caballos, que fueron muy animadas y brillantes. Molly quedó ronca y rendida de tanto gritar con la multitud. La señora See, a pesar de su gravedad, dio un golpe con su sombrilla en la cabeza a un caballero grueso que había por allí, tal era el entusiasmo de la multitud.

Luego vino la exhibición de habilidades y juegos de los jinetes más diestros del país. Molly misma montó a caballo, desfilando así ante la concurrencia, que la aplaudía, pero su hazaña fue pronto oscurecida por otros jinetes más notables: uno de ellos, sobre un caballo en pelo, lanzado al galope, fue deslizándose, hasta quedar bajo el vientre del animal. Pero esto pareció menos maravilloso a la concurrencia que otro *cowboy* que guiaba dos soberbios caballos de carreras, también en pelo, yendo erguido y apoyando un pie en el lomo de cada animal.

La caza con lazo de ternerillas no era una novedad para Molly, aunque nunca pudo creer que pudiera llevarse a cabo con tanta rapidez y maestría. Después hubo carreras de gamos y de ciervos, y más tarde un espectáculo emocionante: un caballo semisalvaje, que derribaba a tres o cuatro jinetes y daba brincos de dos metros, cayendo al suelo con sus patas rígidas y firmes, como si fueran de acero. Otro derribó a un caballo, y otro aún cayó con el animal, que se levantó luego llevando aún al jinete en la silla. El público le ovacionó. Molly vio que se llevaban a un muchacho, un *cowboy*, entre varios, aunque no se enteraron de lo que le había ocurrido.

-¡Ahora vienen los novillos *bulldogs!-dijo* el señor See consultando el programa.

-¿Cómo?-preguntó Molly, asombrada-; ¿es que los cazan con perros?

-¡No digas tonterías, muchacha!

-Caleb, piensa que es el primer *rodeo* a que asiste Molly-le reprochó su mujer.

Comenzó la prueba. Se soltó un novillo vivo y peligroso, de anchos cuernos, y un *cowboy*, montado en un soberbio caballo, avanzó hacia el centro del campo. Luego picó espuelas, persiguió en un galope frenético al novillo, y, al alcanzarlo, se apeó, cogiéndolo por los cuernos heroicamente. Hombre y fiera rodaron por el polvo, mientras la multitud lanzaba un largo grito; pero el hombre se levantó poco después, incólume y victorioso, cabalgando por algún tiempo sobre la propia cabeza del animal.

-¡Qué, Molly! ¿Qué me dices de este chico?-preguntó, entusiasmado, el señor See-. ¡Ése es un *cowboy!*

-¡Es maravilloso, pero es una locura!-contestó la muchacha, toda estremecida.

-Dices bien, hija mía-aprobó al señora See-; yo encuentro esta prueba de los novillos brutal.

-Como queráis; pero no me negaréis que el muchacho es valiente y hábil, ¡qué caramba!

Molly comentó:

-Un *cowboy* me dijo a mí una vez que no tenía un hueso sano en el cuerpo. ¡Y ahora lo comprendo todo!

De todos modos, Molly se había divertido muchísimo. Se alegraba de todo cuanto había visto, pensando que así tendría algo que contar a su hermano Arch. Por fortuna, terminaron las carreras y los ejercicios violentos sin que hubiera que lamentar ningún herido grave. Y el resto del programa, compuesto de números más suaves y tranquilos, permitió a Molly respirar un poco.

-¡Qué, pequeña! ¿Te ha gustado esto? preguntó luego el señor See.

-¡Es lo más maravilloso que he visto en mi vida!-contestó la muchacha.

-Pues todavía te falta ver lo mejor, hija mía-añadió por su cuenta la señora See-. Todo

esto gusta mucho a los hombres; pero a las chicas, lo que las encanta de veras es el baile, donde pueden lucirse y brillar..

Estas palabras de Susana hicieron a Molly recordar lo ocurrido en la barraca con el último parroquiano. ¿Debía decírselo a la señora See?... Molly era muchacha innatamente honrada y estaba segura que era su deber confesar lo ocurrido a la señora See; pero, por otra parte, luchaba ahora con sentimientos nuevos y encontrados. El caso era muy extraño y delicado. Lo mejor era esperar. ¿Qué pensarían de ella, de todos modos, Susana y miss Price, si supieran que había prometido bailar con un desconocido que no sabía ni siquiera su nombre? Hasta este instante no había pensado Molly en esto. Mientras habló con aquel muchacho, sólo estuvo atenta a sus propias palabras, y con la charla se olvidó de todo lo demás. La había aturdido. Y eso que había que reconocer que aquel muchacho no tenía nada de cínico, ni de descarado y burlón, como los otros jóvenes que pululaban por la feria.

Fuera como fuese, lo que más preocupaba ahora a Molly era el tenerse que decir que aquel joven la interesaba demasiado. ¿Lo quería ya?... Y si era así..., ¡qué horror!... ¡A un desconocido cuyo nombre ignoraba ella también!... Lo encontraba, eso sí, muy interesante, y le parecía un joven honrado y bueno, como ella se sentía.

Molly recordó ahora con mayor intensidad aquellas palabras del desconocido, cuando le preguntó si tenía novio. ¡Ah, la dulzura de sus ojos en aquel momento!... Nunca podría olvidar Molly aquella mirada. Además, ¿habría adivinado el joven que a ella le gustaría tenerle como novio?... La respuesta a esta duda atormentaba a la joven. ¿Que diría la señora See si supiera todo esto?... ¿Qué pensaría de ella?...

Estos pensamientos volvieron a atormentarla de regreso al hotel, hacia el que se inició un verdadero éxodo de rancheros de las cercanías al terminar la fiesta. Molly estuvo sentada, durante la cena, con conocidos de los See, así es que, en medio de la general animación, no pudo dedicarse a sus meditaciones como hubiera sido su deseo.. Luego, ya a solas en su alcoba, experimentó cierta delicia mezclada de temor ante lo desconocido, ante aquel misterio del baile que ya se acercaba.

Se quitó la bata blanca dejándola sobre la cama, y procedió a cambiarse de traje. A momentos sentíase animosa; a momentos la invadía un gran desasosiego, un desconocido desaliento. Se peinó varias veces ante el espejo, sin que jamás le satisficieran sus peinados. Además, la persona que retrataba el espejo le parecía otra. ¿Quién era aquella muchacha?... Miraba sus hombros y sus brazos desnudos, y todo le causaba extrañeza y temor.

Cuando entró la señora See en la alcoba de la muchacha, prorrumpiendo en exclamaciones de asombro y dedicando a la belleza de Molly mil y mil elogios, el último vestigio de sensatez y serenidad desapareció del alma de la infeliz. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para decirse a sí misma que no era ni más ni menos que Molly Dunn, del Cibeque, y no una de aquellas *girls* elegantísimas de San Luis, como afirmaba la señora See, que estuvo una vez en la hermosa capital, y ahora declaraba que Molly merecíase llevar velas encendidas a su alrededor.

-¡Por Dios, señora See, me aturde usted, me confunde!-pudo decir Molly, encarnadísima.

Así, radiantes, salieron ambas poco después hacia el baile, que se celebraba en el Ayuntamiento, pocas manzanas más abajo del hotel. Los demás caminaban, pero Molly iba por los aires. Nunca en su vida había experimentado las sensaciones y los sentimientos que en este instante, caminando entre la multitud de hombres y mujeres, de niños, de indios también, y luego, cuando entraron en el Ayuntamiento, entre dobles filas de *cowboys* endomingados, bien afeitados, amables... Ocurriera lo que ocurriese, ella no podría olvidar más esto.

En el interior veíase una vistosa asamblea entre la que se contaba la señora Price, su hija Elena y un hermano de ésta, un chico desgarbado y larguirucho, de una edad aproximada a la de Molly. Inmediatamente, Molly se vio arrebatada por los dos jóvenes, siendo éste el instante más violento y difícil para la muchacha. Por suerte, también la timidez y el recato añadían un nuevo encanto a su belleza.

Librodot

Alrededor de la gran sala de baile, había mucha gente, en pie, hablando o paseando. El salón se iba llenando lentamente. Luego comenzó a tocar la música, no una charanga cualquiera, propia para leñadores y rancheros, sino una verdadera banda de música.

Valses y danzas del país constituían el programa. El primer muchacho que bailó con Molly fue el hermano de Elena, el chico de Price, que no bailaba muy bien, ni con mucho, pero que por suerte tampoco descompuso a la muchacha, que iba hecha una crema. Los intervalos entre las piezas eran frecuentes, pero muy breves, por fortuna. La gente joven en seguida aplaudía, pidiendo *bis.* Hombres y mujeres maduros formaban varios círculos alrededor del salón, mirando y hablando.

La pieza siguiente la bailó Molly con un amigo de Elena, un joven de la ciudad, muy bromista y alegre, y que bailaba bastante bien, por cierto. Y la tercera vez con el señor Price en persona, el cual declaró que iba a esmerarse, ya que bailaba con una chica tan linda como Molly. Por cierto, el padre de Elena bailaba maravillosamente, y tenía un buen humor envidiable, que hizo reír de veras a la chica.

Sin embargo, Molly se consumía, mientras tanto, interiormente. Ya hacía un buen rato que comenzó el baile. Molly, mirara donde mirara, encontraba rostros sonrientes y ojos que la contemplaban con dulzura. Tanta admiración la turbaba. La extrañaba el ambiente, de una elegancia nueva para ella, así como el público, muy distinto, de todos modos, del que llenaba la taberna de Enoch Summers o el salón de Mill en su aldea. Las gentes reían y charlaban, pero sin la grosería ni la procacidad de aquellas de su pueblo. A Molly le extrañaba no ver por ningún sitio ni borrachos ni peleas, inseparables de las fiestas de allá.

Al fin, luego de haber bailado cuatro o cinco veces, Molly, que descansaba cerca de la puerta entre un grupo de amigas, vio al joven que esperaba. La muchacha no pudo evitar un hondo estremecimiento. Venía vestido de negro, y parecía más alto y delgado. Sus ojos anhelantes, que brillaban de ansiedad, recorrieron la sala. Molly comprendió que la buscaba. Y ella a su vez no había anhelado jamás con tanto afán una cosa como este encuentro... que la hacía temblar. Al fin la vio. En seguida le sonrió, saludándola con una leve inclinación de cabeza. Molly volvió a estremecerse. ¿Qué iba a hacer?... Ella estaba ahora con Elena Price y sus amigas. ¿Se iba a acercar?... ¿Vendría a presentarse por sí mismo?... ¿Cómo justificaría ella que no sabía su nombre?... Por suerte le veía alejarse y Molly respiró.

La música comenzó a tocar de nuevo, y otro joven vino a invitar a Molly. Pero mientras bailaba, la muchacha no perdía de vista a su adorador. De vez en cuando, al girar, le veía, apoyado contra el muro, allá al fondo del *hall.* No bailaba él ni se mezclaba con nadie; en cambio, se la comía con los ojos.

Durante la pausa que siguió, Molly pudo advertir que le miraban las muchachas, cuchicheando luego entre ellas. Los mismos jóvenes le miraban también, con cierta expresión agresiva y torva. Debía ser forastero a todas luces. El significado de las miradas femeninas dirigidas a su pretendiente no se le escapaba ni mucho menos a Molly. Al fin, en una rápida mirada que ellos pudieron cambiar, comprendió la muchacha que él estaba esperando una oportunidad para acercársele.

Al final del otro baile, que Molly había bailado con el joven Price, la muchacha se quejó de cansancio. Encontraron una silla vacía y Molly se sentó. Hablaron un instante. Luego el joven dijo:

-¿Quiere usted que la lleve con mi madre, Molly?-No, gracias-repuso ella-; voy a esperar aquí a mi pareja para este baile.

-¡Ah, muy bien! Entonces, hasta luego.

En seguida, Molly miró a su adorador, qué ya sonreía desde lejos. En un instante estuvo a su lado. Luego, inclinándose hacia ella, le preguntó con dulce voz:

-¿Es éste mi baile?

-Sí-dijo Molly, emocionada, levantándose.

Comenzaron a bailar, Molly se sentía aprisionada dulcísimamente entre aquellos fuertes brazos. El joven bailaba bastante bien, y la muchacha sentíase, en cambio, torpe y aturdida

como nunca.

-¡Tenía miedo de que me olvidara usted, señorita!-murmuró él, sonriendo.

-¡Calle usted ahora, por favor!-repuso ella.

Él acentuó aún su sonrisa, obedeciendo. La cabeza de Molly iba junto al hombro del muchacho, y ella se apartaba un tanto, evitando todo contacto. ¡Y tanto que lo deseaba!... Sentía que su rostro ardía, y hubiera querido esconderlo entre sus manos. Ya no sabía si bailaba siquiera; giraba, se mecía en los brazos del joven, dejándose llevar por él. Molly se sentía invadida por todos los encontrados sentimientos que la atormentaban desde hacía dos días.

Cuando cesó la música, ellos se encontraron en el extremo del salón.

-¡Venga usted!-le dijo el desconocido-. ¡Salgamos un momento, antes de que la cojan por su cuenta esos cancerberos que no la dejan ni a sol ni a sombra!... ¡Tengo que hablarle!

IV

El joven la condujo a través de un largo corredor, que desembocaba en un jardín, desierto y sombrío a la sazón. Un solo rayo de luna se filtraba entre la arboleda, yendo a dar al extremo de un banco. El joven hizo sentarse allí a Molly.

-Es usted una chica muy amable; tan amable como hermosa-comenzó diciendo al mismo tiempo que lanzaba un hondo suspiro, como de alivio-. Yo no la conocía a usted.

-¿No me conocía usted?-repuso Molly-. ¡No me conoce todavía!

Dijo esto sin saber lo que decía.

-Es verdad. Ni usted a mí tampoco. Pero al principio creí que sí, que me conocía usted. ¡Tiene gracia!... ¡Y pensar que por poco no vengo a Flag!

-¿Habría sido terrible, verdad?-murmuró Molly, por decir algo también.

-¡Y tanto que sí! Pero, bueno, no quiero que hablemos ahora de mí, sino de usted.

-¡Huy, de mí!... ¡No quisiera hablar de mí!

-¿Por qué?... ¿Es usted acaso una mujer misteriosa?... Y diciendo esto, le cogió una mano a la muchacha, reteniéndola entre las suyas.

Molly no quería retirarla por la fuerza. Así es que se dio maña para hacerlo con disimulo.

Él se la comía con los ojos. Estaba muy pálido. Y sonreía de un modo inefable.

-¡Todo está permitido en el amor y en la guerra!-dijo luego-. Y la he traído a usted aquí, robándola a ésos, para que hablemos un instante.

Molly comprendió que ahora iba a verificarse y a tomar forma aquel presentimiento que la había asaltado por la tarde, de que algo muy grande iba a ocurrir en su vida...

-Es algo extraño lo que me pasa con usted-prosiguió el muchacho al cabo de un instante-. Algo que no acabo de comprender...

-¿Qué quiere usted decir?-inquirió Molly, muy inquieta. ¿Sería que ya la había visto antes, alguna vez?...

-¡Ni yo mismo lo sé!... Me refiero a lo del novio ese que dice usted que no tiene. ¿Quién sabe?... Usted tiene diecisiete años, desde luego, como me dijo esta tarde; pero a esta edad las mujeres del país ya se casan. ¿Tiene usted, por casualidad, un padre o un hermano terribles?

-¡Pues sí!-contestó ahora Molly, muy segura de sí misma-. ¡Tengo los dos: padre y hermano!

-Mire, me alegro. Yo me temía que estuviera usted con gentes extrañas... Muy bien: así solicitaré la plaza vacante.

-¿La plaza?... ¿Qué plaza?

-¡Sí, mujer!-sonrió él-. Quiero decir que voy a esforzarme seriamente para llegar a ser su novio formal.

-¡Oh..., usted no habla en serio ahora!-exclamó Molly, confusa.

-¿Que no? ¡Ya lo creo!-murmuró él acariciándose los cabellos con la diestra-. Usted no me conoce a mí; nadie me ha presentado; pero prefiero que me acepte usted así, así mismo...

-¡Oh, esto no es costumbre!-dijo ahora Molly esforzándose por aparecer serena, aunque temiendo en el fondo que él pudiera escuchar los latidos de su corazón alborotado.

-Ya lo sé; pero va le digo que prefiero que me acepte desde ahora. ¿Tiene usted fe en mí, sí o no?...

¿Fe?... ¿En qué sentido?

-¡Bueno, fe..., entiéndame usted! Yo tengo madre... Y usted, siendo una muchacha...

-Sí, una muchacha que comienza a ser mujer...

Él sonrió a su respuesta, traduciéndola por algo que quería comunicarle ánimo y confianza. Entonces se apoderó de la mano de la muchacha otra vez, tirando de ella hacia sí, como si quisiera atraerla dulcemente. Molly pensó que hacía aquello sin darse cuenta; de todos modos, se puso más sobre sí, esperando anhelante...

-¡La querré mucho, mucho..., como no puede figurarse!... ¡Sólo viviré para usted!... ¡Dígame que sí!... Molly se sintió ahora arrastrada al borde de un abismo.

-¡Oh! Usted es... es...-pudo decir tan sólo, con voz opaca.

Apenas se daba cuenta de lo que ocurría. El muchacho la había acercado tanto a sí, que Molly casi recostaba ahora su cabeza en un hombro de él. Y ella no había opuesto la más leve resistencia. Se encontraba floja, blanda, inerte. Sin embargo, con un poderoso esfuerzo de su voluntad, intentaba reaccionar.

-¿Si yo le dijera que sí... y usted luego me abandonara?...

-¡Oh Dios mío! ¿Por qué dice eso?... ¡Dígame que sí, corazón!... ¡Dígamelo pronto, o si no...!

Aquella declaración le había sofocado, y su rostro aparecía encendido. Molly adivinaba sus deseos, e intentó reaccionar; pero ya era tarde: él la tenía entre sus brazos, oprimiéndola contra su pecho. Molly cerró los ojos._ Comenzaba a sentirse vencida...

Pero de pronto, reaccionó de veras. Experimentó una aversión inmensa hacia aquel hombre, e, irguiéndose, descargó una terrible bofetada en el rostro del muchacho, bofetada que, dada a ciegas, fue a herir al osado en plena boca.

Él lanzó un grito leve de sorpresa y dolor, llevándose una mano a los labios. Luego se acercó el pañuelo a la boca. El golpe había sido tan rudo, que le había partido un labio.

-¡Oh, perdóneme!-dijo, contrariado-. ¡Estaba loco!... ¡Pero no he querido ofenderla!

Entonces Molly, con un movimiento tan impulsivo e irreflexivo como el otro, acercó una mano temblorosa al labio herido del muchacho.

-¡Oh, lo siento!-dijo aturdidamente-. ¡No quise hacerle mal!...

Y, en seguida, dio un beso tímido en la boca del hombre, encogida y sofocada por su propio atrevimiento.

-¡Bien!-dijo entonces el joven sonriendo-. ¡Es una dulce rectificación por su parte! Pero esto... ¿quiere decir «¡sí!«?

Molly se cubrió el rostro con las manos, al tiempo que bajaba la cabeza, y contestó:

-¡No sé lo que he hecho!'... Pero ya ve usted que no he querido decirle que sí...

-En ese caso, mejor hubiera usted hecho dándome una explicación.

Molly levantó ahora la cabeza, extrañada por el tono en que él había pronunciado estas palabras. Sus ojos la miraban con una expresión de fuego, y su rostro aparecía pálido, casi lívido, a la luz incierta de la luna.

-¡Yo soy una chica buena!-acabó por confesar Molly, como en una explosión de sinceridad irreprimible-. ¡Yo no soy lo que usted se cree!... ¡Ya he dado muchas bofetadas a otros chicos... cuando ellos se tomaban ciertas libertades conmigo!... Yo les gustaba, por lo

visto..., pero no quiero que me toquen ni me besen... Comprendo que no he debido de darle esa bofetada, pero... no quiero que usted también me tome por una chica mala... Además, usted me ve vestida de este modo, y se engaña. ¡Yo, con este traje!... ¡Pobre de mí!... ¡Si usted supiera!... Yo no quería ponérmelo, y tenía miedo de no sé qué...

-¡No comprendo!... ¿Usted quería que yo la creyese...? ¿Cómo?...-preguntó ahora el joven inclinándose hacia ella.

-...Que usted me creyese como miss Price y sus amigas-aclaró Molly, contenta de que él hubiera adivinado su pensamiento.

¡Ya quisieran todas ellas parecérsele a usted!-contestó entonces el muchacho-. Yo le he dicho que quería ser su novio. Y tengo la seguridad de que no se lo habría dicho a ninguna de ellas...

-¡Pero usted no me conoce a mí!

-Pero puedo verla y juzgarla, ¿no es eso?... ¡Y usted para mí es la muchacha más dulce y más bella que yo he visto en mi vida!

Molly sonrió con amargura, contestando :

-¡Oh, ya dicen que las buenas plumas hacen buenos pájaros!

-¡No diga usted eso, chiquilla mía! Ya veo algo extraño en su actitud, pero tengo confianza en usted... Además, había interpretado su beso como un *sí,* porque, ¡Dios mío! ¿Qué otra cosa puede significar un beso, entonces?...

-¡Pues no! ¡En este caso está usted equivocado!

-¿Cómo?... ¿Quiere decir, entonces, que sus besos no tienen valor?

-¡Oh! ¡Usted es el primer hombre al que yo he besado en mi vida!-aclaró ella rápidamente.

-Eso me llena de orgullo. Pero, dígame, ¿qué otra cosa que un sí de amor puede significar un beso de mujer?

-¡Oh, estaba fuera de mí, se lo juro!... Estaba avergonzada..., nerviosa de ver que le había hecho a usted daño. ¡Pero ya habrá visto que mi beso no ha sido un beso impuro, ni mucho menos!

-Antes me ha dicho usted que quería que yo la considerara igual a miss Price y sus amigas. No lo entiendo... ¡Qué más quisieran ellas que poder compararse con usted!

-¡Oh! Usted quiere burlarse de mí, ¿verdad?-dijo ahora Molly con un sarcasmo doloroso.

-¿Por qué dice eso?

-¡Quién sabe!... Pero la verdad es que... este traje mío..., el haber venido aquí... y todo eso que está ocurriendo..., todo me hace pensar que está usted de broma.

-Pero, criatura, ¡y dale con el traje!... ¿Es que cree usted que a mí me importaría verla vestida de otro modo?...

-¡Y tanto que le importaría!... ¡Aunque usted no lo crea!

-Pero..., chiquilla, ¿no me he enamorado yo de usted viéndola en la barraca?... ¡Y allí no iba usted vestida como ahora!

Estas palabras encerraban una revelación demasiado hermosa y demasiado fuerte para que el corazón de Molly pudiera resistirla. Se consideró vencida, perdida... Un poco más, y ella acabaría por caer en los brazos de este hombre que le volvía loco el corazón.

-¡Pero usted no sabe siquiera quién soy yo!-pudo decir haciendo un gran esfuerzo.

-¿Usted?... ¡Usted es mi alma, mi novia, mi corazón entero!-contestó él, en tono de triunfo.

Molly se sintió envuelta en una ola de dulzura insoportable, que la exaltaba y la elevaba. Luego dijo:-¡Yo soy Molly Dunn, de 'Cibeque!

-Molly Dunn ¡Qué bello nombre!... Y ¿el Gibe-que?... ¡Ah, ya! Ése es el nombre del valle de que me habló usted allá en la feria, ¿verdad?

-Sí. Allá los llaman los bosques del 'Cibeque.

-¡Dunn!... Yo he oído este nombre antes. ¡Sí, sí! Ahora recuerdo. Tuve una cuestión con un sujeto llamado Dunn. Dunn *«el Hondero»,* le llamaban. Pero seguramente no tenía nada que ver con su familia de usted.

-¿Y por qué no podía tener relación con nosotros?-preguntó Molly, muy serena ahora.

-¿Cómo que por qué?... Usted no sabe qué clase de sujeto era aquél... ¡Era un perdis, un vagabundo!... Todo un tipo. Le llamaban *«el Hondero»* porque llevaba siempre una pistola al cinto, y, por tres menos dos, la emprendía a tiros con cualquiera. Ya había matado a varios hombres. El *sheriff* de aquí le tiene miedo, créalo usted, y vería con gusto que le quitaran de en medio. Yo tuve la desgracia de cruzarme una vez en su camino, y tuvimos una cuestión..., pero le canté las cuarenta. ¡Nunca olvidaré cómo me miró aquel hombre! Por suerte su compañero, un tipo de bandido también, como él, se lo llevó. Y ya no lo he vuelto a ver.

-El verdadero nombre de ese sujeto es Arch-dijo Molly poniéndose en pie ahora.

El otro la miró algo sorprendido; pero en seguida contestó:

-¡Sí, ya, claro! Usted, viviendo por aquí, le habrá oído nombrar.

Luego añadió, en otro tono:

-Claro está que ha de ser muy desagradable que un bandido semejante lleve también el apellido de ustedes, Duran. La gente puede creer que es su pariente.

-Y lo es.

El desconocido se puso en pie lentamente, frunciendo el ceño haciendo un gesto de terror.

-¡Imposible, miss Dunn!... ¿O será, quizás, algún 'pariente muy lejano de ustedes?...

-¡Es mi hermano!

-¡Dios mío! ¿Qué dice usted?... ¿Su hermano?... *¡Usted* tan linda, tan elegante, tan bella, tan dulce!... ¡Ahora recuerdo que lo volví a ver borracho, sucio, inmundo, de gran francachela con mejicanos e indios!... Y... si es verdad que es individuo de su familia..., entonces será seguramente un vagabundo, separado de ustedes, ¿no?

-No, no. Él estaba en casa el día en que yo me vine a Flag.

El hombre, entonces, al oír estas palabras, pareció vacilar, no solamente ante el horror de la revelación de Molly, sino también por la gravedad de lo que él había revelado a la pobre muchacha.

-¡Oh, cuánto lo siento, señorita!-dijo medio aturdido-. ¡La he ofendido a usted, la he hecho mucho daño, lo comprendo!... ¡Pero, perdóneme!... Yo no pude imaginar nunca... Al fin y al cabo, ustedes no tienen la culpa si su hermano...; ¿quién iba a imaginarse semejante cosa?...

-¿Lo ve usted?-murmuró Molly, apasionadamente.

-¡No, no!-rectificó con viveza el joven-; yo quiero decir que era imposible que una muchacha tan linda y tan dulce como usted tuviera semejante hermano. Aunque le juro que a mí, en el fondo, no me importa esto.

Y se encogió de hombros, pronunciando las últimas palabras en un tono como ligero, al tiempo que sonreía de un modo pálido.

Molly, ante la brutalidad de la revelación, se había quedado como una piedra. Estaba erguida, inmóvil, fría, sorprendiéndose de su propia fortaleza...

-¡Y tanto que ha de importarle! No diga usted otra cosa-pudo decir al fin gravemente la muchacha.

-Le juro que no. Por lo demás, espero que usted sabrá sostener su palabra.

-¿Palabra?... ¿Qué palabra?... Yo no le he dado a usted ninguna palabra.

-Pero me ha dado un beso. ¡Un beso salido-del corazón! ¿Qué más puede darme?

¡Desde luego! Pero eso no era una promesa en modo alguno.

-¡Caramba! Era más que una promesa. A menos que me haya querido engañar...

-¿Engañar?... Yo no le quiero engañar a usted.

-Entonces... sostenga su palabra. ¡Mire, olvidemos... eso para siempre! ¡Ya ve, Molly,

que nos enamoramos antes de conocernos! ¿No es verdad?

-Pero no diga usted *nos enamoramos,* sino *me enamoré,* que es muy distinto.

-¿Aún discute las palabras, amiga mía?

Molly no supo qué contestar ahora. Volvía a sentirse vencida, desamparada, como al borde de un precipicio. No podía resistir a este joven, y lo peor era que comenzaba a no tener fuerzas siquiera para disimular su vencimiento.

-Yo le besé porque quise ser justa-dijo al fin-. Quise ser justa con usted igual que conmigo misma... Porque comprendí que había hecho mal pegándole la bofetada. Pero eso es todo.

-Bien, bien; todo lo que quiera; pero precisamente por el hecho de besarme, una muchacha como usted, a

la que yo sé honrada y decente, promete amor a un hombre. ¿Qué otra cosa puede significar un beso de una mujer buena?... ¿No lo comprende usted?

Molly comenzaba a rendirse a la evidencia de lo que decía este hombre. Así es que, como el que se aferra a una última tabla de salvación, volvió a repetirle que ella era una muchacha humilde, más que humilde..., ¡no más que la pobre Molly Dunn del Cheque!...

Pero en este instante, la muchacha se sintió cogida entre unos brazos vigorosos, abrazada, apretada... Él la había enlazado por el talle con toda su fuerza, aunque con cierta prudencia, tal vez para evitar un segundo golpe.

-¡Basta ya de repetir eso!-murmuró el muchacho con voz fuerte-. ¿Qué me importa a mí quién es usted?... ¿Qué me im[p]orta a mí que se llame Dunn o que se llamara Jones o demonios?... ¿Y qué le puede importar [q]ue yo me llamara, por ejemplo, Bud Applegate, en vez de llamarme como me llamo, Jim Traft?..

-¿En lugar de... qué?-balbuceó Molly, aterrada, escapándose de entre los brazos del muchacho.

-¡Ya le di[g]o: en lugar de James Traft! Jim, abreviando mi nombre, como me llaman de ordinario.

-¿Traft?... Pero éste es el nombre del rey del ganado, ¿no es verdad?

-Desde luego. Yo soy su sobrino. Mi padre es hermano del rey del ganado.

-Entonces... ¿usted es el nuevo capataz del equipo de Traft?

-Sí, yo soy-contestó él con cierta irritación-. Esta misma fue la pregunta que me hizo su hermano. Sólo que su hermano me insultó, mientras usted... Por aquí, a las gentes del Oeste parece molestarles la idea de que yo sea capataz. ¿Por qué?... ¡Yo no soy ningún fantoche, me parece a mí!

-¿Usted es quien está construyendo entonces esa cerca tan grande?

-Sí, yo soy, en efecto-contestó él, con cierto énfasis.

-¿Y no sabe usted que esa valla es una bofetada para todos los rancheros y las gentes del campo del Cibeque?

-No, no lo sabía. El tío Jim sólo me dijo que la cosa molestaría a algunos colonos de la comarca..., a gentes de la plebe...

-Pues yo soy hija de uno de ellos... y hermana de otro-dijo Molly, en tono trágico; y, con un relámpago en sus ojos de princesa rústica, dio media vuelta y se fue, dejando allí plantado a Jim.

V

Hasta los dieciocho años, james Traft había visto a menudo a su tío, el colonizador y gran criador de ganado de Arizona, que hacía frecuentes viajes al Este. De aquí había nacido un sincero afecto entre ellos. James había crecido escuchando a su tío historias de luchas entre

indios y granjeros, de batallas entre salteadores de caminos, *cowboys* y ladrones de ganado. El *tío del Oeste,* como le llamaban, no se había casado nunca; en cambio adoraba a su hermano, el padre de james.

Luego había habido un intervalo de cuatro años, durante los cuales Jim Traft no visitó al Missouri. Sus enormes intereses habían llegado a ser tan complicados, que no podía abandonarlos. Durante este tiempo quiso ser granjero, empleado de oficinas, y otras varias cosas, que sólo sirvieron para demostrar que el chico no inventaría una nueva pólvora jamás. Al fin, una carta del Oeste vino a cambiar el mundo y la vida para James.

Algunos pasajes de esta ruda carta dirigida a su padre fueron muy difíciles de digerir por parte de James. Decía el tío o dejaba entender en su carta que en el natural curso de los acontecimientos todo el dinero y las propiedades que poseía irían a parar a manos de James; pero que era preciso saber el uso que haría de uno y de otras. Que si era el muchacho fuerte y decidido, debía hacerse ranchero, ya que la industria del ganado adquiría de año en año mayor importancia. Los tiempos de los grandes terratenientes, de aquellos señores feudales que explotaban al *cowboy*, habían pasado, aunque hubiera en el campo algunas plagas, como la que representaban los ladrones de ganado, etc.

En resumen: el tío venía a decir que le dolía que todo su dinero y sus propiedades fueran a parar a manos del sobrinito, sin que éste hubiera trabajado poco ni mucho en ello, y que era preciso que le dijesen con claridad si james se consideraba con valor y energías suficientes para ir a vivir y trabajar en el Oeste.

Al principio, James habíase puesto furioso, y, humillado y lleno de rencor hacia el tío, no quería oír hablar de su viaje a Arizona. Pero, de todos modos, la opinión de su padre prevaleció al fin. El viejo Jim era rudo y francote; pero era bueno y dulce en el fondo, y quería sinceramente a James. Se ofendería y le dolería inmensamente que el sobrino rehusara ir allá y jamás lo perdonaría.

-¡Y yo temo provocar las iras de mi hermano, Jimmy!-continuó diciendo su padre-. Además, piensa que aquí no tienes porvenir ninguno, hijo mío... Yo quiero que vayas, porque comprendo que te conviene. ¡Demuestra al tío Jim que tú eres un Traft!

Convencido, al fin, y cerciorado de que, en efecto, no debía desperdiciar aquella magnífica ocasión, James partió para el Oeste. Su primer conocimiento con las Grandes Llanuras lo había hecho desde la ventanilla de un tren, y mucho antes de contemplar las vertientes grises del Colorado y los altos picachos de las Montañas Rocosas, el latente espíritu de aventura que dormía en su corazón se había despertado, haciendo sentir al muchacho un escalofrío heroico. Luego, las inmensas mesetas boscosas de Nuevo Méjico y los valles dorados y los desfiladeros y los paisajes grandiosos de Arizona, conquistaron por completo su corazón para el Oeste, mucho antes de que el tren se detuviera definitivamente en Flagerstown.

James había telegrafiado a su tío anunciándole su llegada, pero no había nadie en la estación esperándole. ¡Qué pobre población, dormida, polvorienta, de calles anchas y silenciosas!... Salvo algún que otro edificio, todos eran de madera, y no parecían tener más que una habitación, semejante a una cámara. Él sabía que su tío vivía fuera de la ciudad, pero no muy lejos. James encontró al fin una cochera, donde alquiló un carruaje, que iba a guiar un locuaz negro, y poco después salían de la ciudad. Por cierto que lo que el tal negro de Flagerstown le fue diciendo por el camino no halagó ni tranquilizó mucho al muchacho.

Pero a James, en cambio, le agradaron mucho los bosques inmensos de pinos, y las llanuras verdes y grises que se extendían a ambos lados de la carretera, y las montañas negras que se alzaban en la distancia, cerrando el paisaje grandioso. Al fin pudo contemplar la casa de campo de su tío Jim Traft, la gran casa de labor de su rancho. No era, ni mucho menos, como el tío se la había descrito al muchacho. El tío Jim no era muy hablador, como todos los que dedican sus esfuerzos a la acción. Todas sus ilusiones eran y habían sido hacer crecer su rancho y criar aquí cantidades enormes de ganado. Al fondo de un prado muy verde, la casa del tío, grande y baja, mostraba su blancura de cal al sol, en la cima de una loma arbolada de

Librodot

pinos, y más abajo se agrupaban en montón graneros, corrales y cobertizos. El ganado moteaba todo el valle anchísimo, y en los prados cercados de espinos o de setos pastaban caballos, potros o vacas, tan numerosos que no podían contarse.

El camino zigzagueaba luego, subiendo a la colina, y James pudo contemplar a su antojo las inmensas propiedades de su tío, todos los prados, las vegas y los bancales más inmediatos a la casa; así es que cuando llegaron a ésta, el chico se sentía invadido por un entusiasmo inmenso de su futura vivienda y el hermoso escenario que la rodeaba.

Un lindo porche cubierto servía de frontis a la casa. Aquí James bajó su equipaje, pagando al negro; luego llamó a la puerta. Pero como nadie le contestara, dio la vuelta a la casa. Una ancha plazoleta conducía a los corrales. James vio algunos hombres por allí y se encaminó hacia ellos.

Pronto se tropezó con tres *cowboys* que parecían limpiar a un caballo; y casi en seguida descubrió a su tío Jim, que estaba con otro señor, y parecía vigilar el trabajo de los pastores.-¡Hola, tío Jim!-gritó 'el muchacho.

El ranchero volvió rápidamente la cabeza, y sonrió al ver a su sobrino.

-¡Hola, Jim!-dijo en un tono completamente natural, como si hubiera visto al muchacho la víspera. Luego le tendió la mano, añadiendo-: Recibí tu telegrama, pero se me ha olvidado ir a la estación a esperarte.

Traft no había cambiado. Pero su traje era nuevo para

Jim, lo mismo que cuanto llevaba encima; altas botas de elásticos, ancho cinturón de cuero al cinto, con una funda de revólver vacía, una camisa gris de campo, lisa-y suave, y un chaleco que debía contar varios años. Era un hombre alto, fornido, de aspecto montaraz, que, a pesar de estar ya cerca de los setenta años, todavía se mantenía erguido y fuerte como un roble de la montaña. Su rostro, curtido por el sol y el aire de las grandes llanuras, parecía tallado con un hacha, y tenía una clara expresión y un perfil soberbio de ave de presa.

-¡Dale la mano aquí, a Ring Locke!-dijo luego el tío señalando a su compañero, un hombre alto y delgado, cuyos ojos pequeños y vivos casi desaparecían bajo las alas de un viejo sombrero negro.

Jim obedeció, saludando cordialmente al desconocido.

-¿Qué tal?-dijo Locke, cuyo acento revelaba que era oriundo de Texas-. ¡Yo también me alegro de conocerle!

-Éste es mi sobrino de quien le hablé a usted-continuó diciendo Traft-. Viene del Este, y va a ser el capataz de mi equipo de allá, del Diamante.

El otro asintió. Era un capataz de su tío, que llevaba muchos años en el rancho.

-Sí, el tío me dijo que quiere que yo sea capataz del equipo ese-aclaró el sobrino-; y aunque no tengo miedo a nada, me temo que siendo forastero...

El capataz sonrió a su vez, contestando:

-¡Bueno, basta con que tenga usted buena voluntad! Lo demás ya se lo enseñará la práctica...

-Buena voluntad no ha de faltarme. Cuando recibimos la carta del tío Jim tuve miedo, la verdad. Me parecía la cosa una empresa superior a mis fuerzas. ¡El tío me había contado tantas historias de *cowboys rebeldes,* de bandidos de las praderas, de toros y novillos salvajes, de luchas, de peleas... que, la verdad..., no sabía ni acababa de decidirme! Pero, en fin, aquí estoy.

-Bueno, hombre, bueno. Ya se irá usted habituando a esta vida. Aquí hay peligros, como en todas partes; pero con ánimo y valor... Además, ya le ayudaremos entre todos...

Jim sintió instantáneamente una gran simpatía por el capataz de su tío. En cambio, los tres *cowboys* que estaban a pocos pasos, inmóviles como postes, y mirándolos con ojos fijos, le producían muy mal efecto, la verdad. Era seguro que debían haber oído todas las palabras pronunciadas en el grupo de los Traft y el capataz. Eran unos jayanes extraños. Uno de ellos, el que sostenía el caballo de la brida, llevaba un revólver al cinto. Jim miraba el extraño trío, esperando ser presentado; pero el dueño del rancho, el viejo Traft, pareció olvidarse de ello o

Librodot

evitarlo adrede.

-Bueno, vamos para la casa-dijo al fin-. ¿Has tenido buen viaje, Jim?

-¡Oh, ya lo creo! Se me ha quedado tieso el cuello de tanto mirar por la ventanilla del vagón. No importa lo qu[e] uno haya leído u oído, no se forma verdadera idea de las cosas hasta que se las ve. Yo, la verdad, me imaginaba de otro modo esos paisajes grandiosos, las llanuras, las colinas, los valles, los campos, los prados, las montañas... Todo, todo me ha gustado mucho, tío; pero, sobre todo, Arizona.

-¿Y por qué?

-¡No sé! Quizá por esos prados dorados, ¡tantas flores!... Y luego los desfiladeros y los cañones de las montañas..., ¡tan grandiosos!

-¡Ya! Hubiera dado algo por verte en el tren, chico... ¿Cómo está tu madre?

-Muy bien. Se empeñaba en venir conmigo; suerte que mi padre la pudo convencer...

-Y tu padre, aquel gran comerciante, ¿cómo va?

-Últimamente no ha estado muy bien, aunque por suerte no era nada grave. Me ha dado una carta y algunas cosillas para usted.

-¿Protestaba porque te venías?

-¡Al contrario! Él me aconsejó desde el primer instante que me viniese con usted.

Llegaron a la casa, y el ranchero los condujo a una amplia habitación, llena de luz, de paredes y techo de madera de pino, de un color amarillo claro. La madera estaba sin pintar siquiera. Unos cuantos pellejos de carnero o de venado, una estufa, una mesa con una lámpara encima, un viejo *bureau* y un gran espejo constituían el mobiliario de la alcoba, amén de una camita pequeña, cubierta con una colcha. La sencillez de la estancia agradó a Jim desde el primer instante.

El tío le instaló allí, y luego dijo:

-Bueno, sal después ahí al porche, y ya hablaremos.

Jim extrajo de su equipaje la carta y los paquetes de que había hablado a su tío, y momentos después salió a entregárselos al viejo Traft.

-Gracias, muchacho. Luego lo miraré todo... ¡La verdad es que has crecido!... ¡Estás hecho un chico de primera!... A propósito: ¿montabas mucho a caballo en estos últimos tiempos?... Porque yo recuerdo que te gustaba cuando eras más pequeño.

-¡Ya lo creo, tío!!Casi cada día montaba a caballo. Ya sabe usted que mi padre quiso que yo fuera ranchero.

-Sí, ya recuerdo que tu padre me habló de ello. ¿Y qué?

-Lo dejé... No me iba bien, tío-contestó Jim, con un dejo de tristeza en la voz.

-¿Y por qué motivo no te iba bien, hombre?-preguntó el viejo Traft en un tono que indicaba que ya estaba enterado de ello.

-No sé. Quizá no tenía bastante experiencia. Aquella vida monótona me exasperaba un poco. Estuve dos años de granjero; hasta que papá, al cabo de aquel tiempo, vendió la granja, aunque a mí, en el fondo, me gustaba, la verdad, a pesar de los malos ratos.

-¿Y qué otra cosa has hecho durante estos cuatro años en que yo no te he visto?

-Estuve un año yendo al colegio, después de la última vez que estuvo usted allá en mi casa. Luego, los dos años que le digo, en la granja de mi padre. Y el año último he hecho varias cosas..., una de las cuales era muy buena para mí.

-¿Qué cosa era ésa? ¿Apostaría a que te refieres a haber sido dependiente en el almacén de tu padre?

-No, no. ¡Casi me da vergüenza decírselo a usted, tío!... Fue una cosa mía... Es que un día pensé que plantando algunos árboles estarían mejor los alrededores de nuestra casa, y entonces se me ocurrió plantar algodoneros. El vecino, al verlos, me llamó y me dijo que me pagaría un tanto si le plantaba también algodoneros en su finca, y así lo hice. Y, ¡mire, cuando llegó su carta de usted, iba a emprender otras plantaciones, por las que me habían ofrecido también dinero!

-¡Vaya una idea, hijo mío!-protestó el viejo ranchero-, ¡y vaya un porvenir! ¡Plantar algodoneros!...

Hizo una pausa, y añadió:

-¡Bueno, eso estaba bien para allá, para el Missouri!... Ahora estás en Arizona. Juraría que en mi carta te decía y le decía a tu padre todo lo que yo quiero y espero de ti. Pero, bueno, la verdad es que mi carta no lo decía todo. Tu padre se habría salido de sí. He pensado que sería mejor decírtelo a ti de palabra. ¿No te parece que es preferible?

-Sí, tío, desde luego; sobre todo si se trata de un trabajo tan duro y penoso como el que yo me imagino. Sobre todo si es verdad que me ha nombrado usted a mí su heredero.

-Claro está, hijo mío, que todo lo que yo tengo irá a parar a tu padre y a ti. Pero, bueno, ahora es otro asunto.

-Pero para mí eso tiene la mayor importancia, tío-declaró Jim con una sonrisa de sarcasmo, no exenta, sin embargo, de amabilidad-. Yo le agradezco a usted en el alma su bondad; pero si no llegara a ser un buen ranchero, ¿de qué me iban a servir a mí sus fincas y su rancho?

¡Sí, ya te comprendo! Además, ya me figuro que a tu padre nunca le hará falta mi herencia...

Se detuvo, mientras sus ojos azules parecían penetrar en el mismo corazón de su sobrino, que le miraba y escuchaba con ansiedad. Luego continuó, como si subrayara las palabras:

-Sin embargo... el sitio y las manos a que vayan a parar mis bienes no es para mí lo más importante. ¡No! Ahora es cuestión de la sangre. Y yo no quisiera que el único descendiente que tengo pudiera decir algún día que no le había dejado nada ni me había ocupado de él. Además... quiero que nuestro apellido se perpetúe...

-Entonces... ¿eso es lo más importante del asunto, tío?-inquirió el muchacho con curiosidad.

-Sí, pequeño. Yo quiero que tú seas para mí algo así como un hijo, un verdadero hijo. ¿Comprendes?

-Eso es muy fácil, tío, si ello depende de la sinceridad de mi cariño y de mi obediencia.

-Desde luego, eso influirá, pero no es todo, hijo mío. ¡Ahora se trata de tener valor!

-¿Valor?... Recuerdo que lo decía usted en su carta y a mí me preocupaba eso. Pero espero poder contestarle a usted, tío.

-Entonces, ese trabajo tan duro y difícil que dice usted que yo voy a hacer, ¿tiene que ver con los ladrones de ganado?-preguntó Jim.

-Sí, un poco, hijo mío.

-En ese caso, ¿por qué no lo ha encomendado usted a uno del país, como por ejemplo al mismo Locke?

-Locke no puede ocuparse de ello, hijo mío, y aunque pudiera, no es eso lo que yo quiero: lo que yo quiero es que esto se acabe, ¿comprendes?... Y lo conseguiré, como me llamo Traft. Créete que esto será una gran cosa para el rancho y para todas mis propiedades y las de los vecinos, si lo conseguimos. Y yo no quiero que uno de estos *cowboys* matones que andan por aquí se lleve la gloria de este asunto, teniéndote a ti.

-¡Es usted muy amable, tío!-dijo ahora Jim con una sonrisa de ironía que no escapó al viejo-. Pero, ¿está usted seguro de que algún *cowboy* del país habría aceptado la tarea?

El viejo Traft sonrió a la pregunta. Luego contestó:

-Muchos de mis *boys* son valientes para eso y para mucho más, hijo mío; y te advierto que mi equipo de *cowboys* del Diamante es el equipo de chicos más valientes y decididos de Arizona. Y ese equipo es el que tú vas a mandar, Jim.

-¡Caramba! Si es un grupo de chicos tan valientes... Pero, bueno, ¿qué es lo que yo tengo que hacer, tío?

-Ya lo verás. Mira: yo quiero construir una cerca desde aquí, desde mi rancho, hasta los

bosques y las mesetas del Diamante, ¿sabes?... ¡Unas cien millas de cerca! Pero de una cerca de *cañón*, de *corriente*, como las llamamos en el país.

-¿Qué es eso de una cerca de *cañón*, tío?

-Pues se llama así a las cercas o vallas que forman embudo, dejando encerrado al ganado, claro está, el cual, al llegar al final de la valla, no tiene más remedio que volver hacia atrás. ¿Comprendes?... De este modo se evita que los animales se extravíen ni entren en parejas donde los acechan los ladrones. ¿Estás?... Yo tengo varias por aquí, pero son pequeñas, para encerrar sólo parte del ganado. Ahora quiero hacer una que coja todas o casi todas mis propiedades, por lo menos los pastizales, hasta los bosques del Diamante.¡Ah, bueno! No creo que sea una cosa tan difícil construir una cerca de cien millas, tío.

-¡No, no, desde luego! Lo difícil será mantenerla, hecha luego que esté construida, quiero decir, mantenerla incólume.

Jim comprendió ahora que aquello era, en efecto, la clave del enigma.

¿Y quién va a romperla?-preguntó al cabo de unos instantes de pensativo silencio-. ¿Allá abajo, en el Diamante?

-Ya lo creo. Mejor dicho, allí y en todos lados. ¡Con decirte que hasta Blodgett, que es otro de los grandes granjeros, no acaba de aprobar mi idea de construir esa valla!... Fíjate: una valla de espinos es aquí algo así como un asesinato. Y los tipos del país, los *cowboys*, los leñadores y hasta... ¡sí, ya ves, hasta no pocos rancheros! , se sienten como vejados y humillados por una cerca. De las gentes del campo no hablemos: una valla les saca de quicio. ¡Pues yo la construiré de todos modos! Es necesario, y basta. Ya ves lo que yo pongo en tus manos, hijo mío.

-Pero, bueno, tío, ¿desde luego, le asiste a usted el derecho para hacer esa cerca?

-¡Claro que sí, aunque ésa es otra cuestión! Yo podría probarlo ante la ley. Y si alguien me pone en litigio, tendría que probarme en qué le perjudico yo al hacer esa cerca. Te advierto que ningún hombre honrado, entre los muchos criadores de ganado del país, haría nunca semejante cosa. Estoy seguro.

-¿Y usted podría probar que, en efecto, le roban ganado, tío?

-Y claro que sí. En cuanto mi capataz, Ring Locke, y no pocos de mis *cowboys* se brindaran á declarar como testigos. Pero todas estas gentes temen las cosas de la justicia como al diablo. Por eso tú debes darte maña para enterarte de lo que ellos saben; de este modo contaríamos con un testimonio irrefutable; ¿comprendes?

-¡Ya! Lo intentaré. Pero ¿el derecho moral le asiste a usted también?

-No me preguntes esto, Jim. Tú no eres tonto, y aunque acabes de llegar al país, te darás pronto cuenta de todo lo que aquí pasa. La cuestión del derecho moral es lo más claro del asunto. Mi conciencia me lo dice con toda certeza. Yo sé, ¿comprendes?, yo *sé* positivamente que, a la larga, mi valla beneficiará al país y a todo el mundo.

-¿Cómo lo sabe usted, tío?... ¿Cómo puede usted probar eso?

-Sí, hombre. Ya verás como todos los grandes ganaderos del país saldrán beneficiados con ello.

-¡Oh, claro, eso es muy fácil!

-Bueno; y los pequeños dejarán de robarnos, caramba.-Bien, ¿pero no habrá algunos que hagan otra cosa, tío?

-Sí, claro, hijo mío; para muchos, nuestra valla será una especie de advertencia saludable, y dejarán de robar mi ganado; otros, en cambio, la cortarán, y seguirán metiéndose en mis propiedades y llevándose mis reses; precisamente de aquí vienen mis dudas. La valla, lo mismo podemos terminarla en paz y en gracia de Dios que tener que suspenderla a las pocas millas. Muchos rancheros, amigos míos de las cercanías, me dicen que la tal valla va a armar la de Dios es Cristo en la comarca. Por eso la mayoría me dejan solo.

-Bueno, ¿y qué le importa a usted eso?

-¡Oh, a mí nada en el fondo! Lo que me preocupa en verdad es que la valla dé lugar a

los líos y a las luchas que me anuncian..., de que corten la valla, de que haya tiros y peleas... ¡Y yo pensaba si a ti te asustaría todo eso!

-¡No será muy divertido, la verdad!-comentó Jim.-Pero no lo digas delante de la gente, hijo mío. Sobre todo delante de los *cowboys* de mi equipo del Diamante.

-¿Tengo que aparecer hipócrita ante ellos, tío?

-¡No, no te digo eso! Digo que tú vayas a tu asunto, y nada más. No tienes que dar explicaciones a esa gente, ni hablar con ellos más que de las cosas del trabajo... ¡Hacer éste... y pronto! ¿Comprendes?

-¡Ya, ya! Si no es más que eso...

-Nada más. En ti pongo mi suerte y mi confianza, hijo mío. Y tú tienes que ayudarme, aunque sea por egoísmo.-Nada eso, tío. Yo le obedeceré y le serviré de todo corazón. Además, tomaré el trabajo como cuestión de amor propio y con todo entusiasmo.

-Gracias, pequeño. Así me gusta oírte. No esperaba menos de ti.

-Gracias, tío. Y usted debe y puede aconsejarme cuanto quiera...

-¡Oh, ya te digo que muchos considerarán la cerca como un desafío! Pero ¡pecho al agua! Yo te ayudaré en todos sentidos, dejando ahora a un lado nuestro parentesco. ¿Sabes lo que he hecho?... ¡Pues verás! Lo primero de todo, me fui a la ciudad y compré el mejor equipo para *cowboy* que pude encontrar, es decir, silla de montar, arreos, espuelas, sombrero, un buen revólver, botas, ¡en fin, de todo! Esto se hace en ocasiones excepcionales. Vuelto aquí, cargué el arma y me puse a ejercitarme en ella, aunque yo soy un buen tirador. Luego me encaré con los *cowboys* que iban a hacer el trabajo, y les advertí en qué consistía la tarea. Yo siempre he compartido con mis hombres los trabajos y los peligros, y no me gusta encargar a nadie un trabajo ni una faena que yo no sea capaz de hacer a mi vez. Eso sí : me gusta pagar a la gente con esplendidez, para que puedan divertirse y gozar a sus anchas. Porque desde siempre estoy acostumbrado a considerar a mis trabajadores como cosa propia, de casa, y los defiendo y los amparo en todo. A decir verdad, todos los rancheros decentes de las cercanías hacen igual con sus *boys,* y te advierto que por aquí abundan los hombres honrados, eso sí.

Hubo un breve silencio. Luego Jim comentó:

-En resumidas cuentas, tío, que el trabajo que yo tengo que hacer es una cosa penosa y muy seria, ¿no es así?

-Sí, en efecto. Y ahora-añadió el viejo Traft, dirigiendo a su sobrino una mirada escrutadora-, voy a decirte otra cosa.

-¿Qué?

-Voy a aconsejarte que hagas algo que yo no he querido hacer jamás: que te cases *pronto.*

Jim sonrió, contestando:

-¡Caramba, tío, supongo que no me tendrá usted reservada y escogida ya alguna chica del Oeste para mí!

-No, no. Pero espero que al menos no hayas dejado a ninguna muchacha allá, en el Este, que te interese.

-¡Oh, no, tío! De ninguna manera. No hay muchacha alguna.

-Bueno, bueno, eso ya es algo. Te advierto que no vas a encontrar las muchachas de por aquí muy dulces, ni mucho menos; pero tú no eres feo, y como además tienes porvenir, ya sabrás conquistar el corazón de alguna de ellas.

-¡Caramba, tío! Esto es una emboscada. A lo mejor, no puedo complacerle a usted...

-¡Mira, Jim, comprendo que no hago bien, quizás, en hablarte así! Pero ¿qué quieres?..., uno es ya viejo, y, ¡la verdad!, no quisiera morirme sin oír las risas de los niños alrededor de esta casa, y verles hacer travesuras por el rancho-terminó Traft.

VI

Una semana transcurrió, antes de que el equipo del Diamante volviera al campo.

Jim trabajaba duramente. Se levantaba con el alba, y no se acostaba hasta muy tarde. En estos días había ido observando que Ring Locke era un hombre honrado, pero no lo listo que pensó en el primer instante. Contestaba brevemente a las preguntas de Jim, y éste se dio cuenta de que el capataz lo observaba con disimulo, si bien es verdad que no le negaba nunca sus consejos.

Jim no veía a su tío sino muy rara vez, cuando ambos se tropezaban de manos a boca. El chico no quería, por lo demás, montar los magníficos caballos que su tío le había regalado, *y* galopaba por el campo jinete en potros y caballejos del desierto, muchos de los cuales lo derribaban. Pero poco a poco fue haciéndose mejor y mejor jinete.

Durante este tiempo, el joven fue explorando y conociendo todos los rincones y vericuetos del rancho, a pesar de que las tierras tenían más de mil acres, comprendiendo los bosques y pastizales. Aprovechaba todas las ocasiones para ponerse en contacto con los *cowboys* y trabajadores de su tío, aunque casi siempre sacaba mala de estos instantes.

En sus viajes a la ciudad, se fue dando cuenta de que le era difícil abordar a la gente, que parecía huirle de un modo suave y sutil; esto no obstante, adivinaba Jim que él inspiraba una gran curiosidad a todo el mundo, en particular a las muchachas y a las mujeres jóvenes. El chico, recordando los deseos de su tío, las miraba complacido, *ya* que no era Jim, ni mucho menos, un enemigo de las mujeres.

Una mañana, cuando Jim acababa de regresar de dar una galopada sobre su potro, que por cierto le había derribado varias veces, y en ocasión de encontrarse trabajando en un pajar, un labriego llegó dándole un recado:

-El amo dice que el equipo del Diamante le está esperando a usted.

Jim partió al cabo de poco rato, dirigiéndose a los barracones donde dormían los *cowboys.* Pero su tío no estaba ya allí. Sin duda se había marchado momentos antes.

¡Juraría que esto es una broma pesada!-pensó Jim.

El joven Traft se acercó a ellos, extrañándose de que todos se parecieran, al menos desde lejos, aunque al acercarse desaparecía aquella extraña semejanza

-¡Hola, muchachos!-saludó Jim con sencillez-. Así, ¿ustedes son los *cowboys* del equipo del Diamante que yo voy a dirigir?... ¡Me alegro mucho de conocerlos!...

Los hombres murmuraron una palabra de cortesía o se limitaron a inclinar un poco la cabeza. La mayoría eran altos y fornidos, aunque algunos eran mucho más jóvenes de lo que parecían a primera vista. Casi todos tenían las piernas algo combas, anchos de hombros, muy delgados y agudos los rostros, bronceados y curtidos por el sol y la intemperie; sus ojos eran fríos e inexpresivos.

-¿Quién fue el último capataz de ustedes?-preguntó Jim.

Después de un largo silencio, uno de ellos contestó:-Jud Blue.

-¿Está aquí entre ustedes?

-No, señor. Ni creo que nadie sepa dónde está.

-¿Cómo?... ¿Pues dónde está?

-¡Oh!-sonrió el que daba los informes-. Si está donde debe, estará en el infierno, de seguro.

¿Cómo?-repitió Jim vivamente.

-Sí, señor; Jud murió de un tiro el mes pasado, allá, en el Diamante.

-¿De un tiro?... ¿Algún accidente?...

-Eso parece, o eso nos dijeron; pero la cosa no está muy clara.

Jim hizo un esfuerzo para que no se viera el efecto que estas palabras hacían en su ánimo; pero comprendió que su tío no le había dicho todo...

-¿Cuál de ustedes lleva más tiempo al servicio de mi tío?-preguntó luego.

-Aquí Hump Stevens, que ya estaba en el primer equipo del Diamante. Hace seis años, ¿no es así, Hump?

-Sí, eso debe de hacer-contestó un joven alto, muy moreno *y* algo cargado de espaldas.

-Stevens debe ser entonces el capataz del equipo-continuó entonces diciendo Jim-. Ya arreglarán ustedes su trabajo, según las órdenes de Stevens. Aquí todos serán respetados en sus derechos, y cada uno cumplirá con su deber. Yo, desde luego, soy el menos capacitado de todos para la labor que se me ha impuesto; pero mi tío me lo manda. Él quiere dejarme a mí todo lo que tiene; y yo, a mi vez, quiero merecer sus riquezas, ya que de otro modo no las aceptaría.

Jim se turbó un tanto al ver que los rostros pálidos o morenos de estos hombres rudos del campo le contemplaban inmóviles. Sin duda no creían lo que estaba diciendo.

Así es que añadió brevemente ahora:

-Bueno, señores, pueden ustedes hacer lo que quieran hasta el lunes próximo, por la mañana.

Y al marcharse, Jim se decía a sí mismo que los hombres habían recibido sus órdenes con una especie de sorpresa burlona.

Quizá la hora siguiente fue la más dolorosa y reflexiva de todas las que había vivido Jim en su vida, sobre todo desde que se había embarcado en esta aventura. ¡Qué tipos más raros estos *cowboys* del equipo que él iba a mandar, y sobre todo, cuántos había, gran Dios!... Además, no le habían impresionado bien, ni mucho menos, a Jim. Los *cowboys* en general no le eran desconocidos al muchacho, desde luego; pero éstos que acababa de ver, ¡eran tan distintos de los que él conocía, y le habían resultado tan extraños!... Parecían la quintaesencia de pastores, leñadores y campesinos. De todos modos, Jim los admiraba en su fuero interno y sentía unos vivos y ardientes deseos de hacerse amigo de ellos. Ahora comprendía el joven Traft que ni Ring Locke ni su mismo tío podían ayudarle y auxiliarle como estos hombres rudos que acababa de conocer.

En los días que siguieron, Jim evitó encontrarse con el viejo Traft y con el capataz del rancho. El sábado por la tarde fue a la ciudad, y allí todo el mundo le habló del equipo del Diamante, diciéndole que sus *cowboys* andaban por doquier, arreglándose y pertrechándose para marchar hacia el Diamante.

Poco después de media tarde se encontró en una de las tiendas a miss Blodgett, y como ésta le hablara también de «sus *cowboys*», Jim comenzó a sentirse molesto y contrariado. ¿No tenían las gentes del pueblo y aun de la comarca otra cosa de que ocuparse que de sus *cowboys?*... La sonrisa maliciosa de los ojos castaños de miss Blodgett acabó de molestar a Jim. Esta chica era alta, muy alta, la más elegante de todas las muchachas que Jim había encontrado en el país, pero su enorme estatura la obligaba a mirar a las gentes como si fuera montada a caballo. Era morena, con un rostro lindo y gracioso, lleno de pecas, y a pesar de todos sus defectos, resultaba muy agradable y simpática.

-Me he encontrado a Curly Prentiss en Correos-dijo la joven, luego que se hubieron saludado.

-¿Quién es ese individuo?-inquirió Jim, que no recordaba.

-¿Cómo? ¿No le han presentado a Curly todavía?... ¡Sí, hombre, es que no recordará usted! ¡Es uno de sus... *Diamantes!*

-¡Ah, ya! El caso es que, como son tantos... ¿Y qué?... ¿Le ha dicho algo de particular?

-No, no. Es que ese chico era nuestro cochero. Es un *cowboy* excelente, el mejor de toda la comarca. No tiene más que un defecto: que cuando bebe... ¡adiós!...

-Y... por lo visto ahora estaba bebido y ha hablado de mí, ¿no es eso?

-Sí, un poco... Escuche usted, míster Jim, en confianza: ¿no tiene usted aquí a nadie capaz de escribir a su casa, a su madre y hermana, para que cuente...?

Y se interrumpió. Jim la miró con los ojos fruncidos, experimentando una inexplicable desconfianza. Estas muchachas del Oeste le resultaban tan impenetrables y extrañas como los

Librodot

hombres de este país.

-¿Quiere usted decir para que hablen a mi madre y hermana de mis propósitos de quedarme aquí?... Porque si es así, no hay necesidad; me gusta el Oeste... y todo lo de aquí. ¡Vaya, buenas tardes, miss Blodgett!

Y Jim salió a la calle, diciéndose para sí: « ¡Id al diablo, caramba! j Todos tienen que ver con mi pellejo, hasta las muchachas!... ¡Quiera Dios que no tengamos que sentir!...»

Poco después entró Jim en el bar, con el propósito de comprar cigarros. En una de las primeras mesas, entre la multitud que llenaba el establecimiento, reconoció o creyó reconocer a uno de los *cowboys* del Diamante. El hombre moreno, cetrino, estaba haciendo acción de disparar un arma de fuego. Al ver a Jim, su rostro se coloreó, al tiempo que sonreía de un modo violento, llevándose una mano al sombrero y levantándose. Jim comprendió que estaba borracho.

-¡Adiós, mi amo!-dijo el *cowboy*-. ¡Crea usted que no hacemos nada malo!

-¿Y quién le dice a usted que lo estuviera haciendo?-repuso Jim sonriendo nerviosamente y mirando al otro con cierta severidad.

-¡Bien, perdón!... ¿Buscaba usted a Curly, mi amo?

-Sí-repuso el joven Traft, súbitamente inspirado.

-¡Oh, no lo podrá usted ver! Se lo acaba de llevar el *sheriff* Bray, detenido, porque se pusieron a discutir sobre las cosas del Diamante y...

El *cowboy,* al llegar aquí, dio la vuelta al velador, para situarse junto a Jim, y continuó:

-...Curly estaba algo bebido, y se puso a gritar; pero de todos modos, él no había faltado al *sheriff,* créalo usted, mi amo. ¡Suerte de Bray que 'Curly estaba algo borracho, que si no!... El tal *sheriff... ¡*ah, no lo habría pasado muy bien, créame! ¡Y le advierto que es la primera vez que se lleva a uno de nosotros a la cárcel!

-¿Por dónde se han ido?-preguntó Jim vivamente.

-Por allí, calle abajo. La cárcel está pasada la vía.

Jim corrió en la dirección que le indicaban, no muy seguro de lo que debía hacer en este asunto. De todos modos, la idea de que uno de sus *cowboys* iba a la cárcel no podía ser admitida por Jim en modo alguno. Ya había tenido ocasión de conocer al *sheriff* Bray, que por cierto no le había parecido nada grato. Jim, en el momento de cruzar la vía, pudo ver al *cowboy,* que se resistía furiosamente, mientras Bray tiraba de él con todas sus fuerzas, llevándolo hacia el andén de la estación, ambos seguidos de un grupo que aumentaba por momentos. El joven Traft echó a correr, alcanzándolos a los pocos instantes. El *cowboy,* un buen mozo, robusto, de rubios cabellos ondulados y todo el aspecto de un jayán guapo, reconoció también a su amo. Traft vio que iba borracho, aunque no tanto como esperaba por las noticias que le diera el otro *boy* en el bar.

-¡Eh, *sheriff,* suelte usted a ese hombre!-exclamó Jim, al llegar junto al grupo-. ¡Es uno de mis *cowboys!* ¿De qué le acusa usted?...

-¡Hola!-contestó el *sheriff. f* . Éste era un hombre corpulento, alto y grueso, de un rostro que tenía un extraño tinte azul pálido, y llevaba su insignia de *sheriff* en la solapa de la americana y un gran revólver al cinto, muy visible-. ¡Es usted, señor Traft!... Bueno, en esta ocasión, como si no nos conociéramos, ¿sabe?... Este *boy* se ha puesto demasiado inconveniente, mucho más de lo que a mí me conviene ni yo puedo consentir..., ¡y ya ve usted!...

-Pero ¿qué quiere usted decir?... ¿Qué es eso de que se ha puesto demasiado inconveniente?...

-¡Oh, ya se lo diré a él! ¡Es cuenta nuestra!-repuso el *sheriff* con un relámpago de cólera en sus ojos.

-¿Qué hacía usted, hombre?-preguntó entonces Jim al *cowboy,* que tenía el rostro bermejo.

-¡Oh, mi amo, nada! Estaba cantando en el bar... y el *sheriff f* se ha molestado por ello, diciendo que yo armaba escándalo.

-Usted puede cantar en la cárcel-siguió diciendo el *sheriff*.

-¡Señor Bray, yo creo que debe usted soltar a este muchacho y no llevarlo a la cárcel-dijo Jim serenamente-. Déjelo marchar... y que se disperse la gente. Yo me lo llevaré.

-¡Hombre, para ser un forastero, no le falta a usted iniciativa aquí, caramba!-se burló con suavidad el *sheriff* mirando a Jim con una expresión despectiva.

-¡Sea usted justo, Bray!-continuó Jim cogiendo a Curly por el otro brazo. Y así, entre ellos se llevaron al *boy* hasta la misma puerta de la cárcel, dejando a los curiosos un tanto rezagados. Aquí, el rostro de Curly se descompuso. Evidentemente, antes de la llegada de Jim, el muchacho, aunque a regañadientes, parecía rendirse al peso de la ley; pero la aparición de este fabuloso héroe que, bajo la forma de su joven amo, llegaba a protegerle, habíale galvanizado.

-¡Señor Bray!-murmuró, retrocediendo fuertemente-. ¡Ningún hombre del equipo del Diamante ha estado todavía en la cárcel! ¡Es una infamia!

-¡Yo respondo por él!-añadió Jim.

-¡Usted, aprendiz de *cowboy,* largo!-contestó el *sheriff,* de mal talante, dirigiéndose al joven Traft.

Éste _sintió que su sangre comenzaba a hervirle en las venas. Recordó las palabras y los consejos de su tío... Así es que, con un movimiento rápido, violento, inesperado, arrancó materialmente a Curly de las garras del *sheriff,* y luego se interpuso entre los dos hombres.

-¡Si usted tuviera algún cargo contra el *boy,* yo no me metería en nada, señor Bray!-dijo-. Pero Curly no ha hecho nada. Además, está medio bebido.

-¡Es que le detendré también a usted, por desacato a la autoridad!-amenazó Bray llevándose la mano al cinto.

-¡Eso es, nos amenaza usted, señor Bray!

-¡Déjelo, mi amo!-murmuró Curly tranquilamente-. ¡Quizás alguna vez se acordará de mí!

-No, Curly, no hable usted así-dijo Traft-; yo soy aquí el responsable, y no hay que pensar en violencias ni en venganzas.

El rostro de Bray se puso aún más pálido al oír la amenaza del *cowboy;* y luego murmuró en otro tono:

-¡Bien, señor Traft; le pongo en libertad bajo su custodia! Y procure usted que éste y todos sus *cowboys* del equipo del Diamante no se sientan tan alegres y tan divertidos.

-Gracias, señor Bray. Comprendo que me hace usted un favor. ¡Venga conmigo, Curly!

Jim se llevó entonces al *cowboy* calle adelante, torcieron luego por otra lateral y se alejaron del centro de la ciudad. Ninguno quiso romper el silencio mientras andaban. Al fin, Traft se detuvo con su compañero en una esquina.

-Curly-murmuró el joven ranchero-, ¿por qué no vuelve usted al rancho? Yo iría de buena gana con usted, pero tengo que hacer todavía algunas cosas.

-¡Mi amo! ¿Me lo manda usted?

-No; se lo pregunto.

-En ese caso, no vuelvo todavía.

-Y si yo se lo mandara, ¿regresaría usted allí ahora?

-Claro que sí, mi amo. Los del equipo del Diamante 'no desobedecen nunca jamás las órdenes. Pero entonces, ¿por qué se ha molestado usted en venir hasta aquí conmigo?

-¡Oh, para alejarle a usted de la cárcel!

-Gracias. Pero los compañeros del equipo me guardarán rencor cuando se enteren...

-¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?...

-Sí; que cuando sepan que le debo a usted la libertad... y que soy amigo de un amo forastero..., ¡no, no les va a sentar nada bien!

Jim sintióse ganado por una duda dolorosa. ¡Ni aun así, prestándole este servicio, aunque fuera pequeño, pero tan leal y noble, había conseguido conquistar el corazón y la simpatía de este hombre!... Al contrario, el *cowboy* parecía apenado y contrariado, y miraba a

Librodot

Jim como desaprobando su conducta.

-Bueno, Curly, hasta la vista, y como usted quiera. Diga usted a sus amigos lo que quiera también de este asunto... o no les diga nada. Y ahora..., ¡cuidado, no vaya a caerse!

El borracho sonrió, alejándose, mientras hacía eses que le ponían a cada instante en trance de venirse al suelo. Pero al llegar en medio de la calle, se detuvo, diciendo:

-¡Ah, señor Traft, se me olvidaba! Es que tengo aquí mi novia, y hace más de dos meses que no la veo. ¡Conque...!

-Bien, bien. Y ahora, ¿va usted a ver a la chica, o regresa al centro de la ciudad?

-No sé... La verdad... Es... que...

-Hable usted claro, hombre-insistió Jim, que comprendía que el *cowboy* deseaba pedirle un favor que no se atrevía a formular.

-¡No, no es nada! Es que pienso que no debo ir a ver a Nancy esta noche; ¿no le parece a usted?... Ya perdí una novia por esto.

-Curly, si mi consejo le vale, no, no vaya usted a verla esta noche. Prométame que no volverá a beber ni un trago hoy; vuélvase al rancho y duerma. Así, mañana por la noche podrá usted venir a ver a su novia.

Curly lo prometió. Y antes de separarse de su joven amo, dijo con tono vacilante de borracho:

-Supongo que no quiere usted nada de mí a su vez, ¿no es eso?

Y se marchó, viendo la sutil sonrisa de Traft ante su ingenua pregunta.

Al quedar solo Jim se encogió de hombros. La verdad es que estos muchachos del Oeste le resultaban extraños e incomprensibles, ingenuos como niños. Pero de todos modos, había rectificado un tanto su primera y mala impresión de este encuentro con su *cowboy* del equipo del Diamante.

Jim volvió a sus diligencias, que le hicieron ir de acá para allá, recorriendo el pueblo en todas direcciones, andando sobre todo la calle principal de Flagerstown, y visitando los almacenes, las tiendas y los establecimientos de más importancia. Las calles, conforme avanzaba la tarde, habían ido animándose cada vez más, y en todas las esquinas se veían grupos de hombres o de caballos ensillados.

Jim penetraba en el hotel donde esperaba encontrarse con su tío, para regresar juntos al rancho, cuando se vio detenido por otro miembro del equipo del Diamante, al parecer, que le cerró el paso con rudeza. Otros dos *cowboys,* que iban con él, habían quedado algo rezagados e inmóviles.

-Perdón, *míster* Traft. Yo soy Hack Jocelyn, y le estaba esperando para hablar unas palabras con usted.

Su tono era duro, casi insolente, e hizo fruncir el ceño a Jim.

-¿No es usted uno de mis *cowboys?*-preguntó.

-Yo soy *cowboy* allá; aunque no pertenezca al equipo propiamente dicho.

-Bien, ¿qué es lo que desea usted?

Jocelyn parecía medir al otro de hito en hito, y al fin contestó:

-Verá usted. Yo estaba en casa de Babbitt, y me di-dijeron que habían enviado al rancho de usted un vagón cargado de alambre de espinos. Y yo les dije que mentían.

-Pues ha hecho usted mal. Era un vagón de alambre espinoso, en efecto, que iba destinado al Diamante. Y aún hay pedido otro.

-¿Cómo?... ¿Qué dice usted?...-rugió materialmente Jocelyn, echando llamas por los ojos y conteniendo su cólera a duras penas-. ¿Y para qué es ese espino?

-No le importa a usted, Jocelyn. Si quiere que le conteste, pregúnteme de un modo cortés y comedido. De otro modo...

-¡Pero esos alambres de espino no se emplean más que para hacer vallas, señor Traft!-exclamó el *cowboy,* mientras sus dos camaradas se acercaban subrepticiamente, tendiendo el oído-. ¡Y nadie sabe allá en el Diamante para qué es ese espino....!

Librodot

-Pues yo se lo voy a decir a usted ahora, amigo mío-repuso Traft con mucha calma y recalcando las palabras.-En el Diamante vamos a hacer varias experiencias... y una de ellas es construir una valla de esas que llaman ustedes aquí de *cañón,* para proteger el ganado de mi tío. ¿Se entera usted?

El otro pareció salirse de sí.

-¡Pues es verdad!... ¡Un capataz forastero y estúpido!... ¡Y van ustedes a construir una valla de alambre espinoso!, ¿no?... Entonces..., ¿qué va a ser del campo?... ¿Qué va a ser de nosotros?...

Jocelyn, mientras pronunciaba esta sarta de palabras, se había vuelto hacia sus compañeros, que pusieron también cara de espanto y de cólera.

Pero Jim extendió una mano, poniéndola sobre un hombro de Jocelyn, como si fuera una maza, y dijo, luego de cerciorarse vivamente de que el otro no iba armado:

-Me ha insultado usted, ¿no es así?... ¡Me ha llamado usted estúpido!... ¡Bien! ¡Ya hablaremos de ello!

-¡Pues bien, sí, señor, y no me vuelvo atrás!... ¡Lo he dicho!

Y quedó en actitud de reto.

De pronto, el *cowboy* sintió algo así como si el mundo se viniera abajo: algo le había golpeado con tanta rudeza el rostro, que cerró los ojos instintivamente, al tiempo que rodaba por el suelo. Jim le había descargado una enorme, una espantosísima bofetada. En realidad, el joven Traft no había pensado siquiera, en aquel momento, en las consecuencias de su acción; le cegó el instinto; pero cuando vio a Jocelyn rodando por tierra, levantándose luego lentamente, y llevándose una mano al rostro, cuya mejilla golpeada aparecía negra como esas nubes de tormenta, sintió que se apaciguaba[!'] un tanto su cólera, y dijo, extendiendo la diestra hacia la puerta :

¡Jocelyn, está usted despedido! De todos modos, si viene usted al rancho a pedirme perdón por su actitud y presentarme sus excusas en buenas maneras, le volveré a admitir en el equipo.

Había hablado con una calma inmensa, como si no experimentara cólera alguna, muy seguro de sí mismo,

-¡Lo que debe usted hacer es llevar dispuesto un revólver!-declaró Jocelyn sombríamente.

-¿Ah, sí?... Pues lo llevaré, ¡no le quepa duda! Y en vista de que es usted un mentecato y un hombre sin sentido común, le despido definitivamente desde ahora. Sepa que ya no hay sitio para usted en el equipo del .Diamante.

Los dos amigos de Jocelyn tiraron de él y se lo llevaron hacia la calle.

Entonces Jim dio media vuelta y se dirigió hacia el *hall* del establecimiento, donde, entre las personas que habían presenciado el incidente, estaban el viejo Traft y su capataz, Ring Locke.

-¡Hola, tío; adiós, señor Locke l-saludó Jim conteniendo un suspiro-; j siento lo que acaba de ocurrir, y que han visto ustedes; pero ese tipo me sacó de quicio!

-¡Ven para acá!-dijo el viejo Traft, con gran calma. Y cuando los tres estuvieron algo alejados del grupo que había presenciado el incidente, dijo, volviéndose hacia su capataz:

-¡Ya lo ve usted, de pelea con Hack!... ¡Poco te ha faltado para acogotarlo!... ¡Y yo he tenido que contenerme para no gritar!

-¡Tío!-exclamó Jim, sorprendido y herido por el tono en que había hablado su tío.

-Sí, hijo mío. Has hecho mal; además, aquí es muy peligroso hablar mucho y tener vivo el genio. Esto te acarreará serios disgustos.

-¡Oh, piense usted que me puso a estallar!-siguió diciendo Jim.

Ring Locke movió pensativamente la cabeza, y comentó:

-¡Bueno, los dos tienen la culpa! 'Claro que usted, siendo como va a ser el capataz del Diamante, ha hecho mal..., porque ahora los *cowboys* le mirarán con ojeriza... Aparte que

Hack Jocelyn se marchará del equipo, y...

-¡Oh, eso no!-dijo el viejo Traft Yo apostaría a que mañana está aquí de nuevo.

-¿Y si no vuelve?...

-¿Es que no se puede tomar a otro *cowboy?*-rió Jim con ansiedad.

-No. No se pueden substituir los muchachos del Diamante-repuso Locke-; precisamente yo estaba pensando en ello..., pero es muy difícil. Además, amigo Jim, he de decirle a usted que ese muchacho con el que acaba de tener la riña, el tal Hack Jocelyn, ha matado a varios hombres por mucho menos.

-Es verdad, hijo mío-corroboró el viejo Traft-. Ese Jocelyn es el peor de todos los *boys* del Diamante. ¡Tú no sabes qué historia tiene! En los cinco o seis años que lleva a mi servicio, creo que ha matado a ocho o nueve hombres. ¡Claro está que todos eran gentuza, desde luego! ¡luego!...

-¡Qué nueve : más de nueve, mi amo!-corrigió Locke.

-¡Cómo!-murmuró Jim entonces-; ¿pero estos chicos, que parecen tan buenas personas, son unos asesinos?...

-Así como lo oyes, hijo mío-repuso el tío-. Por lo demás, tú te tendrás que marchar del 'Oeste ahora. Aquí, cuando dos hombres se pelean, uno de ellos mata al otro casi siempre. Ten en cuenta que aquí no se puede prescindir de los *cowboys,* y todos ellos son una taifa de matones, créelo...

Luego, volviéndose hacia el capataz, terminó, en otro tono:

-Ring, prepare usted la galera, que volvemos a casa.

Durante el viaje de vuelta al rancho, Jim iba pensativo y silencioso, reflexionando sobre su porvenir en esta comarca. Comprendía que ahora empezaba su educación en el Oeste, su trato con este país rudo y montaraz. Luego, al llegar a casa guardó también un silencio pensativo durante la cena, después, cuando se fue tranquilizando, no podía dilucidar si, en efecto, le habría agradado adoptar otra actitud en su incidente con aquel *cowboy.* El tal tipo le sacó de sí. ¡Bien, lamentaba lo ocurrido, pero ya no tenía remedio! Mas, de todos modos, no pensaba regresar a su casa del Missouri por tan poca cosa; al contrario, ahora sentía un amor más grande y una simpatía más intensa por este hermoso país de Arizona.

VII

El domingo, ya muy tarde, mientras Jim estaba sentado en el porche del rancho, su tío observó que un *cowboy* se aproximaba a la casa, en una dirección que no permitía descubrirle desde los cobertizos de los vaqueros.

-¡Hombre! ¡Bud Chalfack!-anunció el viejo, sonriendo.

-¿Quién es Bud Chalfack?-preguntó Jim.

-Ahora lo verás. Es algo así como el *pacificador* del equipo, como yo le llamo. Una especie de diplomático rústico, muy tranquilo y de carácter suave y sereno. Cuando hay alguna pelea o discusión entre los vaqueros o entre los trabajadores del rancho, este Bud es el encargado de arreglarlo todo.

-¡Ah!¯murmuró Jim en tono ambiguo.

Y esperó que el otro llegara al pie mismo de la terraza. Era un individuo bajito, rechoncho, cuyas piernas en paréntesis delataban su antiguo trato con los caballos. Llegaba fumando un cigarro, que arrojó en el momento de empezar a subir las escaleras de la terraza. Tenía un rostro abierto y francote, y tan colorado que a Jim le recordó un angelote de retablo.

-¡Buenas tardes, míster Traft!-saludó, sonriente-. ¡Adiós, mi amo!-añadió, dirigiéndose a Jim-. ¿Puedo sentarme?

-¡Y claro, que sí, amigo Bud!-contestó el viejo Traft.

-¿Es que se encuentra usted débil?... ¿Qué le pasa a usted?...

-¡No, es que llego cansado! Hemos estado todo el día andorreando con Hack. Y ahora andan por ahí abajo.-¿Está también Hack?-preguntó Jim.

-Sí; está ahí, en los cobertizos, con los otros. Yo he venido aquí por él.

-¿Y por qué no ha venido él mismo?

-¡Qué quiere usted que le diga, mi amo!... ¡Yo no he creído oportuno que él viniese! Además, no podía venir.

El rostro de Bud tomó una expresión grave al decir esto. Jim miró a su tío un instante, y luego pensó que el asunto parecía que iba a arreglarse. ¡Ah, si fuera así!... Esto le hizo contener un leve suspiro de alivio.

-¿Pues qué le pasa a Hack?... ¿Es que bebió anoche, y hoy se encuentra enfermo?...

-Tal vez, mi amo. El caso es que Hack se había puesto muy necio, diciendo que quería marcharse del equipo del Diamante, y que si estaba disgustado... ¡no sé cuántas cosas más! Y nosotros hemos porfiado todo el día con él, para hacerle desistir... Hasta que, al fin, hemos podido convencerle y traerle al rancho y lo hemos acostado.

-¡Ya! En este caso no puede venir para presentarme sus excusas, única manera de que vuelva a su puesto. ¿Ha dicho, siquiera, que quería hacerlo?

-Bueno, verán ustedes. Hack es un chico trabajador, aunque tenga ese genio tan vivo... Y como me ha dicho que tuvieron ustedes esa discusión, creo que por no sé qué cosa de una valla... En fin, a él lo que ha de molestarle es la formalidad de pedir perdón, y... ¡En fin que me ha comisionado a mí para que venga a decirle a usted esto : « ¡Ve y dile al amo que yo le pediré perdón y le presentaré todas las excusas que él quiera si me promete que no me obligará a cavar ni a hacer agujeros para colocar los postes de la cerca!

Jim tuvo que contenerse para no lanzar una exclamación de protesta.

-Pues lo siento mucho, Bud, pero Hack tendrá que hacer hoyos y colocar postes para la valla, como todos sus compañeros-dijo el joven Traft muy lentamente.

El *cowboy* miró al dueño del rancho, como si le consultara con los ojos.

-Piense usted, amigo Bud-dijo éste-, que Hack, como todos sus compañeros, está bajo las órdenes de mi sobrino. ¡De todos modos, puede usted decirle a él y a todos los chicos que Jim no les mandará nunca nada que no haga él mismo a su vez!

-¡Muy bien, señor! Eso le captará las simpatías de todos... Pero aun así me temo que Hack se niegue a cavar los hoyos para los postes. ¡Porque ahora se ha hartado de decir que si le obligan a hacer esa valla, era capaz de avisar a todos los ladrones del Cibeque, para que fueran a robar ganado allá arriba!...

Los dos Traft sonrieron a esta frase, y el viejo ranchero se alegró de ver que su sobrino no la tomaba por la tremenda. Luego, el viejo preguntó:

-¿No estaría borracho cuando dijo eso?

-Tal vez. Pero de todos modos, yo también creo que esa cerca nos va a traer a todos muchos disgustos. ¿No le ha dicho a usted su tío lo que va a ser esa valla, mi amo?

-Sí, algo me ha dicho-contestó Jim, muy tranquilo-. Pero no todo.

-Pues yo se lo diré a usted, mi amo... En vista de que alguno había de decírselo. Le advierto que yo no estoy del todo de acuerdo en esto con Hack y los otros muchachos del Diamante. Bien es verdad que yo sólo llevo allí cosa de dos o tres años. Bueno, pues Hack y casi todos ellos sostienen que vamos a tener que luchar contra todo el mundo si hacemos esa valla. Él conoce bien a Seth Haverly y a sus amigos, de allá, del Cibeque. Dice que son mala gente. En cuanto a Slinger Dunn no necesita que nadie lo presente en toda la comarca de Flag. Puede usted ver las huellas de sus hazañas por todas partes... Por eso Hack y todos sostienen que esa valla nos va a meter en un avispero.

-Pero, bueno, ¿es que vamos a ir al Diamante a jugar como los chicos, o a trabajar, amigo Bud?-preguntó Jim, con sarcasmo-. ¿Por qué no se ha de poder construir esa valla?...

Librodot

-¡Oh, no sé, pero yo me temo que Hack tenga razón!

-¿Usted comparte entonces la opinión de Hack, también?

-Yo no digo nada: ni que sí, ni que no; pero temer, sí que temo, la verdad...

-En ese caso..., si yo pusiera a votación el asunto, ¿cuántos de ustedes votarían a favor de que se haga esa cerca?

-Ya lo hemos hecho, mi amo... Esta misma mañana hemos hecho un plebiscito, y el único que ha votado en blanco ha sido Hack.

-¡Entonces!... Me alegro mucho de oírle decir esto. Y así, ¿cómo cree usted que debemos resolver el pleito?

-¡No me pregunte usted a mí, mi amo! La verdad: ¡no sé!

-¡Pero, hombre, todos ustedes son vaqueros, ganaderos, hombres del campo..., gente que entiende de estas cosas!... Ustedes pueden saber si hacemos bien o mal al pretender hacer esta valla...El caso es que no estamos seguros. Yo, al menos. A momentos, ellos dicen que esto nos va a meter en un callejón sin salida; pero también es verdad que su tío de usted entiende más que nadie de estas cosas, y cuando él quiere que la cerca se haga...

-Pero ustedes creen que mi tío no debía haberme escogido a mí, un forastero, para mandar el equipo que va a hacer la cerca, ¿no es eso?-interrogó Jim sutilmente.

-Pues bien, mi amo..., eso es lo que dicen todos-confesó Bud, al tiempo que su rostro se tornaba aún más bermejo.

-¡Ah, vamos!-exclamó Jim como en tono triunfal, y dirigiéndose a su tío, que sonreía del incidente-. ¡Ya ve usted lo que ha hecho, tío! ¡Bueno, venga usted conmigo, Bud, que vamos allá a los cobertizos!

Los dos bajaron poco después la cuesta de la colina, y entraron en el cobertizo que servía de dormitorio a los *cowboys.* Había seis u ocho, pero entre ellos no se encontraba Curly Prentriss. Hack Jocelyn estaba echado en un banco, bajo una ventana, cuya luz dejaba ver bien a las claras su aspecto apabullado y su rostro aún amoratado del golpe de la víspera. El ojo de aquel lado le negreaba y él procuraba tapárselo con una mano.

-Buenas tardes, muchachos-saludó Jim. Y luego, encarándose con Hack añadió en otro tono-: Hack, me ha pedido usted perdón a medias.

-Mi amo-repuso Hack-, lo que he hecho, lo he hecho por complacer a los compañeros del equipo. De todos modos, puesto que hablamos de ello, desde ahora le anuncio abiertamente que yo no cavaré hoyos para los postes de esa valla; es más, yo mismo los cortaré y los tiraré y haré que se pierdan; los tiraré al agua..., ¡lo que sea!...

-¡Piense usted, Hack, que vuelve a insultarme!

-No, no, no le insulto a usted. Le digo la verdad. ¡Allá usted! Usted va demasiado bien vestido, además, para ser nuestro capataz.

-Yo voy vestido como me parece. De todos modos, si usted quiere le regalaré mi traje comprado en San Luis, ¿qué le parece?

Los otros rieron. Y Jim, por no agriar más la cuestión, optó por dar media vuelta y salió del cobertizo.

A la mañana siguiente, antes de salir el sol, el equipo del Diamante ya se había puesto en camino, hacia el lugar donde iba a desarrollarse su grave y trascendental aventura. Treinta caballos ensillados y otros llevando a lomos paquetes y fardos, un enorme furgón, tirado por cuatro caballos, atiborrado de alambre y de herramientas, amén del vagón cargado también de material, de cubas, de aperos, de provisiones, formaban una verdadera expedición, semejante a un convoy militar. Ring Locke los vio marchar; en cambio, el viejo Traft no dio señales de vida. Las últimas palabras de Ring fueron para aconsejar al sobrino de su amo prudencia y cordura, aconsejándole que levantaran el primer campamento a cinco millas de la ciudad. Porque Jim había pensado en un principio ir soltando alambre, como en lastre, a lo largo del camino, y que los hombres trabajaran luego hacia atrás, haciendo los hoyos para poner los

postes de la cerca.

Cuando al fin el campamento estuvo levantado, Jim se creyó en el centro del más maravilloso rodeo que se había visto jamás en el Oeste. La única nota discorde la daba el caballo del propio Jim, viejo, huesudo y cubierto de polvo, que, no obstante, había escogido el propio Traft para salir del rancho.

-Ya le dije a usted que no trajera ese caballo-protestó Curly es un penco en toda la extensión de la palabra. Y, además, peligroso.

-No me importa-repuso Jim-. Lo escogí yo mismo.

Luego que los hombres hubieron comido y descansado, Jim decidió iniciar los trabajos. Era poco después del mediodía. Jim cavó el primer hoyo, luego de escoger el sitio. Sus hombres, agrupados a su alrededor, le miraban con curiosidad.

-¡Ya está, señores!-dijo con tono de triunfo.

Pero Hack Jocelyn gritó entonces, con todas sus fuerzas:

-¡Amigos míos, mirad : ésta es la tumba del Diamante! ¡Y si no, al tiempo!

Los otros *cowboys* corearon con tanto entusiasmo y gritos tan salvajes a Hack, que Jim llegó a sentir cierto temor supersticioso. ¡Quizás iba a realizarse la predicción pesimista de Jocelyn!...

Pero en seguida, bajo las órdenes del joven Traft, todo el mundo se puso a la tarea. Jim dirigía a los que llevaban los postes, de siete u ocho pies, *y* que habrían de hincarse de manera que quedaran cinco o seis pies por encima del suelo. Jim se había trazado un plan previo y se disponía a realizarlo. Bud Chalfack, Lonestar Hollyday y Hump Stevens se habían ofrecido voluntariamente para ir extendiendo el alambre, por medio de grandes carretes, de un hoyo a otro, a pesar de que este alambre aparecía ante los ojos de estos aristócratas del campo y las llanuras como lo más odioso y aborrecible del mundo.

Afortunadamente para Jim, no era necesario construir la valla formando una perfecta línea recta. Se le daba, eso sí, una dirección uniforme hacia el Sur, pero siguiendo los desniveles y los altibajos y la conformación del terreno. Jim marcaba el sitio donde habían de hacerse los hoyos, guardando entre sí cierta distancia, y luego volvía hacia el lugar donde los hombres trabajaban para dirigirles y ayudarles en su labor. No hacía muchos meses aún, Jim mismo había construído una cerca también de espinos en un campo del Missouri, que era de su padre, en aquella famosa granja que luego vendieron. Esto le servía de norma y dirección, y le daba desde luego una evidente superioridad sobre sus *cowboys,* que, por descontado, no habían hecho en su vida nada semejante.

Al fin terminó el primer día de labor, y los hombres y las bestias, todos sudorosos, cansinos, hambrientos y cubiertos de polvo, regresaron hacia el campamento.

-¡Quién nos lo había de decir, señores!-comentó a gritos Cherry Winters, uno de los *cowboys,* echando al aire su sombrero-; ¡ya lo habéis visto todos; todos trabajando en la cerca!

-Mira, mira!-repuso Uphill Frost, uno de los trabajadores-; no nos eches a nosotros la culpa, que no somos los cocineros que hemos guisado esto, ¿sabes?

-¿Pues quién es el cocinero, entonces?-dijo a su vez un tercero-. ¡A ver si es Jackson Way, que creo que ha sido cocinero de verdad!

Y así siguieron las bromas, mientras Jim espoleaba su caballo para no escuchar ciertas frases que no sonaban por cierto muy bien a su oído de capataz.

El campamento había sido levantado en campo raso, donde sólo unos cuantos pinos, aislados aquí y allá, habían escapado al hacha demoledora de los leñadores. El sitio estaba muy lejos de ser lindo. Jim extendió bajo uno de aquellos árboles solitarios su tienda de campaña. Era la primera vez que iba a dormir al raso en su vida. Los *cowboys* se hubieran reído si le hubiesen visto en su alcoba del rancho del viejo Traft, luchando con la cama de campaña, arrollándola y desarrollándola cada mañana y cada noche.

El cocinero de la expedición era un *cowboy* mudo, a consecuencia de un tiro en la garganta, regalo ofrecido años atrás por un levantisco y pendenciero colega. Y el mismo

cocinero había alabado su ciencia ante Jim, naturalmente por escrito.

-Bueno, ¿cuándo nos va a llamar el tío éste para comer?-protestó Hack.

-¡Ya nos llamará, hombre!-dijo otro.

-Nadie sabe cómo se llama ese pájaro-añadió un tercero.

-Muchachos-se creyó en el caso de intervenir Jim, con cierta seriedad-; el nombre de nuestro cocinero es Jeff Davis; procede de Alabama, y aunque el pobre no puede hablar, se expresa por escrito y oye perfectamente cuando se habla. Trátenlo ustedes, por tanto, con el debido respeto.

-¿Es que es mudo?-preguntó Hack.

-Mudo, sí-repuso otro.

-¡'Caramba, un cocinero mudo!... ¡Tiene gracia!... ¡Así, cualquier día iba a llamarnos!

-Muchachos-añadió ahora Jim, como si quisiera cortar estos comentarios innobles-; piensen ustedes que el pobre Jeff dice que quedó mudo a consecuencia de un tiro que le dio en la garganta otro *cowboy,* amigo suyo. Lo dejó mudo para siempre. ¡Piensen ustedes en esto!

-¡Bueno!-dijo Hack, que no renunciaba, no obstante, a hacer el chiste tan fácilmente por lo visto era uno de estos sujetos que hablan mucho. ¡Castigo de Dios!

En este momento, el cocinero hizo sonar repetidamente una cacerola de hierro, señal que parecía ser la que llamaba a todo el mundo para la cena.

Uphill Frost que se había quedado medio dormido, se despertó con un leve grito.

No es para descrita la algarabía y el bullicio que armaron los *cowboys* mientras el cocinero, en el vagón de las provisiones, les fue sirviendo la cena. Las cosas que le dijeron unos y otros, pensaba Jim que eran más que suficientes para hacer jurar a un mudo. Probablemente, sólo el joven Traft descubrió un relámpago de ira en los ojos del pobre mudo. Luego, los *cowboys se* sentaron en el suelo, con las piernas cruzadas, como hacen los indios, o se esparcieron por las cercanías, poniéndose a comer con gran apetito. Y el silencio que cayó sobre el campo y los campos fue ahora tan enorme, tan absoluto, que Jim tuvo la sensación de que se había trasladado a otro mundo.

Después de la cena, los hombres hicieron un gran fuego, sentándose alrededor y fumando. El buen humor de los trabajadores parecía haber desaparecido de pronto. Luego, lentamente, uno a uno, los *cowboys* fueron echándose en sus petates, muchos de ellos sin descalzarse siquiera. Jim se quitó algunas prendas, y cuando se extendió en el catre de campaña, lanzó un hondo suspiro de alivio y bienestar. ¡Qué bien se estaba en esta cama!... Se sentía cansadísimo y con el cuerpo dolorido, y, sin embargo, no hubiera querido dormirse jamás. Había dejado un lienzo descorrido, y veía encima de él el manto maravilloso del cielo estrellado. El aire frío de la noche, que bajaba de las montañas, le besaba el rostro. Jim había oído el ladrido de los primeros coyotes al llegar al rancho de su tío, y ahora volvía a escuchar los lamentos, los gruñidos y los ladridos de toda una manada que debía rondar por los alrededores del campamento.

Como mecido por aquella música bárbara de las fieras, intentó enumerar los acontecimientos y recuerdos de la jornada. ¡Imposible! Había tenido la intención de escribir un diario. Pero ahora comprendía que hubiera sido una tarea superior a sus fuerzas, sobre todo porque luego de la larga jornada no le quedaba ni tiempo ni humor para escribir. Esto sin contar que no podía recordar muchas de las palabras y de los incidentes que se originaban con los *cowboys* a cada momento.

De pronto ocurrió algo que le hizo estremecer hasta la medula de los huesos. Algo acababa de dar un terrible estirón de las ropas de su cama. ¡Un coyote, seguramente!... ¿Es que esta alimaña inmunda, que se alimenta de cadáveres, como la hiena, iba a atreverse a tanto?... Jim gritó con todas sus fuerzas:

-¡Eh!

En seguida se incorporó como movido por un resorte. Miró. Algo parecía haber huido. ¿Qué era?... Quizá alguna ardilla o un reptil, de los muchos que habían señalado después de la cena, en el campo, los trabajadores.

Librodot

Cogiendo una bota golpeó fuertemente sobre su chaqueta, que había arrollado antes, poniéndosela como almohada. Luego palpó. Ahora le pareció tocar un reptil, en efecto, que se había subido a su cama. Lo arrojó con un movimiento de asco, murmurando:

-¡Por Dios! .. .

De los campos dormidos llegaban ruidos extraños. Jim casi saltó ahora del lecho, al ver que las rapas volvían a moverse, como antes. Frunció el ceño. Entonces, armándose de valor, volvió a extender la mano, y al momento una sonrisa beatífica se extendió por su rostro. Comprendió, era que los *cowboys*, sin duda para celebrar su primera noche en el campo, la primera noche de Jim, habían atado parte de la almohada y la manta con una cuerda, y tiraban de ella desde el vagón de las provisiones y las herramientas, con un estrépito ahogado de risas.

Jim rió también. ¡No había, pues, ni tal coyote, ni tales reptiles, ni tales ardillas! Y lo que él tomó por una culebra o una serpiente, no era ni más ni menos que la cuerda con que los muchachos le estaban gastando aquella broma.

Jim desató ahora la cuerda, arrojando la punta todo lo lejos que pudo. Esto, de todos modos, que ahora le hacía reír, le pareció un buen augurio para el porvenir entre estas gentes rudas. Su tío le había anunciado que si los muchachos le gastaban bromas, sería buena señal; en cambio, si obedecían en silencio, y le hacían el vacío alrededor, ¡malo!, entonces sería muy mala señal. Jim acabó por volverse a echar, divertido y contento en el fondo, a pesar del susto mayúsculo que le habían proporcionado los *boys* con su pesada broma. En seguida se durmió.

A la mañana siguiente salió contento de su tienda, sin mencionar para nada el incidente. Poco después, todo el mundo trabajaba en el campamento. Este día se anunciaba como muy fatigoso y duro. Al regresar del campo, Jim se lavó las manos, que el rudo trabajo había llenado de ampollas y vejigas desde la víspera, y luego, sintiéndose muy cansado, pensó echarse un rato antes de cenar.

Se dirigió a su tienda. Pero allí le aguardaba otra sorpresa: su cama había desaparecido. Al principio creyó que se había equivocado de tienda; mas pronto se convenció de que no había tal cosa. A los pocos momentos descubrió su pobre catre, arrollado, en lo alto del pino, atado con una cuerda. El joven Traft ahogó un juramento. Si se veía obligado a subir al árbol, molido como estaba y con sus manos llenas de vejigas, iba a proporcionar a los granujas estos una diversión maravillosa. No, no renunciaba a ello. Los *cowboys*, mientras tanto, habían ido volviendo al campamento también, y formaban corros o se sentaban cerca del furgón que hacía de cocina, esperando que les llamaran para la cena, sin mostrar extrañeza alguna, a pesar de que, desde luego, comprendían el apuro en que se encontraba el joven amo.

-¡A ver, señores! ¿A que no ven ustedes un pajarito?-gritó uno de ellos con voz estentórea.

Jim decidió entonces hacer una fanfarronada, algo que asombrara a sus *cowboys.* Así que, se dirigió a su tienda, sacó de una maleta su magnífica pistola automática *Colt*, y, apuntado quietamente a la cuerda que sostenía la cama, disparó. La bala cortó la cuerda, y la cama cayó al suelo con un golpe sordo *y* seco. Hacía varios días, mientras estuvo en el rancho de su tío, habíase dedicado a tirar al blanco, y tenía magnífica puntería. Llevó luego la pistola a la maleta de su tienda, y después, dirigiéndose al sitio en que se encontraban los *cowboys*, dijo muy seriamente:

-¡Ya han visto ustedes cómo tiro! Espero que no me obligará ninguno de ustedes a disparar sobre él, porque ya ven cómo las gasto.

Los hombres le miraron con caras de asombro, abriendo mucho los ojos. Y uno de ellos, Curly, contestó:

-¡Yo no sería capaz de hacer eso que ha hecho usted!

Aquella noche, agrupados alrededor del fuego, los *boys* parecían pensativos, y susurraban en voz baja a espaldas de Jim.

Al acostarse aquella noche, el sobrino del gran Traft comprendió que se había declarado

Librodot

la guerra entre él y sus hombres, y tenía la certeza de que acabaría por ser completa y absolutamente derrotado. De todos modos, no se arrepentía de lo que había hecho. Ring Locke le había recomendado que se hiciera respetar, ante todo y sobre todo, si no quería considerarse perdido desde el primer momento.

Ni aquella noche ni al día siguiente ocurrió, por fortuna, nada digno de mención; pero a la noche siguiente el joven vióse despertado de golpe por un ruido espantoso, acompañado de una loca trepidación del lecho. Todo él temblaba. Las estrellas eran innumerables en un hermoso cielo de verano. El pino al pie del cual estaba levantada su tienda de campaña, debía haber sido herido por un rayo, y se había venido al suelo con un estrépito infernal. Pero el caso era que ni el cielo ni la atmósfera presentaba aspecto de tormenta, sino, al contrario, una serenidad maravillosa. Probablemente, los *cowboys* habían aserrado el árbol durante el día, y ahora le habían hecho caer por medio de cuerdas. Una de las ramas había dado sobre un pie de Jim, que ahogó un grito de dolor. ¡Valiente morralla, los tales *cowboys!* Jim no podría continuar durmiendo, por lo visto.

Hacia el fin de semana, el equipo había construido un gran trecho de cerca, hasta llegar a las proximidades del rancho del tío de Jim. Los *cowboys* habían acabado también con la paciencia del pobre Jim. El sábado por la noche, todos los muchachos se marcharon del campamento, excepto el cocinero, que mostraba una dulce y noble solicitud hacia el joven capataz. Éste, al día si[g]uiente, domingo, fue a ver a su tío, aunque sin abandonar definitivamente el campamento. Al caer la tarde, los *boys* fueron regresando al campamento, en grupos de dos o tres, algunos de ellos bastante borrachos. Jim se sintió ofendido. Conforme iban llegando, observaba cuáles eran los borrachos y cuáles los que se mantenían más o menos serenos y despejados... Bud traía en su caballo, sosteniéndolo con todas sus fuerzas, a Hack Jocelyn; y Curly prestaba el mismo servicio a Cherry Winters. La bebida era por lo visto el vicio favorito de Hack, porque regresaba al campamento con un aspecto sombrío y repulsivo. En cambio, Cherry parecía alegre. Curly, aunque no parecía completamente sereno, consiguió llegar junto a Jim y dijo, tendiéndole su diestra:

-¡Buenas tardes, mi amo! ¡Todo va bien! Esos chicos han bebido un poco, pero yo los he vigilado, y...

Jim asintió, sin querer contestar, y prefirió alejarse del campamento, dando un largo paseo que mitigó un tanto su mal humor. El sonido del gong del cocinero, convocando a todo el mundo para la cena, le hizo volver. Al acercarse al campamento, su fino oído pudo percibir estas palabras, que pronunciaba Curly

-¡Apostaría cualquier cosa a que anda por ahí, comiendo bien!... De todos modos, hay que reconocer que no se porta mal con nosotros.

-¡A mí eso no me importa!-repuso la voz de Hack, con sarcasmo-; lo que a mí me importa es que nos está haciendo construir esta maldita cerca espinosa. ¡El diablo se la llevara!...

Jim no comprendió, hasta momentos después, que hablaban de él los muchachos, y no de su tío, como supuso-en su primer momento. De todo el grupo, Curly era el único que parecía mantenerse un poco sereno y despejado.

El lunes, antes de amanecer, el equipo se dirigió hacia el Sur, llegando hasta el lindero de un bosque y avanzando, en total, otras cinco millas más. Aquí, el paisaje encantó a Jim. El campo se dilataba en hermosos bancales y praderas, cubiertos de vegetación o de una hierba fina y alta, extendiéndose hasta el punto donde comenzaban los pinos. Además, muy cerca corría entre las piedras un claro manantial. Desde aquí se veía el campo pelado y raso que habían recorrido desde que salieron de la hacienda. Y como la expedición llevaba una terrible impedimenta, este primer día de la segunda semana fue empleado totalmente en levantar el campamento y preparar el trabajo para las jornadas futuras.

En estos días siguientes ocurrió algo que vino a exasperar todavía más a Jim, y fue que Curly Prentiss, después de haberse mostrado gradual y perceptiblemente inclinado a su favor, le volvió de pronto la espalda, uniéndose al bando de sus enemigos. Esto dejaba a Jim a

merced de un corrillo formado por cuatro de aquellos gañanes, que capitaneaba Hack Jocelyn.

Y Jim decidió hablar a Curly un día, diciéndole: ¡Curly, se ha vuelto usted una mala persona de algún tiempo a esta parte!

-¡Mi amo!-repuso vivamente Curly Prentiss, mirando con rapidez a dos *boys* que estaban cerca y habían oído de seguro las palabras de Jim-; ¿se refiere usted a mi trabajo en el campamento?

-¡No, no!-opuso el joven Traft con mayor viveza, si cabe-; tengo que concederle que como trabajador hace usted más de lo que le corresponde.

-En ese caso, he de tomar sus palabras en el sentido personal, y... si usted prefiere que liquidemos esta cuestión a solas, estoy a su disposición...

-¡Por fin, amigo Curly! ¡Supongo que no querrá usted que nos batamos por tan poca cosa!

-¡Oh, es que en este país, los hombres tenemos que defendernos como podamos! Y hay que defenderse por sí mismo.

-¿Y cómo quiere usted que me defienda yo, entonces, de este grupo de... demonios rústicos, por no decir otra cosa peor, sin contar siquiera con un amigo?...-murmuró Jim con amargura-. Porque, déjeme que se lo diga todo, amigo 'Curly: desde que empezamos los trabajos, usted me ha ayudado a su manera, y yo le estaba muy agradecido a la simpatía que parecía mostrar hacia mí; yo, a mi vez, la sentía por usted también, y la siento; pero, de pronto, sin que yo pueda saber por qué, se aleja usted de mí y se vuelve frío, descortés y poco amable conmigo. ¿Por qué?

-Entonces..., ¿es por eso por lo que usted me ha llamado antes *mala persona?-inquirió* Curly con un relámpago en sus pupilas.

-Sí, por eso.

-¡Ah, bueno! Verá usted. Es que los *boys* del equipo me acusaban de ser excesivamente amigo de usted, de estar demasiado de su parte; entonces me pusieron ante este dilema: había de elegir entre ellos y usted.

-¡Ah, ya! No había pensado en tal cosa. Y usted, naturalmente, se inclina hacia ellos.

-Es natural. Pero le pido a usted perdón.

-¿Y si yo no se lo concediera?

-Entonces, nuestra situación se resolvería de otro modo, algún día, y usted sería el vencido.

-¿De verdad?

-¡Y tanto que sí!

-Curly: usted no me hablaría de este modo si no estuviéramos construyendo esta cerca, ¿verdad que no?

Hubo un breve silencio. Jim había estado pensando, en su honda inquietud de los pasados días, que el cambio en el proceder de Curly para con él, nacía de la dichosa valla.

-¡Míster Traft!-repuso ahora Curly en un tono ambiguo, como el que quiere eludir una respuesta clara y terminante-; ¡yo difiero de sus opiniones en muchas cosas; pronto lo ha de ver usted! Además, si quiere que nos reconciliemos, ha de pedirme perdón ante todos los *boys* por lo que me acaba de decir.

Jim se sintió humillado; pero al fin se encogió de hombros, y repuso :

-¡Bien! Ya veremos de arreglar esto del perdón más tarde. ¡Vamos a cenar!

Poco antes de cenar, en efecto, y cuando ya todos los hombres habían regresado al campamento. Jim los convocó dando palmadas, y cuando todos estuvieron a su alrededor, comenzó a decir de esta manera:

-¡Señores, tengo que decirles dos palabras! Quiero pedirle perdón y mis excusas ante todos ustedes al amigo Curly, al que antes llamé *mala persona* por cosas... personales. Ahora bien, retiro mis palabras, pero las aplico a todos aquellos de ustedes que han trabajado para enemistarme con Curly; yo no sé a ciencia cierta quiénes son; pero me lo figuro; sospecho de

uno, sobre todo, que es un mal tipo... Yo les había dicho a ustedes al empezar los trabajos que necesitaba de la amistad y el consejo de todos ustedes..., y había conseguido captarme las simpatías de Curly; pero ustedes lo han apartado de mí.

Hizo una leve pausa, y añadió, en tono incisivo ahora y dirigiéndose a Curly solamente:

-¡Y ahora, a usted, amigo Prentiss! Antes, cuando hablábamos, me desafió usted y me amenazó. Pero no ha sido por ninguna de estas cosas por lo que yo le he pedido a usted perdón y excusas delante de sus compañeros, sino, sencillamente, porque era una reparación de justicia que yo le debía. Pero ahora le voy a decir algo más, en vista de sus sonrisas de tigre, con que parece perdonarme la vida : yo no puedo consentir, ni pensar siquiera, que usted se sitúe encima de mí, ni me mande, ni piense por un momento que puede dominarme. Y por eso, aquí, ante todos sus amigos, cara a cara; le digo a usted que es un cobarde.

El rostro de Curly se descompuso un tanto, mientras todos los *cowboys,* al comprender que llegaba al fin la tan ansiada pelea, por tanto tiempo diferida, comenzaban a gritar y a alborotar, dando muestras de gran contento.

Bud comentó:

-¡Piense usted, míster Traft, que su tío...!

-¡Calla tú, idiota!-gritó uno, quizás Hack Jocelyn, de mal talante.

En este momento, Lonestar Hollyday gritó, saliendo algo fuera del círculo que formaban los trabajadores:

-¡Eh, mirad quién viene!... ¡Es Slinger Dunn!

VIII

Dos jinetes acababan de surgir, en efecto, del bosque vecino. No eran *cowboys,* aunque Jim no podía saber por qué había hecho esta distinción. A no haber sido por el anuncio de Lonestar y la impresión que causara entre sus hombres la llegada de los desconocidos, Jim ni siquiera habría reparado en ellos. Ya habían venido otros al campamento. Sin embargo, cuando el primero de los jinetes detuvo su caballo, el joven Traft modificó su primera impresión.

El jinete parecía un indio, a pesar de que su piel era de color de bronce, en vez de ser rojiza. Sus facciones aparecían ensombrecidas por el ala ancha de un sombrero negro, bajo la cual sus ojos brillaban en aquella oscuridad. Llevaba una zamarra de piel, deteriorada y viejísima; el resto de su indumentaria era igual a la de los *cowboys.*

El segundo desconocido era un joven alto y delgado, de rostro exangüe y un gesto duro en su boca de labios finos. Sus ojos parecían oscilar como la aguja de un compás.

Ambos montaban caballejos peludos, sucios, polvorientos y de aspecto' salvaje. En cambio, las sillas de montar eran soberbias, e iban provistas de largos *tapadores.* Sendos rifles aparecían unidos a las sillas de montar.

El primero de aquellos jinetes no saludó a nadie. Y Jim, al observarlo y ver que ninguno de sus hombres saludaba tampoco, optó por guardar silencio asimismo. Pero se adelantó hacia los recién llegados, con un aire inconfundible de autoridad. Así, algo más cerca del primer jinete, pudo ver Jim su rostro, que era muy bello y tenía un aire de serenidad y de arrogancia extraño.

-¿Es usted el nuevo capataz de este equipo del Diamante? preguntó con un tono de evidente hostilidad y dureza.

-Sí, yo soy-contestó Jim con no menos frialdad.-¿Es usted el joven Traft, del Missouri?

-James Traft-corrigió Jim.

-¡Ah, muy bien, míster Traft! Me alegro mucho de conocerle-siguió diciendo entonces el jinete, con la misma serenidad de antes, y sin manifestar intención alguna de revelar su

nombre.

Traft sonrió ahora levemente, murmurando:-¡Yo no puedo decir lo mismo, si no me dice usted quién es!

Hollyday avanzó entonces unos pasos, y colocándose junto a Jim, murmuró a su vez:

-¡Mi amo: este señor es Slinger Dunn, y su compañero, Seth Haverly, del Cibeque!

-¡Hola, Lonestar!-dijo Dunn señalando al *cowboy.*

Era extraño que Hollyday no añadiese ni una palabra más. De todos modos, Jim-saludó a los dos jinetes, invitándoles a que se apearan y cenaran con ellos.

Dunn fingió no oír, y preguntó:

-Dígame, míster Traft, ¿no están construyendo ustedes una especie de cerca muy larga por aquí?

-Sí, muy larga-contestó Jim.

-¿Qué extensión va a tener?

-Unas cien millas, según dicen los *cowboys.*

-¿Ellos no pueden decir tal cosa!... Además, la valla es de alambre espinoso, ¿no es así?...

-En efecto.

-¿Y para qué es esa valla?

-Una valla de las que llaman ustedes *de cañón,* y que otros dicen *movible* o *movediza,* porque sirve para encerrar el ganado, haciéndole volver hacia el rancho a que pertenece por la forma especial con que se la traza.

-¿Y de quién ha sido la idea de esa valla?-preguntó el jinete con una gota de luz siniestra en sus ojos feroces.

El otro jinete intervino:

-¡Déjalo, Arch, y vámonos!

-¡No, no! Quiero saber positivamente... La idea de esa cerca ha sido del señor Jim Traft, ¿verdad?

-En efecto, de mi tío ha sido.

-Pero..., ¿es que es él dueño del campo?

-De todo no, pero sí de mucho.

-Entonces..., ¿se va a atrever a cercar campos libres que no son suyos?...:

-¡Oh, él sólo quiere dividir el campo!

-Bien; por aquí esto no perjudicará a nadie, porque por aquí no hay más que grandes ganaderos como su tío; pero si la valla llega hasta allá, hasta el Diamante, los pobres criadores lo van a pasar muy mal, por lo visto. Por allí hay mucha gente que vive de criar un poco de ganado, y...

-Así se lo hice yo ver a mi tío... Yo estoy empezando ahora a enterarme de estos asuntos del ganado, y no sé quién llevará la razón, señor Dunn.

-¡Pues me parece que no va usted a llegar muy lejos con su valla, señor Traft!-dijo Arch liando un cigarrillo, v sin apartar ni por un instante sus ojos de fuego del rostro de Jim.

-¡Te digo que no te metas en esto, hombre!-murmuró en este momento Haverly, tirando de su compañero-. ¡Déjalos!

-¡Pues yo le digo a usted que llegaremos hasta el Diamante con nuestra cerca-dijo Jim con cierta dureza ahora-, y luego mi equipo y todo el mundo verán que la valla queda en pie como debe quedar, sin que nadie ose ponerle la mano encima!

-¿Ha dicho usted su equipo?

-Mi equipo de trabajadores he dicho.

-¿Y los hombres de su equipo le ayudarán a usted hasta el final?

-Espero que sí.

-Pues me parece que está usted equivocado. Allá, en el Cibeque, conocemos bien a

muchos de su equipo y sabemos lo que piensan... y lo que harán. Ahí tiene usted, si no, a Hack Jocelyn, a Cherry Winters, a Uphill Forst..., por no citar más.

-Sí, admito que algunos de mis hombres no trabajan a gusto conmigo, y me ridiculizan porque hacemos esta valla, y quizá me odian; y tal vez me lo merezco por el hecho de ser forastero en, el país; pero de todos modos, eso no tiene nada que ver para que la valla se haga y quede en pie, aunque haya que traer aquí media docena de equipos como éste.

Dunn levantó la cabeza, como sorprendido por aquellas palabras, y murmuró, con una sonrisa feroz:

-Traft, ninguna valla, ni *de cañón* ni de ninguna clase, se levantará jamás en tierras del Cibeque.

-Eso lo veremos. Gracias, de todos modos, por la noticia. Y ahora que ya no se muestra usted ni cortés ni agradable, ¿quiere hacerme el favor de salir de mi campamento?

El rostro de Dunn se oscureció aún más con una ola de sangre. Su compañero le cogió tan ruda y brutalmente por un brazo, que por poco le derriba al suelo. Al mismo tiempo gritó:

-Slinger, ¿lo ves?..., has dado lugar a que un forastero te arroje así de su campamento.

-¡No me refiero a él solo, señor mío!-añadió entonces Jim con sarcasmo-; porque mi orden de expulsión, le abarca a usted también. Y ahora les digo a los dos: *¡fuera de aquí!*

Pero el joven Traft, apenas había pronunciado estas palabras, se dio cuenta de que acababa de hacer quizás una terrible imprudencia. No sólo-el rostro de Dunn tenía una diabólica expresión de odio y de maldad y deseo de venganza, sino también los de los hombres de su propio equipo.

Haverly cogió entonces el caballo de su amigo por la brida, y se llevó al animal y al jinete. Dunn maldecía entre dientes, lo mismo que su colega. Y así se perdieron de vista, poco después, internándose en el bosque vecino.

Jim se volvió entonces hacia sus hombres. Al hacerlo, pudo observar que Curly Prentiss se escondía un revólver, cuyo gatillo iba levantado, detrás del cinto. Esto le hizo comprender mejor que nada la naturaleza de este • encuentro con los dos jinetes del Cibeque, aumentando su cólera sorda.

-¡No es para tener un gran concepto de ustedes esto!-dijo entre sus dientes apretados-. Si yo le contara a mi tío lo que ocurre, todos ustedes, hasta el último, serían despedidos. Quizá sean el mejor equipo del Diamante, pero para mí son un hatajo de tíos... ¿Qué me importa el tal Slinger Dunn y toda su parentela?... Y por lo que veo, alguno de ustedes estaba dispuesto a ponerse de parte de ese bandido.

-No lo crea usted, mi amo-murmuró con gran cinismo Curly Prentiss, sintiéndose aludido-; usted estaba hablando con ese hombre sin saber el peligro que corría... Y aquí podía haberse armado una ensalada de tiros...

-Curly dice bien, mi amo-añadió Lonestar Hollyday-. Yo no sé si Dunn le vio sacar el revólver a Prentiss; creo que sí, y por eso se ha mantenido tan correcto hasta el último instante. Porque le advierto a usted, mi amo, que ese Slinger Dunn es un granuja de cuidado. Ha matado ya a varios hombres, ¡y no creo que le habría importado mucho matar a uno más!

-¡Mire usted, mi amo!-añadió Hack Jocelyn por su cuenta-. Ha hecho usted mal en arrojar a Dunn del campamento; de no ser usted un forastero, nunca lo habría hecho. Ahora será él quien le eche a usted del país.

-¿A mí?-repuso Jim, sin contener ya apenas una cólera que le ahogaba. ¿A mí ese tipo?... ¡Ni él ni nadie en el mundo me da miedo! Además, ¿a qué tanta hipocresía?... ¿Quién me asegura que eso del revólver de Curly no iba contra mí?... Pudiera ser que trataran ustedes de divertirse a cuenta mía. Tal vez. Pero todo tiene un límite, y hasta aquí hemos llegado. ¡Son ustedes un hatajo de farsantes y de traidores, y yo no puedo creer ni una sola de sus palabras!

-¿Cómo, mi amo?-preguntó Curly en tono extraño-. ¿Nos llama usted embusteros?

-¡Sí, embusteros, farsantes, pillos!... ¡Más todavía; peor todavía : taifa de pedantes y de

gentes rudas y pendencieras! ¡Así, como lo digo! ¿Qué tienen ustedes que replicar?

Por primera vez, Jim hizo callar con imperio a toda la turbulenta pandilla. Pero el joven Traft no podía tener idea de la ofensa que les había infligido. El capataz se había sentido invadido por una cólera que se mezclaba con cierto miedo al descubrir el gesto de Curly, y esto le había hecho traicionarse, descubriendo su juego. Pero es que las cosas habían llegado a un límite intolerable. Jim se contenía, de todos modos, porque se había jurado a sí mismo no consentir jamás que ninguno de los hombres de su equipo pudieran descubrirle aterrado o temeroso por no importa lo que fuera.

En este instante, el gong de Jeff llamó a todo el mundo a cenar; pero Jim prefirió alejarse del campamento; yendo a pasear lentamente bajo los pinos, sumidos ya en las ti-' nieblas de la noche. Poco a poco, su cólera se fue calmando; pero comprendía que con su conducta iba a provocar un desastre en el campamento. Ahora se le aparecía la labor que su tío echara sobre sus hombros completamente imposible. Al fin, sombrío, triste y melancólico, regresó lentamente al campamento, y se acostó.

Al día siguiente, el tendido y construcción de la cerca continuó, con gran celeridad ahora, en comparación con la semana anterior, cuando los hombres trabajaban en campo raso. El alambre espinoso era por aquí clavado en los mismos árboles, y muy rara vez había que hacer un hoyo y colocar un poste. Quizás esto tenía un efecto animador y hasta alegre sobre los hombres del equipo, porque Jim los observaba y podía darse cuenta de sus intentos de aproximación moral, de su repentina solicitud, de su asombrosa amabilidad..., lo cual, en el fondo, le escamaba mucho. De todos modos, Jim se mantenía muy alerta y muy en su papel de capataz, porque los muchachos no habían cesado en sus bromas provocativas. Así, por ejemplo, una noche, a raíz del disgusto aquel, Traft, al retirarse a su tienda y abrir el lecho, se encontró mojadas las mantas. Alguien había arrojado un cubo de agua fresca en el catre enrollable, por uno de sus extremos. Jim reflexionó lo que debía hacer. Pero, ¿qué más podía hacer en el fondo?... Podía, sí, ir y coger alguna manta de las camas de los hombres; pero desistió de ello. Al fin decidió hacer una hoguera apocalíptica, prendiendo fuego a una verdadera montaña de leños y ramas, y formando un fuego tan espantoso que por poco abrasa vivos a los *cowboys* antes de que tuvieran tiempo de despertar y huir en dirección al bosque cercano. Pasó media noche secando sus mantas, sabiendo, claro está, que semejante lumbre mantendría despiertos y levantados a sus hombres. Y cuando al fin se retiró a acostar, poco tiempo antes de llegar la aurora del nuevo día, gritó con todas sus fuerzas, según, solían hacerlo los jayanes aquellos:

-¡El alba llega! ¡Arriba todo el mundo!

El día siguiente y el otro transcurrieron tranquilos. El campamento había sido trasladado diez millas más al Sur, en pleno bosque ahora, en un sitio encantador, cerca del cual corría un riachuelo, y donde abundaban los pavos silvestres. Esto alegró mucho a Jim, gran aficionado a la caza. El vagón de las herramientas había ido a Flagerstown, a buscar más alambre espinoso, y el cochero, al regreso, trajo una nota del viejo Traft preguntando a su sobrino por qué no había ido al rancho, a informar a su tío personalmente de la marcha de los trabajos. Pero Jim no quiso contestar siquiera, ni se dignó ir al rancho tampoco. Otra semana transcurrió, incluso el domingo; pero durante ella nadie molestó al joven capataz.

Comenzaban a acabársele los recursos. La valla llevaba trazas de eternizarse, por lo visto, y Jim procuraba distraerse cazando y paseando en sus ratos de ocio. Los *cowboys* parecían esperar que él se rindiera alguna vez, pero Jim se mantenía firme y rígido en sus trece, con la íntima satisfacción de ser el primer capataz forastero que había conseguido tener a raya a los bárbaros estos del equipo del Diamante.

De todos modos, los *boys* se esforzaban en molestar y atacar indirectamente a su capataz y jefe en todas las formas imaginables. Jim sufría mucho, sobre todo por su desorientación en este país cuyos hombres seguían siendo para él un misterio. Se le antojaban duros de corazón, inhumanos, crueles, con un diabólico deseo de molestarle, de zaherirle, de

Librodot

hacerle confesar su completa derrota.

El lunes, el vagón de aperos y herramientas avanzó todavía a lo largo de una línea previamente trazada el día anterior por Jim, descargó cuanto contenía, y marchó nuevamente hacia la ciudad, a buscar más material. Ahora su viaje duraba ya tres días.

Jim, haciendo trabajar durante a los hombres durante aquella semana, consiguió alcanzar el límite de la línea previamente trazada por él, antes de que regresara el furgón que había ido a la ciudad. Ahora se presentaba ante los ojos del equipo un profundo barranco que había que salvar. El país se tornaba cada vez más áspero y rudo, conforme avanzaban bosque adentro.

-¡Mi amo!-dijo aquella mañana Bud-. Hay una serie de carretes de alambre que han caído al fondo del barranco.

El resto del equipo prorrumpió en risas y alaridos, como de gozo, al oír la noticia.

Jim no se quiso dar por aludido, de todos modos, y preguntó con calma:-¿Quién los ha tirado?

-¿Y yo qué sé, mi amo?-repuso Bud.

-¡Otra broma pesada!-exclamó el joven Traft entre dientes.

Y, dirigiéndose al borde del barranco, descubrió pronto, abajo, una docena o quizá más de carretes de alambre esparcidos aquí y allá.

-Bien-dijo al fin el joven capataz a sus hombres-; ¡bajen por ellos, y llévenlos al furgón!

-¿Cómo? ¿Subirlos a cuestas?-protestaron algunos.

Se habían sentado a la sombra de unos árboles y se pusieron a liar cigarrillos; y al oír jurar a Jim, todos sonrieron con aquella sonrisa cazurra y agresiva que tenía la virtud de sacar siempre de quicio al joven Traft.

¡Bien!-acabó por decir Jim, furioso-. ¡Yo mismo los subiré!

Y bajó a grandes zancadas la cuesta del barranco, que le pareció más escarpado y profundo de lo que había juzgado a primera vista. Como el que coge un juguete, se cargó a las espaldas el primer carrete de alambre que halló al paso. Jim era fuerte. A menudo había cargado en su pueblo sacos o barriles en los vagones del ferrocarril o en los camiones. De todos modos, cuando llegó arriba, se encontraba muy cansado, porque aquello pesaba terriblemente. Mas antes de declararse vencido, sintiéndose encima los ojos burlones y escrutadores de sus hombres, hubiera preferido la muerte. Bajó de nuevo al barranco, y esta vez volvió a subir cargado con otro carrete, pero teniendo la precaución de hacer zigzags conforme ascendía. De este modo, el trabajo era menos pesado. Entonces, empapado materialmente de sudor, goteando como si le hubiera sorprendido la lluvia, se dirigió a los *cowboys* y les gritó, conteniendo a duras penas su ira

-Bien, ahora..., puesto que están ustedes descansados, ¡aire, a hacer la valla!

-¡Oh, mi amo, estábamos viendo cuánto tiempo tardaba usted en hacer el trabajo!-dijo cazurramente Hump Stevens.

Jim no quiso contestar. Le quedaba la sensación de su derrota moral ante sus hombres, de su completo fracaso como capataz de este equipo de brutos. Pero, poco a poco, su mal humor y su rabia se fueron calmando, dejando en su alma una especie de rencor doloroso.

Curly Prentiss descubrió de pronto unos caballos que cruzaban por el cercano camino, y los señaló a Jim y a *sus* compañeros:

-¡Caballos, señores! Seguramente son del equipo del Cibeque-dijo.

Jim comentó, con voz opaca:

-¡Siento el incidente del otro día con los jinetes aquellos del Cibeque!...

Pero se calló, sin querer seguir adelante, seguro de que cuanto dijera aparecería ridículo o necio a los oídos de estos hombres que le miraban como al peor enemigo.

El viernes a mediodía, Bud Chalfack se acercó a Jim, diciéndole:

-Mi amo, vengo a hablarle en nombre de todo el equipo, ¿sabe?... Verá usted: hemos pensado que suspenda el trabajo de esta semana hoy, porque queremos marcharnos esta tarde

Librodot

y estar fuera mañana también.

-¿Cómo?... ¿Ausentarse ustedes?... ¿Y para qué?-preguntó Jim, sorprendido.

-Sí, queremos ir al pueblo hoy, porque es la feria de Flag, y mañana se celebra allí el *rodeo.* Varios de nosotros vamos a tomar parte en él.

-¡Pero nosotros no podemos suspender el trabajo de la valla para ir a los *rodeos!*-protestó Jim, escandalizado.

-¡Oh, hay que suspenderlo, mi amo!-dijo el *cowboy* cazurramente-. ¡No creo que haya tanta prisa en terminar la valla, caramba! Ya aligeraremos luego.

El joven capataz guardó silencio. Ahora no comprendía si las palabras de este hombre significaban insubordinación o legítimo derecho de marcharse él y sus camaradas. De todos modos, tenía la seguridad de que, aunque les negara el permiso, los *boys* se marcharían. Y si daba el permiso, se le burlarían también...

-Bien-acabó por decir tras una leve pausa pensativa-; vayan ustedes, si quieren, por su cuenta y razón.

Momentos después, formando un alegre y brillante grupo de jinetes, todos se alejaban del campamento. Jim sintió, a la vez que un principio de orgullo por ser el capataz de aquel puñado de bravos jinetes, una honda tristeza, ante el pensamiento de que ellos jamás le admitirían en su compañía ni le considerarían como un camarada. ¿Por qué no le habían preguntado si quería marcharse con ellos?... ¡Ah, le habría causado un placer tan intenso!... Él no había visto nunca un *rodeo.* ¡Pero ellos se avergonzaban de tener un capataz forastero!...

Cuando se marcharon, Jim se dirigió al bosque vecino. Y, de pronto, llevóse una inmensa sorpresa. Jeff Davis, el cocinero *mudo,* le dijo:

-¡Mi amo! No se debe usted marchar solo del campamento. Y si quiere usted salir, llévese un rifle, por si acaso.

Jim no contestó, aunque agradecía profundamente a Jeff sus consejos. Por lo visto el cocinero había engañado al equipo entero acerca de su mudez. No era mudo, ni mucho menos, ni tampoco medio sordo, como a veces se hacía. Y como no había aquí más que Jim y Jeff, aquél prometió a éste que nunca le traicionaría sobre su secreto con los *cowboys.* De todos modos, se marchó hacia el bosque vecino, solo y desarmado.

La soledad de la selva iba haciendo penetrar poco a poco en su corazón una dulce paz. Se anunciaba el verano, y el bosque aparecía lleno de helechos y de flores silvestres que embalsamaban el aire con sus suaves perfumes. Sus pasos no hacían el más leve ruido. A cada paso veía ardillas y pájaros huir ante él, y una vez vio también, como en un relámpago, la sombra color tierra de un gamo que escapaba velocísimo. Enormes peñascos, cubiertos de musgo o festoneados de enredaderas y chorreantes de agua, le cerraban el paso a cada instante. El aire, fino y fresco, susurraba en las copas de los árboles. ¡Ah, si él no se hubiera sentido tan derrotado y triste, cómo habría podido gozar de las maravillas de esta selva encantada!...

Al caer la tarde volvió al campamento, cenando en silencio, sin parecer recordar que el cocinero le había hablado horas antes. Durmió bien, pero al alba ya estaba despierto y se vio de nuevo invadido por su amargura y sus preocupaciones.

De pronto, se vio asaltado, por un deseo incontenible de marchar a la ciudad. ¿Por qué no?... Inmediatamente de concebida la idea ya estaba Jim a caballo, y alejándose del campamento. Llevaba la convicción de que esto era una señal de derrota, y que quizá cuando se enfrentara con su tío, se acabaría definitivamente su reinado de capataz.

Triste y abatido llegó a los terrenos en que se celebraba la feria. Y, descubriendo una barraca, alegremente adornada de banderines y gallardetes, echó pie a tierra, con ánimo de refrescar. Se dirigió al mostrador, pidiendo algo a una muchacha que servía. Luego, mientras, iba bebiendo, levantó la cabeza, y se sorprendió viendo, fijos en él, un par de hermosos ojos enormes, color de caramelo.

Y vio estremecerse a la muchacha, cuando él le preguntó:

-¿Qué haría usted si yo la dijera que me gusta?... Entonces fue cuando ella había

Librodot

contestado:

-Pues me enojaría... ¡*y* ya veríamos!...

Jim la había contemplado con ojos que la devoraban, mientras ella movía su linda cabecita de pájaro, coronada por negra cabellera brillante. Era una jovencita lindísima, que llevaba un elegante traje azul. De todos modos, los contornos de su cuerpo delataban ya a una mujercita. Su rostro era diminuto, perfectamente oval, lleno de gracia. Sus manos eran pequeñas y morenas, pero parecían fuertes. Era, desde luego, una muchacha de allí, del Oeste, pero de seguro perteneciente a una buena familia. Jim había seguido hablando, sin darse apenas cuenta de lo que decía. Poco a poco, el joven Traft se había ido sintiendo más interesado por aquella muchacha, y le hablaba y la miraba con mayor interés. Y cuando la oyó decir que no tenía novio, aquel interés se mezcló a una especie de presentimiento de hermosa y extraña aventura.

Al marcharse feria adelante, su viaje a Flagerstown se le aparecía ya como teniendo un objeto y una misión determinados. ¡Qué dulce chiquilla!... ¡Por ella ya se sentía Jim capaz de lidiar contra el mundo entero!

Entregó su caballo a un chico de las caballerizas, y se dirigió al sitio donde iba a celebrarse el *rodeo,* seguro de que encontraría por allí a su tío. No tardó en dar con él, en efecto. Jim disimuló como pudo el rubor de su rostro y su vergüenza. A su tío le agradó que hubiese venido a la ciudad con traje de campo y de trabajo, allá, en pleno bosque.

Comenzó el *rodeo.*

Jim se sentó junto a su tío y algunos amigos, y aquél le dijo:

-Tu equipo va a tomar parte en el *rodeo.* Ya verás Y allí estuvo varias horas, agarrado a su silla con emoción, gritando cuando la multitud gritaba, enardeciéndose con creciente entusiasmo. Y así pudo ver a Curly Prentiss montando potros salvajes y caballos del desierto, que ya 'habían tirado a otros varios jinetes; vio a Hack Jocelyn ganando el concurso de la cuerda y la maroma ; luego a Bud ·Chalfack saltando sobre caballos feroces, lanzados en plena carrera; a Jackson Way guiando dos hermosísimos caballos, erguido, apoyando cada uno de sus pies en los lomos de un animal, mientras el tronco galopaba frenéticamente, y, en fin, pudo ver asimismo a Lonestar Hollyday ganar un valioso premio en metálico por su maravilloso comportamiento en la lucha con los novillos salvajes.

El equipo del Diamante obtuvo nueve premios. Jim estaba entusiasmado, con un entusiasmo que se contenía a duras penas. ¡Aquéllos eran sus *cowboys!* Hasta ahora los había odiado, pero ahora se enorgullecía de ellos, experimentaba por ellos una infinita simpatía.

Volvió hacia el rancho en éxtasis, pensando con orgullo en las hazañas de los *boys* y estremecido, al mismo tiempo, al pensar en el baile de aquella noche. Al llegar al rancho, se afeitó y se lavó cuidadosamente, mudándose de traje y contemplándose luego ante el espejo. Su tío tenía huéspedes, a los que fue presentado Jim como el jefe del equipo del Diamante. El joven disimuló aquí también su derrota lo mejor que pudo ante los amigos de su tío.

Al fin partió de nuevo hacia Flagerstown, dirigiéndose a aquel baile celeste, con el ánimo alegre, lleno de entusiasmo, lleno de ilusiones. Iba a demostrar a las muchachas del pueblo, que tanto se habían burlado de él, que era capaz de conquistar el corazón de la más bonita.

Al llegar al baile buscó afanosamente a su adorada; al fin la descubrió, luciendo ahora un lindo traje blanco. Estaba guapísima. Ella vio en seguida a Jim, saludándolo desde lejos con una ligera inclinación de cabeza. El corazón de Jim palpitó alocadamente, como un divino presentimiento.

Jim permaneció solo. No veía más que a ella. El muchacho ardía en deseos de acercarse a su adorada, y esperaba ansiosamente una señal suya. ¡Ah, cómo le miraba, a través de aquella multitud que se movía rítmica y frenéticamente!... Al fin la vio dirigirse hacia las sillas, y sentarse, mientras despedía a su acompañante, con el que acababa de bailar. Jim se apresuró entonces a acercarse a ella, inclinándose, y diciendo:

-¡Mi turno! ¿No es así?

Ella sonrió, levantándose, y Jim la cogió delicadamente del brazo, comenzando los dos a bailar.

IX

Era domingo, y Jim había vuelto al campamento del Diamante, lleno de tristeza y de angustia. Sólo Jeff, el cocinero, que dormía a la sombra de un árbol, estaba allí. Jim se dirigió de nuevo hacia el bosque vecino, tras dejar a su caballo en la cuadra improvisada. Aquí, en medio de la calma y del silencio de la selva, intentaría poner orden en sus sentimientos alborotados, en su pecho agitado por tantas pasiones.

De todas sus torpezas y errores, cometidos desde que llegara a este país, éste cometido ahora con Molly Dunn se le aparecía el más terrible y lamentable. ¡Ah, cómo le hacía sufrir el recuerdo de su torpeza!... Pero, ¿quién hubiera podido imaginar que aquella muchacha, tan linda, tan elegante, tan delicada, tan dulce, fuera la hermana de un vagabundo, de un bandido, de un asesino que, además, resultaba el peor enemigo del trabajo que ejecutaba ahora Jim en esta valla del Diamante?... ¿Cómo habría podido él ni sospechar remotamente semejante cosa?...

De todos mudos, no se perdonaba su estupidez, su simpleza, su torpeza insigne. Al principio, cuando él cometió también la osadía de abrazarla, ella le había hecho volver en sí, dándole aquella bofetada en plena boca y se había ofendido. Se había ofendido, sí, la muchacha; pero su ofensa había sido leve, pasajera, comprendiendo, quizá, que él la adoraba con el ímpetu y la fuerza del amor primero... Por esto le perdonó casi en seguida dándole aquel beso en los labios, cuyo recuerdo aún abrasaba la sangre de Jim. Ah, cómo relucían los ojos de la muchacha en aquel momento! ¡Qué brillo, qué fulgor, qué llama había en ellos!... Y Jim tenía que reconocer ahora que era la misma llama que brillaba en las pupilas de su hermano, Slinger Dunn, cuando estuvo en el campamento.

¿Por qué le había besado Molly Dunn?... ¡Ah, no, no le halagaba mucho a Jim el recuerdo de las palabras que ella pronunciara a raíz de su beso!... Ella misma le había dicho que le besó por piedad, no por amor. Era como el deseo de verse perdonada, a su vez, por aquel golpe con que le hirió en la boca. Pero, de todos modos, ella le había besado, haciendo a Jim el más feliz de los hombres, haciéndole reconocer que sus sueños altísimos de un amor bello, puro y noble no eran nada comparados con aquella dulcísima realidad.

Pero... ¡ah! Jim no podía resignarse a dejar así las cosas. Lo ocurrido, ¿era acaso irremediable?... Un leve consuelo le quedaba al pensar que tenía tiempo por delante para meditar en ello, para desentrañar el misterio de lo que había sucedido, y que aún no acababa de comprender, para llegar a comprender con todo detalle quién era aquella misteriosa Molly Dunn. Sólo entonces vería con claridad el porqué de aquella enorme impresión que le causaron a la muchacha sus palabras, las palabras de Jim cuando le habló de su hermano en el baile de anoche.

Lo que recordaba con más crudeza y amargura el joven Traft en este momento era el amargo reproche de los ojos bellos. ¿Por qué le había mirado con aquella hondísima expresión de desdén?... No era, no, porque le hiciera daño ni la molestara descubrir a Jim de una clase social tan lejana y contraria a la suya; no, no era eso, aquella expresión de reproche, aquella mirada impregnada hasta lo más hondo de rencor, venía de un dolor muy profundo también, de algo que había herido horriblemente a la hermosa muchacha. ¿Era, tal vez, que ella también se había enamorado de él súbitamente, y, luego, al conocer lo ocurrido, había sufrido un espantoso desengaño?... ¿Era eso? ¡Tal vez!... Lo único que podía afirmar Jim era que a todos los encantos y los atractivos de Molly se había unido ahora el encanto y el misterio de la fatalidad.

Librodot

Jim intentó ahora en vano luchar contra el amor de aquella muchacha. ¿Acaso él no tenía amor propio, propia estimación?... ¡Una chiquilla nacida entre los bosques, una aldeana, una verdadera campesina, aunque él la hubiera conocido vestida de señorita!... Pero pronto tuvo que rectificar, reconociendo que Molly era innatamente bella, distinguida y elegante.

Al levantar la cabeza, pudo columbrar ahora Jim a varios *cowboys* que regresaban al campamento, volviendo de Flag. El joven Traft se dejó caer al pie de un árbol, sintiendo alguna esperanza acerca de Molly Dunn. ¡Quién sabe!... Algunos de sus *cowboys* habían estado en el baile de anoche; pero quizá no le habían visto a él bailando con ella.

Jim permaneció aún allí en el bosque, no queriendo afrontar todavía, mejor dicho, retardando todo lo posible el encuentro con los *boys.* ¡Ah, si él tuviera el amor de Molly, nada ni nadie le importaría!...

Mucho antes de la hora de la cena, que Jeff de todos modos adelantaba los domingos, los *cowboys* llegaron al campamento. Jim no quiso, pues, demorar por más tiempo el presentarse ante ellos, para evitar suspicacias.

Por desgracia para Jim, los muchachos estaban como alerta cuando él llegó al campamento, y al joven capataz se le antojaba que todos le miraban como jueces severos. Jim adivinó que algo desagradable iba a ocurrir.

-¡Hola, muchachos!-saludó el joven Traft en tono alegre, disimulando sus sentimientos-. Ya veo que han vuelto ustedes más temprano de lo que yo esperaba... Yo cambié de opinión, y fui ayer a Flag y estuve en el *rodeo.* Por cierto que pasé uno de los mejores ratos de mi vida. No puedo decirles todo lo que me divertí... Les felicito a ustedes por sus premios y sus éxitos. ¡Crean que me sentí orgulloso de ustedes!,

¡Ni una sola voz se elevó para contestarle! Un silencio hostil le siguió. Y Jim, para esconder el leve rubor que seguramente había invadido su rostro, se agachó un instante, fingiendo que arreglaba unos leños de la lumbre. Luego fue a apoyarse contra el tronco de un pino, junto al cual se levantaba su propia tienda.

De pronto se elevó la voz de Bud Chalfack, que decía:

-¡Mi amo, también hemos traído un premio para usted: un bebé precioso del Missouri, vestido de azul!...

Esta salida de Bud fue acogida con una algarabía espantosa de gritos, de palabrotas y de risotadas. Jim se sintió aturdido, como en el centro de un huracán que se hubiera desatado de pronto sobre el campamento. Los nueve hombres que se agrupaban alrededor del fuego de Jeff se retorcían de risa, presa de convulsiones espantosas. Luego, Cherry Winters, todavía completamente borracho, avanzó dando traspiés hacia Jim, y, mostrando en su faz bermeja una alegría innoble, intentó pronunciar un importante discurso, explicando las palabras de su amigo. Pero Jim no pudo contenerse, y, empujándole rudamente, rugió:

-¡Largo de aquí!

Cherry fue bamboleándose hacia atrás, hasta que tropezó con el montón de leña dispuesta por Jeff; entonces cayó al suelo, y toda la leña se le vino encima. El griterío de los *cowboys* fue ahora ensordecedor. Todos ellos estaban-bebidos, borrachos como cubas, y el mismo Bud se tambaleaba, fijos los ojos en el suelo.

-¡Maldito capataz!-dijo con lengua estropajosa-. ¡Hay que ver cómo nos trata! ¡Y le advierto a usted que yo *le he visto, le he visto* a usted anoche!...

-No tiene nada de particular-repuso Jim encogiéndose de hombros y haciendo un gesto despectivo-; cualquiera que no sea ciego me habría visto también. Ya les he dicho que estuve en Flag.

-¡Ah, pero es que yo sé más de lo que usted se figura!-dijo aún Bud, con una alegría salvaje, golpeándose las rodillas con las manos.

-Bien; me alegro de que esté usted tan bien enterado, hombre.

-¡Pero, ah, es que!..., ¿quién se iba a figurar semejante cosa en usted?... ¡Y cuando yo les diga a los compañeros!...

Jim sintió que toda su sangre hervía. ¿Qué decía el tipo este?... Tuvo que contenerse

para no romperle la cara de un puñetazo. Los *cowboys* gritaban más y más, comprendiendo con agudeza innoble que Jim se sentía acorralado. El joven Traft, con los brazos cruzados, fruncido el ceño terriblemente, los miraba ahora a todos, cara a cata. Algunos parecían tomar la cosa a broma, pero otros, los más borrachos, tenían un aspecto torvo y amenazador. Bud estaba francamente borracho; Curly también parecía algo bebido; solamente Hack Jocelyn aparecía relativamente sereno y frío, observando al capataz con una mirada de rencor, que no escapaba a Jim.

-¡Mi amo..., le digo a usted que le vi anoche... en el jardín del Ayuntamiento!-gritó al fin Bud, en tono triunfal.

Jim lanzó una especie de rugido al oír estas palabras. ¡Ah, qué horror!... ¡Oh miseria! ¡Aún era peor de lo que él había temido!...

-¡Muchachos!-continuó entonces Bud, a gritos también, y creciéndose ante el efecto producido a Jim por sus palabras-. ¡Muchachos : yo vi anoche a nuestro estúpido y pedante capataz abrazando... a esa buena pieza, a esa chica tan linda que se llama... Molly Dunn! ¡Yo le vi, yo!...

Antes de que Jim se diera cuenta siquiera de lo que hacía, había descargado un terrible puñetazo en el rostro de Bud, lanzándole sobre el montón que formaban las sillas de montar. El golpe había sido terrible, tan terrible que Bud había quedado seguramente fuera de combate.

Pero en seguida, Curly Prentiss se destacó del corro de *cowboys,* avanzando hacia el centro, al tiempo que ano-jaba al suelo su sombrero, con un movimiento de cólera.

Al tiempo, rugió:

-¡Oiga, usted..., hipócrita, sepa que Bud es mi amigo... y ahora le voy a romper yo a usted la cara por lo que ha hecho!

¿Usted, patizambo, estúpido?... ¿Romperme a mí la cara?... ¡Si no sabe pegar mejor de lo que baila, no conseguirá ponerme la mano encima!

Esto pareció irritar a Curly aún más que el puñetazo a su amigo. Tiró a un lado su corbata, a otro su chaqueta, y arrojó luego a Jackson Way su canana de cuero, abriendo en seguida las piernas y quedando en actitud de reto.

Este lapso permitió a Jim reponerse un tanto. De todos modos, comprendía que era inevitable la lucha con algunos de sus *cowboys. ¡*Bien, sería con éste, con Curly! Por suerte, la fuerza invencible que debía armar su brazo, ya la tenía, se la había dado el amor de aquella hermosa Molly Dunn en Flag.

Curly parecía un toro cuando se dispone a caer sobre su enemigo; pero de pronto, Uphill Frost avanzó hacia él y le detuvo, gritando:

-¡Espera un momento, Curly!

-¡No me detengas!-protestó Curly, furioso-. ¡Quiero darle su merecido a este cínico capataz, que se dedica a abrazar a las muchachas!

¡Muy bien, tonto; pero es que yo apuesto por ti!-siguió diciendo Frost levantando una mano, con varios billetes pequeños.

Entonces, todos los *cowboys* se agitaron como condenados, sacando a relucir monedas y billetes, y apostando por Curly, al tiempo que le gritaban para enardecerlo. Ni uno solo apostó por Jim.

Éste sintió que su cólera llegaba al colmo ante la ofensa, y dijo con los dientes apretados:

-¡Acepto todas las apuestas que quieran ustedes hacer!

-¡A verlo!-gritó alguien con voz de borracho-;-¡Déle usted algún tanto!

-¡Muy bien; doy dos a uno!-repuso Jim valientemente-. Pero pronto, ¿eh?..., que quiero cenar.-¡Anda, Curly, anda con él!

-¡Pégale sin miedo!...

-Piensa que luchas por todo el equipo.

Entonces empezó una lucha terrible, de verdaderos boxeadores. Curly saltó, intentando herir a Jim; pero éste esquivó el cuerpo, y descargó un terrible puñetazo a su enemigo en un costado. El golpe resonó como en una caja vacía, y Curly vaciló, yendo hacia atrás, mientras daba traspiés. Se rehizo pronto, no obstante, y acometió de nuevo al capataz; pero éste, cada vez más sereno y más dueño de sí mismo, esquivaba las acometidas del *cowboy*. Jim se convenció bien pronto de que Curly, que era en verdad una maravilla como jinete, era hombre al agua en este terreno de la lucha frente a frente. Entonces, fijó los pies en el suelo, como si los clavara, y adoptó la actitud viva y veloz de un luchador de marca. Ya había comprendido el punto flaco de su enemigo. Avanzó por la izquierda, y le atacó; y cuando Curly se disponía a parar el golpe por aquel lado, alargó la diestra, y descargó un formidable puñetazo en la nariz de su adversario, que se tambaleó, cayendo al fin de rodillas. Los otros *cowboys* parecieron también desplomarse al suelo.

-¡Levántate, poltrón!-gritó con todas sus fuerzas Hack Jocelyn, con un brillo siniestro en los ojos-. ¡Piensa que hemos apostado todos por ti!...

Pero Curly no podía contestar. Lanzaba golpes contra su enemigo, que Jim esquivaba fácilmente, mientras le iba propinando al caído, a su vez, una severa paliza. Por tres veces, Curly intentó levantarse, y por tres veces Jim le hizo rodar de nuevo por el polvo. A la tercera vez, Curly optó por sentarse en el suelo, quedando inmóvil, como entregándose.

Bud, que se había sentado también a un par de metros del sitio donde estaba Curly, rugió:

-¡Buena nos la has hecho, hombre!... ¡Dejarte pegar por el capataz!... ¡Hemos perdido nuestro dinero!...

-¡Parecía un ventilador!-dijo Curly acariciándose la nariz, hinchada y ensangrentada.

Jim avanzó entonces unos pasos, y mirando fijamente a su enemigo, preguntó:

-Qué, amigo Curly, ¿tiene usted ya bastante?...

Curly miró hacia su amo, sin la más leve sombra de resentimiento en los ojos, y movió la cabeza afirmativamente. Luego dijo:

-¡Mi amo, no me lo explico; pero la verdad es que me ha pegado usted de veras!

-¿He sido yo el que ha provocado la pelea?-inquirió Jim.

-¡No, no, mi amo! ¡He sido yo!

-Bien; en ese caso, ¿va usted a volver a amenazarme con un duelo a tiros, o quiere usted que nos demos la mano, como amigos?

Curly se levantó lenta y penosamente. Una idea saludable parecía haber perforado, al fin, la armadura de su idiotez y su terquedad.

-¡Seremos amigos!-dijo, cogiendo la mano que le brindaba Jim.

-¡Cómo! gritó Hack Jocelyn, indignadísimo, mirando a Curly con ojos severos-. Pero, ¿qué haces?... i Y nosotros que habíamos apostado por ti!... ¡Vete al diablo!...

Y, dando media vuelta, se marchó, respirando como un fuelle.

Bud Chalfack intentó levantarse también *v,* viendo que no lo conseguía, se puso a arreglar los leños de la lumbre.

-No se levante usted, Bud-dijo entonces Jim en tono amenazador-; ¡mejor está usted ahí quieto, porque si se levanta le volveré a hacer sentarse otra vez!-¿A mí?-protestó Bud-. ¡Pero si yo no he luchado con usted, caramba! ¡Ha sido Curly!

-No importa. Usted es otro truhán como él, y haré con usted otro tanto... y con todos los amigos de ustedes que se me pongan por delante y quieran defenderlos.

-¡Caramba!...

Bud paseó una mirada de asombro en torno; pero ninguno de los hombres quiso darse por aludido.

-Así-dijo luego cazurramente-, ¿así... usted es uno de esos que les gusta zurrar dos veces, no?

-Si se tercia, sí.

-Pero yo no le he ofendido a usted en nada, mi amo. Y si usted me lo permitiera, diría a los amigos...

Hablaba con la inconsciencia de los borrachos; pero Jim, que lo comprendió, y temía alguna indiscreción grave, le interrumpió, en tono amenazante:

-Usted se calla! ¡Si no...! ¡Y ahora es preciso que me pida usted perdón!

-¿Yo?... ¿Perdón?... ¿Por qué?... ¿Por haber llamado a Molly Dunn *buena pieza?*

-Por eso, sí.

-Bueno, mi amo, me rectifico. Pero yo no creí insultar a la chica al decir eso.

-¿Y tampoco la ofendió usted al afirmar que me vio usted abrazándola, so embustero?

Bud se rascó la durísima testa, contestando muy lentamente:

-Mi amo..., es que..., ¡caray!..., es que... *entonces* yo no estaba bebido, y podría jurar que... ¡sí, caramba!... podría jurar que yo le vi a usted abrazando a la chica. Usted la levantó en vilo... y ella le dio una bofetada; pero, en seguida, cuando usted la soltó, la chica, tal vez arrepentida, le dio a usted un beso.

Jim pudo ver la sorpresa que estas palabras causaban en el ánimo de los *cowboys.* Ya no tenían ganas de reír, por lo visto, pues, por fortuna para Jim, la paliza propinada a Curly parecía haberles amansado, y reconocían en silencio la superioridad del joven capataz.

De todos modos, aprovechándose del silencio que siguió, dijo, con una levísima sonrisa, como perdonadora:

-¡Amigo Bud: anoche debía usted de estar borracho como una cuba, para ver semejantes visiones! Y ya ven ustedes, señores, por dónde las palabras de un borracho me han hecho batirme con Curly y dejan en pie un grave insulto a una muchacha honrada.

Bud pareció ofenderse suavemente al oír estas palabras. Y dijo, encogiéndose de hombros:

-¡Mi amo, aquí en Arizona no trae desgracia el besar *a* una chica, créalo usted! Y tratándose de Molly Dunn, es hasta un motivo de orgullo para el equipo entero. Sepa usted que esa Molly Dunn nos ha dado calabazas, pero unas calabazas redondas, a Lonestar y a mí. Y de Hack Jocelyn, no hablemos; pregúntele usted a él: ¡está loco por ella!

-De todos modos, usted la ha llamado *buena pieza,* y eso es una ofensa para una mujer, por el sentido que encierran las palabras...

-¡Pero yo no lo dije con ánimo de insultarla ni molestarla, mi amo!-protestó Bud-. Moll^{y}, ¡usted no la conoce! , es un gato salvaje, un demonio. Mire, Lonestar y yo estuvimos flirteando con ella algún tiempo, allá en West Fork, *y* ni siquiera nos enteramos de que era hermana de Slinger Dunn... De todos modos, si usted quiere, yo retiro lo de *buena pieza,* y todas las palabras que usted juzgue ofensivas para la chica.

-Muy bien. En ese caso, siento haber interpretado mal sus palabras, Bud-dijo Jim brindando su mano al *cowboy.*

El gong de Jeff, que comenzó a sonar en este momento, terminó el incidente. Jim adivinaba que éste había producido una reacción saludable en el ánimo de los bárbaros estos, que ahora le mirarían con más respeto. De todos modos, Jocelyn y Winters se mostraban hoscos, taciturnos y guardando un silencio sospechoso.

Jim se acostó temprano.

Alrededor de la lumbre de Jeff no había nadie esta noche, y todo el mundo callaba. El fuego se apagó poco después de anochecido, sin que nadie se cuidara de avivarlo. Sólo los lamentos de lobos y coyotes se escuchaban allá lejos, entre las arboledas dormidas. Jim no podía dormirse. En realidad, le halagaba y le llenaba de legítimo orgullo su triunfo, no sólo sobre Curly, sino también sobre todo el equipo, que, moralmente, había quedado a los pies del joven Traft. Los *cowboys* sólo respetaban y admiraban *la* fuerza y el valor de un hombre. ¡Bien; él había demostrado que era fuerte y valiente!

De todos modos, le quedaba el resquemor de lo que había oído decir a Bud luego de la lucha. ¡Los *cowboys* conocían a Molly Dunn! Y la conocían tanto que algunos de ellos habían

Librodot

hecho el amor a la muchacha, y decían que Hack Jocelyn estaba loco por ella. Jocelyn era un tipo peligroso; como enemigo, un traidor y un canalla, y, además, nada de fiar en sus relaciones con las mujeres. ¡Y este tipo era el que estaba loco de amor por la hermosa Molly Dunn reflexionaba. Le llenaba de asombro la facilidad con que había vencido a Curly, a pesar de ser éste fuerte, alto, corpulento. Pero Curly había nacido a caballo, como vulgarmente se dice, y era un expertísimo jinete; en cambio, en tierra no servía para nada. Torpe, desgarbado, vacilante, había estado desde el primer momento a merced de Jim. Éste, que era mucho menos corpulento que Curly, tenía, en cambio, una magnífica musculatura de joven atleta, un puño como una maza y una agilidad de gato montés.

De todos modos, su habilidad para la lucha sólo databa de unos dos años escasamente, en que unos amigos suyos, uno de los cuales tenía un primo que residía en el Este, y era un buen boxeador, le había enseñado el arte de la propia defensa.

Jim recordó ahora que todos aquellos trabajos que hiciera en su pueblo, construyendo cercas y vallas para los campos de la granja de su padre, primero, y para varios campos de amigos, después, le habían endurecido asimismo. Ahora se alegraba de ser fuerte y de conocer un poco el boxeo. Por lo visto, era una cosa indispensable tratándose de estos *cowboys,* de los que era preciso hacerse respetar por la violencia. De seguir las cosas como iban, sabe Dios adónde habrían llegado. No era que Jim tuviera miedo material de estos *cowboys* ni de nadie; pero le humillaba el hecho de que los brutos estos no le obedecieran ni le miraran con prestigio, como había ocurrido hasta aquí. Ahora las cosas habían cambiado, por suerte para Jim.

De pronto, el joven lanzó un hondo suspiro, como doloroso. Era que acababa de recordar de nuevo a Molly Dunn. ¡Ah!... Al evocar la figura adorable de la lindísima muchacha, su exaltada alegría, la satisfacción de su reciente triunfo se vino al suelo, y Jim sintió una honda amargura. ¡Así, algunos de sus *cowboys* la conocían!... Y no sólo la conocían, sino que habían osado acercarse a ella. Esta idea llenó el corazón del muchacho de una cólera fría y reflexiva. De todos modos, le servía de consuelo el poder decirse que Molly no debía haber alentado las esperanzas de los *boys,* puesto que había rechazado a varios de ellos. Además, los *cowboys* no parecían conocer el pueblo donde vivía la joven o los lugares que frecuentaba. Sólo le habían nombrado un pueblo o quizá un caserío: ¡West Fork! ¡Nunca había oído este nombre Jim!... Pero pronto quería ver este pueblo con sus propios ojos.

Pensaba, pensaba en Molly, fijos sus ojos ahora en la mancha negra de los bosques o en el cielo hermoso y estrellado. ¡Cuánto sentía lo ocurrido anoche!... ¡Y más todavía que el bruto aquel de Bud Chalfack hubiera sido testigo de aquel beso inolvidable, de aquella escena que él no podría olvidar nunca, en el jardín del Ayuntamiento de Flagerstown!

Le parecía un sacrilegio, un insulto a su amor, que el bárbaro aquel hubiera presenciado la escena dulcísima y terrible al mismo tiempo. ¿Quién se lo hubiera dicho?...

Y el joven, durante muchas horas, estuvo entregado a sus pensamientos, a sus ilusiones, a sus esperanzas, luchando entre aquéllas y la realidad, entre el deseo vivísimo de volver a ver a su adorada, y el miedo de que, conociendo como conocía a sus *cowboys,* y habiendo rechazado a varios, a él le rechazara, dejándole entregado a la desesperación.

X

Molly Dunn llenó el cántaro de madera y luego lo puso en el suelo.

Había estado en Flagerstown doce o quince días-exactamente quince días-y a ella se le antojaba varios años. Ahora todo había cambiado para ella, incluso su misma personalidad. Y le parecía que ya nunca podría ser feliz.

Sus grandes ojos, muy abiertos, contemplaban fijamente el cántaro de madera.

Recordaba que cuando apenas podían sostenerlo sus manecitas de niña, ya venía con él a la fuente. Luego miraba el manantial, también inseparable de su pobre y oscura vida. ¡Ah, este manantial había sido una de las maravillas de su niñez, una de las grandes alegrías de su vida!... Para ella el más grande y el más lindo de todos los manantiales del valle del Cibeque. El agua brotaba de una enorme peña, engalanada de musgo y de enredaderas, y en el gran pilón natural, formado por rocas musgosas asimismo, nadaban y culebreaban grandes peces dorados, truchas y otros pescados de agua dulce, cuyas burbujas miraba ella embelesada en la superficie.

El gran pilón del manantial era lo suficientemente profundo para que ella pudiera ahogarse; pero muchas veces, siendo niña, había caído al agua, librándose de la muerte-porque nadaba mejor que un pez.

Molly sentía un profundo y sincero cariño por el manantial-en el pueblo le llamaban la *Fuente del Arce*-. El agua, luego de brotar de la peña, temblorosa bajo la capa líquida, corría, cantando, entre piedras festoneadas de flores silvestres y de hierbas olorosas, aprisionada y oculta muchas veces en aquel cauce zigzagueante. Luego éste se ensanchaba, formando un riachuelo, en cuyas márgenes crecían arces y sicómoros, que se retrataban en el agua ambarina, con rápidos relámpagos de luz tornasolada. Altos pinos y abetos crecían también en las márgenes, aquí y allá, formando altas torres de verdura. Junto a la fuente misma había varias piedras pulidas o ligeramente cubiertas de musgo, donde Molly había pasado largas horas siendo niña, y donde luego soñara, cuando penetró en la adolescencia. Además, esta fuente, este sitio, había sido un dulce refugio para Molly siempre, porque no era paso, ni había por aquí cabañas ni caminos. Sólo las ardillas y las aves silvestres conocían su dulce retiro. Y sólo de tarde en tarde, cuando algún cazador llegaba hasta allí, persiguiendo a los patos silvestres, se turbaba la paz y el silencio y la dulzura de este sitio escondido.

Pero ahora Molly miraba en derredor con inmensa tristeza. Una tristeza que la había invadido desde que hiciera aquel viaje a Flagerstown, que nunca podría olvidar. ¡Ah, aquella bata blanca de la barraca de feria!... ¡Ah, aquel baile!... Y sobre todo... ¡él, *Jim!*... Todo le parecía ahora un sueño a la muchacha...

Cada día, desde que regresara de Flag, había sido un combate para ella. Al principio había experimentado un hondo rencor, un odio profundo contra Jim Traft. Quería ser una digna hermana de Slinger Dunn. Por su gusto hubiese sido una compañera de su hermano y de Seth Haverly, y hubiera querido que su nombre se hiciese famoso en todo el país... Luego, en otros momentos, había ideado martirizar a Traft, mostrándose sonriente e inclinada hacia sus propios *cowboys.* El caso era que uno de ellos-aquel Bud Chalfack, cuyo nombre no había sabido Molly hasta la noche famosa del baile-no le resultaba feo ni antipático. También hubiera querido flirtear con Curly Prentiss, y hasta hubo un momento en que pensó alentar a Hack Jocelyn, el que se mostraba tan enamorado de ella. Pero luego, aunque tuvo muchas ocasiones para ejecutar todo esto, martirizando de paso al joven Traft, Molly no lo había hecho. Aún no se explicaba por qué.

Ahora comprendía que ella pudo aceptar los galanteos de todos aquellos *cowboys* de Jim, para luego dejarlos a todos plantados, por Seth Haverly o por el mismo Andy Stoneham.

Seth había venido a menudo a su casa desde que ella regresara de Flag; pero siempre acompañado de Arch, el hermano de Molly. En cuanto a Andy, la cortejaba a su manera, quejándose siempre que la veía marchar al pueblo. Y de los *cowboys* de Jim, sólo Hack Jocelyn había aparecido un día por el pueblo, galopando en su caballo del desierto; pero Molly, al reconocerlo desde lejos, habíase apresurado a esconderse en un bosquecillo.

Durante varios días, la pobre muchacha no se explicó su insólita conducta. Pero al fin una extraña revelación se había hecho en ella. Molly comprendió que estaba terrible, irremediable, inmensamente enamorada. Y su asombro y su rencor, su furia y su tristeza, su orgullo, su vergüenza, todo desaparecía y se esfumaba ante la ola de aquel amor que se había posesionado por entero de su corazón. ¡Ah, sí, estaba enamorada, a merced en absoluto de Jim Traft!...

Librodot

Últimamente, Molly había empezado a ablandarse, a dulcificarse con respecto a Jim. Soñaba con él, pensaba en *él* incesantemente. Abierta la puerta del corazón a aquel amor, Molly estaba en realidad rendida. En vano había luchado al principio contra aquel sentimiento que la invadía. Ahora habíase rendido a la evidencia. ¿A qué obstinarse en negar la verdad?

Durante el día, refugiada aquí, en la soledad de esta fuente que era su sitio favorito, o trabajando en casa, aún se defendía de la imagen traidora, de los sentimientos que la atormentaban. Pero... ¡las noches!... ¡Sus noches!... ¡Ah, qué horribles!... Entonces, en la sombra de su pobre cuarto mísero, reconocía que no era más que una pobre muchacha abandonada, llena de debilidad, incapaz de rechazar aquel amor que la dominaba como un cruel y espantoso tirano.

Cada mañana, al llegar aquí a la fuente, con su cántaro, luego de llenar éste y de dejarlo en el suelo, se sentaba Molly en una de sus piedras favoritas, entregándose a sus dulces y suaves pensamientos. Esta mañana se había retardado más que de costumbre. ¡Ah, era tan dulce soñar con el amado!... Pero de pronto, como si despertara, se levantó, cogió el cántaro y emprendió el camino de su casa.

El camino conducía primero a una glorieta y luego atravesaba los cuarenta acres de terreno que los Dunn poseían veinte años antes. El resto, hasta llegar a ciento sesenta acres, estaba constituido por bosques. De todos modos, el padre de Molly no había podido nunca probar la legitimidad de esos terrenos, y por lo tanto no tenía escrituras ni patentes que le acreditaran como tal propietario.

Hasta hacía dos años, su hermano Arch se había ocupado mucho más del campo y del ganado. Él araba y cavaba la tierra, sembrando las legumbres, el trigo, el maíz o las patatas. Pero desde aquel tiempo atrás, apenas paraba en casa, dejando casi todos los trabajos de la tierra para Molly y su madre.

A lo largo del camino, y mientras Molly pasaba bajo el follaje de pinos y cedros esparcidos aquí y allá, se fijó en los bancales plantados a la sazón de hortalizas y de maíz. Pronto tendría que venir o quitar las malas hierbas y a cavar por aquí, con su azada. Nunca se le había hecho este campo odioso, como ahora se le hacía, era la verdad. De vez en cuando se alzaban pinos y cedros muertos, heridos por el hacha de los leñadores, o cepas negras, rodeadas de islas de vegetación parásita. Los granjeros y ganaderos del Cibeque se olvidaban de cultivar las viñas, prefiriendo la huerta y el ganado.

La casita de Molly, una verdadera cabaña, situada al fondo de la plazoleta, parecía cerrar el paisaje por aquí. Consistía la vivienda en dos pequeños cuerpos de madera,

cada uno de los cuales contenía dos habitaciones, con un pequeño porche entre ambos; el techo era sencillamente de pizarra, cubierta de musgo. Los leños que formaban la casita aparecían sin cepillar ni pintar. Entre los tablones aparecía aquí y allá la mancha blanca o negra del yeso o del barro; las vallas se habían caído y aparecían rotas y desvencijadas a lo largo de las sendas; y gallineros, cobertizos y establos estaban hechos de tablas desiguales.

Molly contemplaba ahora su casita y los míseros tinglados que la rodeaban con una infinita tristeza. Nunca le había parecido más pobre ni lamentable su pobre cabaña. Y sin embargo, ellos podían vanagloriarse de disfrutar desde aquí la más hermosa vista de todo el Cibeque. Al Norte y al Este, se levantaban las ásperas montañas y los cañones y desfiladeros que formaban el muro natural, la enorme cordillera del Diamante, con la meseta de este nombre a lo lejos; y esta cordillera, encrespada y abrupta, cambiaba a cada instante de aspecto, tomando una forma y como una expresión distinta en cada una de las horas del día. Hacia el Sur se abría el valle incomparable del Cibeque, con sus larguísimas perspectivas de maravillosa belleza, festoneado de prados, de huertas, de colinas y lomas, de vallecillos también, entre los cuales relucían, como cintas de oro, los riachuelos y los ríos, hasta perderse en azules lejanías.

¡Y pensar que esta inmensa belleza, este conjunto de maravillas, dejaba hoy indiferente y fría a Molly!... Era que hoy se sentía la muchacha inmensamente desgraciada.

Molly llevó el cántaro al fondo de la cocina, una pieza oscura y pequeñita, sólo

Librodot

soportable y habitable en invierno!

-¡Hija mía, has tenido tiempo de hacer un pozo!-comentó su madre con sarcasmo.

La señora Dunn era todavía joven y tenía bastante buen aspecto. Había pertenecido a una clase social mucho más elevada que la de su marido, y por esto no era dichosa. Estaba amargada, además, a fuerza de disgustos y contrariedades. Y desde que Molly había comenzado a atraer la atención de los hombres, la buena armonía que reinaba antes entre madre e hija había ido desapareciendo poco a poco.

-Es que el cántaro pesa mucho, madre, y además la fuente está lejos-contestó Molly.

-¡Bah, antes lo traías en un periquete! Ahora es que te encuentras con muchachos en el camino.

-¡No diga usted eso, madre! Esta mañana, por ejemplo, no me he encontrado a nadie.

-Entonces será que te has caído al pilón.

-¡Ojalá!-dijo ahora la muchacha con una especie de rencor contra ella misma.

Molly salió, atravesando luego el porche. Su padre se había levantado y estaba sentado en la silla donde pasaba sus largas horas, inmóvil, con los ojos fijos en el suelo. Últimamente, la chica parecía mirar a su padre de un modo más indulgente y tolerante, con cierta piedad. Estos sentimientos se hacían extensivos también a su madre. Dunn no era un hombre de mucha edad, pero sus padecimientos le habían envejecido prematuramente. Sus cabellos eran aún negros completamente, sin una cana, y su rostro, cetrino y bronceado por el sol, tenía cierta apariencia casi juvenil. Pero era un inválido de una guerra civil atroz, que hubo años atrás en el país entre los ganaderos y los granjeros. Molly quería a su padre, a pesar de su constante mal humor de enfermo obligado a una continua inmovilidad. Molly, desde que tuviera su último disgusto, había empezado a comprender lo que suponía para su madre el haberle sido fiel a este hombre durante tantos años. Y esto le hacía comprender la fuerza del amor..., la fuerza de su amor por Jim Traft, al que ahora se sentía capaz de seguir hasta el fin del mundo, si era preciso, y convertirse en su esclava para siempre.

Pero luego sonrió a sus estúpidos pensamientos. ¡Ella, soñando en casarse con míster james Traft, nada menos que un *gentleman,* oriundo del Missouri, el único heredero de las inmensas propiedades y los incontables rebaños y ganados del viejo míster Traft, que era el reyezuelo de la comarca!... ¡Ella debía de estar loca!...

Pero..., ¡ah!... Recordaba la emoción con que Jim la había mirado, la emoción y la ansiedad con que le había hablado, y la inmensa dulzura de aquellos ojos del muchacho..., y Molly volvía a sentir que su corazón desfallecía de esperanza y de ansiedad también. ¡Él le había dicho que quería ser su novio! Y Molly no podía dudar de la sinceridad de las palabras del muchacho. ¿Cómo resistir a la dulzura de aquel amor, que la enloquecía?...

Algunas veces pensaba si no sería mejor ceder a Seth o a Andy, o a los dos a la vez, única manera de matar en su alma la semilla de este amor por Jim. Pero el amor de aquellos dos patanes..., ¿sería capaz de hacer morir en su corazón esta pasión tan dulce y tan alta que le inspiraba el joven Traft?... *¡Ah,* comprendía que no!... Que ya sólo su propia estimación era capaz de realizar este milagro. Pero... ¡su propia estimación!... ¡Su orgullo, su vanidad!... ¡Pobre de ella!... Todo aquello estaba ya a sus pies impotente, incapaz, haciéndole comprender que nada ni nadie la salvaría de este amor que era su gloria y su tormento.

Molly, al acercarse a su padre, lanzó una leve risita, que advirtió a aquél de su presencia.

-¡Chica, desde que has vuelto de Flag te noto algo extraño!-dijo el inválido.

-Sí, padre, yo también me siento extraña. Es que me desperté de mi sueño de hija de los bosques.

-¡De hija de los bosques!... ¡Tiene gracia! ¿Tú quieres decir de hija de estas tierras nuestras?

¡No importa, padre, lo que yo quiero decir!

Él no comprendió. Molly guardó silencio. Adivinaba que si hubiera confesado lo

Librodot

ocurrido en Flag, ello sólo habría servido para enconar más la animosidad que su madre sentía hacia ella.

Molly se puso poco después a trabajar. Nunca se había podido decir de ella que era perezosa, ya que a menudo se ponía a la faena al alba, no dejándola hasta que anochecía. A pesar de ser pequeñita, era fuerte y dura. Sus manos, tan pequeñas y lindas, eran resistentes como el hierro, y las palmas y los dedos aparecían cubiertos de callosidades y de ampollas, causadas por el rudo trabajo de la tierra. Esto producía a veces grandes molestias a Molly, aunque no se avergonzaba del trabajo de la familia, como tampoco de su condición. Pero ahora, una vanidad nueva, un orgullo desconocido había nacido en su alma, y por eso ya no se mostraba como antes ni descalza ni sin medias. Le hubiera gustado poder peinarse y cepillarse su linda cabellera negra, hasta que brillara y reluciese al sol, como las rubias cabelleras de las muchachas que había visto en Flag. Pero tenía que trabajar como una esclava, y hoy, por ejemplo, se entregó con todo ardimiento a la labor, muy triste casi siempre, muy preocupada, sólo contenta en raros instantes.

Al caer la tarde, y estando Molly partiendo leña en la leñera-uno de sus trabajos indispensables, que habían hecho de ella una experta hachea-, se le acercó su hermano Arch. Esto era muy extraño. Años atrás, Molly y Arch habían sido verdaderos hermanos, se querían sinceramente y siempre jugaban juntos; pero parecía ya muy lejano. Luego, Arch se había entregado a la vida errante y endiablada de los bosques, había hecho mil fechorías, y de este modo ganó el sobrenombre de *Slinger* Dunn, el *Hondero* Dunn.

-Molly-dijo Arch en un tono dulce de voz que le chocó a la hermana-, ¿puedes dejar un momento el trabajo y escucharme?

La muchacha soltó el leño que tenía en la mano y le miró fijamente. ¡Qué guapo y arrogante era!... *¡Qué* gallardo tipo de leñador, de hijo de los bosques!... Tenía todo el aspecto de un indio elegante. Los caballos no habían conseguido todavía combar sus piernas ni romper sus huesos, y a pesar de lo miserable de su indumentaria y de la viejísima zamarra de pellejo que llevaba encima, todo le hacía elegante y aumentaba su gallardía y su belleza varonil. Por no sabía Molly qué razones ocultas, su hermano llegaba hoy perfectamente afeitado, con un rostro limpio, terso y brillante. Cuando miraba a su hermana, los ojos de Arch perdían aquel brillo agresivo, aquella chispa inquietante de luz verdosa con que miraba a todo el mundo. Hoy tenían, además, como una sombra de extraña dulzura.

-Arch: ¿estás seguro de que no has bebido?-preguntó la muchacha con inquietud, contemplándole fijamente.

-Seguro, mujer. No, no estoy borracho, no temas. ¡Nunca te ocupas de mí! Por eso más de cuatro veces no me acerco a ti. Pero es que ahora... vengo..., espero que me ayudes a resolver un asunto. ¿No?

-Y claro que sí, hombre. Habla. Ya veo que te pasa algo desagradable. ¿Qué tienes, Arch?

-Ven; siéntate. Allí en casa no podemos hablar. Padre está levantando; y madre..., ¡ah, la pobre madre se pondría furiosa si nos oyera!

-¡Dices bien! ¡Pobre madre y pobre padre!... Pero, bueno, habla, Arch. Adivino que te ocurre algo grave.

-Es que... verás. En realidad, viendo lo que nos pasa a ti y a mí, pienso muchas veces que nosotros no tenemos la culpa. ¿Cuándo hemos ido nosotros a la escuela?... Yo, nunca; y tú, sólo un par de años escasos. ¿Qué sabemos nosotros?... ¡Por eso, desgraciadamente, antes de tener dieciséis años, yo era *Slinger* Dunn!

Molly quedó tan asombrada al oír las palabras de su hermano, que se desconcertó. Y sin embargo, comprendía, adivinaba, mejor dicho, que en su hermano habíase producido acaso una reacción saludable, un despertar de su conciencia, que quizá la ganara a ella también.

Así es que murmuró con voz opaca:

-¿Y aún crees, Arch, que ya es demasiado tarde para cambiar de rumbo?...

-¡Ah, hermana mía, para mí sí! ¡Pero, para ti, Molly..., para ti quizá no sea tarde aún! ¡Yo deseo con toda mi alma que no lo sea!

-¡Ah, Arch querido, si tú supieras!-suspiró ahora Molly tristemente-. ¡Yo estoy casi tan caída como tú! Hubo un breve silencio.

Luego Arch, sin apartar los ojos del bello rostro de su hermana, comentó:

-Yo te notaba muy extraña desde que has vuelto de Flag. ¿Es que te pasó algo allí?

-¡Huy, ya lo creo!

-¿Es que alguien te ofendió?-preguntó el hermano torvamente.

Molly, sin hablar, movió la cabeza de modo afirmativo, solemnemente.

-¡Ah, bien! En ese caso, cuéntamelo todo, Molly. Ella sonrió dulcemente, contestando:

-¿Para qué, Arch?... Tú, con tu genio, serías capaz de matar a alguien. Y tú no puedes ayudarme a mí en esto.

-¿Y por qué? ¡Tú qué sabes!... De todos modos, habla, cuéntame.

-¡Arch, fue una cosa terrible para mí!-contestó la muchacha, incapaz de resistir por más tiempo la ternura y la simpatía hacia su hermano-. ¡Sí, verás: voy a contártelo! Como tú sabes, la señora See me convidó a ir con ellos a Flag. Ha sido muy amable conmigo. Me compró vestidos..., uno, sobre todo, blanco, preciosísimo. Bueno, pues verás, la señora See tiene muy buenas amigas en Flag, y me presentaron a ellas. Yo pregunté si no podía emplearme en alguna barraca de la feria, para ayudar, ¿sabes?... ¡Ahora me parece un sueño, créelo! Un sueño que aún no vas a poder creerte a tu vez. Una noche hubo un baile, y yo era la más linda, ¿qué te parece?... Estaba loca de alegría, como comprenderás..., al verme tomada por una señorita. En realidad, lo parecía, ¿sabes?... Pero cuando mayor era mi alegría, de repente ocurrió algo que vino a partirme el corazón.

-¿Qué, Molly?... ¿Que descubrieron quién eras?...-preguntó Arch sagazmente-. Descubrieron quién eras y que vivías aquí, en medio de los bosques..., y que eras hija de John Dunn..., y que eras hermana de *Slinger* Dunn del Cibeque, ¿no es así?...

-¡Sí, Arch querido! ¡Todo lo descubrieron! Pero yo no negué que era tu hermana.

Y claro que no tenías que negarlo-dijo ahora el muchacho sombríamente-. Tú lo que tenías que haber hecho era no haber ido a Flag.

-Pero, ¿queréis, acaso, que me pase toda la vida aquí enterrada?-preguntó Molly apasionadamente.

De todos modos, tú no sabes cómo me odia a mí mucha gente... ¿Y eso es todo lo que te ha ocurrido en Flag?... Porque no creo yo que porque te tomaran por una señorita y luego se descubriera quién eres, hay para que sufras tanto.

-Te parece a ti que no. Yo me siento también una Dunn, como vosotros, y sufrí lo indecible.

Hubo un nuevo silencio, durante el cual, Arch, luego de contemplar fijamente a su hermana, miró al suelo. Al fin, levantando de nuevo la cabeza, continuó diciendo en otro tono:

-Escucha, Molly. He venido a hacerte una pregunta tonta, ahora lo comprendo. Pero es que había prometido a Seth ayudarle. Seth quiere saber si tú estás dispuesta a casarte con él.

-¿Qué dices?... ¿Seth Haverly?... ¡Dios mío!... ¡No, de ninguna manera!-opuso la muchacha vivamente, horrorizada.

-Yo creía que tú querías a Seth.

¡Antes..., sí, tal vez, un poco! Pero ahora, ya no.

-Bien, Molly, comprendo que Seth no es ningún partido... Y si no lo quieres... En fin, allá tú. Pero déjame que te diga que hay otro muchacho que está muy enamorado de ti, y es un excelente sujeto. ¿Sabes quién es?... ¡Andy Stoneham! Está loco por ti.

-¿Quién?... ¿El cazurro ese?... ¡Quita, por Dios!

-Entonces..., ¿es que aspiras a casarte con un chico que no sea de aquí?

-¡No, no!-opuso ella blandamente-. Pero comprende que si me caso con un chico del pueblo, estaré clavada en este rincón para toda la vida... En cambio, ¡ya ves!..., el muchacho que pudiera salvarme..., que quizá fuera mi suerte..., ¡ése no se puede casar conmigo!...

Librodot

-¿Y por qué no se puede casar contigo?-preguntó Arch con pasión-. Yo, que no soy tonto, te lo digo: tú puedes casarte con quien quieras. Te mereces el mejor.

La pasión, la sinceridad con que habló Arch, impresionaron dulce y hondamente a la bella hermana. Se acercó al montón de leña donde estaba sentado el muchacho, y se sentó a su lado. Pensaba darle las gracias, emocionada, rendida a la inmensa simpatía, al dulce cariño que él había sabido despertar de nuevo en ella; pero al ir a hablar, un sollozo le ahogó la garganta, y la infeliz rompió en un llanto copioso, que la estremecía de pies a cabeza.

-¡Bueno, mujer, no llores!-exclamó Arch casi rudamente-. Sé que son muchos los muchachos que te cortejan... Me han dicho que Hack Jocelyn, el *cowboy*, estaba aquí en West Fork el último domingo.

-Sí, es verdad. Yo misma le vi; por cierto que me escondí en un bosque al verlo.

-¿Es cierto?...

-Sí, Arch. Escúchame. Hasta ahora, yo te mentía acerca de las cosas de los muchachos... y de todo. Pero ahora voy a decirte la verdad.

Él no pareció adivinar lo que iba a confesarle su hermana y comentó, siguiendo su idea :

-Dicen que Hack Jocelyn ha venido muchas veces, en estos últimos meses, a West Fork. ¿Venía por ti, Molly?-Sí, Arch. Por mí venía.

-¿Y tú no le quieres?

-Al principio me era simpático; pero ahora ya no, la verdad. Es demasiado viejo para mí. Pues él parece que quería casarse contigo, como Seth.

De todos modos, aunque parecía enamorado de mí, nunca me había dicho que quería casarse conmigo. Y aunque me lo hubiera dicho, habría sido inútil, porque yo no lo quiero.

-Entonces no te entiendo. ¿No quieres casarte tampoco con ninguno de esos *cowboys* del equipo del Diamante?... Allí hay chicos muy buenos, algunos incluso mejores que Jocelyn. Y si alguno te estorba...

-No hables así, Arch. Me haces daño. Sabes bien que tu genio y tus hazañas me perjudican a mí grandemente. Yo sé que has matado a varios hombres... y que tienes un *record* del equipo del Diamante...; ¡bueno, entonces, entonces..., sería mi perdición para siempre!

Él escuchó estas palabras en silencio, con la cabeza baja, sin una protesta, como si comprendiera que era un hombre irremediablemente perdido.

Al fin, se decidió a decir:

-¡Bueno, Molly, dejemos esto de tu boda!... Yo te quería decir otra cosa... Es que he dicho a Lil Haverly que quiero casarme con ella.

¯¿Qué?... ¿Tú?... ¿Con Lil Haverly?... ¿Tú has hecho eso?...

-¡No importa lo que sea, mujer! Escúchame con calma. Ya está hecho. Le he dicho que quería casarme con ella, y que si aceptaba, me haría ranchero y nos casaríamos y que yo, ¡claro está!, me enmendaría. Pero ella, ¿sabes lo que ha hecho? Pues después de haber estado flirteando conmigo mucho tiempo, y de dejarme creer que me quería, se me ha reído en mis barbas. ¡Yo estaba loco por ella!, ¿sabes?...

-Lil no es una chica buena, no tiene corazón-repuso Molly desaprobando la conducta de su amiga, y comprendiendo todo el dolor que en estos instantes debía experimentar su pobre hermano.

-¡No, no tiene corazón! En fin, déjalo-dijo al fin Arch levantándose, al tiempo que se encogía de hombros-. Ven, yo te ayudaré a arreglar la leña.

En los días siguientes, Molly siguió trabajando tan rudamente como de costumbre. El mismo trabajo, tan rudo y duro, le servía de paliativo en su miseria, porque, acostándose como se acostaba rendida, el cansancio le hacía dormirse pronto, permitiéndola descansar y olvidar sus tristezas siquiera en las negras horas de las noches.

Los domingos, aceptaba la compañía y la charla de Andy Stoneham y otros chicos de la

aldea. Sus perversos propósitos de divertirse a costa de los muchachos, de sostener con ellos flirteos inacabables y jugar a un peligroso estira y afloja, moral y materialmente hablando, se venían al suelo en cuanto estaba en presencia de alguno de los jóvenes.

Un domingo por la tarde, yendo hacia la fuente acompañada de Andy, el muchacho le cogió una mano, como hacía tiempo atrás, cuando comenzaba a cortejarla. Viendo que la chica no la retiraba, Andy la apretó con dulzura entre sus dedos fuertes de jayán. Pero luego, cuando llegaban bajo un pino, el chico intentó abrazarla, y entonces Molly se libertó con un sencillo movimiento.

-¡Andy, estáte quieto!-dijo Molly, muy seria.

Entonces los dos caminaron un largo trecho sin hablar. Molly recordaba que Andy no se había permitido jamás ninguna libertad ni extralimitación con ella.

Los otros chicos de la aldea aún eran más tímidos y respetuosos que Andy, y se limitaban a hablar con Molly en el porche del almacén de Hill o en cualquier otro sitio del lugarón.

Durante dos domingos, por la tarde, se pudo ver a varios *cowboys* del Diamante ir de acá para allá a lo largo del camino que conducía a West Fork. Molly había descubierto a Hack Jocelyn en dos ocasiones. A los otros no los recordaba bien Molly, en especial a uno, muy jovencito y con un rostro sonrosado y fresco, como el de una manzana.

-¡Molly!-dijo Andy la segunda vez que vieron a Jocelyn-. ¿Tú sabes si ese *cowboy, J*ocelyn, pertenece al equipo del Diamante?

-Sí, sí que lo *sé*. ¿Es eso un crimen acaso?

-Sí que lo es... desde que ese equipo está construyendo la valla que todos sabemos; Jocelyn te quiere, ¿sabes?

-Es un chico muy guapo y muy simpático-repuso Molly con perversa intención-. El más guapo de todo el equipo.

-¡Ah, muy bien! Entonces, ¿tú sabes que viene por ti, no es eso? Y claro. Está esperando ocasión de hablarme a solas. ¡Y como tú estás conmigo!...

-Muchas gracias, mujer. Pero, bueno, hablando en serio, te advierto que el tal Jocelyn es un punto de cuidado. Anoche le vi en casa de Mace jugándose el dinero que era un gusto. Me extrañó, por cierto, verlo acompañado de Seth Haverly, bebiendo los dos como esponjas.

-¿Es posible?

-Como lo oyes.

-¿Y estaba allí mi hermano?

-Creo que no. Yo no he visto a tu hermano desde hace unos días. Ahora que cuando se entere, ¿qué va a pensar de ello?

-¿Arch?... ¡No tiene que pensar nada! ¿Qué le importa a él que Seth ande con los *cowboys* del Diamante?... ¡Si Seth lo quiere!... ¡Aunque me extraña, de todos modos, porque Seth y Arch son como hermanos!

-Molly, por aquí todo el mundo considera a tu hermano un sujeto peligroso, pero en el que se puede confiar; en cambio, Seth, al que miran como más tranquilo, ni es muy digno de fiar ni tiene la confianza de nadie. Todo el mundo sabe que Arch *y* Seth y varios parientes de éste, y Hart Merriwell, y Boyd Flick y algunos otros muchachos, forman el equipo del Cibeque. Ya se sabe que todos ellos andan por cafetines y bares y tabernas de las cercanías como, por ejemplo, la casa de Pott, el bar de Hash Knife, el Bar O., y otros sitios; pero yo no sé que ninguno de ellos haga lo que hace Seth, que fraterniza con los *cowboys* de otros equipos, y mucho menos del Diamante. ¿No te parece?

-Sí, tal vez. Mi hermano Arch me ha hablado algo, y yo no sé qué presiento... Algo extraño, desde luego. Ese equipo del Diamante y esa dichosa valla, no sé por qué se me antoja que nos van a traer desgracias. Lo veo, más que nada, en la actitud de mi hermano.

-Sí, sí. Tu hermano hace tiempo que aparece muy serio y huraño. Y ¿sabes lo que se dice?

-¿Qué?

Librodot

-Pues que si ese Hack Jocelyn sigue viniendo a West Fork, tu hermano lo matará.

-¿Qué dices, Andy?

-Eso se susurra. ¡Y como tu hermano tiene ese genio!... Es que dicen que ha tomado muy a pecho eso de

la valla que están haciendo, y que se acerca al Diamante cada vez más.

-De todos modos, no creo que eso sea suficiente para que mi hermano quiera matar a ese chico...

-No, no. El odio que le tiene Arch es también porque parece rondarte.

-¡Pero yo hablé de este asunto con mi hermano días atrás, y no me pareció descubrir ese odio que tú dices hacia Jocelyn!

Hubo un silencio.

Luego Andy preguntó:

-Pero dime, Molly, ¿a ti no te interesa Jocelyn?...-Y claro que no. Al principio no me era antipático, la verdad. Pero lo que es ahora...

-Eso me alegra. Pero si se lo dices a tu hermano, ¿se lo creerá también como yo me lo creo?... Porque... ¿no te ofenderás por una cosa que voy a decirte, Molly?

-No. ¿Qué?

-Pues mucha gente dice que tú y Jocelyn os veis a escondidas en el camino muchas veces.

-¡Oh, me tiene sin cuidado lo que diga la gente! No es verdad-repuso Molly encogiéndose de hombros-. Además, mi hermano y mis padres saben que yo soy honrada... y eso me basta.

De pronto Andy hizo una pregunta a la muchacha que la hizo estremecer ligeramente:

-Mucha culpa del estado y de la irritación de tu hermano la tiene esa valla que están haciendo los del Diamante. ¿Tú conoces a ese diablo de capataz que se llama Traft, ese que es forastero?... Pues dicen que ya está muy cerca del Diamante la tal valla...

-¡No sé!-contestó la muchacha eludiendo ser más explícita.

-Pues sí; dicen que está cada vez más cerca. Y el otro día, Enoch Summers decía: « ¡Ese diablo de capataz, Jim Traft, es el que tiene la culpa de todo, y me parece que le vamos a dar un disgusto! »

-¿Eso decía?

-Como lo oyes. Lo decía en un corro.

Desde aquel día, Molly se mostró más amable con Andy. Le buscaba para inquirir noticias. Una noche, la chica fue al baile con Andy; uno de los bailes que se celebraban todas las noches de los sábados en la aldea. Molly se divirtió mucho, a pesar de la rudeza de los muchachos con los que hablaba, y del dolor de sus recuerdos. ¿Dónde estaba ya su vestido blanco, con el que enamoró a todos los *cowboys* del equipo del Diamante, empezando por su joven capataz, míster James Traft?...

Molly no quiso quedarse mucho tiempo en el baile, de todos modos, sobre todo desde que descubrió a Hack Jocelyn en el *hall*. La muchacha se emocionó mucho, y Andy la ayudó a escapar antes de que Jocelyn la viera.

-Llévame a casa, Andy-dijo nerviosamente, colgándose del brazo de Stoneham.

La noche del sábado siempre era animada y ruidosa en la aldea. Por las esquinas se veían grupos de hombres que hablaban, cantaban o reían. De los salones de baile, de bares y tabernas, salían gritos y todo el estruendo de la animación. Indios y muchachos circulaban por las calles. Los hombres, al marchar, se acompañaban de un ruido metálico de espuelas, que tenía algo de guerrero. Por delante de las ventanas iluminadas pasaban sombras fugaces. El aire era fino, dulce y fresco, luego de aquel ambiente enrarecido del baile. La masa enorme de la montaña Diamante se destacaba, toda negra, contra la línea estrellada de un cielo sereno de verano. Molly se alegró de que llegaran, al fin, al término del pueblo, emprendiendo el camino de su casa, a través de los campos dormidos. Se cogió más fuertemente al brazo de

Andy.

-Molly, ¡cuánto tiempo hacía que no nos veíamos solos y de esta manera!, ¿eh?-dijo Stoneham.

Ella no quiso contestar a estas palabras, murmurando:

-¡Andy, me da miedo ese Hack Jocelyn, la verdad!... Yo no lo quiero, ni quiero ser su novia... Y no puedo consentir tampoco que tú me defiendas... Pero déjame que te diga que tampoco me da miedo ir contigo en la oscuridad y a solas hacia mi casa, por medio del campo.

El hombre no contestó esta vez, como si no comprendiera.

XI

El sol abrasador del mediodía caía a plomo sobre el valle del Cibeque. En la sombra de la cabaña, Molly permanecía inmóvil ahora, ociosa, contemplando las grandes truchas que se movían lentamente en el agua cristalina del pilón de la fuente. Las abejas zumbaban en derredor. La enorme ladera de la montaña aparecía cubierta de flores silvestres, rojas, amarillas, o de un suave azulado, que contrastaba con las manchas pardas de la piedra tostada por el sol. Ardillas y pájaros silvestres debían dormir la siesta, aplastados por el calor. En cambio, lagartos y otros reptiles aparecían vivos, animados, como enloquecidos de dulce alegría. Molly no se cansaba de mirarlos y permanecía tan quieta que los más pequeñitos se acercaban a ella y muchos casi le tocaban las manos. Vistos así, de cerca, eran lindísimos, con sus colores innumerables y sus pequeños ojillos, parecidos a brillantes joyas.

Molly pensaba en ciertas cosas que estaban relacionadas con la vida monótona de West Fork. La famosa valla de los Traft estaba ya casi tocando al Diamante. Para las gentes del pueblo, sobre todo la gente joven, Jim Traft había resultado una verdadera fiera para el trabajo. Por West Fork corrían mil historias acerca de la manera peculiar de trabajar de Traft y de sus eternos conflictos y disgustos y hasta peleas con los *cowboys* de su equipo. Este verano había llegado por allí mucho más ganado que en años anteriores. Molly percibía un ambiente extraño alrededor. Su padre estaba visiblemente disgustado, con un disgusto que le tenía siempre silencioso y hostil, y su madre hablaba a cada instante de volver a Illinois. Molly le preguntaba qué iba a ser de ella entonces, pero la mujer se encogía de hombros, sin parecer preocuparse gran cosa.

Arch había permanecido un largo mes en la casa, más silencioso y triste que nunca. Tal vez para distraerse de sus penas y sus preocupaciones, el muchacho se había entregado al trabajo en la huerta, no dejando que su hermana hiciese nada, y recolectando frutas y hortalizas por sí solo. La muchacha fingía no darse cuenta de que Arch y Haverly, a la cabeza de su equipo de jóvenes bandidos, comerciaban y traficaban en ganado más que nunca. Se les veía con frecuencia por los bosques de las cercanías o los caminos más apartados del Cibeque, llevando o trayendo ganado, casi siempre pequeñas manadas. Pero esto tenía una siniestra significación para Molly, y no acababa de comprender la clave del misterio.

Al fin decidió volver a su casa, siguiendo ahora una senda del bosque. Iba alerta, con el oído tendido, como si presintiera que iba a ver o escuchar los pasos de algún *cowboy* que anduviera por allí. Vio un prado, lleno de ganado joven, en una profusión como nunca había visto. Y todo este ganado no estaba por allí el día anterior:-decididamente, había ido llegando durante la noche y la madrugada, y era empujado aquí por la famosa cerca.

Cuando ganó los ribazos de su huerta, Molly contempló un rato los girasoles que crecían por la parte este, brillantes y dorados al sol. Todas las primaveras, la madre de Molly plantaba girasoles. La costumbre era tan antigua, que la muchacha la recordaba desde su más tierna edad. Su padre dormitaba en su eterno sillón del porche. Su madre trasteaba en la cocina. Algunos caballos huesudos, polvorientos y lamentables, estaban atados por la brida junto a la casa. Molly adivinó que su hermano Arch andaría cerca. El aire tórrido del día de

verano parecía cargado con efluvios amenazadores.

Poco después, la madre de Molly envió a la muchacha a la aldea, a un recado. Ésta se alegraba siempre que tenía ocasión de hacer una de estas excursiones durante el día. Su madre solía olvidarse hasta de las cosas necesarias para la comida y la cena, y sólo recordaba lo que hacía' falta unas horas o unos momentos antes, a veces. Molly no quiso pasar por el sitio donde estaban atados los caballos. Entonces se dirigió hacia el granero y las leñeras, pasando furtivamente hasta el bosquecillo, y ganando desde allí el camino polvoroso del pueblo. Estaba segura de que de este modo ni Arch ni ninguno de sus amigotes que estaban con él la habrían visto.

Las callejuelas de la aldea parecían dormir bajo el polvo y el sol abrasador. El viejo Enoch Summers dormitaba también en el fondo de su tienda solitaria. Molly hizo las compras, y no queriendo prestar oídos a los chistes y los cuentos que siempre tenía en la boca el tendero (aunque ello picara su curiosidad, ya que Enoch hablaba a menudo de Arch y sus colegas), se apresuró a volver a su casa.

Al llegar a las afueras del pueblo, en el punto en que el camino penetraba bajo las selvas umbrías, Molly acortó el paso, para tomar aliento. Había venido muy de prisa, y estaba cansada. De pronto, al pasar por un sitio cubierto de una exuberante vegetación, y donde la senda hacía recodo, una mano ruda y curtida por el aire y el sol salió de un matorral, cogiendo a la muchacha por un brazo con fuerza.

Molly no era de las muchachas que gritan y arman escándalo en seguida; pero rehaciéndose de su sorpresa, comenzó a luchar como una fierecilla salvaje. Mas todo fue en vano, porque poco después se vio arrastrada unos pasos, hasta el centro de una pequeña glorieta del bosque, junto a un pino caído. Molly estaba aterrada; pero no le había causado sorpresa ninguna encontrarse frente a frente con Hack Jocelyn.

¡Hola, querida mía!-murmuró el *cowboy,* con una sonrisa-. ¡Te estaba esperando!

-¡Suéltame!-protestó Molly. Y al mismo tiempo, tiró con tanta fuerza, que libertó su brazo-. ¿Qué quieres?... ¿Para qué me has traído aquí?...

-¡Oh, no te pongas así, mujer! Es que hay algunos sujetos que no quiero que me vean.

-Mi hermano Arch, por ejemplo, ¿no es eso?

-No, no. Tu hermano y yo no nos llevarnos ahora mal del todo, no creas. Me refería al idiota de ese Andy Sto -hubiera hecho un muchacho decente y honrado?

-Bueno, acaba!-interrumpió la chica-. ¿Qué quieres?... Mi madre me ha enviado a un recado al pueblo y está esperándome.

-¡Déjala que espere!... Yo también he esperado muchas veces. Te había visto pasar antes, ¿sabes?

-En ese caso, ¿por qué no has ido a mi casa, como hubiera hecho un muchacho decente y honrado?-Tengo mis razones, Molly. Pero me alegro de poderte decir una de ellas, que creo que te va a sorprender. Me he marchado del equipo del Diamante.

Molly se sorprendió y se interesó por la noticia, aunque procuró disimular su interés. Pero ahora, fijándose en el bello y varonil rostro del *cowboy,* que aparecía encendido y con los ojos brillantes, cayó Molly en que este chico debía haber sostenido una pelea con alguien hacía muy poco tiempo.

-No quiero seguir en el equipo de ese Jim Traft-continuó diciendo Jocelyn-. Hace más de un mes que estaba queriendo marcharme y buscaba una ocasión. Hemos tenido unas palabras. Y hemos acabado dándonos de puñetazos.

¿Y te ha ganado?-preguntó Molly, incapaz de resistir su curiosidad.

-Pues sí, es cierto-contestó Jocelyn tristemente-. Con los puños es un bárbaro, y yo, la verdad, no conozco esa clase de lucha. Y como allí no nos dejan usar armas, por eso me he marchado del equipo.

-¿Y tú crees que con un arma le ganarías?-preguntó Molly, con ironía.

-Y claro que sí. Y tú te alegrarías, ¿verdad?-¿Yo?... A mí, me tiene sin cuidado.

Hubo un breve silencio, luego del cual Hack preguntó a la muchacha :

-¿Y qué era eso que decía Bud Chalfack de que si te había visto a ti en el baile de Flag, donde te insultó Jim Traft?... ¿Qué era eso, dime?

-¡No sé de qué me hablas, la verdad!-repuso Molly disimulando su turbación.

-¡Oh, algo habrá cuando dicen tanto!...

-Pero, hijo mío, yo no puedo atar la lengua de la gente.

-Tú bailaste en Flag con Jim, ¿no es eso?, y saliste del baile con él.

-¡Y a ti qué te importa!... ¡Eso es cosa mía!

-¡Pues mira, Molly, porque me importa lo digo! Yo no sabía que tú mientes siempre; pero la verdad, te creía más lista, porque ya comprenderás que Jim Traft no te hablaba seriamente.

Molly miró hacia el bosque, y en seguida murmuró:-¡Bueno, Hack, no puedo detenerme más! ¡Adiós! E intentó salir de la glorieta del bosque.

Pero él, de un salto, la cogió de nuevo, maldiciendo y jadeando. La abrazó, la levantó en vilo como una hoja, y sólo con enormes esfuerzos pudo Molly librarse de una lluvia de besos ardientes. La muchacha estaba con el rostro encendido, con la garganta *y* el pecho inflamados de vergüenza y de indignación, de angustia y de miedo al mismo tiempo.

-¡Ahora vas a estar aquí... hasta que me digas que me quieres!-rugió él jadeando.

-¡Déjame! ¡Bájame! ¡Te prometo que no me marcho! ¡Pero suéltame!

Él la dejó en el suelo, pero no la soltó. Molly estaba roja de vergüenza *y* de cólera. De no estar tan aterrada, habríale matado. Todos los *cowboys* eran rudos y violentos en ciertas ocasiones, pero es que éste, además, resultaba un hombre cruel, con un corazón de hierro y un carácter bárbaro, acostumbrado a tratar a las mujeres como a los caballos. La muchacha comprendió que se tenía que valer de su ingenio para salir de este atolladero, si no quería tener que sentir. El sitio era apartado, solitario, lejos de toda vivienda humana, de modo que aunque gritase, nadie podría oírla.

El bruto aquel continuó, al cabo de un instante, zarandeándola rudamente:

-Oye, Molly: hace mucho tiempo que observo que tú me huyes... y ahora me las vas a pagar todas juntas, ¿lo sabes?... Me he marchado del equipo del Diamante, como antes te he dicho, y ahora voy a ingresar aquí, en el del Cibeque. Si estás enamorada de Jim Traft, ya puedes despedirte de él; te lo juro. Yo estoy loco por ti, y me casaré contigo. Nos casaremos... cuando yo haya arreglado una cuenta que tengo pendiente con alguien... ¡Ya te avisaré!

-¿Casarme contigo, dices?... ¡Mira, Jocelyn-dijo ahora Molly procurando ocultar como podía su terror y su furia-, yo te agradezco mucho tu distinción..., pero no puedo aceptarla!

-¿Y por qué no?

-Porque no te quiero.

-¡Bah, ya cambiarás de opinión en cuanto yo haya cumplido mi apuesta! ¡La cuenta esa de que antes te hablaba!

¿Una apuesta? ¿Qué quieres decir?

-Ahora no me entenderías. Quiero hablarte de tu hermano. Según me han dicho los Haverly, tu hermano no quería oír hablar de mí por la sola razón de que yo pertenecía al equipo del Diamante. Por eso he venido a esperarte aquí. Bueno, pues verás: yo quiero que tú me reconcilies con tu hermano.

-¡Caramba!-bromeó ella, toda alerta y en tensión, aunque disimulando bajo su sonrisa su miedo y su ansiedad-. ¡Si yo conozco un poco a mi hermano, la tarea no va a ser nada fácil, la verdad!

-Pues es preciso, ¿sabes?... Porque por aquí se dice que Jim Traft estuvo contigo en el baile de Flag, y que te faltó al respeto. Y eso lo va a saber bien pronto tu hermano Arch. Bueno-añadió ahora el *cowboy* con una sonrisa cínica-, de todos modos, tú vas a decir que eso es verdad, y a decirle a tu hermano que a causa de ello me he marchado del equipo del Diamante, ¿sabes?...

-Lo que yo sé es que eres un pillo y un cínico de siete suelas-contestó Molly no pudiendo contener su sarcasmo.

Librodot

-¡Bueno, bueno, déjate de bromas! Tú haz lo que yo te digo... Le dices eso a tu hermano y... ¡Bueno, ahora dame un beso, preciosa! Se lo puedes llevar a tu madre, ¿sabes?

Molly no recordaba haberse visto jamás ante ningún hombre semejante a Jocelyn. Comprendía que estaba acostumbrada a tratar de este modo a las mujeres, que se le habrían rendido por la violencia y la brutalidad. Una repugnancia invencible, un odio feroz, una aversión infinita hacia este hombre, le subió a la muchacha del corazón a la garganta. ¡Ahora lo odiaba con sus cinco sentidos!

-¡No, no puedo darte un beso!-dijo, haciendo un mohín de gracia-. Pero veré a ver si le puedo decir eso a mi hermano.

Y diciendo esto, calculaba la manera de escapar de este trance, en el que se juraba no volver a encontrarse.

¡Ah, no! ¡No te puedo dejar escapar así!-dijo el bárbaro, riendo estúpidamente. Ahora se sentía seguro de ella. Y comenzó a liar un cigarrillo, con una larga sonrisa en su faz morena *y* brillante, recientemente afeitada.

Molly desvió la mirada para que Jocelyn no pudiera leer en ella los pensamientos que la agitaban. Una vez fuera del alcance de su brazo poderoso, ella podría huir. Molly estaba ahora calculando el momento y la distancia, mientras iba reconcentrando todas sus energías. De repente, dando un salto de tigre, la muchacha se precipitó sobre los matorrales, saliendo de ellos con la velocidad de un rayo, encontrándose en el camino. Jocelyn la imitó, saltando también velocísimamente.

Pero Molly volaba materialmente ya. Corría como un gamo, y cuando oyó los pasos del bandido que iba a sus alcances, miró por encima de su hombro, temerosa de que él le lanzara alguna cuerda, para cogerla con el lazo, como a los caballos salvajes. Por fortuna no fue así. Gritaba ahora la muchacha, corriendo cada vez más, y así llegó al sitio por donde había desembocado en el camino, cuando rodeó para evitar el encuentro de los jinetes. Sólo entonces dejó de correr, jadeante y sudorosa.

¡El idiota!... ¡El miserable!... ¡El rufián!... ¡Pensar que ella podía quererle!... Pero por otra parte, Molly se alegraba del encuentro. Hack Jocelyn se había marchado del equipo de Jim. Y ahora pretendía ingresar en el del Cibeque y hacerse amigo de su hermano Arch. ¡Seguramente proyectaba alguna de las suyas!... Comprendía que ella no era todo el motivo de aquel encuentro del *cowboy.* El tal Jocelyn era un cazurro, cínico y astuto, acostumbrado a vencer y dominar a los otros *cowboys.* Ahora pretendía hacerse amigo de Arch, Dios sabe con qué propósitos. j Era una especie de gloria ser amigo de Slinger Dunn en la comarca!

Molly se sentó en un tronco, para descansar. De todo lo ocurrido, lo único que preocupaba su ánimo era la idea de que Jim Traft estaba bajo la amenaza de un peligro inminente. Esto le causó una agitación y un sufrimiento mayores, infinitamente mayores que la reciente brutalidad de Jocelyn con ella. Hack quería matar a Jim, y si no lo hacía Jocelyn, lo haría Arch o Haverly. Al comprenderlo así, Molly sintió que la sangre se helaba en sus venas. Jocelyn había hecho traición al equipo del Diamante, y esto era suficiente para que los del Cibeque le recibieran con los brazos abiertos. Sin duda habían tramado un terrible complot, y Jocelyn era el primero que iba a entrar en escena. ¿Y qué era aquello de una apuesta, de una cuenta pendiente, que tenía que arreglar con alguien?... ¿A qué se refería el bandido aquel?... Sin duda se trataba de una apuesta con los *cowboys,* a propósito de Jim. Pero no acababa de ver claro la muchacha en todo esto.

De pronto, su madre, descubriéndola sentada allí en el tronco, la llamó a gritos, y ella corrió hacia la casa.

-¡Hija mía, cada vez tardas más en hacer los recados!-murmuró su madre ásperamente.

-¡Calle usted, madre!-opuso la muchacha-; j es que me ha detenido en el camino un *cowboy* sinvergüenza!

-¿Qué dices?... ¿Quién ha sido?-inquirió su madre, reparando ahora en el rostro encarnadísimo y el aspecto turbado de su hija.

En lugar de contestar, Molly partió, ligera como una ardilla, hacia la escalera que subía

Librodot

al desvanillo de la casa. Allí había dos pequeñas habitaciones; una, la que caía encima de la cocina, que servía de almacén de trastos, y otra, la que estaba sobre la salita, que era el dormitorio de Molly. La alcobita tenía una pequeña ventana al fondo. El techo, en forma de V, no era lo suficientemente alto para que Molly se pusiera en pie, sino en el centro de la estancia. Desde que era pequeñita, Molly había dormido siempre allí, y prefería esta estancia al saloncito de abajo, donde sus padres dormían y se peleaban con frecuencia. Arch solía dormir en el porche de la casa, cuando estaba allí, y en tales ocasiones Molly se sentía segura y tranquila, ya que su hermano casi todo el año dormía por ahí, en pleno bosque. Los muebles estaban casi todos hechos por su hermano, y algunos por ella misma. Sin embargo, hasta que la señora See la convidó a ir a Flag, Molly habíase sentido aquí dichosa.

De todos modos, la muchacha aceptaba su *cueva,* como ella la llamaba, linda y limpia, fragante con el perfume de los pinos y los abetos que tocaban en la ventana, y en cuyas ramas solía tender las ropas de su cama. Se echó en el lecho, y permaneció allí, inmóvil, tratando de descifrar el enigma que la rodeaba.

Cuando su madre la llamó para cenar, Molly percibió los pasos de su hermano. En seguida oyó su voz, que preguntaba:

-¿Dónde está Molly, madre?

-No sé. Se fue disgustada porque le hice una pregunta, y no la he vuelto a ver.

-Es que usted pregunta a veces cosas que molestan mucho, madre. ¿Qué era ello?-preguntó Arch.

-Es que volvió a casa sofocada y jadeante, y cuando yo le dije que había tardado mucho en ir a la tienda (la había mandado al almacén de Enoch Summers, al pueblo), me dijo que es que la había detenido un sinvergüenza de *cowboy* en el camino. Y yo entonces le pregunté quién había sido.

-¡Ya! Es que no nos damos cuenta de que Molly va siendo demasiado grande y es demasiado bonita para andar sola por los caminos.

-¡Grande!... ¡Es una chiquilla!... ¡Y tu hermana no es tan terriblemente bonita para eso ...

-No diga usted, madre, que Molly está muy crecida.

Pero, bueno, yo lo aclararé. Y de que no sea bonita, ¿dónde tiene usted los ojos, madre?... Si en Flag me han contado que no había ninguna más hermosa en la feria, y que todas las chicas la envidiaban.

-A mí no me han dicho nada-murmuró la señora Dunn-. Como me paso el día en este garito... Por eso quiero marcharme por mis pies de aquí antes de que me lleven a enterrar.

Molly estaba harta de oír estas palabras a su madre, desde hacía muchos años; pero se sorprendió de oír a su hermano decir que, quizá bien pronto, tendrían que marcharse del Cibeque.

-¿Cómo?-se asombró la madre-. ¿Es que has vuelto a hacer algo malo?

-No, madre, no. Pero es que hemos hablado de algo... En fin, pronto lo sabréis.

-¡Hum!... Bueno, bueno, llama a tu hermana para cenar.

Arch salió un momento al porche, y llamó en voz alta-¡Eh, Molly!...

-¡Aquí estoy, Arch! ¿Qué quieres?-repuso la muchacha como si estuviera medio dormida.

-¡Vamos a cenar, mujer!

Se esperó allí, al pie de la escalera de madera, y luego dio a su hermana una palmadita cariñosa en la mejilla, diciéndole:

¡Anda, hija mía, que eres más pesada que un saco de maíz!

-Y valgo mucho más, ¿no?... ¡Desde hace algún tiempo observo que te ocupas más de mí que antes, Arch!...

-Sí, más de lo que tú te crees... Escucha: ¿sabes una cosa?... Pues que quiero hablar contigo después de cenar... Es una cosa de interés para los dos.

Molly le miró fijamente. Debía estar encarnadísima, y todo su cuerpo temblaba

Librodot

levemente. Pero no contestó. Luego llevó en silencio la cena a su padre, depositando el plato sobre una tabla que colocaban sobre los dos brazos del sillón.

-¿Qué te decía tu hermano... y de qué te hablaba? -preguntó el inválido.

-No tengo idea, padre-repuso Molly-. Ya sabe usted que a veces le da la ventolera por una cosa, y entonces...

-Es que yo oigo muchas cosas... Las gentes se creen que, porque estoy clavado en este sillón, no me entero de nada; pero la verdad es que lo veo todo..., incluso las idas y venidas de los ladrones de ganado.

Molly vio a su hermano levantar vivamente la cabeza, con un gesto feroz de águila, y lanzar a su padre una mirada torva. Se sintió turbada a causa de la clara alusión de su padre a los manejos misteriosos de Arch relativos al ganado.

Molly cenó en silencio.

Al fin, Arch, levantándose de la mesa, murmuró:-Escucha, Molly, ven! ¡Vamos a dar un pequeño paseo!

Molly no quiso mirarle de nuevo a la cara. Adivinaba, presentía que algo grave se aproximaba, aunque no podía decir ciertamente qué era. Arch era un enigma desde hacía algún tiempo. Los dos hermanos caminaron juntos y en silencio mientras atravesaban la huerta, hasta llegar al sitio donde empezaba el bosque, camino de la cañada, donde estaba la fuente del Arce. El calor del día se había mitigado. Ya hacía rato que el sol se había hundido en el horizonte, y sin embargo, las altas crestas del Diamante brillaban, doradas, a los últimos resplandores del astro de la vida. Numerosos ciervos y venados pastaban en los prados vecinos, bajo la vigilancia de los *boys*, entre vacas y ternerillos. Algún burro rebuznaba entre el follaje de los matorrales.

Al llegar a la entrada del camino de la fuente, Arch se detuvo diciendo:

-Bien, ya estamos bastante lejos, ¿no?... Aquí nadie puede oírte, aunque chilles con todas tus fuerzas.

-¡Supongo que estás de broma, Arch!-contestó Molly sonriendo levemente-. Y supongo también que no irás a hacerme chillar tú.

-Escucha: ¿quién era *ese, cowboy* al que tú llamaste sinvergüenza, y que dices te detuvo en el camino?-No quiero decirte nada, Arch.

-Piensa que debes confesarte conmigo. Yo soy tu hermano. Nadie más justo que lo sepa que yo.

Molly se sorprendió de oírle hablar así.

-¡Arch!-dijo-. ¿Es que no tienes confianza en mí?

-Es que desde hace algún tiempo, la verdad, comprendo que hay que vigilarte. No porque no tengamos confianza en ti, sino porque te has hecho una mujer.

-Pero si tú no confías en mí, ¿cómo quieres que yo confíe en ti, a mi vez?

-No es lo mismo. Háblame con franqueza, Molly. ¿Es que tú eres novia de ese *cowboy* que te ha detenido en el camino?

-¿De quién?-inquirió Molly, sonriendo entre dientes. Él también sonrió, diciendo:

-¡Sí, mujer!... Yo adivino quién es. Pongamos que ha sido Jocelyn. ¿No?

-Hackmore Jocelyn.

-Ya me lo suponía. ¿Y cuándo fue? ¿Cuando ibas al pueblo?... Yo te vi pasar por el camino.

-Sí; pues él debió también haberme visto, porque me esperó allí, escondido entre la maleza.

-Bien. ¿Y qué te ha hecho, Molly?

Molly le dijo entonces a su hermano, sin ambages, lo que pensaba acerca de Jocelyn.

-¡Ya! Yo creía que tú eras su novia.

-¿Quién te dijo eso, Arch?

-¡Oh, por ahí lo dicen! ¡Todo el mundo!

Librodot

¯Pues mienten, ya ves. Jocelyn me es completamente indiferente. A decirte la verdad... ¡no, no debo hablar!... Te pondrías loco, y seguramente con tu genio tendrías otra grave pelea.

-No, no, Molly. No es fácil que Jocelyn y yo nos peleemos ahora. Seth me ha hablado mucho de él en estos últimos días. Hack está muy irritado, y parece que quiere hacer algo... Me ha dicho que Jocelyn se había marchado o se iba a marchar del equipo del Diamante y quería ingresar con nosotros... No sé nada seguro. De todos modos, yo no lo admitiré entre los de mi banda. Porque si es verdad que ha hecho traición a Traft, igual haría con nosotros.

Antes de terminar este largo párrafo su hermano, Molly se haba hecho el propósito de ser franca con él, aunque la idea de hablar de Jim Traft la emocionaba hasta ponerla a punto de ahogarse.

-Sí, Arch, escucha. Tú llevas razón. Jocelyn se ha marchado del equipo del Diamante. Ha tenido un disgusto con... Jim Traft y se ha peleado, y Hack parece ser que ha aprovechado la ocasión para despedirse. Llevaba un brazo amoratado, un labio partido y otras señales de lucha en el rostro. Y... y...

Ahora Molly hizo una brevísima pausa, para dominar el golpeteo de su corazón, y añadió:

-¡Jocelyn ha pretendido amedrentarme para que yo te dijese una mentira! Quería que yo te dijese que él se había marchado del equipo del Diamante porque... porque Jim Traft me había insultado. Y me dijo que quiere matar a Jim.

Arch tenía ahora el ceño fruncido, y masculló una maldición.

-Bien-comentó luego entre dientes-. Ya lo pondremos todo en claro. Y apostaría cualquier cosa a que Jocelyn quiere valerse de esto para ingresar en mi equipo...-Eso es lo que me dijo-repuso Molly. E impulsada por la emoción, contó a su hermano todo lo ocurrido con Hack, cuando la detuvo en el camino.

-¡Ya! Siempre he desconfiado yo de Jocelyn... ¡El muy bandido!... Y me extraña que Seth me hable bien de él...

-No te fíes mucho tampoco de Seth Haverly, Arch.

-¡No *sé* qué te diga! De todos modos, yo no puedo creer que Seth me traicione, como Jocelyn ha hecho con los del Diamante. Y a propósito: esto nos lleva al objeto principal de nuestra conversación.

Molly se estremeció al ver que su hermano, poniéndose los pulgares en las sisas del chaleco, le preguntó, acercando su rostro al de ella, hasta casi tocarse:

-Oye, y dime: ¿qué es eso que me han dicho de que Jim Traft te insultó?

¡Oh..., no sé lo que te pueden haber dicho, Arch! ¡Pero es una mentira!

-Tú viste a Traft en Flag, ¿no es así?

-Sí. En la feria.

-¿Y fuiste al baile aquel día con él?

-¡Oh, no! Yo fui con la 'Señora See... Lo que ocurrió fue que Jim Traft fue también al baile, y yo bailé con él una vez.

-¿Y... nada más?... ¿No estabas tú luego con él en el jardín del Ayuntamiento, a la luz de la luna?... ¡A ver, haz memoria, mujer!

-Sí, es verdad... Salimos un momento.

¯Y... él te cogió y te abrazó, ¿no es eso? –preguntó ahora Arch torvamente, mirando a su hermana en los ojos.-Pues... ¡sí! Mira, Arch, no quiero mentirte, la verdad, me abrazó.

-¿Es que tú le dejaste?

-¡Oh, yo!... ¡Traft es grande y fuerte! ¿Qué podía yo hacer, pobre de mí?... Pero entonces yo le di una bofetada.

-Eso prueba que él te insultó. ¿Por qué lo negabas?...

-¡Escucha, Arch, no me culpes!... ¡Verás!... Yo te diré todo... Yo no me porté bien con Traft... ¡No, no!... No supe resistir a la simpatía que me inspiraba... y él, adivinándolo sin duda..., me abrazó. Pero cuando me tuvo en sus brazos... sentí por él un odio violento, ¿sabes?... Entonces quise hacerle creer que me había insultado... y fue cuando le di la

bofetada. Una bofetada tremenda... Es que él me había tomado a mí por una muchacha de mucho más elevada posición de lo que soy en realidad. No podía imaginarse que yo era una pobre aldeana del Cibeque... Pero, en realidad, él no me insultó ni me faltó al respeto, ¿sabes?... Yo fui la que tuvo la culpa. Y luego...

Molly acababa de ser mujercita por primera vez en su vida : porque en este instante se había despertado en ella el instinto maravilloso y tan femenino de la mujer que aguza su ingenio para proteger al hombre amado.

-¡De modo que tú... sentías por él una simpatía tan grande que te dejaste abrazar por ese hombre!-murmuró Arch con rencor y tristeza.

-¡Perdóname, Arch!... Yo comprendo que he ofendido el nombre de los Dunn, que, sea como sea, es nuestro nombre *y* yo debo honrarlo.

-¡Bien, mujer, no te culpo!-acabó por decir el hermano, aceptando lo inevitable de los hechos consumados-; ¡tú eres una niña! Y él, ese Jim Traft, es un chico guapo, lo reconozco; pero el caso es que ese muchacho es pariente del viejo Traft, como tú sabes. Tiene más de un millón. Y así no creo que lleve muy buenas intenciones contigo.

¡Arch, yo no soy tonta, aunque sea tan niña!... Yo sé cuándo un hombre no me quiere de veras. Dios sabe si yo llevo razón y te hablo con el corazón en la mano. Hoy, por ejemplo, cuando el granuja ese de Jocelyn me detuvo en el camino, en seguida comprendí las intenciones que llevaba, ¿sabes?... Pero Jim Traft no llevaba conmigo malas intenciones. ¡Puedes creerlo, Arch!

-¡Chica, chica!-exclamó medio asombrado y medio divertido Arch-; se ve que te ha hablado largo y tendido, cuando estás segura de su formalidad.

-Pues, no, te lo juro. Hablamos poco tiempo, allí en el jardín del Ayuntamiento. Es que, ¿sabes?..., ¡aquel vestido blanco mío le debió enamorar, sin duda!...

-¿Qué vestido blanco?

-El que me regaló la señora See. Y él..., ellos, todos, ¡bueno!..., todos decían que yo parecía aquella noche...

-¡Pobre chiquilla!... Todos te estaban acusando... ¡Ese diablo de señora See!...

-¡Arch! ¿Quieres?... ¿Quieres que me vista para que me veas?...

-Molly, querida mía, yo no necesito que te pongas ningún vestido blanco para saber lo hermosa que eres!... Pero no me digas que ese Jim Traft llevaba buenas intenciones contigo, si no sabía que eras Molly Dunn, del Cibeque.

-Luego lo supo, Arch. Por cierto que fue entonces cuando sufrí como nunca he sufrido en mi vida.

-¿Y eso?... ¡Dime! ¿Qué ocurrió?... Si te abrazó, te ofendió... y...

-Traft me causó un inmenso dolor, Arch querido; pero lo hizo sin querer. Yo comprendo que hay una inmensa diferencia, un verdadero abismo entre Molly Dunn, del Cibeque, y Jim Traft, un muchacho del Este..., rico, educado, perteneciente a una familia de abolengo y apellido ilustre...

-¡Ah! , ¿lo ves?... ¡Tú misma lo reconoces, Molly querida! ¡Un apellido ilustre!... ¡Tú, en cambio, eres la hija de John Dunn y la hermana de Slinger Dunn!

-Yo misma se lo dije a él.

-Ah; ¿tú se lo dijiste?... Y... ¿antes o después?

-Después, naturalmente.

-¡Ya! ¿Lo ves?... No hay más que reflexionar un instante, para comprender que este muchacho ha estado jugando contigo. De haber estado en otro sitio, sabe Dios a dónde habría llegado... Te trató como a una cualquiera.

-¡No!-rechazó viva y enérgicamente Molly, como si experimentara un dolor físico.

-Sí, hija mía. Y, una de dos : o no debes verlo más, o, de lo contrario, ese muchacho hará de ti lo que quiera.

-¡Arch!-rechazó ella, abriendo mucho los ojos-. ¿Tú... puedes decirme eso?... ¡No, no,

te engañas! ¡No es verdad!... ¡Me insultas con sólo decírmelo!

El muchacho movió entonces su cabeza tristemente, apartando de su hermana sus ojos ardientes, para que ella no adivinara sus pensamientos; y, en seguida, dando media vuelta, se marchó, dejando a la pobre Molly temblorosa y angustiada.

XII

Durante muchos días, Molly vivió en un perpetuo estado de zozobra y de inquietud, temerosa siempre de los acontecimientos, nerviosa e intranquila.

Arch se mostraba silencioso y sombrío. Trabajaba en la huerta, como si quisiera recuperar el tiempo perdido, y no iba al pueblo por las noches. Los Haverly venían a casa de los Dunn casi a diario, entablando largas conversaciones con Arch, que dejaban a éste más silencioso y abatido que antes.

Una mañana, al levantarse Molly, vio el caballo de Arch ensillado y llevando a la grupa un pequeño paquete.

-¿Adónde vas, Arch?-preguntó la muchacha mientras se desayunaban.

-Voy allá arriba, al Diamante... Y tú debes quedarte en casa, ¿sabes?..., y andar por aquí por la huerta.

-¿Y qué vas a hacer?-se atrevió a preguntar la dulce Molly.

-Pues, verás; ante todo, a ver si es verdad lo que me han dicho mis amigos. Dicen Seth y su nuevo camarada que la valla esa que hace Traft está ya ahí, muy cerca del Diamante. Y como la gente ya sabes que no quiere tal valla aquí y juran que la romperán..., voy a verlo. Además, voy a hablar con las gentes de East Fork, a ver qué impresiones me dan... Les llevo datos, ¿sabes?...

-¿Y a qué otra cosa vas allá arriba?-añadió Molly con ansiedad.

Su hermano la miró en los ojos, y contestó:-¡Ya puedes figurártelo, mujer!

Molly, toda estremecida, siguió entonces a su hermano hasta la huerta, donde estaba el caballo. Aquí no los podía oír su madre. Entonces, apoyando sus manos en los hombros del hermano, dijo, dominando el temblor que la había acometido momentos antes:

- ¡Arch..., si es verdad que me quieres..., tú no harás...!

Él la miró con el ceño fruncido, extrañado de la inmensa agitación de la muchacha.

-¿Quién habla aquí de que yo te quiera o no, chiquilla?-murmuró.

-¡No, no!... ¡Pero tú me quieres!, ¿no es eso? ¡Yo necesito que alguien me quiera, si no, me moriré!

-¡Vamos, niña! ¡Tú que has sido siempre tan fuerte y tan alegre, decir ahora eso!...

-¡Es que... yo no cuento con nadie que pueda ayudarme y sostenerme, si no eres tú, Arch querido!-continuó Molly, cada vez más emocionada-. Yo quiero demostrar a todo el mundo que se han equivocado al juzgarme... Tú no sabes cómo sufro, Arch... No quiero que las circunstancias me arrastren sabe Dios adónde. Y si tú..., ¡ah, no!, yo te odiaría si tú..., si tú...

Su hermano la escuchaba fría y torvamente. Y la infeliz adivinaba que su misma emoción estaba aumentando las negras sospechas de Arch acerca de su conducta con Traft.

-¡Sí, ya adivino, mujer!-le dijo el hermano torvamente-; ¡tú has olvidado el nombre de los Dunn... y estás loca!

Y, montando en su caballo, picó espuelas, y se alejó.

Molly se refugió en el granero, verdaderamente enloquecida de dolor. Allí estuvo largo rato, ¡mucho, mucho tiempo! Al fin, como el que toma una resolución, se dirigió a la cuadra. Iba en busca de su caballo. Ya hacía más de un año que Molly no hacía los recados más que a pie, entre otras razones, porque no tenía silla' de montar y le daba vergüenza que la vieran en

Librodot

el pueblo sin silla. Esto de haber llegado a mujercita producía a la muchacha numerosos disgustos y tenía muchos inconvenientes. Desde que pudo montar a caballo, Molly lo había hecho siempre, pero llevando al animal a pelo.

Su caballo estaba fuera de la cuadra, pastando en el prado de ellos. Era un caballito salvaje, nada fácil de manejar. Pero al fin, cuando consiguió acercarse a él y acariciarle la nariz, la chica se preguntó qué locura proyectaba. ¿Para qué quería ella el caballo? ¡Ah, sí! El instinto se lo decía: ella había querido correr al Diamante, y avisar a Jim Traft que su vida estaba en peligro. Por suerte comprendió, a pesar de su nerviosidad, que si tal hiciera, no sólo comprometería su honor y el de los suyos, sino que quizá pondría también en peligro la valla de Traft, que actualmente se acercaba a Diamante. Ella sabía que la opinión general por aquí era que la tal valla no iría muy lejos...

Otra cosa la contuvo también: el decirse que ella había visto muchas veces a su hermano salir de casa para pelearse con alguien; hoy, en cambio, iba relativamente sereno y tranquilo.

Tres días después, estando Molly con su madre en la aldea, oyó decir que su hermano estaba allí borracho y pendenciero como nunca. En el almacén encontró a Andy Stoneham, que era dependiente del dueño del establecimiento Enoch Summers. Mientras el dueño iba despachando a la madre de Molly, Andy se dio maña para murmurar en voz muy baja estas palabras al oído de la chica :

-¡Molly, esta noche quisiera hablar contigo! ¿Puedes salir un instante de tu casa?...

Molly asintió en silencio, uniéndose a su madre, adivinando que algo de interés iba a decirle Stoneham.

El viejo Enoch estaba esta mañana muy hablador y comunicativo.

-¿No sabe, señora Dunn?... ¡Vaya lo que se viene hacia el pueblo!...

-¿Pues qué es ello?-preguntó la madre de Molly.

-¡El ganado! ¡Está llegando como nunca!

-¡En este tiempo del año!... ¡Sí que es extraño, sí!

-Pues así es, señora Dunn. Y eso es por la valla esa que hacen allá arriba, que va empujando el ganado para acá. ¿No sabe usted las últimas noticias acerca de Jim Traft?

-¿Dónde quiere usted que yo oiga las noticias, si no salgo jamás de mi casa?...

Molly sintió que sus mejillas ardían.

-Pues hay grandes noticias-continuó el dueño del almacén-; el joven Traft parece ser que no podía pasar su valla del Desfiladero del Sicómoro, porque no sé quién había reclamado sobre que si los Traft tenían o no derecho de seguir la valla adelante; pero ahora resulta que la valla ha pasado ya el cañón del Sicómoro y está llegando al Diamante.

-¿Y ésas son todas las noticias, señor Summers?-preguntó la señora Dunn con aire indiferente.

¡Oh, aún hay más, aún hay más!... Muchas gentes decían que Jim Traft no tenía derecho a llegar al Cibeque con su valla, y que si esto y que si lo otro... Pero la valla va llegando hasta aquí, y, con ella, el ganado a miles de cabezas. ¿Usted sabe cómo llegan las vacas, los novillos, las terneras?... ¡A miles, eso es, a miles!... Por el cañón del Sicómoro, dicen que da miedo el ganado que hay. Por cierto que ayer, Seth Haverly y su equipo han comprado más de doscientos novillos de dos años, ¡a cuarenta y cinco dólares cabeza, señora Dunn! Y aún han ido por otra manada. Dicen que quieren comprar más, antes de que la gente se los quite a Traft de las manos.

-¡A cuarenta y cinco dólares la cabeza!-repitió la madre de Molly con los ojos relucientes de avaricia-. ¡Sí que son baratos! ¿No estaba mi hijo con Seth y los chicos?

-Creo que no. Parece que está reñido con los Haverly y todo el equipo del Cibeque. Pero, de todos modos, anoche andaba por aquí su hijo. Él fue el que me dijo que la valla había llegado a Well Tobe. Esto va a molestar, desde luego, a todas las gentes de la comarca. Ya sabe usted que Well Tobe está en el camino del Diamante.

Librodot

Mientras su madre terminaba sus compras, Molly intentaba ordenar sus pensamientos. Sufría mucho. No había podido evitar un estremecimiento al oír el nombre de Jim y una honda emoción al saber que la valla había pasado el cañón del Sicómoro. Por allí tenían que pasar todos los que venían del pueblo o iban hacia el Diamante y Flag.

Molly calculaba que Jim y su equipo se encontraban ya a unas diez millas de West Fork. Ella conocía perfectamente aquellos parajes, en particular Well Tobe.

Después de cenar, al morir la tarde, Molly salió a la puerta de su casa, esperando a Andy, cosa que no había hecho ella jamás.

-¡Hola, chica!, ya veo que me esperas con impaciencia, ¿eh?-dijo el muchacho al llegar-. ¡No hay como necesitar a alguien!, ¿no?

-¡No digas!... Ahora que yo te considero a ti como un verdadero amigo, desde luego. De otro modo, no hubiera salido de mi casa. ¡Porque llevo una temporada de disgustos!...

-¿Disgustos?... ¡Bueno, ya se te pasará, mujer!... Ahora, escondámonos un poco, que tengo miedo de que nos vea ese idiota de Hack Jocelyn...

Se dirigieron a la espalda de la casita, llegando hasta la glorieta, junto a la acequia que regaba la huerta, y se sentaron en el tronco de un pino caído. El agua cristalina cantaba levemente entre las piedras, y sobre los bosques dormidos flotaba un tenue polvillo dorado del crepúsculo.

-Molly-comenzó a decir Andy una vez estuvieron sentados-; anoche me pasó una cosa extraña, que quiero contarte. Verás. Al salir del trabajo, me fui a pescar unas truchas, y cuando regresaba al pueblo, vi venir a varios jinetes por el camino. Eran Seth Haverly y sus camaradas; entonces yo me escondí. Ellos llegaron cerca del sitio donde yo estaba escondido y se detuvieron. Con Seth iba su hermano Sam y Hack Jocelyn. Yo comprendí que estaban esperando a alguien.

-A mi hermano, a lo mejor, ¿verdad?

-Sí, a tu hermano era. Allí estuvieron hasta que se hizo de noche por completo, *y* yo podría repetirte cada una de las palabras, que, la verdad, no eran muy halagüeñas para tu hermano, ¿sabes?... Hack Jocelyn ha ingresado al fin en el equipo del Cibeque, con los Haverly, y por lo que decían pude darme cuenta de que intentaban traicionar a tu hermano. Piensan cortar la valla de Jim Traft, y luego echar la culpa a tu hermano Arch. Es más : piensan secuestrar a Jim, y luego pedir un fuerte rescate a su tío. Ésta era la apuesta que parece que había hecho Jocelyn. Parece que éste le tiene ojeriza a tu hermano por no haber querido Arch que él ingresara en el equipo del Cibeque, ¿sabes? Pero tu hermano parece que no les acompaña o no está enterado de las compras y las conducciones de ganado que hacen ahora, porque cuando Arch llegó, todos callaron.

-¡Ah! ¿Mi hermano fue, al fin?

-Sí. Era cuando apenas se veía. Llegó acompañado de Hart Merriwell y de Boyd Flick. Y tu hermano le dijo a Seth muy lentamente: « ¡Oye, Seth: yo me considero separado del equipo del Cibeque! ¡No hablemos de las causas! Tú tendrás ahora a tu disposición un hombre que vale más que yo, como es Jocelyn. De todos modos, yo no puedo aceptar la parte del dinero por esa venta del ganado que has hecho y que has tenido la bondad de enviarme, ¿sabes? ¡Muy agradecido, sí, pero, aquí lo tienes! »

-¿Y qué?

-Pues que Seth le contestó: « ¡Como quieras, Slinger! Desde ahora, tú serás tu propio amo. Y si tú dices que no me guardas rencor, yo tampoco te lo guardo a ti. Pero yo creo que debías venir con nosotros en este negocio del secuestro de Traft. Piensa que el viejo Jim Traft nos dará los *cien mil* y que es un dinero mío, al fin y al cabo.»

» Tu hermano reconoció que era una bonita suma, que el dinero se iba a ganar con facilidad y otras mil cosas, pero que él no quería tomar parte en el asunto. »-¿Y por qué no?-le preguntó Seth vivamente. »-¡Oh!-contestó tu hermano-; ¡muy sencillo; porque quiero matar a Jim Traft!

»-¡Pero hombre!-continuó entonces diciendo Haverly ¿y por qué no te esperas a matarlo a que nosotros hayamos cobrado el rescate?

»-¡No!-opuso tu hermano-; yo no me meto en eso. Es más, no quiero que lo hagas... Y os advierto que si os veo a alguno de vosotros por allá arriba, por el Cibeque, lo consideraré como una ofensa personal. ¿Estamos?...

»Y tu hermano picó espuelas y se marchó.

-¿Cuándo dices que has oído tú esa conversación, Andy, anoche?-preguntó Molly, aterrada.

-Sí, anoche; mejor dicho, al oscurecer de ayer tarde.

-Pero... a nosotros nos han dicho que mi hermano estaba borracho.

-¡De ninguna manera! Os mintieron. Estaba frío y sereno como un hielo. ¡Si vierais el pánico que les produjo a Haverly y a los otros cuando le oyeron hablar de aquella manera. Y yo no lo he vuelto a ver ya. Cuando se quedaron solos los del equipo, hablaron, y yo les oí que todos se lamentaban de que tu hermano se propusiera matar a Jim Traft, porque ello les desbarataba su plan de secuestro. Pero luego, hablando, hablando, formaron otro plan: decían que si tu hermano les hacía fracasar en lo del secuestro del joven Traft, ellos robarían un buen rebaño, del que va bajando del Diamante, y echarían también la culpa a Slinger. Así lo convinieron, luego de discutir largamente entre ellos. Y entonces, volvieron a montar en sus caballos, y se pusieron nuevamente en marcha.

»Pero uno de los caballos debió de haberme olfateado a mí, porque se encabritó y se negaba a marchar.

»-¡Algo hay en ese matorral!-dijo Jocelyn.

»Y yo, más que alarmado, huí a través de los matorrales. Jocelyn, que es un bárbaro, disparó tres veces contra mí, y yo oí el silbido de las balas.

-¿Pero te vieron?

-No; vamos, creo que no. No me hubiera agradado verme de manos a boca con ese bruto de Hack, la verdad.

-Pero Jim Traft, ¿no había visto antes a mi hermano?-preguntó Molly, siguiendo su idea.

-No. Creo que no. De todos modos, supongo que no te interesará mucho el joven Traft.

-¿Interesarme?... En ese caso me interesa por mi hermano, como comprenderás. Estamos en un callejón sin salida. ¿Qué puedo hacer yo, Andy?

-¿Hacer?... ¡Dios mío, tú no puedes hacer nada! Hubo un silencio.

Molly estaba aterrada. Se veía completamente desamparada, perdida.

Sin embargo, sin embargo... Una idea comenzaba a apoderarse de su mente. ¿No podría ella ir todavía a Well Tobe, llegar al campamento del Diamante, y salvar a Jim Traft de su propio hermano, de los Haverly y su nuevo traidor aliado?... Porque Molly recordaba que Well Tobe estaba sólo a diez millas escasas del pueblo. Ella podría ir y volver a caballo en menos de medio día. ¡Ah, si pudiera marchar sin encontrarse con Arch! ¿O sería ya tarde para todo?... Pero una esperanza alentaba en el pecho de Molly: que su hermano, como hacen los indios, era cauto, tardo, lento en ejecutar sus ideas y sus propósitos. ¿Por qué no ir entonces?...

Andy, perfectamente impuesto de su importancia ahora, repitió su historia, y luego se mostró partidario deque se dijera todo a Arch, descubriendo el complot que se tramaba contra él. Porque los Haverly y Jocelyn, éste sobre todo, no parecían tener muy buenas intenciones respecto a Slinger, y Andy sospechaba que acabarían por matarlo.

-Tú se lo debes decir todo a tu hermano-continuó Stoneham-. A ti tu hermano te creerá, desde luego. No le digas que he sido el que te he contado esto, ¿eh?..., porque, la verdad, ese Hack Jocelyn me da miedo. ¡Es un bruto! A mí no me puede ver porque sabe que te quiero.

-Estáte tranquilo, que yo no te descubriré, Andy-repuso Molly, seria y agradecida-. Me has hecho un gran favor... Sí, se lo diré a Slinger, y le pondré en guardia contra esos granujas que se fingen sus amigos... Y ahora, volvamos, Andy. Yo debo marcharme.

Volvieron a la casa, a través de la huerta, y Molly no quiso retirar su mano cuando él la cogió tímidamente entre sus dedos. El pobre merecía alguna recompensa por sus buenos servicios, por su interés hacia Arch y su lealtad con ella.

Ya en la puerta de la huerta se despidieron. Molly le dijo:

-¡Andy! ¡Has sido muy bueno conmigo últimamente! ¡Te has captado mis simpatías por ello! Tú eres el único amigo que tengo en todo el valle... y quisiera ser para ti algo más que una amiga; pero no puedo.

Luego de darse las buenas noches, Molly volvió hacia la casita. El porche estaba casi sumido en sombras, pues no habían encendido el farol.

-Vaya, vaya..., de paseíto, ¿no?-dijo una voz recia y fría, saliendo de la oscuridad-. ¿Quién estaba contigo?... ¡Parecía Andy Stoneham!

-¡Oh, Arch! , ¿eres tú...?-repuso Molly jadeando-. ¡Sí, era Andy!

-¿Es que tú quieres a ese muchacho?

-¿Que si lo quiero dices?... ¡Tal vez lo quiero... un poco más que antes..., aunque no era mucho, que se diga!-¡Ya! Al fin y al cabo, Andy es un buen muchacho, que siquiera trabaja y no se emborracha tanto como los otros jóvenes del pueblo.

-Arch, ¿vas a estarte aquí en casa esta noche?-preguntó Molly sentándose al lado de su hermano.

Al hacerlo, tocó sin querer el revólver de Arch, y no pudo evitar un leve estremecimiento.

-Padre, está esta noche de un humor terrible, y por eso me he salido aquí-repuso Arch sin comprender lo que su hermana iba a decirle.

-Sí; ya; hoy parecía de mal talante. ¿Dónde está madre?

-No sé. Había ido a acostar a padre, y no sé si se ha acostado también. Yo estaba aquí pensando...

-¿En qué, Arch?...

-Pues, mira, por una vez no pensaba en mí y en mi perra vida. Mira: padre se acaba por días; madre es fuerte y dura; pero, tú, ¿qué harás cuando nos quedemos en la calle, cuando nos arruinemos completamente, Molly querida?... ¡En ti pensaba en este instante!

-¡Oh, Arch!-balbuceó la chica, aterrada, cogiéndose a su hermano de un modo instintivo.

-Es muy fácil que ocurra y que tengamos que hacer frente a ello, Molly-continuó Arch-. A mí me van a matar... o me tendré que marchar de este valle del Cibeque v del país. Padre, tú misma lo ves que no vivirá mucho. En cuanto a madre, quiere volverse a su país, a Illinois. ¿Quieres tú irte con ella?

Molly permaneció pensativa largo rato, y al fin contestó:

-¡Mira, Arch, si madre no quiere llevarme con ella, yo tampoco me iría!... Además, me daría mucha pena marcharme del país... Pero creo que podría encontrar algún trabajo en Flag.

-Eso sí. Es una buena idea. Pero no contarás con los pensamientos y los suspiros a la luz de la luna, Molly, ¿eh?...

-¿Por qué dices eso, Arch?

-Lo digo por Jim Traft. Porque entonces saldrías peor librada que la otra vez.

-¡Oh, no temas, hermano!-contestó ella dominando su rubor y su turbación-. Yo confío en mí misma.

-Muy bien dicho, Molly. Piensa así siempre. La vida no es una fiesta para nosotros los Dunn, ni mucho menos. ¡Ah, si yo hubiera sabido lo que sé ahora hace unos años no más!

Molly creyó que había llegado el momento oportuno para hablar, y dijo, en otro tono:

-¡Escucha, Arch querido! Tengo que decirte una cosa de importancia. El equipo del Cibeque va a hacerte traición, ¿sabes?... Jocelyn y Haverly son dos traidores. Parece ser que van a mezclarte en un rapto que quieren hacer de Jim Traft, al que intentan secuestrar. Luego piensan pedir un rescate a su tío. Ya sé que tú estás enterado de esto, puesto que has rehusado

acompañarles en ese negocio sucio. Pero hay algo más que tú no conoces.

-¡A ver, a ver!... ¡Dímelo tú, que eres un ratoncito del bosque, que te enteras de todo! ¿Es que estabas tú anoche *allí?*...

-No; pero es lo mismo. Lo sé.

-Bien. Pues habla. ¿Qué ocurrió allí cuando yo me marché?...

-Pues que Hack Jocelyn, al oír un ruido entre los matorrales, disparó tres tiros.

-¡Ah! ¿Fue Jocelyn?... Yo andaba por allí todavía y los oí. ¿Y qué más?

Brevemente, entonces, Molly contó a su hermano cuanto Andy le había dicho.

-¿Comprendes, querido mío?-terminó la hermosa muchacha, jadeando de ansiedad-. ¡No podían haber ideado una infamia más grande! Piensan cortar la valla, y echarte la culpa a ti. Y si les falla lo del secuestro de Jim Traft..., porque dicen que tú querías matarlo..., entonces piensan robar una gran porción de ganado del que ha balado del Diamante, y echarte a ti también la culpa. ¡Y hasta sospecho si no querrán matarte también!

Sintió que su hermano se apartaba de ella un poco y guardó silencio largo rato.

Al fin dijo, entre sus dientes apretados:

j Eso es muy fácil decirlo!... Ahora que ya conozco sus planes..., ¡ya veremos! ¡Yo ajustaré cuentas con ellos luego!

Y se marchó. Sus pies, calados con zapatos de piel de carnero, no hacían ruido al andar.

Molly tuvo que taparse la boca para no gritar de ansiedad. Luego, angustiada, ahogándose, penetró en la casa y subió al desvanillo que le servía de alcoba, y se acostó. Durante las horas que siguieron, llenas de angustia y de zozobra, una idea dio vueltas en la mente de Molly. Al fin, exhausta, se quedó dormida.

A la mañana siguiente, apenas apuntaban en el cielo los primeros resplandores de nácar de la aurora, ya estaba de pie la chica. A través del ventanillo de su alcoba se puso a espiar a su hermano, que acababa de levantarse y se calzaba las espuelas. Luego le vio ponerse la canana llena de municiones y el revólver al cinto. Después le vio hacer un paquete de provisiones, que puso a la grupa de su caballo, *y,* montándose en éste, se alejó.

Molly quedó allí, asomada a la ventana, rumiando el plan que había concebido la noche anterior. Pensaba dejar a su hermano que se alejara algunas millas del pueblo, y entonces salir ella al galope, en su caballo, subir la cuesta del Diamante, y al llegar a Well Tobe, dar un rodeo, saliendo al camino más allá del campamento de Jim Traft. El peligro estaba en que su hermano la descubriera. Quizá intentara matarla entonces. Pero si conseguía su propósito de salvar a Jim de sus enemigos, nada le importaba. En realidad comprendía que esto sería el fin de Molly Dunn en el Cibeque; iba a ser su muerte moral. De un extremo al otro del valle, todo el mundo iba a odiarla con un odio feroz. ¡Traidora!... ¡Una muchacha loca que empezaba por traicionar a su propio hermano y a toda su casta, por el amor de un hombre que se había burlado de ella!... Se convertiría en un objeto de desprecio, de escarnio, y todo el mundo, empezando por Seth Haverly y Hack Jocelyn, la señalaría con el dedo. Molly conocía bien a las gentes del Cibeque. Haverly y Jocelyn quizás intentaran matarla también. Y a pesar del terror que este pensamiento le causaba, no fue lo suficientemente fuerte para hacerle cambiar de opinión.

Antes de que su madre se levantara, Molly se deslizó de su alcoba, llevando una manta en la mano. Salió de la casa, de puntillas, y se dirigió a la cuadra. Ató la manta al lomo de su caballo, y luego le puso un lazo por toda brida.

El sol empezaba a ascender, como una rosa colosal, en un cielo sin nubes. El Diamante surgía al fondo del horizonte oscuro y salvaje como una enorme aparición. Era como si llamase a Molly. Cada momento que transcurría parecía añadir valor al corazón de la muchacha. Comprendió que lo que iba a hacer era un acto noble, hermoso y lleno de generosidad, si tenía éxito. Con el tiempo, las gentes del país lo reconocerían también. De pronto, se sorprendió, oyendo a sus espaldas la voz de su madre, que decía:

-¿Por qué te has levantado tan temprano, Molly?

-¿No ha oído usted a Slinger, madre?-repuso la muchacha, sabiendo que de este modo distraía de ella la atención de su madre.

-No, no le he oído. Además, te tengo dicho mil veces que no le llames *Slinger* a tu hermano. Eso es un apodo.-¡Pero, madre, si a él no le importa que le llamen así!

-¡Dios nos valga!...-murmuró la mujer cruzando las manos. Y luego partió, partió en una larguísima tirada de lamentaciones contra su hijo, contra su marido, contra Molly, y también contra la vida de perros que llevaba en aquel país maldito, perdido entre los bosques.

Esto dio nuevas fuerzas a Molly. Se trazó otro plan. Si salía viva de su empresa, marcharía a casa de la señora Keech, y allí pagaría lo que fuera al chico para que la llevara a Flagerstown. Allí se buscaría trabajo. Ahora le encontraba un nuevo encanto a su arriesgada empresa.

Después del desayuno, en el primer momento propicio que se le presentó, huyó hacia la cuadra, sacó su caballo *Jigger* y, montando en él decididamente, lo lanzó al galope en dirección a los bosques.

Pronto alcanzó el camino, en el polvo del cual la muchacha encontraba el rastro de las pisadas del caballo de Arch, y luego se dirigió resueltamente hacia el Norte. *Jigger,* en su miseria, no llevaba ni siquiera herraduras, y sus pasos sonaban blandamente en el camino polvoriento. Molly iba alerta, mirando a cada instante a ambos lados del camino. Los bosques estaban sumidos en una penumbra verdosa, y el follaje se agitaba con una brisa fresca, casi fría. Pronto alcanzó Molly la línea donde el sol comenzaba a dorar la tierra. El camino bordeaba el gran barranco, en el fondo del cual corría un río, y a veces lo salvaba. El agua, cristalina y transparente, formaba redondeles de espuma en torno a los grandes peñascos. Piedras y guijarros blancos, o verdes por las algas y la hiedra, se alineaban a lo largo de la orilla, donde crecían robles, arces y altísimos pinos y abetos.

A cada revuelta del camino, Molly detenía el caballo, oteando en todas direcciones antes de seguir adelante. De todos modos, se guardaba muy bien de perder el rastro

de Arch. Molly veía muchos ciervos y gamos, pero no ganado, por no haber penetrado todavía en la zona de los pastizales.

Poco después, el bosque comenzó a cambiar de aspecto. Se hacía más espeso y tupido. Los arces y los robles comenzaban a escasear, y abetos y pinos alcanzaban proporciones gigantescas. Arbustos cargados de florecillas y de frutos silvestres ponían una nota alegre en el verdor intenso de la floresta. Había muchas *manzanitas.* Molly tenía que desatender la contemplación de tanta belleza, para continuar vigilando el rastro de su hermano. El Diamante parecía acercarse cada vez más. Al llegar al punto donde el camino trepaba francamente a través del enorme promontorio de rocas, Molly redobló su atención vigilante.

De pronto detuvo su caballo, porque había perdido el rastro de Arch. Volvió grupas. Pronto encontró el rastro, que se salía del camino. Molly desvió el animal también. ¿Qué significaba esto?... Ahora tenía miedo de seguir avanzando, temerosa de que Arch la descubriera. Pensó que tal vez su hermano estaba escalando el Diamante por un camino que sólo él conocía. Y sintió un repentino desfallecimiento, dudosa ante el partido que debía tomar.

De pronto ocurrió algo que hizo estremecer a Molly hasta el fondo de su ser. Un tiro de rifle, claro y agudo, había resonado, conmoviendo la quietud majestuosa de la floresta solitaria. Un grito salvaje siguió. La muchacha se quedó como yerta. En seguida se oyeron los cascos de un caballo, que galopaba y se alejaba... Ella guió a J*igger* al otro lado de un bosquecillo de pinos, y esperó escondida.

XIII

Librodot

Jim, echado a la sombra perfumada de un inmenso abeto, pudo oír, sin habérselo propuesto en lo más mínimo, esta conversación, que sostenían varios *cowboys:*

-¡No, no! ¡A mí no me metáis en nada!-decía Curly Prentiss a alguien-. ¡No quiero meterme en ningún negocio más contra el amo!

-¡Cómo, Curly! ¡Nosotros nos creíamos que no estarías de parte de míster Traft, desde que te dio aquella tunda!-repuso Uphill Frost.

-¿Cuándo fue eso?

-Vamos, hombre! ¡No te hagas de nuevas! Estabas borracho como una cuba, y no te acuerdas. No sé como no te volviste loco de los porrazos. ¡Nos reímos aquella tarde!...

-¡Ah, ya recuerdo! Jim me golpeó la nariz, haciéndome sangre. Pero no fue una pelea leal, porque yo no estaba en mis cabales. A ti, en mi caso, te habría pasado lo mismo, Up. Y a ti igual, Jack Way. ¡Apostaría un mes de paga! Además, vosotros sabéis, empezando por Lonestar, que también tiene motivos para hablar como yo, que el amo, míster Traft, es un hombre duro. De otro modo, no llevaría adelante esta valla que estamos haciendo y contra la que está todo el país, como vosotros sabéis.

-Hack Jocelyn también lo decía.

-Más os valía no nombrar a Hack-dijo Curly-. Ya está a punto de marcharse d e aquí por haberse peleado con el amo. Está enamorado de Molly Dunn y ya sabéis que el disgusto fue por la famosa conversación sobre esa muchacha. Por cierto que por este mismo asunto se prepara una sonada para dentro de poco... Yo me alegraría de poder presenciar la batalla...

-Tú te alegrarías de ver que le cascaban a Hack Jocelyn-dijo Frost.

-¡Ya lo puedes decir!-repuso Curly.

-De todos modos, contigo también tenemos nosotros que ajustar cuentas, Curly-murmuró Jackson-; porque tú y Bud nos habéis hecho traición a todos los *cowboys* del equipo. El otro día decía Bud: « ¡Idos todos al infierno, si queréis; porque yo me quedo con el amo! ,

-No digáis. A Bud no se le puede reprochar nada, caramba. Yo le estoy agradecido a míster Traft porque me libró de la cárcel; pero a Bud lo distingue el amo por trabajador y recto. Ya sabéis vosotros que también distinguía a Hack Jocelyn, y Jocelyn se portó como un ingrato con Jim. ¿Está eso bien?... ¡A ver, decidme!

-¡No!-repuso Up Frost-; pero tampoco está bien que el amo intente esclavizarnos como nos esclaviza. Yo os digo que pronto me voy a ver las caras con él.-¡Y yo!-añadió Jackson Way.

Los *cowboys* siguieron hablando largo rato. El equipo estaba ahora acampado en el sitio denominado la *Silla, en* un paraje conocido por Pine Creek. Era pleno bosque. Estaba situado a medio camino, entre Black Butte y el Diamante.

Jim, que se encontraba ahora endurecido y fuerte como nunca por el trabajo al aire libre, hacía varias semanas que no había estado en Flag, y por la conversación que acababa de escuchar a sus *cowboys* deducía que la marcha de la valla le atraía cada vez más antipatías en el país. Pero se encogía de hombros. Por suerte comenzaba a saber hacerse respetar. Ahora podía estar cavando hoyos para los postes todo el día. El paso del tiempo no había podido borrar de su mente el dulce recuerdo de Molly Dunn ni el encanto inexplicable de aquella mujer.

El gong del cocinero, convocando a todo el mundo para la cena, le distrajo de sus pensamientos. Jim se puso en pie, dirigiéndose al campamento. Por el camino, sonriendo, se decía que iba a poner en práctica un plan para que Uphill Frost y Jackson Way, que le odiaban tanto, pudieran «verse las caras con él», como ellos decían.

Cuando se acercó al sitio donde comían los *boys,* cesaron las conversaciones.

-¿Interrumpo, verdad?-dijo Jim, sonriendo-; pero no voy a quedarme sin cenar para que ustedes puedan hablar de mí mientras tanto.

-¡Estábamos hablando de la cerca!-dijo Frost, mientras los otros se mordían los labios-. Jackson y yo seguimos sosteniendo que usted lleva ahora la valla por terrenos que no son

suyos, de su tío, y que levantarán a todo el mundo contra usted y contra nosotros.

-Bien; desde mañana cambiaremos la dirección de la valla, llevándola por campo libre. Y usted, Frost, y Jackson serán los encargados de cavar hoyos durante varios días, para poner los postes.

Estas palabras originaron una gran algazara. Todo el mundo miró a Uphill y a Jackson, que, lívidos, intentaron protestar. ¡Vaya una orden!...

Pero Jim ordenó de mal humor:

-¡Cierren la boca, espantajos! Y si quieren protestar de mis órdenes, háganlo de cierta manera.

-¿Es que no vamos a poder hablar siquiera?-protestó Uphill a gritos-; ¿no estamos en pleno campo?...

-Pero ahora no es momento de hablar, sino de comer. ¡A comer y a callar! ¡Lo mando yo!

-¿Oyes esto, Jack?-siguió protestando a gritos Frost.

-¡Y tanto que lo oigo!

Y ambos continuaron protestando y mascullando palabras de furia y de odio contra el joven capataz. Jim, sin perder la sonrisa, acabó por dirigirse primero a Frost y luego a Jackson y les cruzó el rostro con sendas bofetadas, al revés, en plena boca.

Al mismo tiempo dijo :

-¡Después de cenar les daré todas las satisfacciones-que quieran sobre esto!... ¡Ahora, a comer!

El rostro de Uphill se puso bermejo y tomó una expresión de furia espantosa.

-¡Ah!..., de modo que... ¿esto?... ¡Ah, mi amo... le juro que...!-rugió.

Jackson Way se limitó a bajar los ojos al plato, como si rumiara su furia, rencorosamente.

Se hizo el silencio. Y Hack Jocelyn lo rompió para decir, con sarcasmo inmenso:

-¡Eso es!... ¡A esto ha venido a parar el equipo del Diamante! ¡Qué vergüenza!...

Jim le miró duramente, murmurando:

-¡Jocelyn, el prestigio del equipo depende de mí, no de ustedes! Y yo sé lo que me hago. No me obligue usted a que les trate todavía con mano más dura, ¿eh?...

Bud Chalfack dijo, defendiendo al equipo y al amo a la vez:

-¡No digas tú nada del equipo, Jocelyn! ¿Dónde habría otro capataz capaz de llevar adelante esta valla?...

-¡Bah, bah!-protestó Jocelyn-. ¡Esto decís siempre, como si estuviéramos haciendo aquí la torre de Babel o poco menos!...

-¿Pero quiere usted callar, Jocelyn?-dijo ahora Jim, cada vez más furioso-. Siempre repite usted las mismas palabras. Tiene usted fama de listo, y no se le ocurre ni siquiera protestar con palabras nuevas, con nuevas ideas..... ¡Siempre lo mismo!... ¡Pero no sabe que se ha convertido en el *hazmerreír* del equipo! Esté usted seguro.

El sarcasmo de las palabras del joven capataz tuvo la virtud de hacer callar a todo el mundo. Todos miraron a Jocelyn, para ver el efecto que le hacían las palabras del amo. Hack, lívido, bajó los ojos, completamente turbado, mientras Traft comprendía que había puesto el dedo en la llaga.

Frost terminó pronto de cenar, levantándose y disponiéndose para la lucha con el capataz.

-¡Bueno, mi amo, dígame usted dónde quiere que le enterremos!-dijo Bud en tono de broma-. Yo me encargaré de cumplir su última voluntad.

Los *boys* acogieron estas palabras con grandes carcajadas, y Curly preguntó también en tono de zumba a Uphill.

-¿Qué?... ¿Apostamos?...

-¡Te advierto que no es cosa de broma!-repuso Frost torvamente.

Librodot

-Yo hablo en serio. ¡Apuesto diez contra uno a que no le ganas a Jim!

-repitió Frost con inmenso sarcasmo-; ¿quién es Jim?

-; Nuestro amo, mira éste!..... .

Traft se quitó la chaqueta, tirándola sobre la hierba, y ordenó a Bud:

-¡Bud: vaya usted a mi tienda, y tráigame mis guantes nuevos!

Se los trajo, y Jim se los puso. Eran unos guantes especiales, fuertes, semejantes a los que usan los boxeadores, y que Jim se ponía a veces para trabajar en el campo.

-A ver, ¿qué guantes son esos?-desconfió Uphill-. ¿Para qué se los pone usted?

-Es porque no quiero hacerle a usted daño de veras.

-¡No, no! Yo prefiero que luchemos con los puños libres. ¡Fuera los guantes!

-Muy bien. Como usted quiera. Por mí...

Y se los quitó.

Comenzaron a moverse, acercándose el uno al otro : Frost atacó a Jim, como un toro, pero el joven capataz, esquivando el cuerpo ligeramente le dio un soberbio puñetazo con la izquierda, que resonó siniestramente : ¡*bom!* .. .

-¡Haceos atrás!-gritó Cherry.

Uphill atacó de nuevo a su enemigo. A espaldas de aquél, Jackson Way le jaleaba a gritos, saltando cada vez que Frost atacaba a Traft.

De pronto éste lanzó un directo al estómago de su enemigo, que lanzó un grito de dolor terrible, al tiempo que se ponía lívido. Y desde aquel momento, se le vio irremisiblemente perdido.

Jocelyn, sentado en el suelo, algo lejos del *ring* rústico, fumaba en silencio.

Al fin, Jim, hablando a su contrincante en el *argot* de los mismos *cowboys,* le propiné una serie de golpes en el pecho, en el estómago otra vez, en el rostro, en plena nariz..., que acabaron con las fuerzas y la gallardía de Frost. Llegó un momento en que éste, al recibir otro golpe directo en el estómago, se combó hacia delante, como un árbol tronchado.

-¡Basta..., mi amo..., por favor!-musitó casi sin aliento.

-¿Tiene usted ya bastante?-preguntó Traft bajando las manos a lo largo de su cuerpo.

-¡Sí, señor Traft! ¡Demasiado!

-Perfectamente. Entonces, ¿nos reconciliamos, dándonos la mano, o de lo contrario...?

Frost extendió una mano, tembloroso y jadeante, diciendo:

-¡No, mi amo, basta!

-Muy bien-dijo Jim-. Y ahora usted, Jackson, venga. ¡Vamos a arreglar este asunto!

-Muy bien, sí, señor-aceptó Way fanfarronamente-. Pero conste que la lucha no será leal.

-¿Por qué no?... Ya ve usted que yo no descanso siquiera.

-Pero usted es más fuerte que yo. Yo tengo todos los huesos molidos, y no me encuentro fuerte.

De todos modos, comenzó el nuevo combate entre Jim y Jackson Way. Este luchaba mejor que Frost, aunque se le veía dolorido. Los *cowboys* se divertían menos esta vez, desde luego. En un golpe casual, hirió a Jim en la nariz, haciéndole sangre, y el concurso de bárbaros aplaudió frenéticamente. Pero Jim le lanzó un directo a las costillas, haciéndole rodar por el polvo,. Way luego se sentó trabajosamente, con el rostro lívido y descompuesto.

-¡Basta, mi amo..., yo también tengo ya bastante!-dijo jadeante y extendiendo lentamente una mano.

Y, levantándose, le brindó la diestra a su enemigo, diciendo:

-¡Si quiere usted seguir luchando, ahí tiene a Jocelyn, que es un buen chico también.

Todos rieron. Y Jim invitó, en tono de broma:-¿Qué, Jocelyn?... ¿Luchamos nosotros también?... ¡Así quedaríamos en paz! ¿Qué le parece?

-¡Yo no quiero ensuciar mis manos!-repuso Jocelyn haciendo un gesto de desdén inmenso.

-¡Ya, ya!... Lo que usted no quiere es que yo le estropee su cara bonita, ¿no es así?...

-¡Tal vez! ¡El otro día me dijeron que soy muy guapo y no quiero que me estropeen!

Jim se mordió los labios. Pero la mirada que cambiaron ahora él y Hack Jocelyn hizo comprender a Traft y a todo el mundo que los dos se odiaban más que nunca, y fiaban en el porvenir para resolver sus odios y sus diferencias.

En efecto, aquel incidente produjo mayor tirantez entre el capataz y Hack. A cada momento, Jocelyn amenazaba a Traft con marcharse del equipo. Pero Bud y Curly aconsejaban al capataz que no fuera él quien tomara la iniciativa de despedir al díscolo *cowboy*. Ellos sabían que Hack quería marcharse, pero ignoraban los planes que abrigaba para el porvenir. Jim se alegraba de este consejo, agradeciéndolo mucho en el fondo. Jocelyn era ahora el único punto flaco del equipo. En efecto, cada día se apartaba más de Cherry Winters y de Hump Stevens, que habían sido sus mejores amigachos del equipo.

Y llegó otro sábado. Algunos *cowboys* fueron a Flagerstown. Hack se había marchado desde antes de amanecer, y, según Curly y Bud, su caballo se había dirigido hacia el Sur.

-¡Yo creo que ha ido a West Fork!-añadió Bud mirando a Jim de un modo intencionado.

-¡Y claro que sí!-añadió Curly.

-¿Y si fuéramos nosotros también allá, Curly?-sugirió Bud.

La idea agradó a Curly, que miró a Jim, como consultándole con los ojos.

-¿Qué le parece, mi amo?... Iremos por el camino del Sicómoro, pasando por Well Tobe, y pasaremos el puerto por allí. Echaremos una vista al ganado... y quizá hagamos algo más.

-Muy bien, vayan ustedes-aprobó Jim haciendo un gran esfuerzo para no rogarles que le dejaran ir con ellos.

Éstos fueron los días más largos, en un fin de semana, que Jim había pasado desde que vino al Arizona. Estaba como sobre ascuas hasta que volvieron al campamento Bud y Curly, el domingo por la noche. Con gran contrariedad por su parte, los dos muchachos regresaban silenciosos y huraños, y no parecían traer noticias. No habían visto a Hack Jocelyn, ni hablaron de Slinger ni de Molly Dunn. En cambio dijeron que todo el camino estaba como jalonado de esqueletos de reses y de otras recientemente muertas, animales que se veía que no habían sido víctimas ni de los lobos ni de los jaguares u otras alimañas. Esto era una prueba palpable del estado de ánimo y de espíritu en el país, desde que comenzara la famosa valla.

Jim no quiso ocuparse del asunto aquella noche. Le constaba que robaban mucho ganado a su tío, pero era algo inevitable, hasta que terminaran la cerca; mas esta noche se encontraba demasiado abatido para querer ocuparse de nada de ello. En la soledad de las horas del sábado y el domingo, había pensado sin cesar en Molly Dunn, como siempre, y ahora reconocía que ansiaba con intensidad alguna noticia acerca de la hermosa muchacha. Así es que, a la mañana siguiente, no pudo contenerse y preguntó a Bud.

-¡Y claro que vimos a Molly!-contestó el *cowboy* con franqueza-. La vi allá en el pueblo; pero ella no me vio a mí. Está guapa como nunca, con una cara de melocotón y de salud... Curly la vio también.-¿Y no han oído ustedes nada de Hack?

-Sí, sí. Por cierto que no es nada bueno. Curly me dijo que mejor sería que no se lo dijésemos a usted.

-¿Por qué? ¿De qué se trata?

-¡Oh, porque quizá marchase usted allá!

-Pero dígame usted de lo que se trata, amigo Bud. ¿Es algo que les molesta a ustedes?

-¡No, a nosotros no! Yo había pensado decírselo a usted, pero como Curly me dijo que me callase...-Ya me lo figuro: que Jocelyn ha ido a West Fork a ver a Molly, ¿no es eso?

-Sí, señor Traft, eso lo primero; pero hay otra cosa más grave, y es que Jocelyn se ha hecho muy amigo de los Haverly. Eso quiere decir que hace las paces con el equipo del Cibeque.

-Bueno, ¿y qué?... Yo también quiero que se vaya, como es su propósito.

-¡Ay, mi amo, la verdad, no sé qué le diga!, pero si Hack se marcha de aquí..., entonces

Librodot

le diríamos Curly y yo lo que pensamos.

Hack Jocelyn no regresó al campamento hasta el lunes por la noche. Esto era un quebrantamiento de las reglas establecidas por Jim Traft; así es que se apresuró a preguntar a Jocelyn

-¿De dónde viene usted?

-¡De allá abajo, del bosque, de ver a mi novia!-replicó el *cowboy* casi alegremente. Hoy no estaba borracho, por rara casualidad.

-¿Y por qué no vino usted ayer, domingo, aunque fuera por la noche, como hicieron Bud y *Curly?*... Ellos fueron a West Fork.

-¿Ah, sí?... Pues mire, se lo diré a usted todo-añadió con una ironía mordaz-; he ido a West Fork para pasar unas horas gratas junto a Molly Dunn.

-Yo no le pregunto por sus asuntos privados, ni me importan-dijo Jim fríamente-; pero si se queda otro día fuera del campamento sin permiso, le despediré a usted... ¿Estamos?

-¡Sí, señor, ya le oigo y le entiendo, míster Traft! Jocelyn, poco después, cenaba silencioso y aislado en un rincón. Los *cowboys* tampoco hablaban. Y Jim fue a acostarse temprano, buscando en el sueño el olvido a sus penas de amor.

La valla avanzaba, milla tras milla, atravesando campos y más campos. Durante tres semanas, Jocelyn, cuando llegaba' el sábado, se marchaba a West Fork, pero siempre volvía el domingo por la noche, aunque ya tarde. Los otros *cowboys* habían cesado de ir a Flag. En cuanto a Curly y Bud sólo fueron al pueblo al final de la segunda semana, según Jim pensaba, a hacer compras y despachar asuntos propios, o tal vez a vigilar el ganado y, de paso, también a Jocelyn.

Al principio de agosto, Jim, obrando bajo su exclusiva iniciativa y responsabilidad, y por haber llegado la valla a los cañones o desfiladeros del Sicómoro, donde había que hacer varias bifurcaciones importantes, anunció que estaba dispuesto a respetar todas las reclamaciones y los derechos de los propietarios que se considerasen perjudicados con su trabajo.

Esto fue una gran habilidad política de Jim Traft que le captó las simpatías de todos los rancheros y ganaderos del país. Es verdad que con ello perjudicaba algo a su tío, puesto que iban a quedar fuera de la valla espacios de campo libre; pero, ¿qué le importaban a su tío unas cuantas cabezas de ganado más o menos, que quedarían, claro está, fuera de la cerca?... Los *cowboys* de su equipo aprobaron la noble conducta del joven capataz, excepto, claro está, el bandido de Jocelyn, y no pocos propietarios-vinieron al campamento a dar las gracias personalmente a Traft, mostrándose con él cariñosos y amables en extremo.

El reverso de estas buenas impresiones *y* noticias que Jim sabía muy bien que correrían por todo el país como la pólvora, era la actitud y las palabras de Jocelyn. El astuto y sagaz *cowboy* había adivinado hasta qué punto había hecho daño a Jim Traft su conversación sobre West Fork y Molly Dunn, y desde entonces no hablaba de otra cosa, a las horas de las comidas y en los alrededores del campamento, fuera con quien fuera, o cuando se sentaban, formando corro, alrededor del fuego. Al principio habíase limitado a jactarse de su suerte con la chica, y de lo mucho que le quería Molly Dunn; pero luego fue *en crescendo* comentando los incidentes de su conquista, entrando en detalles y empleando palabras y conceptos que no dejaban muy bien parado el honor de la pobre muchacha. Jim tuvo que tomar cartas en el asunto, haciendo saber a Jocelyn que si continuaba difamando a la muchacha, se vería obligado a despedirlo *ipso facto* del equipo.

A mediados de agosto, la valla, que había llegado ya a las alturas del gran promontorio del Diamante, fue rota por primera vez por sus enemigos. Por cierto que la cortaron por tres sitios diferentes, cerca del cañón o desfiladero de Rocky; los forajidos, luego de cortar los espinos, habían destrozado los postes. Fueron necesarios dos días para reparar el daño. Jim se consoló un tanto viendo la fría cólera de sus *cowboys* ante el ultraje. De todos modos, el joven Traft experimentó un hondo dolor al ver que se empezaban a cumplir las profecías siniestras

Librodot

de su tío.

-¡Mi amo, déjeme usted seguir la pista de esos granujas!-le dijo a Jim Curly Prentiss-. ¡Estoy seguro que los descubriría en cuarenta y ocho horas!

-¿Y qué conseguiríamos con que usted los descubriera, amigo Prentiss?

-¡Oh, evitaríamos que la cosa se repitiera!

-¿Y cómo lo evitaría usted?

-¡Oh, es usted el que lo tiene que decir, una vez que cogiéramos a los forajidos en nuestras manos!

-Bien, esperemos, amigo Curly. Unas cuantas millas más de valla, o unos días más de trabajo, no nos importan. Claro que si no ponemos coto a la cosa, sabe Dios adónde vamos a llegar.

-Claro que sí. Pero por eso mismo es muy difícil esperar. Bud y yo creemos que son los del equipo del Gibe-que, aunque no podamos probarlo, desde luego.

La voz de Hack Jocelyn se elevó, mordaz y llena de sarcasmo:

-¡Prentiss!-dijo-; ya sabes que es una cosa fea e innoble citar nombres ni acusar a nadie, cuando no se tienen pruebas para hacerlo.

-Pues te advierto que bien pronto voy a poder probarlo, Hack-repuso Curly.

-A saber lo que vas a probar. No creo que nadie de nosotros tenga que esconderse. Yo, por mi parte, el sábado he tenido una cita con mi chica y no me he escondido de nadie. Todo el mundo puede seguir mis pasos.

-¡Mientes tú, Hack!-dijo ahora Curly, con los ojos inyectados en sangre-. ¡Mientes! ¿Lo oyes? ¡Mientes!... Yo sé lo que me digo, y...

La discusión se agriaba, precisamente porque lo mismo Hack que Curly habían estado hablando como en sentido figurado a medias palabras, dando a éstas una significación ambigua y maliciosa. Jim, viendo que los dos *cowboys* iban tal vez a llegar a las manos, se levantó, interponiéndose entre ellos. Luego hizo a Jocelyn que se alejara.

-¡Este hombre me saca de quicio, amo!-murmuró Prentiss cuando estuvieron solos-. Claro está que ni Bud ni yo podemos asegurar quién ha cortado la cerca; pero podríamos jurar que han sido los del Cibeque. Hack está muy enamorado de Molly Dunn, como todos sabemos, y hace migas con los chicos de allá; no habla de otra cosa más que de esa muchacha, y delante de mí, sobre todo, sabiendo como sabe que yo estoy muy enamorado de ella, pero enamorado con buen fin. Porque lo sabe, no hace más que jactarse de que si Molly Dunn esto, que si Molly Dunn lo otro..., como dejando entender, aunque sin decirlo claramente, que es algo más que novio de la muchacha. ¡Y eso es mentira, podría poner la cabeza en ello!...

-¿Usted cree que...?

¡No! Claro está que si fueran amantes, Hack Jocelyn se casaría con Molly, tarde o temprano. Muchachas como Molly no se encuentran. Mire usted si ello es así, que aunque fuera una perdida, más de cuatro *cowboys* de nuestro equipo se casarían con ella de muy buen grado. Pero yo la conozco, y sé que es una buena chica.

-Y usted..., Curly, ¿se casaría con ella también?-preguntó Jim, dominando como podía su turbación.-¿Yo?... Sí, señor, también. Es una chica muy guapa, aunque su familia sea una perdición. El padre está inválido. La madre, ¡qué más quisiera que casar a la chica con un *cowboy!* Y del hermano, Slinger Dunn, ¡no hablemos!

Jim no contestó. Tenía en las manos unas florecillas silvestres, cogidas al paso, y las contemplaba de un modo pensativo. El crepúsculo iba cayendo lentamente sobre el bosque, melancólico y tranquilo. El calor del día se disipaba por momentos. La campanita de uno de los caballos que pastaban trabados 'por el prado, tintineaba de un modo muy dulce. Y la vasta floresta parecía suspirar a impulsos de la brisa fresca de la noche, que bajaba de las montañas vecinas, moviendo suave y rítmicamente las copas de los árboles.

Jim y Curly siguieron hablando. El capataz se mostraba ofendido inmensamente hacia Hack, por sus palabras sobre Molly, y como Curly no lo estaba menos, éste aconsejaba a Jim que despidiera cuanto antes a aquél del equipo. Jim murmuró:

Librodot

-¡No respondería de mí, si se me pone delante otra vez esta noche! Mañana veremos.

-Al fin y al cabo, usted es el jefe aquí, y debe demostrar a Jocelyn que él no es nadie en el equipo.

-No le perdono sus jactancias sobre Molly. Eso es lo que más me duele. Porque a mí también me interesa esa muchacha.

-¿A usted también?... ¡Por lo visto, nos interesa a todos! ¡Diablo de chica!

-Yo podría jurar que es una buena muchacha.-¡Y yo! No le quepa a usted duda, míster Traft.

XIV

Al fin llegó el día en que Jim pudo contemplar desde las cercanías de su campamento la inmensa ladera de la montaña del Diamante.

Era la parte occidental del promontorio inmenso, al pie del cual el Cibeque ondulaba en graciosos zigzags, como un enorme reptil. Un inmenso océano de verdura se extendía a sus pies, salpicado aquí y allá por manchas pardas de campos de cultivo o las motitas blancas de tal cual rancho solariego. La pequeña aldea de West Fork aparecía casi al pie mismo del inmenso talud del promontorio; unas cuantas casas humildes, separadas por campos de cultivo y huertas, con la cinta blanca de un camino que atravesaba el lugarejo. Más lejos, por el Sur, el bosque comenzaba a perder su espesura, y mostraba grandes espacios rasos, que eran prados, o lomas cubiertas de vegetación baja o de pasto. Las casas, más grandes y altas, blanqueaban por allí, delatando las haciendas. Hacia el Oeste, el país se elevaba en bruscos declives, que formaban abruptas montañas.

Contemplando el valle inmenso desde la altura donde había llegado ahora la cerca, Jim pasaba largas horas pensativo.

El espléndido panorama le emocionaba. Sus ojos buscaban con preferencia aquel valle del Cibeque, donde se imaginaba a Molly Dunn. Y le parecía ver una cabaña hecha de troncos, una glorieta abierta en el bosque, o puntitos blancos o negros, que debían ser vacas o caballos, pastando en el prado.

Permanecía allí a veces largas horas, verdaderamente maravillado ante la grandeza del paisaje. Arizona, la tierra de Arizona, le parecía soberbia, admirable, de una colosal y profunda belleza salvaje. Poco a poco, en aquellas semanas de rudo trabajo en pleno campo, Jim se había ido sintiendo invadido por una dulce felicidad, que le reconciliaba con los bosques, con la hermosa Naturaleza que le rodeaba. Ahora le parecía adorable ésta y la bella vida que tenían que llevar aquí. Ya no odiaba aquellas bellas soledades salvajes, a pesar de lo mucho que había sufrido en dichas tierras; y muchas veces se decía que él había venido aquí obedeciendo una misteriosa llamada del suelo de Arizona.

Un día, al volver al campamento, Jim hizo un descubrimiento extraño : en un árbol había clavado un papel; Jim lo cogió, viendo que decía, poco más o menos, lo mismo que otro que encontrara Hack Jocelyn días antes, cerca del cañón del Sicómoro. Estaba escrito con pésima ortografía, y en el centro del papel aparecía el agujero negro de una bala. Jim recordó entonces las nobles y prudentes palabras de 'Curly, que le habían aconsejado no se alejara mucho del campamento, ni se aventurara solo por los bosques. Prentiss había añadido en aquella ocasión:

-¡Amo, créame usted a mí; más me temo yo que ese canalla de Hack Jocelyn le largue a usted un tiro a traición, que ninguno de los hombres del equipo del Cibeque!

-Pero es que a mí no me da miedo Jocelyn-repuso Traft, sonriendo-; ni yo puedo creerlo de Hack. Ve usted, si me lo dijera de Slinger Dunn, por ejemplo..., ¡tal vez! Pero de uno de los hombres de mi equipo, no puedo creer semejante cosa.

-¡No se fíe, mi amo!-siguió diciendo Curly-. Tiene usted muchos enemigos. Aquí sigue siendo para muchos el capataz forastero y odioso; Jocelyn es un traidor, y si se le presenta ocasión propicia... Pero yo conozco a mis paisanos. Ve usted, Slinger Dunn, con su negra historia..., ¡pues es incapaz de' matar a nadie a traición!

-¿Cómo? ¿Para usted es mejor Slinger Dunn que Hack Jocelyn?-preguntó Jim, sorprendido.

-¡Ya lo creo, mi amo! Es difícil de explicar, pero ya lo comprenderá algún día. Y si quiere usted tomar un buen consejo mío, establezca desde ahora un *cowboy* cuya misión sea vigilar la valla hacia atrás, conforme sigamos avanzando. ¿Me entiende usted?...

-¡Sí, sí, le entiendo! Y no es mala idea. Ocúpese usted mismo de distribuir los turnos; aunque eso retardará un poco nuestro trabajo.

Librodot

-¡Bah, si no se termina este año, lo haremos el que viene, mi ama!

Al día siguiente, Jim ordenó que el campamento fuera trasladado al sitio denominado Quaking Asp, y se inauguró la guardia del *cowboy* que había que vigilar la parte de la valla recientemente hecha. Todos los *cowboys* acogieron la idea con satisfacción, excepto, claro está, Jocelyn, que decía que era «otra idea descabellada del hijo del Missourí».

-Usted no tendrá que hacer esas guardias-repuso Jim, que había oído el comentario-. Porque la verdad, amigo Jocelyn, no me inspira usted suficiente confianza para ello.

Estas palabras eran un reto para Hack, cosa que le habían aconsejado Curly y Bud a Jim que no hiciera.

-¡Míster Traft!-comentó Jocelyn cínicamente-. Hace unos días que está usted insoportable, la verdad.

-Sí; he comprendido que es preferible tratar rudamente a ciertas personas que se lo merecen. ¿Es eso lo que le molesta? Pero le advierto que voy a cambiar aún más de conducta con usted. Estoy cansado de ser cortés y prudente, ¿lo oye?... Y ya ve si no me da miedo, que, por dos veces, como usted sabe, le he invitado a luchar lealmente. Cuide de que no le desafíe la tercera.

-¡Ya!-dijo el *cowboy*, con su cazurrería peculiar-. Pero no quiero pelearme más con usted, porque mi novia no me querría si me viera lleno de chichones.

Jim sintió que se turbaba. Pero para que el cínico de Jocelyn no comprendiera lo que le dolía el oírle nombrar a Molly Dunn, no quiso contestar ni mirarle siquiera. Curly salvó la situación, diciendo:

-¡Jocelyn, tú no demuestras mucho respeto por nuestro amo!

-Cada uno tiene su modo de ser y de pensar, Curly.

-Es que tú debías portarte de otro modo, aunque no fuera más que por gratitud a mí y a Lonestar y a Hump, que sabes cómo nos portamos contigo desde que viniste al equipo, hace años.

Hubo una pausa, después de la cual Jocelyn se alejó silenciosamente.

-Yo creo que se marchará el día primero que nos pague usted, míster Traft-comentó Curly, cuando Hack se hubo alejado.

Llegó otro sábado, y Jocelyn, con sus mejores galas, se dirigió a West Fork, a ver a su adorada.

Jeff Davis, el cocinero *mudo*, se acercó entonces a Jim y al grupo de *cowboys*, dejando a éstos pasmados, por cierto, al decir:

-¡Señores: yo soy un hombre tranquilo y que ama la paz sobre todas las cosas! Ésta es la razón por la que nunca hablo... Pero lo que ha hecho Jocelyn hoy... me ha sacado de mis casillas... y si alguno de ustedes... no se determina a hacer añicos a ese bandido de Jocelyn..., entonces..., entonces..., ¡yo envenenaré un día el rancho! ¡Eso es!...

Estas palabras tuvieron la virtud de dejar mudos a su vez a todos los *cowboys* del equipo, que, luego de cambiar entre sí miradas de asombro y de inmensa sorpresa, rompieron, al fin, en comentarios y chistes a granel.

-¡Nos has dejado mudos, cocinero!...

-¡De modo que eras sordomudo, caramba!... ¡Si hablas mejor que yo!...

-¡Éste nos la estaba pegando!...

Nadie más que Jocelyn se marchó del campamento en aquel final de semana. Los hombres, perezosos y soñolientos, a causa del calor, prefirieron quedarse a dormir la siesta, hablando de los trabajos de la cerca. Jim estaba contento, porque aun cuando los *cowboys* no le consideraban todavía absolutamente como un camarada, le trataban de modo muy distinto, y ahora se mostraban con él amables, comunicativos y alegres.

En Quaking Asp había una hermosa cascada, de agua fresca y purísima, que, media milla más abajo, formaba pequeños lagos, llenos de hermosas truchas. Bud pescó algunas para Jim. Daba la casualidad que la pesca había sido siempre el pasatiempo favorito de Jim, pero

Librodot

nunca había visto una trucha dorada. Los aparejos eran bien sencillos, según afirmaba Bud : un anzuelo improvisado con un alfiler y cuerda cogida del vagón del material. Como cebo empleaba saltamontes y langostas. Jim pasó unas horas amables, las más dulces y alegres que viviera desde que vino al Oeste, aunque claro está que

sin hablar de las que pasara junto a la inolvidable Molly. Jim pescó soberbias truchas, y cuando él y Bud regresaron al campamento se les tributó una cariñosa ovación. El domingo se repitió la suerte y Bud divirtió a sus colegas cazando langostas para el cebo antes de partir hacia los lagos. La pesca fue también copiosa. Hoy fueron todos y el *clou* de la fiesta lo dio Curly, resbalando en una roca de la orilla y cayendo al agua.

Hacía una hora que el sol se había puesto, cuando regresaron al campamento. Con gran asombro de Jim, Hack había vuelto ya. Traft descubrió en seguida la canana de Jocelyn sobre el arzón del caballo. El joven capataz no pudo evitar un hondo estremecimiento, mezcla de cólera y de sorpresa. El traje del *cowboy* aparecía arrugado y polvoriento, como si hubiera dormido en un pajar. Su rostro estaba ojeroso, pálido, sucio. Era evidente que había pasado la noche anterior y quizá parte del día borracho, allá en West Fork.

Jocelyn no pareció darse cuenta de que se acercaban al campamento Jim y sus camaradas; visto lo cual por algunos se acercaron a él, entablando conversación a gritos primero, en voz natural después, y contándole todos los incidentes de la feliz jornada pasada en los lagos.

Luego Hack se puso a hablar a su vez, seguramente de su viaje a la aldea y de Molly. Pero Jim debió oír algo, porque se acercó a él, un tanto descompuesto, y poniéndole una mano en un hombro, le preguntó con voz incisiva:

-¿Qué decía usted de Molly Dunn?...

-¡Oh, nada..., nada; pero hace unas horas sí que hablaba de ella!...

-Es que...-dijo el capataz en tono amenazador.

Jocelyn se llevó con cierta premura una mano al cinto, como si buscara su revólver; pero éste había quedado en la canana, sobre la silla del caballo.

El capataz no pudo contenerse más; al ver el movimiento del *cowboy,* dijo extendiendo la diestra hacia delante:

¡Jocelyn, está usted despedido! ¡Se acabó! ¡Salga usted de mi campamento! ¡Usted no puede comer aquí ya l

-¡Traft..., eso es una cosa que no se hace nunca en el Oeste: despedir a un hombre que tiene hambre!...

-¿Es que aquí se acostumbra hablar mal de una muchacha honrada?-inquirió a su vez a Jocelyn, más duramente que su enemigo.

-¡Según la muchacha que sea, míster Traft!

-¡Usted está ultrajando a una muchacha honrada, Jocelyn! Va usted por ahí jactándose de todo lo que quiere a costa de una pobre chica, ¡y eso es una infamia! ¡Es un farsante! ¡De todos modos, es un canalla, un puerco, un villano!...

Y el joven capataz, fuera de sí, cayó sobre Hack como una catapulta, loco de furia y de rabia, con todo su dolor y sus rencores reconcentrados en una especie de loco deseo de matar... Su puño de hierro cayó sobre uno de los ojos de Jocelyn, quien rodó por el polvo, derribando a Winters, que estaba a su lado. Jim saltó como un tigre sobre su enemigo, golpeándole, magullándole, acogotándole sin piedad.

Curly fue el primero que acudió a separarlos; con grandes esfuerzos, logró coger a Jim y apartarlo de su presa, pues no otra cosa parecía Jocelyn, caído en el suelo y molido a golpes. Y tiró del joven Traft, apartándolo unos pasos, mientras decía:

-Vamos, míster Traft, por Dios, no se manche usted las manos con semejante gato!... ¡No se debe usted dejar llevar por la cólera!... ¡No vale la pena!

Jocelyn sangraba por boca y narices. Un ojo aparecía negro y tumefacto. Y con gran esfuerzo, cuando se vio libre de su enemigo, consiguió sentarse en el suelo.-¡A ver!-gritó jadeante Jim, extendiendo la diestra hacia el cercano camino-. ¡Alguno de ustedes... encár-

Librodot

guese de echarlo de aquí!... ¡Pronto!... ¡Que se vaya, que se lleve su caballo y su hatillo!, ¡todo!... Y el dinero de su mesada..., ¡todo, todo!, pero largo de aquí! ¡Si no...!

Jim se apartó del grupo, todavía cogido por el brazo de Bud.

-¡Déjeme!-rugió furioso-. ¡Que no respondo de mí!

Se dirigieron hacia la tienda de Jim.

¡Tráigame usted mi maleta pequeña, donde guardo el dinero!-ordenó el capataz a Bud.

Traft se sentó en el borde de su cama de campaña.

Jadeaba, y el sudor le corría por el rostro bermejo. Bud trajo la pequeña maletilla *y* la abrió.

-¡No sé cómo podemos resistirlo, mi amo!-comentó el *cowboy*.

-¡Hace mucho tiempo que debía haberse largado de aquí! A ver..., cuente usted el dinero... Le pagaré un mes de más.

-No le pague más que el mes corriente, que es lo que debe ser. Le daré el dinero a Cherry para que se lo entregue, ¡y listo!

Jocelyn había salido del campamento, por lo visto, y Cherry y Hump Stevens se marcharon llevándose el dinero y su hatillo. Entonces Bud y Curly volvieron junto a Jim.

-¡Éste es el mejor negocio que hemos hecho en el equipo desde hace seis arios!-comentó sonriendo Bud.

-Sí-añadió Curly-; para nosotros, desde luego; pero para el amo es un mal negocio.

-¡Muchachos: yo no estaré aquí mucho tiempo!-murmuró Traft, con tristeza.

-Y claro que se irá usted aburrido, mi amo-dijo Curly-. Pero Jocelyn no le perdonará a usted nunca esto que ha ocurrido, ni la paliza, ni el haberle usted expulsado del equipo y del campamento. Y como la noticia correrá, y no creo que nadie quiera tomarlo a su servicio, Jocelyn terminará siendo un vagabundo.

-No me importa. Aunque supiera que me ha de matar, no podría haber obrado de otro modo.

-Bien, ya está, mi amo-continuó Curly, encogiéndose de hombros-; ahora apostaría mis espuelas a que Jocelyn irá a cortejar a Molly día y noche y que Slinger Dunn le pegará un tiro. Pero usted, míster Traft, ha de tener en cuenta que ese Hack es muy vengativo, y si alguna vez se lo encuentra en su camino, dispare sobre él antes de que él lo haga sobre usted. ¿Sabe?

-Yo también soy de la misma opinión-añadió Bud por su cuenta.

-Pues les prometo obedecerles-contestó entonces Jim.

-Ahora, Jocelyn quizás intente ingresar de veras en el equipo del Cibeque; Slinger Dunn no querrá, pero no sé, no sé... Ese equipo del Cibeque es el que está cortando nuestra valla, como le decimos... y robando nuestro ganado. ¡Menuda ralea!... Pero yo creo que esto no acabará bien, porque, una de dos, o ellos ceden, o alguno *se* va a ir para el otro barrio, aunque a mí o a quien sea nos lleven a la cárcel.

Hubo un corto silencio, al cabo del cual Bud añadió a su vez:

-Amo, ¿sabe usted una cosa?... Pues que Curly y yo tenemos ahora la certeza de que el equipo de los Haverly, que es el del Cibeque, es el que ha cortado nuestra valla, y ha robado las reses del ganado de su tío. El otro día, como usted sabe, fuimos a West Fork a enterarnos.

-¿Y por qué no me lo dijeron ustedes?

-¡Oh, por evitarle disgustos!

-¡De habérmelo dicho, no habría ordenado yo que cambiásemos la dirección de la valla y hubiéramos seguido Diamante abajo!

El equipo continuó trabajando alrededor de aquel campamento, hasta que llegó el camión trayendo de Flagerstown víveres y provisiones, a más de un gran cargamento de alambre espinoso.

Entonces Jim ordenó que el campamento fuera trasladado a Well Tobe, que estaba al final del camino. Y para llegar allí, hubo que llevar ya la impedimenta y los víveres a lomos

Librodot

de animales.

A cada campamento que se levantaba, Jim había ido sintiendo que se aumentaba su cariño por Arizona; el campamento de Well Tobe eclipsó en este sentido a todos los demás.

Tobe, un oscuro y humilde cazador de osos, había construido allí, muchos años antes, una pequeña cabaña de leños, y poco después el desfiladero, con su gran manantial de agua purísima, había tomado aquel nombre. La situación era aquí diferente a la que ocupó el campamento en sitios anteriores; el cañón o desfiladero estaba orientado hacia el oeste del Diamante, y era muy profundo y abrupto. Alrededor de la cabaña de Tobe había algunos bancales cultivados, pero en seguida los bosques parecían cercar la casita. El agua brotaba de una peña muy alta, coronada de espuma y de burbujas, que se precipitaban sobre los helechos y los festones de algas muy verdes. La cabaña aparecía ahora en ruinas, al pie de un gigantesco abeto. El agua formaba varios riachuelos, que corrían por los campos o los prados vecinos, escondida el agua bajo la hierba para unirse luego en el centro de la cañada. Más adelante, después de bajar, rugiendo cada vez más y con velocidad creciente, a través de un lecho pedregoso, con colosales piedras, el agua se precipitaba, formando varias cascadas, en el Cibeque. Pinos y abetos gigantescos crecían en los bosques que rodeaban Well Tobe, formando una maraña tan espesa, que era difícil con frecuencia que un hombre avanzase. Gladiolos o espadañas, margaritas colosales, orquídeas silvestres y otras flores salvajes, crecían junto a la orilla, balanceándose en sus largos tallos al soplo suave de la brisa. Ardillas *y* aves salvajes se mostraban a veces ante los ojos de los exploradores de la selva, mansos y sociables. Y cuando llegaban a Well Tobe el furgón y la impedimenta de Jim, éste y los hombres de su equipo pudieron ver a un gran rebaño de ciervos, venados, gacelas y lindísimos y diminutos cervatillos, enhiestas las cortas orejas, que, detenidos entre el talud y la torrentera, los contemplaban curiosamente.

-Por aquí si que no vamos a poder extender la valla, mi ame-comentó Curly haciendo reír a todos, y señalando la estrecha y abrupta entrada del desfiladero.

En efecto; por allí parecía imposible que se pudiera colocar valla ni cerca alguna. El cañón o desfiladero de Tobe era aún más estrecho y abrupto que el del Sicómoro, el del Ciervo o el mismo de Long Horn y formaba también parte de la cuenca del Cibeque. Su aspecto salvaje y lo áspero y rudo del terreno le hacían el lugar favorito de los osos y los pumas y otras fieras del país. El ganado que se aventuraba a penetrar allí no volvía a salir más.

-¡Lo que vamos a cazar por aquí, amigos míos!-comentó Jim Traft.

-Lo malo--añadió Curly-es que si llega octubre y no hemos terminado la cerca en este punto, como es lo más probable, vamos a ser cazados por los ladrones de ganado y de osos, que llegan de todo el país a centenares.

Todo el mundo celebró la gracia.

Dos o tres días después, sin embargo, la valla había avanzado lo suficiente para llegar junto al manantial. Desde aquí se dirigía ya hacia el Diamante.

Jim se encontró, de pronto, ante un dilema. El agua del cañón de Well Tobe corría hacia el Oeste, de modo que todo el ganado que anduviera por esta parte dispondría de agua; pero el que caía al otro lado de la valla se vería privado de ella. Traft preguntó a Curly lo que pensarían de ellos los rancheros y propietarios de la parte afectada por la cerca.

¡Ah, que les den *whisky!*-contestó con mucha gracia Curly-. Mi amo, no debe usted tener una conciencia tan estrecha. Cada uno que cuide de su ganado y de sus campos, ¡qué caramba!

Seis días después, le tocó a Jim el turno de la guardia aquella de la valla, que él mismo había establecido. Cuando se desayunaban los *boys,* Jim ya estaba a caballo, dispuesto a marcharse.

-¿Hasta dónde va usted a llegar, mi amo?-le preguntó Bud.

-Iré por allá, por el Sicómoro-contestó el capataz.

-¡Lleve usted el ojo alerta, mi amo!-recomendó amablemente Curly.

Librodot

Jim salió del cañón, dirigiendo el caballo pendiente arriba. Al llegar a una altura, se detuvo, contemplando el paisaje. Entonces, una leve sonrisa de satisfacción se retrató en su semblante. El paisaje era idílico; ciervos y venados, gacelas y cervatillos pastaban en los prados o en las laderas de la montaña con vacas y caballos; y el campamento, en una plazoleta de aspecto salvaje, en el mismo corazón del bosque, dejaba escapar un hilo sutil de humo blanco de las piñas, distinguiéndose desde allí a los *boys,* agrupados alrededor del fuego.

La voz melodiosa de Lonestar llegó hasta oídos de Jim :-¡Eh, señores, yo soy un *cowboy* de Texas, expulsado de mi país! .. .

Los otros reían.

Jim espoleó al caballo, internándose en el bosque. Conforme avanzaba, al paso lento' del animal, Traft iba pensando, pensando. Se tenía que confesar que amaba a este país, que le gustaba esta vida de lucha y libertad. Estaba probando a su padre y a su tío que era un muchacho valeroso y decidido. Había vencido a no pocos *cowboys* de su equipo. De todos modos, experimentaba cierta amargura, que no podía borrar de su pecho. Largas semanas, incluso largos meses, habían transcurrido sin que la imagen y el amor de Molly Dunn pudieran salirse de su corazón atormentado. El paso del tiempo, lento y pesado, sus constantes pensamientos, la amargura que experimentaba ante la ausencia de aquella muchacha, le probaban bien a las claras la fuerza y la pureza de su amor por Molly. Quizás algún día se decidiera a bajar a West Fork para verla. ¡Sí, verla con sus propios ojos, verla tal y como era, para probar si de este modo su corazón retrocedía!...

El caballo seguía ahora a través del bosque, donde no había sendero ni camino alguno. Jim estaba seguro de que se dirigía hacia el Sicómoro. El ganado era numeroso, y no poco de él salvaje. Había muchos novillos salvajes también, que a veces arremetían contra el ganado mayor. De vez en cuando se encontraba asimismo reses muertas, esqueletos o pieles abandonados por los ladrones de ganado.

Al llegar al Sicómoro, se dirigió hacia el Oeste, hasta encontrar la valla; entonces se desvió hacia el Sur, siguiendo la cerca.

Andaba al paso lento del caballo, mirando a un lado y a otro. Así avanzó bastantes millas. Luego llegó a un sitio donde el terreno, bajo y pantanoso, chorreaba agua por todas partes, agua que iba formando arroyuelos hasta el cañón de Rocky. Matorrales y bosquecillos de pinos y abetos tapaban por completo la entrada del desfiladero. El ganado se veía aquí obligado a ir hacia el Sur, a causa de la valla y la pendiente acentuada del terreno.

Jim encontró la cerca cortada por dos sitios, en las cercanías de la entrada del cañón, y esto le produjo una honda cólera.

Siguió adelante, ahora con menos cautela, ya que no se veía por aquí a nadie y la fechoría había sido consumada. A mediodía, estaba bajo el gran talud del Diamante, exactamente al pie de Well Tobe. El ganado continuaba dirigiéndose hacia el Sur, y como por aquí no estaba construida la valla todavía, sino que quedaba muy arriba, Jim frunció el ceño. ¿Por qué este alud lento, pero constante, de ganado hacia el Sur?... Y en efecto, avanzando, ahora en dirección Norte, encontró de nuevo la valla, pero cortada también, cortada de un modo bárbaro, ya que todos los alambres habían sido rotos y retorcidos, y talados muchos árboles o aserrados, así como los postes.

Jim iba ahora a lo largo de un camino del bosque, y de pronto descubrió huellas recientes de cascos de un caballo en el polvo de este sendero, apenas transitado. Tal cólera le produjo este descubrimiento, que Jim siguió la pista, teniendo la precaución de meter el caballo bajo los árboles .y hacerle avanzar sobre la hierba, para que sus pisadas no produjeran el menor ruido. Al mismo tiempo, Traft iba alerta y vigilante, mirando a cada instante a todos lados.

De repente, su caballo relinchó, con gran contrariedad de Jim, aunque no se acobardó lo más mínimo.

Siguiendo las huellas de los cascos, Jim no se dio cuenta de que bajaba y bajaba el enorme talud del Diamante, hasta que se encontré en el centro de un hermoso bosque de pinos

Librodot

y abetos. Era un bosque cerrado, tupido. A sus espaldas sonaron de pronto chasquidos de ramas rotas, por el ganado o los ciervos, mientras ardillas y pájaros salvajes huían a través del bosque. Jim pudo ver un inmenso halcón, que se precipitaba contra un árbol, donde sonó un chasquido, y en seguida le vio huir, llevando en sus garras un animalillo, de brillan te piel, ensangrentado. Era la eterna lucha por la vida.

De repente, el caballo de Jim puso las orejas rectas al tiempo que se detenía en seco. El camino era recto por aquí hasta unos veinte pasos, y luego hacía un recodo junto a un alto y corpulento pino. Un hombre surgió de la arboleda, silencioso como una sombra. Jim reconoció aquel cuerpo alto, aquella faz oscura y morena, aquellos ojos, que miraban como gotas de fuego... Se llevó a la cara un fusil y apuntó lentamente a Jim, mientras éste buscaba febrilmente su rifle en la silla...

El joven Traft vio, de pronto, una llamarada de fuego, que surgía del arma de su enemigo. Un agudo silbido estremeció el aire, al tiempo que una violenta ráfaga de aire estremecía al capataz. ¡En seguida sintió un terrible choque, un espantoso desgarramiento de sus carnes, un pavoroso estampido, como si el mundo entero hubiera estallado! El caballo dio un brinco tan violento, que despidió al jinete.

XV

Jim perdió el conocimiento a consecuencia de un terrible golpe contra el suelo o contra un árbol. Luego, la primera sensación que experimentó al volver a la vida fue la del agua fresca que le corría por el rostro, y su intenso dolor, como el que produce una quemadura, en pleno pecho. Luego sintió que unas manos le tocaban el rostro.

Abrió los ojos con inmenso trabajo, viendo entonces la luz del sol y el follaje de los árboles sobre su cabeza. Estaba echado a medias sobre un tronco de árbol. A su lado, arrodillada, había una muchacha, que lanzó un grito desgarrador, al tiempo que decía:

-¡Oh, míster Traft!... ¡Al fin vuelve usted en sí!...

-¡Molly Dunn!-pudo contestar él, con voz desfallecida.

El rostro de la infeliz estaba casi tan pálido como el del herido, y sus grandes ojos negros relucían, muy abiertos, con una expresión de terror. Sus dos manos, pequeñitas y lindas, estaban llenas de sangre. Esto hizo que Jim reaccionara un tanto, *y* preguntó :

-¿Es grave mi herida?...

-Oh..., no sé, míster Traft!... ¡Tengo tanto miedo!...-dijo ella, casi llorando, cubriéndose el rostro con un brazo.

-¡Dígame dónde tengo la herida!

-¡Aquí..., en el pecho!

La camisa de Jim aparecía abierta. Se sentía arder el pecho. Un pañuelo mojado estaba sobre el lugar del corazón. Era sangre que manaba de la herida. Sangre que había empapado sus vestidos y seguía manando. Entonces sus dedos pudieron palpar la herida, un agujero abierto en sus carnes, que parecían arder. A pesar de la confusión de sus pensamientos, comprendió que no estaba herido en el corazón ni cerca de él. La herida parecía dirigirse hacia arriba. ¿Habría alcanzado los pulmones?... Jim sintió un intenso terror. Luego miró a la muchacha, cuyos ojos estaban enormemente dilatados. Ahora Traft sintió el dolor más arriba, en el hombro izquierdo. Desde allí manaba la sangre. De pronto, algo frío y horrible resbaló entre sus dedos.

-¡La bala!... ¡Mire usted!...-murmuró. Y preguntó a Molly si tenía alguna otra herida.

Ella denegó con la cabeza, murmurando:

-j No sé!... ¡Creo que no!...

-¡Molly!-murmuró entonces Jim débilmente-. ¡Yo no moriré!

Librodot

-¡Gracias a Dios!... ¡Estaba terriblemente... asustada! ¿Qué puedo hacer?

-¿Tiene agua aquí?

-He llenado su sombrero ahí, en el torrente.

-Entonces rasgue este trapo en tiras indicó Jim-. Encontrará un pañuelo limpio en mi bolsillo... En el de dentro... Eso es... Ahora, rásguelo también... Láveme la herida... y luego véndeme fuertemente.

Ella obedeció sus instrucciones sin vacilar, aunque sus manos temblaban.

-Pero es que la herida sigue manando... ¡Voy a ver si logramos detener la sangre!

-Ponga un trozo de pañuelo encima, y apriete... Yo lo sostendré... Ate las tiras..., páselas bajo mi brazo..., así!..., y ahora por encima de mi hombro... ¡Eso es!...

La ardua tarea fue al fin realizada por Molly. Se había sentado sobre sus talones, y un sudor perlado cubría su frente. Su cabello también aparecía mojado. Al ir a separarse unas guedejas que le caían sobre el rostro, se vio las manos manchadas de sangre, y entonces intentó hacer el movimiento con el codo, para no manchar de sangre sus cabellos, intensamente negros.

-¡Molly Dunn..., tiene usted las manos manchadas con mi sangre!-dijo Jim con una intención que escapó a la muchacha.

-¡Oh, sí..., qué horror!-repuso ella.

Y vertiendo agua del sombrero sobre sus dedos, se lavó las manos, secándolas luego-en la alta hierba.

Jim se sentía desfallecer, a causa del dolor, que se intensificaba por momentos.

-¡Debo quitarle a usted de este sitio, apartarle del camino!-murmuró Molly, temblorosa.

-Lleva razón. Si me ayuda un poco, yo podré valerme-contestó Jim.

Entonces la muchacha le ayudó delicadamente, y Jim se puso en pie, comenzando a andar, apoyado en ella. Para ser tan jovencita, Molly era fuerte y dura. Así avanzaron un buen trecho, lentamente. Pero el herido se iba sintiendo cada vez más desfallecido, y presentía un desvanecimiento. Un leve y dulce ruido de agua corriente llegó a oídos de Jim, aunque no veía el arroyuelo. Enormes y espesos abetos lo rodeaban por todas partes. De pronto, la cabeza de Jim rodó, como inerte, hacia atrás; entonces Molly se detuvo, dejando al pobre herido en el suelo, con toda lentitud y cuidado. Después Jim habló, pero la muchacha pareció no haberle oído. Entonces Jim pareció como si recobrara la vista y el sentido, y la vio venir hacia él, trayendo su propio sombrero lleno de agua.

-Se ha desvanecido usted un momento, míster Jim-dijo ella, mientras levantaba dulcemente la cabeza de Traft, para que pudiera beber.

-j Gracias!... ¡Ahora... debía estar alegre!-murmuró, intentando una leve sonrisa.

En este momento, no sólo había recobrado sus sentidos Jim, sino que se daba perfecta cuenta de lo extraordinario de su situación.

-¿Qué ha sucedido?-preguntó.

-¡Huy!... ¡Una cosa muy grande, míster Jim!-con-testó Molly tristemente.

-¿Sabe quién me ha herido?

Ella denegó dulcemente.

-No necesita usted decírmelo. Ya lo sé. Ha sido su hermano, su propio hermano, Slinger Dunn... Salió de detrás de un árbol... con toda calma, y yo me aturdí en el primer instante, hasta el punto de olvidarme de que llevaba un arma. Y cuando quise echar mano de ella, ya era tarde.

-¡Ah..., pero lo que me llena de alegría... es que usted viva! ¡A Dios gracias!... Pero, ¿qué puedo hacer, qué puedo hacer, Dios mío?...

Jim sentía la herida vendada, precisamente encima del bolsillo de su camisa de campo, algo más arriba del corazón. Y al palpar el vendaje con los dedos, tropezó con su reloj.

-j Mire, Molly!-dijo curiosamente-. ¡Mi reloj! ¡Sáquelo!

Ella obedeció. Se trataba de un antiguo reloj de plata, que había pertenecido a varias generaciones de Traft. Nadie había podido imaginar que iba a salvarle la vida a Jim. La tapa

aparecía abollada y destrozada en un extremo. Era evidente que la bala había dado aquí, rebotando luego hacia arriba.

-¡Ahora me lo explico!-murmuró Molly como a media voz-. Porque Slinger no suele errar jamás el tiro.

-¡El reloj me ha salvado la vida!-dijo él guardándoselo-. ¡Y yo que había pensado no traerlo!...

-¡Oh, qué suerte!... ¡Gracias, Señor, gracias!... Pero, dígame, míster Traft, ¿qué puedo hacer yo?... ¿Qué *podemos hacer?*...

-¿Hacer? No tengo la más ligera idea. Yo no podría montar a caballo ahora... Me caería, seguramente... ¡Ah, tengo mucho dolor..., me siento arder!...

-Es que tiene fiebre quizá, míster Jim... Tal vez se le esté enconando la herida... Nos hace falta alguna medicina para curarle...-dijo ella en tono patético.

-Pero yo no quiero mandarla a usted a mi campamento.

-¿Por qué no? Mi caballo está ahí. Lo tengo atado a un árbol.

-Es que en ese caso, los *cowboys* se enterarían de que ha sido su hermano quien me ha herido. Y yo no quiero.

¡Oh, míster Traft, tarde o temprano se enterarán de todos modos!

-Tal vez. Pero si yo volviera por mi pie al campamento, quizá pudiéramos evitar que ellos...

-Míster Jim-interrumpió Molly-, a mí no necesita usted molestarse en explicarme nada. Conozco a mi hermano.

-¡Oh, ya ajustaré yo cuentas con él cuando me ponga bueno!-murmuró ahora Jim ásperamente-. ¡Lo que ha hecho ése...! Pero ¿por qué me ha herido?... ¿Por culpa de la valla que estamos haciendo, acaso?

-No. Yo creo que ha sido por mí.

-¿Por usted?

-Sí. Podría jurarlo. Corre por toda la comarca la noticia de lo que usted hizo..., de lo que *nosotros* hicimos... aquella noche..., la noche del baile... en el jardín del Ayuntamiento de Flag.

-¡El diablo de Bud Chalfack, sin duda!-murmuró

Jim entre dientes-. Se conoce que lo contó... ¡Cuánto lo siento, Molly!... ¡Fue una locura mía, lo reconozco!...

-¡Yo creo que también estaba loca aquella noche!-contestó ella, noble y generosamente, sonriendo-. Pero mi hermano ha creído Dios sabe qué... *y* ha sido inútil que yo le haga protestas de inocencia. Y estaba aterrada.

-¿Pues qué creía su hermano, Molly?

-¡Oh, póngase usted en lo peor, míster Jim, y acertará!

-¡El miserable!... Algunos de estos individuos de Arizona me sacan de quicio. Pero haré cuestión de amor propio coger algún día a su hermano, y entonces...

-¡Oh, no haga usted eso, por Dios! ¡Se lo suplico, míster Traft!-imploró la hermosa muchacha.

-¡Bien, supongo que alguna vez le echaré la vista encima, en su casa o en el bar del pueblo, o donde sea..., y entonces...! Porque creo yo que no querrá matarme a traición, ¿verdad?

-No. Pero le induciría a luchar en despoblado o le llevaría sabe Dios dónde, hasta matarle cara a cara. ¡Mi hermano es la fiera más grande del mundo, cuando se enloquece por algo!

-Bien, ya veremos!... Pero, dígame, Molly, ¿cómo ha sido que usted venga aquí y me encuentre?

-Slinger mismo me anunció que iba a matarle a usted-repuso ella, temblorosa y muy seria-. Por eso, esta mañana, me esperé a que mi hermano saliera de mi casa, y entonces le seguí desde lejos. Mi propósito era seguirle hasta que escaláramos el Diamante, y luego, una

vez arriba, hacer un rodeo y llegar al campamento de usted.

-¿A mi campamento?... ¿Y para qué?

-Quería avisarle a usted de los propósitos de mi hermano. Y del peligro que corría usted con los *cowboys* del equipo del Cibeque.

-¡Molly Dunn!-murmuré el herido en tono de incredulidad-. ¿Es posible?... Entonces... ¿esto no ha sido una casualidad? ¿Usted ha venido para salvarme?...

Ella pareció asentir en silencio, antes de hablar. Ahora no parecía ni fría ni avergonzada, ni tímida siquiera. Y murmuró

-¡No, no ha sido una casualidad que yo venga! ¡venga!... ¡He venido..., ya *ve* usted a qué!

¡Oh, Molly! ¡Con tanto riesgo!...

-Yo no pensé en ello siquiera. Sé que si los del equipo de mi pueblo o las gentes de allá me encontraran por aquí, con usted... o mi hermano..., ¡bueno, no podría volver al pueblo y mi hermano me mataría!

-¡Oh, por Dios!... ¡Cuánto, cuánto le agradezco su heroísmo y su bondad conmigo 1... Yo se lo demostraré. Pero es preciso que ni su hermano ni nadie la vea ahora. ¿Está muy lejos su casa de aquí, Molly?

-Unas cinco millas, a través del bosque, allá abajo.

-¿Y cómo ha sabido encontrarme?

-Es que iba siguiendo el rastro del caballo de mi hermano, y cuando vi que las huellas de los cascos se apartaban del camino, me desvié yo también. Entonces penetré en el mismo corazón del bosque, y me detuve, procurando orientarme. Casi en seguida, oí un tiro... y un instante después, un grito agudo... y vi que se acercaba un caballo. Entonces me escondí detrás de un árbol y pude ver a mi hermano que se alejaba. Yo no sabía lo que había pasado; pero eché pie a tierra, até mi caballo a una rama y comencé a buscar. Lo primero que vi fue su caballo, que se alejaba arrastrando las riendas. Y de pronto le descubrí a usted, caído bajo un abeto. Le encontré desvanecido.

La muchacha apartó una de sus manos de la diestra de él, que se la tenía cogida dulcemente, y le tocó una sien, que ardía.

-¡Voy a buscar su caballo, míster Traft!-dijo luego la muchacha.

-No vaya usted lejos... ni tarde-suplicó él.

La dulce figura desapareció entre la verde arboleda. Y solamente entonces se dio cuenta Jim del verdadero lugar en que se encontraba caído. Estaba sobre una especie de parihuelas hechas de ramas de abeto secas y tostadas por el sol. Arriba, podía ver un pedazo de cielo muy azul, entre el follaje espeso de los árboles. A sus oídos llegaba el dulce murmullo de un arroyo que debía correr muy cerca. El lugar era apartado, y fragante a causa de las muchas agujas de pino y de abeto que alfombraban el suelo.

El esfuerzo hecho momentos antes para llegar hasta aquí le había extenuado, y ahora experimentaba cierto consuelo estando echado de espaldas e inmóvil. Todo esto le

parecía una pesadilla. Por suerte, su pensamiento coordinaba muy bien las ideas, y se trazó un plan que le pareció bueno. Debía enviar inmediatamente a Molly a su casa. Y... ¿podía atreverse a rogar a la muchacha que volviese al siguiente día, sabiendo ya los riesgos que ello representaba para la dulce criatura?... La idea le atormentó largo rato. Más pronto o más tarde, los *cowboys* de su equipo le encontrarían, aunque el último sitio por donde se les habría de ocurrir buscar al joven capataz era por aquí, por Well Tobe.

Unos golpes blandos sobre el suelo hicieron comprender a Jim que Molly se acercaba con su caballo. Luego se hizo el silencio. Y en seguida vio aparecer a la muchacha, con las mantas de la silla y su americana.

-Míster Jim, ¿no me había dicho usted que llevaba un arma?...

-Sí. Un rifle. Lo llevaba en el arzón de mi caballo, e intenté cogerlo cuando apareció su hermano detrás de aquel árbol.

Molly desapareció de nuevo. A los pocos instantes, la chica volvía, llevando el rifle de Jim en la diestra y dejándolo al lado del herido. Llevaba la hermana de Slinger uno de esos delantales de piel de las montañesas, que casi le cubría todo el cuerpo, y Jim la encontraba adorable bajo aquel rústico tocado. Y se lo dijo. Ella le miró con unos ojos agrandados por el terror, fijamente, como reprochándole sus palabras en estos instantes.

-¿Se ha puesto usted alguna vez más aquel vestido blanco, Molly?-añadió Jim.

-¡No!... ¡Yo sé que me enterrarán con él!

-¡Molly!... ¿Qué dice usted?... ¡Querrá usted decir que se casará con él!...

-¡Míster Traft, está usted fatigándose por hablar tanto!... Tiene la cara roja. Y el tiempo pasa sin sentir... ¿Qué podemos hacer, dígalo?... He trabado su caballo para que no pueda marcharse.

-Debe irse inmeditamente. Y procure que no le vea nadie, absolutamente nadie... ¿Querrá usted volver mañana?

-Sí-repuso Molly gravemente, como si comprendiera lo que suponía aquella promesa.

-Gracias. Entonces traígame alguna medicina... Presiento que voy a ponerme muy mal... Y traígame también trapos limpios o vendas, para curar mi herida.-Antes he visto una cantimplora en la silla de su caballo-dijo ahora la muchacha-. Voy por ella. La trajo y la colocó al lado del rifle del herido. Después, reuniendo varios puñados de agujas de pino secas, las colocó debajo de la cabeza del capataz, puso luego sobre las hojillas las mantas del caballo y le improvisó de este modo una especie de almohada.

Esto le servirá de lecho-dijo-. Creo que así no se enfriará usted. Aquí tiene otra manta... y si la necesita, échesela por encima... Y ahora, yo me voy.

Estaba arrodillada junto al herido, y se disponía a levantarse. Pera de pronto, Jim murmuró, sonriendo dulcemente:

-¡Molly... déme un beso!

-¡Míster Jim!

-¡Voy a quedarme aquí solo, incapaz de moverme!... ¡Su hermano puede venir y rematarme!... ¡Déme usted un beso, Molly!...

-¡No! ¡Mi hermano no vendrá!

-¡Pero puedo morir desangrado o abrasado de fiebre, Molly!-insistió él en tono apasionado como fuera de sí.-¡Está usted delirando, míster Traft!

-¡No! ¡Yo *sé* lo que me digo! ¡Béseme usted, Molly!-¿Usted me pide que le bese yo..., yo..., Molly Dunn?

-¡Sí, usted, usted!... ¿Qué me importa a mí nada de su clase social ni de nada en el mundo?... ¡Béseme usted, Molly!

Por dos veces, él intentó coger a la muchacha sin conseguirlo.

-¡Por Dios, no se mueva usted!-murmuró la noble muchacha, alarmada. Entonces, a un leve movimiento de ella, Jim la cogió por un brazo.

-¡Béseme usted, Molly!

Ella estaba muy pálida.

Al fin, se inclinó sobre él, acercando su rostro a la frente de Jim.

-¡No!-protestó el herido adivinando la intención de la muchacha.

Entonces ella, enrojeciendo hasta el punto de que su rostro tomó la nota bermeja de la sangre, bajó aún más la cabeza, y unió a los labios del herido los suyos, fríos y temblorosos de emoción, de vergüenza *y* de miedo. Pero antes de que Jim pudiera sujetarla más fuertemente, se levantó y desapareció.

Jim quedó como embriagado de dicha, a pesar del dolor insoportable de la herida. A sus labios subían todos los nombres dulces, todas las palabras suaves y bellas que pueden aplicarse a una mujer querida. Luego cayó en una especie de sopor.

Cuando despertó, los rayos del sol herían oblicuamente la tierra. Se encontraba muy débil y abrasado de sed, aunque el dolor de la herida se había adormecido un tanto. Comprendía que la situación era grave, aunque no lo fuera la herida. ¡Había de esperar al día

Librodot

siguiente, a que volviese Molly! ¡Qué horas más interminables!... ¿Y si no venía Molly?... ¡Pero, sí, vendría, vendría!... Jim estaba seguro de ello. De todos modos, quería reflexionar sobre su situación.

Los *cowboys* de su equipo no empezarían a buscarle hasta el día siguiente. Él había estado ausente del campamento muchas veces hasta muy tarde. Cuando le echaran de menos verdaderamente, los *boys* le buscarían, como era lógico, por la parte del cañón del Sicómoro, y para llegar aquí tardarían varias horas, si es que se les ocurría venir. Slinger Dunn quizá viniera también a ver a su víctima. Pero después de pensar esto unos instantes, Jim se inclinó hacia el parecer de Molly, de que Slinger no volvería por allí. El capataz experimentó ahora una sensación de verdadero terror, ante la perspectiva de las largas horas de espera y la soledad y el silencio imponentes de este bosque infinito.

El sol declinaba, y al fin desapareció. El cielo iba tornándose gris por momentos. El crepúsculo fue envolviendo luego la inmensa floresta en un sudario negro. Pronto la oscuridad reinó por completo en el bosque y sólo arriba, en un trozo de cielo nacarino, comenzaron a parpadear estrellas *y* luceros. Luego, la arboleda entera pareció conmoverse como un suspiro colosal, y al silencio del crepúsculo sucedió el canto armonioso de la brisa nocturna, que agitaba las copas de los árboles.

De vez en cuando, Jim bebía un sorbo de agua de la cantimplora. Esto le ocasionaba grandes dolores, aunque calmaba su sed un tanto, produciéndole algún consuelo. Al fin, luego de reflexionar largas horas en la soledad del bosque, como mecido por las ráfagas nocturnas de una brisa casi helada, Jim acabó de trazar las líneas generales de su plan acerca de Molly Dunn. Una inmensa dulzura, una especie de quietud infinita, una alegría profunda invadieron su alma. Y se quedó dormido.

Cuando despertó, pensó que debía faltar poco tiempo para que amaneciese. El viento era más frío y huracanado. Jim tuvo que hacer un gran esfuerzo para darse cuenta de que no estaba en su campamento, sino perdido en el corazón de un bosque salvaje, herido, abrasado de sed, a merced de un destino implacable.

Bebió un sorbo de agua para aplacar su sed, y comenzaba de nuevo a pensar y a cavilar, cuando sus párpados volvieron a cerrarse, quedando de nuevo dormido.

Al despertar esta segunda vez, el sol lucía ya en un cielo sereno, y pájaros y ardillas volaban, saltaban o corrían por el bosque, como enloquecidos de alegría.

Ya no le dolía la cabeza a Jim, y, aparte el dolor de la herida, se encontraba casi bien. Entonces, se sentó, comprobando que, salvo su brazo y su hombro izquierdos, incapaces de moverse, todo su cuerpo estaba perfectamente. A estas horas, pensó Jim con satisfacción que en el campamento del Diamante debía reinar la consternación y la alarma. Todos los *cowboys* andarían tal vez corriendo por todos los alrededores del campamento.

Más pronto o más tarde, alguno de aquellos jinetes le encontraría y, si no, calculaba Jim que en un par de días él podría llegar hasta el campamento. Pronto correría la noticia por todo el país : ¡Jim Traft, el joven capataz del equipo del Diamante, había sido herido por Slinger Dunn, un ladrón de ganado, un forajido que cortaba las vallas de los propietarios del campo!... ¿Cómo recibiría la noticia su tío?... ¿Y Ring Locke?... Jim comprendió que ahora habría ganado en su estimación. Pero al mismo tiempo, se prometía no vender ni acusar al hermano de Molly. Jim tenía formado un plan admirable para el porvenir.

Esperando a Molly, el tiempo se le hacía eterno. ¿Qué iba a contestar cuando él le dijese lo que proyectaba?... ¡Y le parecía ver la expresión de sus hermosos ojos negros, el asombro retratado en su rostro, sabe Dios cuántas pasiones revueltas en su pecho por las palabras de él!...

De pronto sonaron pisadas lejanas de un caballo, y Jim se sentó con tal rapidez, que estuvo a punto de soltarse la venda de la herida. Esto le produjo un intensísimo dolor. Pero el ruido de las pisadas se acercaba, lo que hizo que el joven olvidara su miseria física, al tiempo que sonreía de un modo muy tenue y muy dulce. ¡Debía de ser el caballo de Molly el que se

Librodot

acercaba!... Y en efecto, a los pocos instantes, la verde espesura se abrió a sus espaldas, y apareció la graciosa figura de Molly Dunn.

Venía sin nada a la cabeza, y el sol brillaba en su cabellera de ébano, deshecha, revuelta por el viento. La muchacha traía un paquete en la mano.

-¡Oh, al fin!... ¡Aquí está usted, míster Traft...!-murmuró Molly, jadeante-. ¡Traía un miedo!...

Estaba pálida, y sus grandes ojos parecían dos inmensos luceros de verano.

-¡Buenos días, Molly! ¡Gracias!... ¡Creí que no venía usted nunca!...

-¿Está usted... ya bien del todo?

-He pasado una noche terrible. Y me he encontrado muy mal, hasta que ha venido usted, Molly.

La joven depositó su paquete en el suelo, se sentó, y luego se llevó una mano al corazón, que se le rompía. Molly apartaba los ojos del herido, y era evidente que no quería mirarlo. Parecía cansada, agotada, como si hubiera pasado también una noche terrible, en vela. Jim se sintió invadido de una inmensa ternura, y tenía que hacer grandes esfuerzos para contener el dulce secreto que ya le quemaba los labios.

-Molly, ¿pudo llegar usted a su casa sana y salva y sin que nadie la viera?-preguntó Jim ansiosamente.

-Sí; Slinger no ha venido a casa esta noche, y mi madre no me oye casi nunca cuando vuelvo.

-¡Ah, muy bien! Me alegro. Yo estaba muy intranquilo.

Entonces, al observar que Molly llevaba en la muñeca izquierda una venda manchada de sangre, le preguntó con solicitud si se había herido ella también.

-No. Me puse esto para engañar a la simple de mi madre, con objeto de que me dejara ir al almacén de Enoch Summers-explicó Molly con leve sonrisa-. En el almacén le dije al señor Summers que me había cortado, y que tenía miedo de que se me infectara la herida.

Y así he podido traer esta medicina; también traigo vendas de trapos limpios, una toalla, jabón y... algo para que coma usted.

-¡Ah, Molly, cuántas gracias tengo que darle!... ¡Es usted una muchacha admirable!-murmuró Jim imprimiendo a sus palabras varios sentidos a la vez. Ella le miró entonces muy rápidamente, y dijo:

-Voy a traer agua, míster Jim.

Traft la vio marchar, llevándose la cantimplora; y le chocó observar que Molly, antes de seguir adelante, miraba larga y detenidamente a todos lados. Al fin regresó,-silenciosa como una sombra, dejó la cantimplora junto al herido, se sentó junto a él, se arrodilló más tarde, y desató una correa que sujetaba el paquete que había traído.

-Vamos a curarle, lo primero-murmuró Molly.

-¡Ah, Molly!-repuso Jim sonriendo-. Por usted no me importaría que me picaran, si era preciso.

Molly procedió a curarle, luego de haber tocado un instante su frente y sus sienes.

-No parece que tenga usted fiebre, aunque habla demasiado y está muy inquieto. Pero tiene que estar inmóvil y callado mientras le curo, ¿eh?... Yo he curado algunas veces a mi hermano.

Jim asintió, y se dijo que quizá facilitaría la operación de la muchacha si cerraba los ojos. Molly cortó las vendas sucias, y lavó la herida cuidadosamente. Jim experimentaba, en medio de su dolor, un dulcísimo consuelo, al sentir la caricia del agua y de las manos frías *y* pequeñitas de ella sobre su carne abrasada.

-Míster Jim-murmuró la joven luego-; por lo poco que yo entiendo de heridas de arma de fuego, me parece que está usted mucho mejor esta mañana.

-¡Déjeme que le diga, Molly, que esa mejoría se debe, desde luego, a mi hermosa y noble enfermera!-repuso Jim abriendo los ojos. Le pareció que sorprendía una sombra de sonrisa en el rostro adorable, pero no podía asegurarlo. Luego esperó a que ella le aplicara a la

Librodot

herida una solución y le vendara cuidadosamente.

-Ya está-dijo la muchacha-. Es todo lo que puedo hacer por usted. Tengo entendido que estas heridas de bala curan pronto si se las lava y desinfecta bien; pero de todos modos, será conveniente que sus *cowboys,* o quien sea, le lleven a usted cuanto antes a Flag.

-Gracias, Molly. No sé cómo agradecerle sus bondades conmigo-dijo él sonriendo-. Yo iré a Flag, o me llevarán, si es preciso; pero volveré aquí... Y ahora, Molly, voy a hacerle un ruego: ¿no puede quedarse un momento más conmigo?

-¿Esperarme un momento?... ¿Para qué?

-¡Oh, ya se lo explicaré ahora!... Usted puede quedarse, ¿verdad?

-Sí; si es poco tiempo, sí; mi madre no me echa nunca de menos... Pero de todos modos, yo debo marcharme. ¡Debo *huir,* la verdad!

-*¿Huir?... ¿De* quién?

-De usted, míster Traft.

-Deje usted a un lado el míster, amiga mía. Ahora es como si nos conociéramos los dos desde hace mucho tiempo.

Ella sonrió, con una nota de amargura.

-¿Por qué ha de huir de *mí,* Molly?

-¡He estado dos veces a su lado, y las dos veces me ha hecho usted cometer sendas tonterías!-repuso la muchacha, con una especie de manso rencor.

-¿Yo?-protestó él.

-Sí, usted. Aquella noche del baile, en el jardín del Ayuntamiento. Usted me cogió lo mismo que Hack Jocelyn o los otros *cowboys* de por aquí. Y ayer..., ¡oh, ayer..., todavía peor! Ayer... me convenció usted para que le besara.

-Molly, piense en ello. En lo del baile, no tengo perdón; pero en lo de ayer..., en lo de ayer sí.

-Quizás haya excusa *y* perdón para usted; pero para mí, no. Dios sabe lo que está pensando usted de mí!

La vergüenza la hacía doblemente hermosa en estos instantes. Jim comprendió que había llegado el momento oportuno para hablar.

-¡Molly!-dijo en tono solemne-. Si quiere usted hacer el favor de mirar para ver si hay alguien por aquí le diré en seguida lo que pienso de usted.

Ella le miró con una expresión entre avergonzada y ansiosa, como si comprendiera. De sus ojos negros e inmensos salía una luz de ternura, mezclada tal vez con una sombra de reproche dulce.

Y Jim murmuró ahora, lentamente:

-¿Se casará usted conmigo, Molly?...

Ella se puso pálida al escuchar aquellas palabras, y quedó turbadísima. Al fin pudo decir:

-¡Míster Jim!...

-¡Déjese del tratamiento! ¡No me diga míster, sino Jim, simplemente, y conteste : *sí!* Yo la quiero a usted, Molly.

-¿Cómo?... ¿Usted me quiere *a mí?*...

Él le cogió una mano, que temblaba.

-Escuche, chiquilla: usted recuerda nuestro encuentro, la primera vez que nos vimos, allí en Flag. Desde entonces, me enamoré de usted. Y esta noche pasada he decidido decírselo y preguntarle si se casaría conmigo. No crea que mi herida o el dolor me quitan lucidez: estoy en posesión de mis cinco sentidos y de toda mi conciencia. ¡La adoro a usted! ¿Lo sabe?... ¡La quiero con toda mi alma! Y quiero que sea mi esposa.

-¿Yo?... ¿Molly Dunn?

-Sí, usted: Molly Dunn.

Entonces Jim dio las gracias a Dios en silencio por haber anticipado, aunque fuera por este camino de dolor y de sangre, la confesión de su amor a Molly; esta confesión de amor, la

primera, tan grata y solemne para toda mujer.

Molly parecía transformada desde que le oyera sus últimas palabras.

-¡Oh!-dijo con los labios temblorosos, como si no pudiera creer la maravillosa verdad, la realidad asombrosa-. ¡No puedo creerlo!... ¡Dios mío!... ¿Qué va a decir Slinger si lo sabe?... ¿Qué diría mi padre..., mi madre... Andy... y el mismo Jocelyn, tan rudo?...

-Molly, no se trata de lo que ellos digan, sino de lo que diga usted.

-¡Oh, míster Jim!...

-¡No me llame usted más *míster!*-interrumpió el herido.

Éste comprendió que Molly no tendría fuerzas para separarse de él definitivamente. Lo leía en sus ojos, como leía su amor. Y él insistió todavía:

-¿Lo oye usted, Molly?... ¡Nada de míster; Jim, simplemente!

-¡Bueno..., Jim!contestó ella con dulzura, sonriendo de un modo celestial.

-¡Así suena mejor! Y ahora... ¿qué dice usted?

-¡Oh, crea que estoy demasiado emocionada para contestar!... Toda mi vida estaré tan... orgullosa..., seré tan feliz por saber que usted me quiere... Pero, no, Jim, no... no puedo casarme con usted.

-¡Molly!... ¿Ama a algún otro hombre, acaso?-preguntó Traft viva y ansiosamente.

-¡No!

-Entonces... ¿No quiere usted cuidarme, atenderme?-preguntó él aún, esta vez con una nota de llanto en su voz.

Ella sonrió de un modo enigmático, entre triste y compasivo, como si en realidad se sonriera de la estupidez de los hombres, incapaces de penetrar en el corazón de una mujer.

-¡Jim!-continuó ella entonces-. No está usted en sus cabales. Yo soy Molly Dunn, del Cibeque. Todos me llaman así. Mi hermano es Slinger Dunn, como usted sabe. Y después de esta última hazaña, se convertirá en un verdadero vagabundo.

-No tiene por qué, Molly. Nadie sabrá nada de esto. Yo no hablaré. Y encontraré manera para que Slinger cambie radicalmente.

-Pero ésa es una sola razón, Jim-protestó la muchacha-. Mi padre, que está inválido hace muchos años, ha vivido todo este tiempo bajo la amenaza de una grave acusación, porque se cometieron varios asesinatos, aunque nadie ha podido probarle nada... De mi madre también se murmura, que si tiene que ver con éste o con el otro *cowboy*...

-¡Molly!-interrumpió Jim-. Yo no voy a casarme con su familia, sino con usted.

-¡Ah, si yo no fuera quien soy, Jim, que no soy nadie!... ¡No, yo no soy una muchacha para usted!-¿Y por qué no?... ¡Usted es linda, bella como la que más, buena, con admirables cualidades!... Tiene usted las manos, el rostro... y los instintos y los sentimientos de una verdadera señorita. Debe haber habido sangre buena en su familia también, Molly.

-Sí-se apresuró a contestar la muchacha, complacida esta vez-; mi madre viene de una familia muy buena del Sur. Ella se jacta sin cesar de ello. La pobre sufre lo indecible teniendo que vivir en nuestra pobre cabaña, hecha de leños.

-¡Molly!-dijo ahora Jim, atormentado por los celos y haciendo un esfuerzo enorme esta vez para hablar-. Escuche usted bien lo que voy a decirle: si usted ha tenido algo que ver con algún *cowboy...*, con ese bandido de Jocelyn o... con cualquier otro..., algo de lo que usted pudiera avergonzarse..., ¡olvídelo!... Yo *sé* qué clase de muchacha es usted a pesar de todo lo que puedan decirme. Sé que tiene usted mala fama aquí en el Cibeque. ¿Qué porvenir se le presenta, sino casarse con uno de estos gañanes *cowboys...?* Por eso yo le ruego a usted que me escuche, que me haga caso... *¡Yo* la quiero tanto, la quiero tan bien...!

-¡Oh, Jim! ¿No cree usted que haya sido yo la que le ha traído esta desgracia a usted?-preguntó ella ahora con lágrimas en los ojos, lágrimas que iban resbalando luego lentamente por sus mejillas-. ¡Eso que dice usted me habría hecho quererlo, aunque sólo fuera por su nobleza; pero yo veo más claro que usted, Jim!... ¡Y no, no, no puedo ser su esposa, compréndalo!

Librodot

Sin embargo, su turbación, el brillo de sus ojos, el temblor de su cuerpo..., ¡todo, todo!, traicionaba sus palabras, causando a Jim una honda y sincera alegría.

-Yo creo que habrá usted oído hablar mucho de mí, Jim; lo comprendo. Pero usted es el único hombre al que yo he escuchado; el único que me ha interesado, y le ruego que no crea lo que puedan decirle de mí, que son todo mentiras.

-Yo no me he creído nada, Molly.

Y entonces, haciendo un nuevo esfuerzo, contó a la muchacha las murmuraciones miserables de Jocelyn, sus jactancias, al principio, de verse muy querido por ella, sus conceptos, cada vez más innobles, hasta llegar a vanagloriarse inmundamente de ser el amante de la hermosa hermana de Slinger Dunn.

-¡Oh, mi hermano le matará en cuanto lo sepa!-dijo ella, sin poder contener la cólera que hacía temblar su voz.

-¡Oh, ya lo habría hecho yo-musitó Jim,-con una sonrisa de sarcasmo-, si los *boys* no me lo arrancan de las manos!

-Yo le vi la cara llena de heridas y él mismo me dijo que usted le había pegado-confesó complacida Molly-. Por cierto que aquel día se portó conmigo como un villano; me esperó en el camino, cuando yo volvía del pueblo, me cogió y, a la fuerza, me llevó entre un matorral; allí me dijo que se había marchado del equipo del Diamante y que pretendía ingresar en el del Cibeque. Pero como mi hermano no quería, me confesó su plan : pretendía que yo le dijera a mi hermano que se había marchado del equipo del Diamante, porque usted, Jim, me había insultado. Y cuando me negué a ello, me cogió entre sus brazos, me levantó en vilo, y por poco me mata..., besándome toda la cara..., menos la boca. Desde entonces, usted podrá comprender que no puedo verlo... Pero pude al fin escapar de sus garras.

-¡Y eso es todo lo que puede decir de usted ese miserable! ¡Molly, no se preocupe: todo el mundo sabe que Jocelyn es un villano, un farsante! De todos modos, claro está que cuando yo le oí la terrible calumnia, sentí que se me rompía el corazón de dolor y de rabia.

-Nunca me había calumniado antes, Jim. ni y algunos otros *cowboys* me habían abrazado cuando estábamos solos, siempre a traición. ¡Y usted, Jim..., usted hizo lo mismo, allá, en Flag!... ¡Debe de ser una maldición!... ¡Pero yo le juro por lo que más quiera que ningún hombre me ha besado como usted lo ha hecho..., ni yo he besado a ninguno más que a usted!

-¡Querida mía! ¡Muchacha dulce!-murmuró Jim acariciando sus manos, abrazándola con inmensa emoción por la cintura, como si fuera una hermana... Y quizás este abrazo tan tierno, tan dulce, hubiera sido la perdición de Molly para siempre... si en aquel mismo instante no hubiera oído unos pasos blandos que se acercaban por la hierba. Jim sintió estremecerse a Molly contra su pecho. Y en seguida, una sombra cruzó ante ellos, como una aparición infernal...

XVI

Jim vio nada más en el primer instante, como un relámpago, la figura gallarda y siniestra de Slinger Dunn, que llevaba un rifle en la mano. Entonces, Molly, lanzando un grito, se abalanzó aún más sobre Jim, protegiéndole con su cuerpo.

-¡Ah, de modo que estás aquí tú!-rugió Slinger, con una rabia mal contenida.

-¡Arch!-contestó a gritos Molly-. ¡Me lo encontré en el camino... desangrándose!

-¿Y a qué ni para qué tenías tú que venir aquí?...

-¡Verás..., escúchame!... ¡Yo iba ayer... a caballo... por el bosque!... De pronto oí un tiro... Y te vi a ti pasar, como loco... ¡Y entonces lo encontré mal herido!...

-¡Ah! Es que estabais citados aquí, ¿no es eso?

-¡No, no, oh, no!... ¡Por Dios, te lo juro! ¡Yo no estaba citada con él!

-¡Molly: ya hacía tiempo que tenía dudas de tu honra y de tu conducta; y ahora tengo la certeza de que no me engañaba!...

Jim intentó incorporarse un poco. Y al ver el aspecto de aquella fiera de los bosques, comprendió el terror de la dulce Molly.

-¡Dunn!-dijo entonces Traft con voz serena-. Su hermana no miente. Ella ignoraba que yo andaba por aquí, porque yo había salido del campamento para vigilar mi valla y, al encontrarla cortada ahí más arriba, iba buscando a los que realizaron la hazaña.

-¡Ya, mi hermana miente... y usted da fe de ello! ¿No es así?...

Slinger miraba ahora a Traft con una intensa curiosidad. Luego dijo:

-¿Cómo diablos está usted vivo?...

-¡Es que la bala dio en su reloj, Slinger!-explicó Molly con dulzura.

¡Ah, bueno, aquí tengo otra!-dijo entonces el bruto, con una cólera fría, echándose el rifle a la cara apuntando a la cabeza de Jim.

Pero Molly, rápida como un relámpago, cubrió al hombre amado con su cuerpo otra vez.

-¡Por Dios, por Dios santo... Slinger, no lo mates!-gritó la muchacha, loca de terror.

-¿Cómo que no?... ¡Y claro que lo mataré! ¡Y a ti también te acribillo si no te apartas!... ¡Quita de ahí!

Se acercó, con aire siniestro, y comenzó a descargar furiosos puntapiés contra la muchacha. Una de las veces, por poco pisa a Jim. Este estaba loco de rabia, de impotencia y de cólera.

¡Apártate, Molly!-ordenó entonces el pobre herido-. Si tu hermano es tan canalla que es capaz de hacerlo, te mataría a ti también. Y si quiere matarme, tú no le detendrás.

-¡Ah, vamos, va habla usted!-dijo Slinger con sarcasmo.

Molly, no solamente rehusó moverse, sino que abrazó *a* Jim, toda temblorosa, cubriéndole aún más con su pobre cuerpecillo aterido de espanto.

-¡Arch... tú no le matarás... no puedes matarle... estando así... herido... caído a tus pies... indefenso!-murmuró ahora Molly en un tono de pasión que la ahogaba-.-¡Oh, sería inhumano! ¡No sería digno de Slinger Dunn!... ¡Y si es por mi culpa, te juro que te engañas, que estás en un error... en un terrible error!... ¡Jim... nunca me ha querido mal ni me ha faltado al respeto a mí!...

-¡Molly... yo sé que te ha faltado al respeto! Y que tú misma has hecho mal. Y ahora, no sólo mientes por él, sino que quieres salvarle la vida. ¡Quítate te digo!...

-¡Oh, fiera, fiera!-rugió a su vez la hermana-. ¿Cómo vas a tener un pensamiento limpio y bueno tú, miserable?... ¡Mátame, si quieres, a mí también!...

-Quítate de ahí te digo, sinvergüenza, golfilla!... ¡No te da vergüenza, Molly! ¡Apártate te digo, o si no...!

-¿Por qué me ha de dar vergüenza?... ¡No tengo por qué avergonzarme, ¿lo oyes bien?... ¡Yo quiero a este hombre! ¿Lo sabes?... ¡Lo quiero, lo quiero buenamente, santamente, con lo mejor de mi alma!... ¿No lo estás viendo tú?...

-¡Ya, ya lo veo, no soy ciego!-dijo él con furia y sarcasmo-. Pero, basta, se acabó ya. Te juro que ahora mismo...

-¡AYYY!...

Él se había agachado, y cogiendo a su hermana rudamente por un hombro, intentó apartarla del herido; pero Molly se abrazó a Jim con todas sus fuerzas, adivinando que de su fortaleza dependía la vida del hombre adorado. Arch lanzó un juramento, cogiendo entonces a la dulce muchacha por los cabellos, y tirando. Al mismo tiempo puso un pie sobre el hombro de Jim para separar a los amantes. De repente, Molly, ligera como un gato salvaje, saltó sobre Slinger, le cogió el rifle y pugnó por arrebatárselo.

El valor de la joven, luego su tierna, y dulce y patética declaración de amor, despertó la fiera en Jim. Se incorporó un tanto, alargó un brazo y, cogiendo el rifle de su enemigo, lo

arrancó de la mano miserable de Slinger Dunn.

-¡Callen! ¡Alguien viene!-dijo en este instante el bandido, con voz ronca, al tiempo que se erguía.

Molly se libertó entonces de su garra, mientras Jim tendía el oído. Pero sólo escuchó los desordenados latidos de su corazón. Slinger había quedado ahora rígido, con la cabeza algo ladeada, semejante a una gacela en acecho, cuando oye algún ruido lejano. Debía haberse engañado. Pero de pronto, Jim vio a Molly que alargaba la diestra,-y se apoderaba del propio fusil de Slinger, echándoselo a la cara y apuntando a su hermano.

Jim vio el rostro de la muchacha, lívido como el de una muerta, con los ojos inyectados en sangre. Entonces, con gran esfuerzo, cogió el arma por el cañón y la desvió, al tiempo que decía:

-j Molly, usted no debe hacer correr la sangre de su hermano... ni siquiera para salvar mi vida!

Al oír estas palabras, la dulce muchacha soltó el arma.

Slinger Dunn parecía ahora vacilar, como una fiera cuando va a dar el salto. Ni siquiera pasó por su mente ' el que Jim pudiera hacer uso de su propia arma. Jim lo adivinó. Y pensaba a su vez que sólo en última instancia y como último recurso, se decidiría a matar al hermano de Molly.

De pronto, la maleza crujió.

-¡*Manos arriba!*-gritó una voz aguda, que hizo a Jim estremecerse hasta el fondo del alma.

Slinger estaba de espaldas. Vivamente, levantó los brazos, antes de volver la cabeza. Jim vio aparecer entre la verdura el rostro y luego el cuerpo de Curly Prentiss, que llevaba un rifle en la mano.

-¡Ven acá, Bud!-gritó Curly entonces. Y Bud apareció también, con gran crujido de ramas, asimismo llevando un rifle pronto a disparar. Pero ambos *cowboys* se detuvieron a pocos pasos del grupo, asombrados, como maravillados de lo que veían.

Jim, con una rapidez eléctrica, escondió el rifle de Slinger Dunn bajo su lecho rústico.

-¡Apártate tú, Slinger! ordenó Curly entonces.

Y Prentiss y Bud se llevaron una enorme, una espantosísima sorpresa.

-¡Dios mío!... ¿Qué es esto?-murmuró Bud, como si no pudiera creer a sus ojos-. ¿Tú ves, Curly?... ¡Aquí el amo... y Molly Dunn!

Jim se apresuró a decir entonces, en tono alegre, disimulando su turbación, dominando su debilidad creciente:

-¡Hola, muchachos!... ¡Al fin me encuentran ustedes!... ¡Gracias a Dios!... ¡*Bajen* esos rifles, caramba!...

-¿Qué ha pasado aquí?-desconfió Curly.

-¡Nada malo ni grave, hombre!-contestó el capataz en tono alegre, aunque comprendía que el cuadro desmentía sus palabras.

¿Cómo que no?-siguió diciendo Curly en el mismo tono desconfiado-. Está usted muy pálido, y tiene la camisa llena de sangre.

-¡Ya, ya! ¡Pero bajen esos rifles, hombre; usted también, Bud! ¡Me ponen nervioso!

-Bien-dijo Curly, obedeciendo, al tiempo que le imitaba Bud-; ¡pero hable usted! ¡Díganos lo que ha ocurrido!

Entonces Jim, con voz doliente, comenzó a decir de esta manera:

-¡Bien!, escuchen ustedes, los dos; ayer me encontré la valla cortada ahí arriba, y poco después descubrí huellas de los cascos de un caballo. Las seguí hasta por aquí... y, de pronto, en una revuelta del camino, alguien, yo no sé quién, me hirió de un tiro y caí del caballo, desvaneciéndome... Cuando volví en mí, Molly estaba echándome agua en el rostro. Muy felizmente para mí, Molly pasaba por aquí cerca y me descubrió. Iba a nuestro campamento... a avisarme que Jocelyn y el equipo del Cibeque pretendían secuestrarme para pedir luego un

fuerte rescate a mi tío. Molly había oído el tiro, por eso me encontró... Bueno, pero resultó que la bala había resbalado en mi reloj, y me hirió en un hombro; a eso debo la vida. Como yo no podía montar en mi caballo. Molly me vendó la herida. La muchacha quería ir a nuestro campamento, a avisarles a ustedes, pero yo me opuse, diciéndole que debía volver a su casa, pues ustedes me encontrarían. Quedamos convenidos en que, caso de que ustedes no me encontraran, Molly volvería hoy por aquí... Pues bien, Molly vino, pero parece ser que su hermano la había venido siguiendo, y nos encontró. Y... ¡bueno, la verdad: el hermano de Molly sospechaba que yo llevaba malas intenciones con la muchacha! Esto me enloqueció..., haciendo llorar a Molly... ¡Eso es todo!

-¡Slinger, tú no tienes idea buena, hombre!-protestó Curly en tono de reproche-. ¡Baja las manos, si quieres! Y me parece que ya sobras aquí; pero antes de marcharte, déjame que te diga que eres el punto negro del equipo del Cibeque. Siempre lo has sido. Pero escúchame aún: ¡mi amo, míster Jim Traft, nunca ha tenido malas intenciones con ninguna chica, y muchos menos con una muchacha tan dulce y tan hermosa como tu hermana! Te lo digo yo, ¿lo oyes bien?... -

-¡Slinger!-añadió por su cuenta Bud-. Un día te vas a encontrar la horma de tu zapato y te van a moler a palos... Y no me extrañaría que lo hiciera nuestro amo mismo, ¿lo sabes? Y déjame que te diga otra cosa, además : Curly y yo queremos a tu hermana; pero ¿éramos nosotros dignos de ella? No, la verdad, porque tu hermana se merece un hombre que valga mucho más que nosotros. Jim podría ser el hombre que ella se merece; pero ten la seguridad, Slinger, de que tu hermana y nuestro amo se quieren de un modo bueno y honrado, y tú los calumnias a los dos sospechando de Molly... Y ahora, lárgate, y en adelante procura que no te volvamos a encontrar por las cercanías de nuestra valla, ¿lo oyes?

Slinger, que había estado mirando a los dos *cowboys* mientras le hablaban, miró ahora a su hermana y luego a Jim. La muchacha jadeaba todavía, presa de intensa emoción. El joven capataz estaba serio, con una seriedad casi trágica.

Slinger Dunn entonces giró sobre sus talones y, sin murmurar una sola palabra, desapareció entre la arboleda.

¡Diablo de capataz!-murmuró al fin, al cabo de un instante de silencio, Curly, sentándose junto a Jim y pasándole amistosamente una mano por la espalda-. ¡Meterse en esta aventura!... ¡Espero que no sea nada grave!...

-¿Es muy profunda la herida?-preguntó Bud con solicitud.

-j No, no mucho, a lo que parece! Lo único que hay es que he sangrado mucho, eso sí, y tengo mucho dolor. Pero creo que, si ustedes me ayudan, podré ir en mi caballo hasta el campamento.

Hubo un silencio. Luego Curly comentó:

-¡No dirá usted que no ha tenido suerte, mi amo! Le ha salvado la vida la chica más guapa de estos contornos.

-Ahora tú, Molly-añadió Bud dirigiéndose a la muchacha-, debieras ser el ama del equipo del Diamante, en realidad, puesto que has salvado a míster Traft.

-¡Muchachos!-dijo Jim, con intención, sonriendo débilmente-. ¡Si Molly quiere tendrá un *diamante* y muchos auténticos!...

Los dos *cowboys* se miraron entre sí, y luego a los amantes, con inmenso asombro. Molly parecía aplastada, confusa.

-¡Y ahora, muchachos-añadió de pronto Jim, audazmente-, hagan el favor de ausentarse durante diez minutos. ¡Déjennos solos, se lo suplico!

Curly se levantó, desapareciendo entre la arboleda, seguido de Bud.

-¡Pero digan ustedes adiós a Molly, amigos míos!-añadió Jim levantando un tanto la voz.

Curly volvió a asomarse entonces entre la espesura y murmuró:

-¡Molly, te doy las gracias de todo corazón por lo que has hecho con nuestro amo! Jim se ha captado las simpatías de todo el equipo..., y si es verdad que te quiere de veras...,

Librodot

entonces... ¡No digo más; adiós y buena suerte!

Bud apareció también, despidiéndose de la muchacha, y afirmando que había hecho una gran acción salvándole la vida.

-¡Oh, son terribles y amables a la vez!-comentó Molly, luego que los dos *cowboys* hubieron desaparecido otra vez entre la arboleda, haciendo sonar las espuelas.

El rostro de la muchacha aparecía ahora encendido, y Jim comentó:

-¡A mí me hacen mucha gracia! ¡Llevo algún tiempo con ellos y me ha ocurrido cada trance!... ¡Aunque ninguno como éste, la verdad!

-¡Oh, esto me parece un sueño!

-¡Bien; tranquilícese usted, Molly querida. Ahora debe volver a su casa cuanto antes. Ya me arreglaré para que tenga noticias mías. Una carta... o quizá yo mismo vaya a West Fork.

-¡Oh, no, eso no!-opuso, casi a gritos, Molly-,

Usted no debe venir a mi pueblo. ¡Correría un gran peligro!

-¡No lo creo así, Molly querida!... Yo creo, más bien, que hoy hemos hecho cambiar de conducta a su hermano. Verá usted cómo se transforma. ¿No recuerda que le ha dicho que... *usted me quería?...*

-¿Y qué otra cosa podía hacer yo, pobre de mí?-gimió la dulce muchacha.

-¡Ah, por Dios, dígame usted que no le ha mentido a su hermano!

Ella bajó la cabeza, murmurando, como vencida:-¡No, Jim!

-¿Usted me quiere, dulce muchacha?-preguntó ahora el capataz, cogiéndola y atrayéndola hacia sí suavemente.

-¡Sí..., es más fuerte que yo..., pero no me lo pregunte nunca más..., nunca más!

-Bien, nunca más se lo preguntaré. Pero sostenga su palabra.

-¿Sostenerla?... ¿Y qué puedo hacer yo, pobre de mí?... Pero déjeme usted que le diga una cosa que me quema los labios: nunca podré olvidar la nobleza con que ha inventado su mentira para salvar a mi hermano... ¡Ese Curly es un hombre, un hombre de cuerpo entero! ¡Ha faltado un pelo para que matara a Slinger, y mi hermano lo sabe, porque lo ha adivinado! ¡Jim : si yo no le hubiera querido a usted antes ya, esta acción suya me habría hecho quererle!... Quizá esto sea un milagro de Dios... Porque usted me ha cambiado, ha hecho de mí otra mujer. ¿Quién sabe? ¡Tal vez hasta mi propio hermano llegue a reconocerlo algún día!

-Yo pienso lo mismo, Molly-dijo Jim vivamente

Y algún día, lo veremos los dos... Ahora, Molly, debe marcharse.

Traft la soltó, emocionado, y lleno de ternura ante la expresión de su rostro encendido ahora y lo dulce de sus palabras recientes. Pero de pronto, el joven se vio sorprendido con algo celeste e inesperado. Molly, rodeando el cuello de Jim con sus divinos brazos, se abalanzó sobre él y le besó varias veces en las mejillas, al tiempo que murmuraba en un tono de inmensísima pasión:

-¡Oh... Jim!... ¡Jim!...

Inmediatamente se levantó y desapareció entre la verde arboleda de abetos y pinos.

El joven Traft permaneció ahora inerte, echado de espaldas, agotado, y, al mismo tiempo, lleno de gozo y de alegría, ante lo que acababa de ocurrir. Tantas emociones, de todos modos, le habían vencido. Cerró los ojos. Cuando los *cowboys* volvieron, al cabo de un instante, sin duda habían visto a Molly que se alejaba, el joven capataz había caído en una especie de letargo.

-¡Pronto, vamos a ver lo que tiene!-dijo Curly, ejecutivo.

Es un instante soltaron las vendas.

-¡No parece nada grave! ¡Una *rozadura,* como decimos!... ¡Curará pronto!

-¡Parece mentira que una muchacha haya hecho esta cura tan admirable, Curly!-comentó a su vez Bud-. ¡Quién hubiera sido Jim!...

-¡Simples!-dijo ahora Jim abriendo los ojos y en tono de broma que hizo reír a los dos muchachos-. ¡Cójanme y llévenme al campamento!

Librodot

-Es que estábamos diciendo que Molly había hecho una obra admirable, mi amo.

-¡Ya, ya!... Luego, en el campamento, haremos todos los comentarios que ustedes quieran. Ahora, busquen mi caballo, que anda trabado por aquí cerca.

Los dos *boys* se alejaron, dejando a Jim sonriente y pensativo. Les estaba agradecido de veras, sobre todo al ver el contento que les producía su amor, el amor del capataz, por Molly Dunn y la conquista espiritual de la muchacha por el amo. Pero una sombra cruzó ahora por la mente del muchacho: ¿qué diría de ella su tío Jim?... Al fin decidió prudentemente no decir nada a su tío hasta que tuviera ocasión de ver a Molly vestida con el famoso traje blanco. Lo demás sería fácil. ¡Ah, la hermosa Molly!... ¡Ahora recordó Jim que ella le había rogado antes de marcharse que nunca, nunca más la volviera a importunar ni a hacerle decir que le quería!... ¡Qué alta y noble y adorable aparecía ante sus ojos la dulcísima chiquilla!

Los dos *cowboys* volvieron, llevando sus caballos de *la* brida; Curly traía también el caballo de Jim. Bud había encontrado la silla, y se acercó al lecho rústico donde yacía Jim, a coger las mantas.

-¡Venga usted, mi amo!-dijo, ayudando a Jim a levantarse.

Jim se cogió al *boy* y a una rama del abeto que le servía de lecho también, en parte, y lenta y dolorosamente se incorporó.

-Tengan-dijo-; lleven esta medicina y esta toalla. Bud se puso a tararear, en tono de broma, una cancioncilla de su país de Texas:

Cuando un muchacho se enamora de una tortolita...
debe estar todo el día a sus pies
adorándola...

Los dos *boys* le dejaron luego subir casi solo al caballo, fieles a las prácticas de esta dura escuela campesina donde el hombre había de ser de hierro siempre. Jim recordó sus antiguos estudios de Historia, aquellos espartanos heroicos y admirables, y se dijo que las madres de Bud y Curly merecían haber sido espartanas. Se acomodó en la silla lo mejor que pudo, conteniendo el intensísimo dolor de la herida.

Se pusieron en camino. Bud rompiendo la marcha. Jim en medio y Curly en la retaguardia.

De pronto, la voz de Curly-se elevó en el silencio majestuoso del bosque.

-¡Mi amo!-dijo-, ¿está usted seguro de que no ha sido Slinger el que le ha herido?

-¡Cómo!-contestó Jim en tono completamente natural-; ¡qué idea! ¿Cómo puede usted haber pensado eso, Curly?

-Lo digo-siguió diciendo ahora Prentiss cazurramente-porque cuando Slinger se marchó de ahí de la plazoleta donde estaba usted, iba escamado, como el que teme que le larguen un tiro por la espalda. ¡Y bien sabe Dios que tuve unas ganas terribles de hacerlo.

-¡Oh, habría hecho una mala acción, Curly! ¡Habría cometido usted una terrible equivocación!-contestó Jim, muy serio ahora, con honda gravedad.

La primera parte del camino fue relativamente soportable para Jim; pero cuando los caballos llegaron al puerto, el viento huracanado que reinaba siempre por allí y los vaivenes del animal le produjeron dolores espantosos. Nunca había sufrido tanto. Pero no se quejó ni una vez. Tenía que apretar los dientes para no gritar; pero comprendía que si caía de la silla, antes de llegar al campamento, hubiera sido el hazmerreír de los *boys* cuando llegaran allá. Y llegó erguido y tieso, aunque loco por el dolor oculto.

XVII

Librodot

Una semana entera necesitó Molly para empezar a reponerse de la espantosísima emoción que le produjo el trance trágico.

La suerte la había favorecido, de todos modos, haciéndole llevadera y soportable una situación que, de otro modo, habría sido sencillamente insoportable. Sus padres no llegaron a enterarse siquiera de que Molly había permanecido casi dos días justos fuera de la casa. Slinger había regresado a la cabaña antes que ella, pero no había dicho nada a su madre. A veces, desde entonces, Molly sorprendía a su hermano mirándola fijamente, cuando ella estaba distraída, pero nunca le dirigía la palabra. Lo más significativo del caso mental en que se encontraba sumido el muchacho eran las horas que pasaba sentado e inactivo. A veces iba a la huerta a trabajar, pero teniendo el cuidado de llevar siempre con él su rifle. Molly sorprendía a veces miradas furtivas de su hermano al vecino bosque, mientras descansaba, apoyado en una azada.

-¿Qué le pasa a tu hermano?-preguntó un día la madre de Molly-. Le oigo muchas noches paseándose por el porche horas enteras.

-¡Yo creo, madre, que es que está enamorado!-contestó Molly, sonriendo-. La gente, cuando se enamora, se pone muy extraña.

-¿Tú *lo sabes* por experiencia, hija mía?

Molly no contestó, limitándose a contener un suspiro muy hondo. ¡Ah, ella podía decir si estaba enamorada!... Sus días estaban ahora llenos de extraños sueños, de sensaciones inexplicables, de emociones nuevas. ¡Soñar, sufrir, volver a soñar y a sufrir o a sumirse en una negra miseria moral, sin fin y sin consuelo! Y sufría tanto, que a veces deseaba la muerte. Pensaba arrojarse al pilón rústico de la fuente del Arce, y le parecía verse flotando en la orilla o hundida bajo el agua, con el rostro muy pálido, el cabello suelto y flotante entre las ondas y los ojos muy abiertos, como si contemplara el mundo cruel que se había visto obligaba a abandonar.

El único consuelo que tenía su espíritu al imaginarse este cuadro era pensar en su hermano. Arch, cuando la encontraran muerta, sufriría el atroz remordimiento de pensar que él había sido la causa principal del desastre. Pero una sombra cruzaba entonces por su mente; era la idea de que Jim pudiera descubrir, el primero, su cadáver flotando en las aguas del manantial. ¡Ah, no!... ¡Él no había hecho otra cosa sino enamorarse de ella pura y altamente! ¡Por ella había estado a punto de perder la vida! Él la había sacado de la oscuridad. Él la había exaltado. ¡No, no! ¡Ella no podía hacerle más desgraciado de lo que ya era! ¡Era una locura pensar en el suicidio!

Apenas podía trabajar, y-esto hacía que su madre la regañara constantemente. Estaba a todas horas abatida, pensativa, triste, y buscaba los rincones, los sitios oscuros y solitarios, que parecían estar más en armonía con el estado amargo de su alma. Al oscurecer gustaba de sentarse sobre un tronco, en la plazoleta de la leñera y las cuadras, mirando volar los murciélagos y las aves nocturnas. Apenas podía dormir ninguna noche. Y pasaba horas y horas acodada a la ventana de su cuartito abuhardillado, contemplando el cielo, triste a morir, con una dulzura melancólica y dolorosa a la vez.

Al fin llegó el segundo domingo. ¿Podría ella olvidar, por todo el resto de su vida, aquel segundo día pasado con Jim en el bosque? ¿Qué iba a ser de ella?... Y así, en aquel eterno estado como de somnolencia, de aturdimiento, apenas lograba atender ni contestar. Andy Stoneham se extrañó de ello varias veces. Y ella le rogaba que la perdonase.

-¿Es que estás mala, chica?-preguntaba el muchacho, inquieto, con dulce solicitud.

Por la tarde de este día vino al pueblo, a caballo, el hijo de la señora Keech, que, con aire misterioso, se acercó a Molly y le dijo que había traído un paquete para ella, que había dejado fuera, junto a la cerca. Y sin dar más explicación se marchó tan misteriosamente como había venido.

-¡Diablo de muchacho!-murmuró Molly, entre dientes, sin poder reprimir la impaciencia que la dominaba estos días-. ¡Vaya usted a saber de qué se trata ni dónde lo ha

dejado!

De todos modos, se apresuró a salir, y buscó allá, por la cerca, entre las matas. Pronto encontró un paquete alargado, semejante a los que ella viera en los almacenes y las tiendas de Flag. Molly estaba intrigada. ¿Sería que el joven Keech se había enamorado también de ella?... Pero, ¡no! Su corazón adivinó que este paquete era el primer envío, el primer mensaje de Jim. Sin embargo, ella le rogó que la olvidara. ¡Tal vez era una broma o un simple recuerdo de amigo!

Molly esperó la ocasión para llevarse el paquete escondido a su alcobita, y, con manos temblorosas, lo abrió. En el interior había tres piquetitos y algunos libros, uno de ellos viejo y los otros nuevos. Uno de los paquetes era una caja de bombones, atada con bellos bramantes. Otro contenía el más lindo pañuelo de seda que Molly había visto en su vida; el tercero, en fin, era un lindísimo neceser de costura, con todas las cosas imaginables.

-¡Sí, esto es de Jim!-murmuró la muchacha, emocionada-. ¡Dios lo bendiga!...

En seguida buscó un papel o una carta que debía venir con los paquetes. Pero no había nada. Luego examinó los libros, conmoviéndose al leer los títulos de algunos. El libro viejo era una gramática escolar y tenía el aspecto de haber sido largamente usado y manoseado. Molly encontró en la sobrecubierta estas palabras escritas a mano: «James Traft. Wellsville. Escuela Superior. 1.° de septiembre de 1878.»

-¡Ésta es buena!-murmuró la muchacha ahora con una leve sonrisa de asombro-. ¡Me manda su gramática de hace diez años!... ¿Qué demonio habrá querido decirme con esto?...

Molly estaba estremecida, intrigada. Y de pronto, experimentó como una honda tristeza, un desmayo moral: « ¡Jim ha querido decirme con esto que yo debo estudiar para hablar correctamente! », se dijo, angustiada, y con cierto rencor leve hacia el amado. Pero la cólera y la ira no duraban mucho en el noble corazón de la muchacha.

Pensó que quizá Jim habíale enviado su gramática como recuerdo íntimo simplemente. O tal vez era, en efecto, que quería que ella estudiase. O tal vez aún era que... Pero Molly no se atrevió a completar este último y dulcísimo pensamiento.

Acarició la gramática, testimonio de su miseria moral y testigo de su angustia desde ahora, y la colocó bajo la almohada de su lecho. Luego besó el pañuelo de seda, poniéndoselo al cuello delicadamente. Y todo el resto de aquella tarde lo pasó la hermosa chiquilla sentada allí, junto a la ventana de su cuartito, devorando los-bombones al tiempo que iba leyendo los libros de maravillosas historias y novelas. A veces se detenía para preguntarse, intrigada: «Pero, ¿por qué no me habrá escrito una carta?...» Quizás es que quería que se instruyera o tal vez sus presentes eran muestras de su estimación nada más.

Durante toda la semana siguiente, Molly estudió, día tras día, hasta hacer que le dolieran los ojos. A veces volvía a pensar lo que ya había pensado tantas veces huir de esta casa, del pueblo y del mundo para siempre buscando en la muerte un dulce refugio a tanto dolor y a tanta miseria; pero luego, la razón y el juicio la hacían avergonzarse de su propósito.

¿Por qué no era su vida igual a la de las otras muchachas de West Fork?...

Al domingo siguiente, Molly esperó otra probable visita del joven Keech. Pero no vino, causando a la muchacha un doloroso desengaño. El dolor, de todos modos, la hacía reflexiva y serena. El joven Keech debía haber ido a Flagerstown... ¡todo un día para ir y otro para volver! Y como necesitaba el mismo tiempo, otros dos días para venir al Cibeque y regresar a su casa, quería decirse que aún faltaban a Molly ¡cuatro larguísimos días de espera!... ¡Qué horror!

Mientras tanto, septiembre declinaba. Las flores melancólicas del otoño habían comenzado a festonear campos y caminos. La inmensa mole del Diamante perdía sus tonos bermejos, de púrpura o de oro, para tomar un aspecto y un color de inmensa hoja muerta. El otoño llegaba la estación favorita de Molly.

Slinger continuaba en la casa de sus padres, aunque ahora ya solía bajar al pueblo. Molly descubrió pronto que bebía. Una o dos veces él le había hablado ruda y ásperamente. Luego, Slinger, en los días que siguieron, cortó el maíz de la huerta, lo almacenó en el

Librodot

granero, reparó la valla de la porqueriza, que estaba hundida y rota por varios sitios, y se dedicó, en fin, a cortar y acarrear la leña del invierno, desde el cercano bosque.

Molly admiraba la entereza de su hermano, adivinando los silenciosos sufrimientos de Slinger. No cabía duda de que el joven había estado esperando y esperaba aún la visita del *sheriff* de Flagerstown, o de los *cowboys* del equipo del Diamante. Pero nadie apareció por la casa. Y a West Fork no había llegado la pequeña noticia de que Jim Traft había sido herido por un malhechor de esos que se dedican a cortar las vallas y las cercas en despoblado. Molly pensaba que nadie sabría nunca lo ocurrido y así se lo dijo a su hermano.

En cambio, otras noticias y rumores circulaban pródigamente por el pueblo. La valla de Jim no había progresado nada desde Well Tobe. Los *boys* tenían bastante que hacer con reparar los daños que causaban cazadores furtivos y bandidos de bosques y llanuras. Pequeños rebaños circulaban sin cesar por los caminos de las cercanías del pueblo, llevados por pastores cuyos nombres nadie quería pronunciar en West Fork. El dinero corría en abundancia en casi todas las casas de la aldea. Y con la prosperidad había llegado también cierto estado de inquietud social, siendo frecuentes las riñas y aun los atracos a traición, como el que le hicieron, por ejemplo, al pobre Andy Stoneham una noche en que iba desde el pueblo a la casa de Molly.

Llegó otro domingo, y con él, luego de las larguísimas horas de espera y de ansiedad para la muchacha, vino el joven Keech, con aire más misterioso y reservado todavía que la vez anterior. Molly adivinó que le traía algo. Por cierto que la infeliz por poco se vuelve loca, teniendo que resistir una larguísima hora hablando con el joven Keech, delante de su padre inválido y de su inquisitiva madre, y a momentos también, de su hermano, como si fuera una señorita de la ciudad que entretiene amablemente a su visitante. Al fin Keech dijo que tenía que bajar a West Fork, y Molly se levantó y le acompañó hasta la puerta de la cerca. Antes, el muchacho cogió su caballo que había dejado atado en la cuadra.

-¡Ahí en el pajar he escondido algo para usted!-le dijo con una seña significativa Yo volveré a caer por aquí a mi regreso por si quiere usted mandar alguna carta.

-¿Alguna carta?-musitó Molly, muy emocionada-. ¡Bueno..., sí, tal vez!... ¿A qué hora volverá usted?-¡Oh, ya será al oscurecer, seguramente! Silbaré para avisarla.

Molly le vio marchar, camino del pueblo. Se quedaba llena de congoja. Era evidente que este muchacho la tomaba por la novia de Jim. El asunto no podría permanecer mucho tiempo oculto, aunque el joven Keech se hiciera acreedor y justificara plenamente la confianza que Jim había depositado en él. Las malas noticias tienen alas. Molly conocía muy bien a los jóvenes de su país. Y bien pronto todo el mundo sabría que ella estaba aceptando regalos del joven sobrino de Traft, el hombre más rico de la comarca. Esto sería una nueva mancha para la pobre Molly Dunn del Cibeque. Y bien sabía Dios que a ella más le importaba Jim que su propia reputación. La noticia enconaría aún más los odios contra el joven capataz. Los brutos éstos no podrían admitir nunca un noble pensamiento, un honrado propósito en Jim. ¡Ah, si ella pudiera gritarles su honradez, la nobleza del muchacho, la generosidad de su corazón incomparable!....

Molly se encaminó al pajar, encontrando en seguida el paquete. ¡Era tres veces más grande y pesado que el primero! Los dedos de Molly se quemaban cuando lo abrió. Hizo el firme propósito de dejarlo aquí escondido y volver a la casa. Pero no tuvo valor para ello. Lo que debía hacer era escribirle a Jim, diciéndole que no le enviara más regalos.

Ya en su alcobita, Molly se sentó junto a la ventana y comenzó a escribir. Las lágrimas iban cayendo sobre el papel, al mismo tiempo que las palabras. Comprendía que iba a poner en las manos de Jim una prueba irrefutable de su falta de educación y de cultura. Esto la hacía sufrir, pero no la avergonzaba; iba escribiendo como hubiera hablado. Al principio, pensó escribir poco; pero poco a poco fue comprendiendo que le era imposible. Tenía que explicar a Jim por qué ella no quería que siguiera enviando regalos y paquetes; tenía que explicarle también por qué era absolutamente necesario que la olvidara.

Y luego aún añadió más *y* más líneas, interminablemente..., no sabiendo ya lo que escribía, no atreviéndose después a leer lo que había escrito.

Al fin, aplastada por la tristeza, salió al camino, a esperar el regreso del joven Keech. Esta carta era la prueba palpable, ante sus propios ojos y ante los ojos de Jim, de que ella no estaba completamente falta de educación y de principios. Un melancólico consuelo pareció descender a su alma. Éste era el fin de su breve y triste historia de amor.

Keech vino al fin, cogiendo la carta como la cosa más natural del mundo.

-Ya volveré por aquí, Molly-dijo-. Voy a detenerme allá arriba, en el puerto del Cibeque, para despachar un asunto. ¡Bueno, hasta la vista!

Molly le vio desaparecer entre el bosque, que se tornaba cada vez más oscuro y sombrío. Y cuando quedó sola, permaneció allí, mirando la inmensa mole del Diamante envuelta en las últimas tintas del crepúsculo. Su tristeza infinita estaba ahora mezclada de una especie de orgullo sereno, por haber tenido el valor de hacer lo que había hecho.

Protegida por las sombras del crepúsculo, pudo llevar el paquete entonces hasta su casa, subiéndolo a su mísera alcobita. Encima de ésta existía una pequeña buhardilla, donde nadie andaba jamás. Sólo Arch, que era el que había hecho la casita y, por consiguiente, el techo de la pequeña morada, conocía aquel escondite. Allí pensaba guardar Molly todos estos dulces objetos de Jim.

Jadeante, se sentó junto a la ventana, teniendo entre sus manos temblorosas el precioso paquete. Fue para ella un gozo comenzar a abrirlo. La noche había cerrado casi por completo, y por la abierta ventana comenzó a colarse la brisa fresca y perfumada de la noche, que bajaba de las altas montañas. Los pinos y los abetos parecían altos y fúnebres penachos. Aquí y allá, huertas y bancales se señalaban como manchas blanquecinas sobre el fondo negro de la tierra. Una campanita de una vaca tintineaba en la dulce quietud del anochecer. A lo lejos ladraba algún perro.

Al fin, Molly encendió la lámpara, y a su débil y vacilante luz comenzó a desliar verdaderamente el paquete. Con suma precaución fue separando los paquetitos interiores, buscando una carta de Jim. Pero no venía tampoco. Molly se alegró de ello. ¡Ah, si ella leía palabras de amor, palabras de esperanza, dulces promesas, escritas por la mano de Jim, estaba perdida de un modo irremisible!... ¿O era que Jim había renunciado a escribirla, y pensaba venir a verla en cuanto estuviese restablecido? Pero su sobresalto, a este pensamiento, cesó casi de un modo instantáneo. ¡No, no! ¡Jim no vendría! ¡Tenía demasiado orgullo *y* demasiado amor propio para insistir después de una segunda negativa de Molly Dunn!

En el paquete venían más libros, y éstos de San Luis.-Con gran asombro de la muchacha, todos los paquetes llevaban el nombre de aquella lejanísima ciudad del Este. Jim había enviado a buscarlos. Las tiendas y los almacenes de Flagerstown no le parecían lo suficientemente buenos y bien surtidos para lo que ella se merecía. ¿Cómo iba ella a resistir tanto incienso, tanto obsequio, tanto halago?... Y durante más de una hora estuvo experimentando asombro tras asombro, a la vista de tanta cosa bella, maravillosa, muchas muy útiles y prácticas para la joven. Jim tenía tacto y gusto para escoger. Todo era admirable, ponderado, original. Y unas dulces palabras vinieron a los labios de la muchacha.

-¡Querido mío, muchacho dulce y bueno!-musitó.-¡Ah, si me volviera a ver... no podría ni querría separarse de mí en muchas horas!...

Al fin, rendida de tanta dulce emoción, Molly se acostó y quedó dormida.

En los días siguientes, el ánimo de la hermosa muchacha pasó por las gamas más variadas y opuestas. Tan pronto la sostenía un hondo orgullo como la aplastaba una sensación de piedad infinita por su miseria; tan pronto estaba resignada a su triste suerte como la acometían violentos ataques de rebeldía y de protesta ante lo cruel de su destino. De todos modos, tenía que trabajar, aunque lo hacía en un estado semiinonsciente.

Un sábado por la tarde, Molly fue a la aldea con su madre. Era la primera visita que hacía a West Fork desde un mes atrás. El sábado era el único día de la semana en que el pueblo se animaba. Molly experimentaba cierta repugnancia, aunque se alegraba de acudir al

Librodot

pueblo para ver si oía alguna noticia o rumor que la interesara.

Chicas y chicos con los que se iba encontrando, la saludaban como siempre y ella comprendía que ninguno sabía nada. Ella seguía siendo, ante los ojos de todos, la misma Molly Dunn del Cibeque que era desde niña. Por extraño que parezca, esto le hacía daño. ¡Ah, si estas gentes pudieran saber qué lejos estaba ya ella de esta vida y de este ambiente y de esta rusticidad aplastante de West Fork!...

El establecimiento del viejo Enoch Summers, que comprendía varias tiendas en fila, comunicando todas entre sí, estaba situado en la calle principal de West Fork, y muy cerca del *Saloon* o *Hall de Mace,* un sitio este último de dudoso carácter, contra el que protestaba Summers, aunque decía la gente que tenía parte en él. Tarimas de madera, a medio metro del suelo, se extendían ante algunas casas próximas y ante el mismo almacén de Enoch, que era el centro de los negocios de la ciudad. Numerosas sillas de montar y galeras llenaban la amplia calle, testimoniando el gran número de forasteros que había a la sazón en el pueblo.

Molly se alegró ahora de haber venido con su madre, de la que se decía experimentaba ciertos celos ante tanto admirador de su hija. Las dos mujeres fueron al fin al almacén de Enoch Summers, donde Molly atraía las miradas de todos los hombres jóvenes y viejos. Era la hora del auge de los negocios en la aldea. La señora Dunn y su hija tuvieron que esperar su turno y cuando la madre de Molly se tropezó con las comadres más acreditadas del lugarote, que la arrebataron ávidamente, hablando todas a la vez, Molly salió de esta parte de la tienda, pasando a la contigua, que estaba menos concurrida, y acercándose a la puerta de la calle. Por las puertas cercanas se veían grupos de hombres, negociantes, dependientes, *cowboys.* Un joven acababa de apearse de un caballo frente a ella. Y cuando Molly reconoció a Jim Traft, faltó poco para que la pobre muchacha se viniera al suelo. Las conversaciones y el rumor de la colmena del almacén cesaron casi instantáneamente. Jim subió los dos o tres escalones del porche del almacén y penetró en éste.

-¡Buenas tardes, señores!-dijo fríamente con aquella su voz tan varonil-. Yo soy Jim Traft y vengo buscando a Slinger Dunn.

Molly tuvo que morderse la lengua para no lanzar un grito. Su impulso siguiente fue correr hacia Jim. Pero en seguida comprendió que hubiera sido una locura. Contempló con los ojos muy abiertos al hombre querido, que no podía verla a ella. Jim vestía un traje de pana de campo, altas botas de montar y una camisa oscura y abierta. Era evidente que no llevaba arma alguna. Esto calmó un tanto el inmenso terror de Molly. Jim no tenía el aspecto nervioso o extraño de un hombre que llegara en son de guerra, y era evidente que Slinger tampoco podía matar a tiros a un hombre aquí, delante de esta multitud, por mucho que le provocara no importa quién fuese.

-¡Ah, muy bien, míster Traft!-dijo al fin alguien-. Usted podrá encontrar a Slinger Dunn ahí al lado, en el *Saloon de Mace.*

-¡Gracias!-repuso Jim, sonriendo un instante. Y en seguida, sacando de su bolsillo un dólar, lo puso en la mano de un chicuelo, diciéndole-: ¡Oye, chico, ve y dile a Slinger Dunn que si no tiene miedo, que venga, que Jim Traft le llama!

En seguida salió Jim al porche, adonde le siguieron curiosamente varios grupos. El muchacho había salido corriendo. Jim aparecía sereno, aunque algo pálido. Era evidente que tenía algún grave motivo para venir a buscar a Slinger Dunn en su propia guarida. Molly se sentía desfallecer por momentos. No hubiera podido moverse, pues estaba como clavada en el suelo. El mensaje de Traft había originado murmullos entre la gente.

-¡Ya viene Slinger!-dijo una voz.

Molly se movió un poco para ver mejor, porque los grupos comenzaban a tapar puertas y ventanas. Ahora todo el mundo se precipitaba a la calle.

Molly sintió de pronto un frío glacial, y en seguida una oleada de fuego en el rostro. Acababa de oír los pasos inconfundibles de su hermano, que llegaba calzando sus largas espuelas. Lo oyó antes de verlo. Al fin apareció ante su vista, y Molly lo vio subir las escaleras del porche y acercarse a Jim.

-¿Ha enviado usted a este chico a buscarme, diciéndome que saliera si no tenía miedo?

-¡Hola, Slinger! ¡En efecto! ¡Le he mandado a que le llamara!-repuso Jim, mirando a su enemigo duramente. Luego, arrojando la colilla del cigarro que llevaba, se afirmó los guantes que llevaba puestos.

-¡Pues tiene usted que tener cuidado de no volver a llamarme de esa manera!

-No se ofenda, Slinger. Yo necesitaba que saliera.-¿Y para qué me necesita usted?

-Para varias cosas, Slinger; y por esto me alegro de que estén aquí presentes estos amigos y paisanos suyos-contestó Traft.

Un grupo que aumentaba por momentos comenzaba a rodear a los dos enemigos.

-Bueno, ¿qué es lo que usted quiere?-preguntó ahora Dunn con un tono mezcla de cólera y de curiosidad.

-Pues verá usted: ante todo, decirle que siento que los muchachos de mi equipo hayan sospechado que era usted quien cortaba mi valla. Hemos descubierto quién es el culpable, *y* aunque nosotros nunca dijimos que era usted, creo que le debemos una satisfacción, y yo vengo a dársela. ¿Oye usted?... Yo, en nombre propio y de mis hombres, le doy a usted esta explicación y le pido perdón en público. ¿Estamos?

-Bueno, no es necesario que nadie me dé a mí explicaciones ni me pida perdón en público-contestó Slinger con una sonrisa cínica-. Además, que yo no he sido quien ha cortado su valla.

-Bien, esto queda sentado. Y ahora fíjese en esto otro se dice por ahí no sé qué acerca de su hermana y de mí. Usted se cree algunas de las cosas que circulan. Dígame : ¿le dijo usted a Hack Jocelyn y a Seth Haverly que usted, no solamente había oído decir que yo había faltado al respeto a su hermana, sino que estaba perfectamente convencido de que era cierto?

-Sí, míster Traft, sí que lo dije-contestó Slinger vivamente.

-¡Gracias!-siguió Jim levantando cada vez más la voz Bueno, pues ahora escuche eso : está usted en un completo error. Yo me enamoré de Molly con demasiada rapidez, lo reconozco; y le pregunté, *por dos veces,* si quería casarse conmigo... ¿Era esto un insulto?... Y se lo volveré a preguntar. ¿Será eso insultarla?...

-¡Oh, según!

-Yo..., es verdad que la abracé *antes* de preguntarle si me quería y se casaría conmigo; pero no la insulté ni le falté al respeto en ningún momento. ¡Yo estaba loco en aquellos instantes, y no supe lo que me hacía!... ¿Podría alguien sostener que yo insulté a su hermana, si, inmediatamente, le propuse casarme con ella?... ¡Conteste usted!

-No, no se podría sostener por nadie.

-Gracias de nuevo... Bien, Molly me rechazó. Y una de las razones que me dio para ello fue decirme que era la hermana de Slinger Dunn.

Molly vio a Slinger vacilar y turbarse a tal punto, que sintió lástima.

-¡Bueno, pues escuche usted esto aún!-continuó Jim Traft, con acento en la voz ahora francamente agudo y como agresivo-. ¡Va a oír verdades! ¡Si usted fuera remotamente el hombre que usted mismo se piensa que es, ahora mismo se quitaría esa vida de gandul y de haragán, de borracho *y* de trotamundos que lleva usted, por respeto y consideración a su hermana! ¡Ella es una muchacha buena y noble, buena como el pan, y usted ha llenado de tristeza y de horror, de angustia y de vergüenza su pobre corazón! ¡Ella merece otra suerte que la de verse desgraciada y degradada y avergonzada por un hermano como usted, que es un perdido, un vago, un canalla y un vagabundo!... Pero usted es incapaz de comprender lo que vale y se merece su hermana. Y todo eso que piensa y dice de su hermana... ¡bueno, eso no lo dice ni lo piensa más que un granuja, un miserable, un hombre sucio y vil como usted! ¡Porque usted es un perro, es peor que un perro tiñoso! *¡Es* un farsante, un ladrón y un criminal, un matón del Cibeque! ¡Usted es un miserable, un hombre vil, un traidor y un bandido! ¡Y ahora, para que sepa quién soy yo, le añadiré que no llevo encima arma alguna, pero si usted no es, además de todo lo que he dicho, un cobarde... ¿lo oye usted bien?... *¡un*

Librodot

cobarde!, se quitará esa canana llena de municiones y ese revólver que lleva al cinto, y luchará conmigo mano a mano! ¡Que yo le juro que si no sé darle su merecido con mis puños, le pediré un revólver a cualquiera de estos señores, y nos mataremos a tiros, puesto que ésa es su manera de combatir!

Sin la más ligera vacilación, Slinger, que había escuchado las terribles palabras de Jim Traft conteniendo su ira a duras penas, se soltó el cinturón y se lo quitó, entregándoselo a un hombre del corro, que había ido aumentando también por instantes. Luego tiró su sombrero mostrando una faz verdosa y lívida. Hizo un gesto de furia suprema, mascullando entre dientes algunas palabras ininteligibles. Y al fin, dio un salto sobre Jim, con el aspecto de una pantera furiosa.

Molly vio a Jim moverse con tal rapidez y agilidad, y extender el brazo derecho con tal fuerza, que, unida a la de Slinger, hizo a éste recibir un golpe espantoso. Del choque, que resonó como un tambor, Slinger Dunn fue rodando por el suelo, pero se levantó con una agilidad de tigre, espantando, de paso, a varios caballos, que se encabritaron, *y* pugnaban por arrancar las anillas donde estaban sujetos. El público se enardecía. Se había reunido tal multitud, que le taparon la vista a Molly, la cual salió también a la calle. Comprendía que aunque Jim era fuerte, iba a ser vencido en una lucha con Slinger.

Había comenzado la lucha, y Jim hacía retroceder a su enemigo, asestándole terribles golpes, que hacían resonar el cuerpo de Slinger como un odre vacío. Así le llevó hacia la pared del *Saloon de Mace*. La gente gritaba o jaleaba a los contendientes. Slinger tenía fama de ser capaz de vencer a no importa quién, pues poseía la agilidad, la fuerza y la astucia de un gato salvaje. Pero ahora se le veía tardo, lento y vacilante en el ataque. Un golpe de Jim le hizo caer nuevamente, a plomo, de un modo ridículo. La gente, enardecida por la lucha, acogió esto con grandes gritos.

Slinger se levantó rápidamente, pero otro golpe de su adversario le hizo rodar nuevamente por el polvo. Iba a quedar como una masa inerte, aporreado y maltrecho. El público estaba asombradísimo.

Slinger, furioso, quiso ahora levantarse de nuevo, caer sobre Jim, abrazarse a él y derribarle. Pero Jim era el más fuerte y el más hábil, y girando rapidísimamente sobre sí, lanzó por tercera o cuarta vez a su adversario a tierra, haciéndole caer ahora como una rana.

Se hizo un silencio solemne. Todo el mundo se hacía la misma pregunta: ¿era posible que aquel forastero venciera a este terrible y feroz Slinger Dunn?

-¡Arriba, hombre, arriba!... ¡Arriba y a pelear, indio!-dijo ahora Jim entre sus dientes apretados.

Slinger parecía, en efecto, un indio, y tenía la agilidad y la viveza de los indios. Pero ahora estaba ya cubierto de sangre y de polvo. Al oír las palabras de su enemigo, lanzó un grito agudo. Se agachó, adelantando así hacia Jim, que se puso en guardia para luchar por bajo. De pronto, en un terrible impulso de ballesta cayó sobre Traft, intentando propinarle un espantoso cabezazo; pero Jim, que estaba en guardia y esperaba la acometida, le lanzó un golpe tremendo en plena frente, haciéndole caer de espaldas; al levantarse y acometer de nuevo a Jim, éste le lanzó un directo a la cara, que hizo blanco en las narices y le derribó por sexta o séptima vez.

Un chorro doble de sangre había brotado del rostro de Slinger, que esta vez quedó en tierra, poco menos que inmóvil. Al fin comenzó a levantarse, lentamente, prudentemente, casi cerciorado de su derrota. La sangre le corría por la nariz, por los labios, por la barbilla. Slinger volvía a la lucha, pero con otra táctica distinta ahora estaba a la defensiva. Y luchaba mejor, porque alcanzaba a dar a Jim algún que otro golpe. Los espectadores le comenzaron a dar consejos, deseosos de verle triunfar sobre aquel odioso enemigo. Molly, en un acceso de salvaje alegría, saltaba y brincaba, al ver la valentía y el poder de Jim, y no habría podido jurar que no gritara también.

De nuevo Slinger rodó por el polvo, esta vez a impulsos de otro terrible puñetazo de su

Librodot

adversario, en un hombro. Dunn quedó en tierra, y Molly oyó a un jovencillo que estaba a su lado decir a otro:

-¡Verás como ahora Slinger hace la prueba de las espuelas!

-¿Qué es eso?-preguntó el otro.

-Ya lo verás. Es una lucha con los pies, de lo más curioso.

Molly había oído hablar de este género de lucha, y tenía mucha curiosidad por verla. Su hermano no se daba por vencido, pero permanecía ahora echado en tierra; al fin se levantó, comenzando a acercarse cautamente a su enemigo; éste, sospechando alguna treta perversa de adversario, estaba en guardia. De repente Slinger, cuando ya llegaba junto a Jim, que alargaba ambos puños, se echó al suelo, de espaldas, con increíble rapidez, y levantó los pies hasta la altura del pecho de Traft. Como éste estaba ahora muy cerca de la pared, no podía moverse, y la multitud, embrutecida y enardecida, gritó:

-¡Slinger lucha con las espuelas, lucha con las espuelas!

Slinger, en efecto, había comenzado a dar puntapiés a su enemigo, tan feroces y rápidos, que Jim retrocedió más y más. Esquivaba como podía los golpes, las *coces*, para hablar con claridad, que le largaba su traidor enemigo. El propósito de éste era claro, y Jim lo había comprendido en seguida; quería herirle con las espuelas, acribillarle, acogotarle allí, contra el muro. Esquivó ahora una terrible coz, que dejó una honda huella de la espuela en la pared; otra le alcanzó en un brazo, rasgando su camisa, desde la muñeca hasta el hombro. Molly vio casi en seguida una larga línea de sangre en el brazo del amado. Y de pronto, una de las espuelas de Slinger alcanzó en el rostro a Jim, hiriéndolo. Molly gritó con todas sus fuerzas a su hermano, pero sus gritos se perdían entre el tumulto de la multitud enardecida. La joven pensó que si Slinger no mataba al amado, le iba a desfigurar para toda la vida. Entonces, loca de angustia, salió del sitio en que estaba, y comenzó a gritar y a saltar, corriendo luego alrededor del triple círculo de espectadores. De repente, un grito más agudo y terrible de la multitud la hizo estremecer hasta el fondo del corazón con un horrendo presentimiento. ¿Qué había pasado?... Y se precipitó a mirar al improvisado *ring*.

Jim estaba inclinado sobre Slinger, y le sujetaba ambos pies con toda su fuerza. Las espuelas se agitaban ahora un poco, pero ya no podían causar daño a Traft. Éste, haciendo un esfuerzo de gigante, levantó al fin a su enemigo en vilo y lo lanzó al otro extremo de la calle, como un saco repleto. Slinger cayó a tierra con un ruido siniestro de odre vacío. Jim dio un salto, llegó junto al otro, y le puso un pie encima de un hombro, dispuesto a golpearle de nuevo. A un movimiento de Slinger, Jim perdió el equilibrio y cayó al suelo, pero se levantó rapidísimamente. Entonces, ciego de ira, dispuesto a matar o a morir, se abalanzó sobre Dunn, que pugnaba por levantarse, lo cogió ferozmente por el cuello, lo llevó junto a la pared, apretó, apretó sus manos de hierro sobre la garganta de su enemigo, que, con los ojos casi fuera de las órbitas, colgante la lengua de su boca ensangrentada, lanzaba débiles chillidos de animal degollado. Por último, le golpeó varias veces la cabeza contra el muro, que sonaba como un tambor mojado, y acabó lanzándolo al suelo, como una cosa inerte. Esta vez Slinger quedó inmóvil, como muerto.

La multitud había enmudecido, presa de terror y sorpresa al mismo tiempo. Molly tuvo la suficiente fuerza todavía para esconderse detrás de varios espectadores. Jim contempló largo rato a su enemigo, caído e inerte, vencido a sus pies; luego se limpió con un pañuelo la sangre, el sudor y el polvo que cubrían su rostro, y al fin, volviéndose a todos lados (dejando a Molly ver su cara pálida), dijo, jadeando:

-¡Señores: yo he venido aquí..., en primer lugar para pegarle y demostrarle que le puedo y soy más fuerte que él..., y además, para ofrecerle un trabajo!... Sé que no se lo merece, desde luego... Pero se lo ofrezco, de todos modos... ¡Díganle ustedes, cuando vuelva en sí..., que si se encuentra con fuerza y con honradez suficiente... hay una plaza en el equipo del Diamante... para él!

Cuando Jim partió, la multitud se dispersó poco a poco, haciendo comentarios. Molly se deslizó hasta el porche del almacén; *y* luego, sin acordarse siquiera de su madre, huyó, calle

Librodot

arriba, llorando amargamente, en dirección a su casa.

XVIII

Al llegar a su casa, Molly se refugió en su rústica y mísera alcobita, donde pudo dar rienda suelta a su llanto. El mundo del Cibeque había terminado para ella desde hoy. Se habían peleado por ella, en público, su hermano y Jim Traft, y éste había proclamado a voz en cuello y ante todo el mundo su amor santo por ella, luego de dejar a Slinger medio muerto y fuera de combate. Jim había blasonado en público del increíble hecho de que ella, Molly Dunn, había rehusado por dos veces casarse con él, y anunció que estaba dispuesto a proponérselo por tercera vez. El capataz había insultado a su hermano, con todos los nombres bajos y viles que se pueden aplicar a un hombre, y luego, volviéndose a la multitud, asombrada de su fuerza y su audacia, les había dicho que le reservaba una plaza en su equipo del Diamante, si Slinger se sentía con fuerzas y con la suficiente honradez para aceptarla.

Ninguna de las historias o las novelas que Jim le había enviado podrían compararse a la realidad que ella había vivido aquí en West Fork esta tarde. ¡Parecía un sueño! Jim Traft había hecho algo maravilloso. Era un valiente. Su alma grande y hermosa no podía ser comprendida, desde luego, en este país de brutos, pero su habilidad y su fuerza para vencer al *tigre del Cibeque* y luego ofrecerle, generosamente, un puesto en el equipo, era un rasgo que todo el mundo acabaría por apreciar.

A los ojos de Molly, Jim era invencible. ¡Ah! , si lo volvía a ver, si venía de nuevo hacia ella, ella caería a sus pies...

El retorno de su madre le avisó de que se acercaba tal vez otra hora de prueba. Procuró reaccionar contra su debilidad.

-¿Estás ahí, Molly?-le oyó llamar.

-Sí, madre.

-¡Baja en seguida!

Molly bajó inmediatamente, encontrando a su madre en jarras, al pie de la escalera, mirándola con una expresión que daba miedo.

-¡Oye, tú!-empezó diciendo del peor talante-. ¿Por qué te has venido a casa sola?

-Porque había una pelea, y... yo tenía miedo.

No había por qué tener miedo desde el momento en que estaba en juego tu honor... Molly..., ¿tú has oído lo que ha dicho el joven Traft ante la gente?

Sí, mamá. Yo estaba allí.

-¿Y... es verdad eso?... ¿Él *te preguntó a ti* si tú querías casarte con él?...

Molly asintió tristemente en silencio.

-¡Qué escándalo!... ¿Tú sabes?... Se forman corrillos en el pueblo, para comentarlo, y no se oye hablar de otra cosa... A mí me lo han dicho muchísimas amigas, pero no quería creerlo. Por eso he venido volando, para que tú me digas la verdad.

-¡Pues sí, madre!-dijo ahora Molly sin levantar los ojos del suelo-. ¡Es una amarga verdad!

-¿Amarga, dices?... ¿Pero estás loca?... A mí me parece muy dulce, hija mía... ¿Es posible que tú le hayas dicho que *no* al joven Traft?

-¡Y claro que le dije que no, madre!

-¡Pero..., muchacha, tú estás enamorada de él!... Eso es lo que tenías desde que viniste de Flag... Todo el que te veía comprendía que estabas enamorada. ¿No es verdad?

-¡Madre, yo estoy enferma desde entonces!-¿Entonces, por qué no lo aceptas, mujer de Dios?...-¡Porque yo soy Molly Dunn, del Cibeque!

Entonces, la tormenta que Molly esperaba descargó sobre ella, por una causa diametralmente opuesta a la que ella se imaginó en un principio. Su madre estaba harta de

decirle que era la nieta de Rosa Hillyard, de Virginia, y ahora añadió que por sus venas corría sangre más azul que toda la que podía correr por las de los Traft habidos y por haber.

-¿No te aconsejaba yo siempre que no les hicieras caso a los brutos estos, los *cowboys* del pueblo?... ¿No te decía yo que tú eres diferente de ellos?... Nosotros somos pobres, pero honrados, digan lo que quieran nuestros enemigos... Y tú te ves hoy cortejada por un muchacho joven, guapo, elegante, rico. Debe de estar loco por ti, para atreverse a decirlo a gritos, en plena calle... Ha faltado poco para que mate a tu hermano, y la gente decía que hubiera hecho una buena cosa... Se ha captado las simpatías de todo el mundo... y ese chico irá lejos, muy lejos aquí en el país. Tiene grandes condiciones, *y* además, es sobrino, me han dicho, del viejo míster Jim Traft, que tiene ranchos en todos los alrededores y más de ocho mil cabezas de ganado... ¡Tú no puedes negarte a casarte con él!... ¡Hija mía, piensa que eso sería nuestra salvación!...

Molly había escuchado en silencio, y se asombró ante las palabras de su madre. Por suerte se oyeron voces de varios hombres, que traían a Slinger herido, y esto cambió la violenta situación de las dos mujeres.

Arch constituía un espectáculo digno de verse. Venía andando por su pie, pero lo sostenían entre cuatro. La madre y la hermana guardaron silencio, aterradas, no atreviéndose apenas a mirarlo. Slinger se arrastró materialmente por el porche, ayudado por los amigos, y luego se dejó caer en su cama, que estaba allí mismo.

-Arch..., ¿puedo yo hacer algo por ti?-preguntó Molly cruzando las manos.

-Justo es que lo hagas, en vista de que yo no puedo valerme-contestó el hermano.

Molly corrió entonces a traer una palangana con agua, jabón, vendas y una caja de pomada para las heridas. Comprendía que ahora, a causa de este incidente, se jugaba el afecto o el odio de su hermano. Le quitó las espuelas, estremeciéndose al ver una de ellas llena de sangre. Arch había llevado su merecido. Parecía un *Ecce Homo.* Pero lo que angustiaba a Molly en estos momentos, no era solamente el estado de su hermano, sino el pensamiento de que Arch mataría a Jim probablemente. Se puso a rezar en voz baja, mientras le descalzaba humildemente. Luego le quitó la camisa, llena de sangre y de polvo, rota por mil sitios. Todo él parecía un guiñapo, empapado en sangre, lleno de polvo y de sudor.

Molly estaba pálida, casi lívida. Y el herido, sin duda tocado de súbita ternura, murmuró:

-¡Gracias, Molly! ¿Estabas en el pueblo cuando sopló el ciclón?

-Sí, Arch-dijo la hermana sonriendo un segundo muy levemente-. Estaba allí... ¡y lo he visto todo!

Se extrañó de poder hablar, y siguió rezando en silencio, pidiéndole a Dios que enmendara a su descarriado hermano.

-¿Tú viste cómo me pegó?

Ella asintió en silencio.

-j Dios mío! ¿Quién me lo hubiera dicho?... ¡Un diablo de forastero, uno del Missouri!... Pero, Molly, es que ese chico es muy fuerte. Nunca me han golpeado así, en toda mi vida. ¡Y mira si yo me he peleado veces!...

-Arch, tú también le tienes que haber hecho a él mucho daño, porque iba cubierto de sangre como tú.

-Sí, claro. ¡Lo debía haber hecho pedazos, pues me puse loco!... Lo que más siento es los insultos que me ha dirigido delante de la gente...

-Y tú has hecho muy mal en hacer aquello de las espuelas.

-¡Oh, en el amor y en la guerra, todo está permitido, va lo dice el dicho! Además, se merece eso y mucho más. Es un mal tipo... Ya se lo he dicho a éstos... Pero, bueno, ya lo arreglaré yo de otra manera.

-Arch..., ¿es que vas a volver a ver a Jim... y a desafiarlo?

-Eso parece lo natural, ¿no es así?

-Para las gentes del Cibeque, sí. Pero tú no debes desafiarlo. Porque si volvéis a luchar,

Librodot

tú lo matarás.

-¡Oh, no sé! ¡Míster Jim Traft es un hombre extraordinario!

-¡Arch..., no os peleéis más!... ¡Yo voy a *rezar* ahora!

-¿A rezar?... ¿Por qué?

-Para que Dios te abra los ojos, hijo mío:

-¿Más todavía, mujer?

-Yo quiero decir los ojos del espíritu, Arch.

-¡Ya!... Pero dime, Molly, ¿te dijo Traft que quería casarse contigo?

Solemnemente, Molly asintió en silencio.

-¡Yo no lo veo claro, Molly! Dime la verdad, ¿no me engañas?

-Arch, te juro que me lo dijo. Por eso tengo tanta fe en él.

-Si es así..., la verdad, un hombre no puede hacer más... Y... ¿es verdad que tú no has querido aceptarlo porque eres mi hermana?

-Ésa era una de las razones-admitió Molly.

-¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

-¡Oh, porque tú tienes una reputación que toda la gente civilizada califica de terrible!

-Molly, yo con mi fama, y él con la suya..., ya has visto. Y el día aquel que tú sabes..., cuando yo le largué el tiro... él pudo haberme matado a mí también, con toda su bondad. Él llevaba otro rifle.

-Te equivocas, Arch. Sí, llevaba un rifle, pero él no te quiso matar, lo primero, y, además, cuando tú lo encontraste se asustó tanto que se olvidó de que llevaba un arma.

-¿Asustarse ese hombre?... ¡Caramba! ¡Nadie lo diría! ¡Lo que es hoy no estaba asustado, a fe mía. Pero bueno, te digo que si entonces no, yo buscaré la ocasión para ajustar cuentas con él.

-Entonces hubiera sido un verdadero asesinato, Slinger.

Pues te juro que lo mataré..., a menos que se case contigo.

-¡Arch!-exclamó vivísimamente Molly, abriendo mucho los ojos y cruzando las manos, como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de oír.

Molly, que conocía a su hermano, sabía muy bien que cumpliría su terrible promesa. Así es que dijo:

-¡Bien, Arch..., te cojo la palabra!, ¿lo sabes?... ¡Yo me casaré con Jim... si él me solicita de nuevo, claro está!

-¡Oh, no pases pena, Molly! Ese hombre volverá a verte, vendrá hoy mismo. Sé que se va a quedar en West Fork toda la tarde... y vendrá a verte. Ahora, lo que sí te digo también es que vendrá ya tarde, oscurecido..., para que no le veas su cara bonita rota.

Molly se estremeció. Se encontraba al borde de un precipicio, al que tenía que arrojarse de cabeza. Le daba miedo. Era mejor cerrar los ojos y encomendarse a Dios.

-¿Le heriste mucho, tú, con las espuelas?

-No. Unos cuantos arañazos... Debí haberlo matado... Pero, en fin... Anda, tráeme algo de beber, que estoy abrasado.

Cuando le hubo dado de beber a su hermano, Molly pudo deslizarse furtivamente hasta su humilde alcobita. Slinger le había prometido que no mataría a Jim, pero ¡a qué precio!... ¡Qué terrible carga había echado ella sobre sus hombros! .. Porque ahora comprendía que la vida del hombre amado dependía de ella, estaba en sus manos!... El caso era que si a Jim no se le ocurría venir a solicitarla de nuevo, y pronto, no viviría el infeliz mucho tiempo. Slinger le mataría, porque no era hombre que dejara sus promesas sin cumplir. La perspectiva de su dilema la deslumbraba y la aterraba al mismo tiempo una de dos, o se casaba con Traft, o lo mataban. ¡Ah, si Jim hubiera querido resignarse a vivir con ella en una cabaña hecha de troncos, como ésta!... ¡Si él hubiera dejado que ella trabajara para él! Pero él, luego de casados, se la llevaría del Cibeque, ¡de estos bosques tan queridos, de esta fuente del Arce, donde ella había soñado tanto!..., y le haría llevar medias y vestidos bonitos, la haría vivir en una casa magnífica de los alrededores de Flag, una verdadera casa solariega, donde vendrían

Librodot

sus amigos y sus parientes..., ¡aquel severo tío, tan serio y antipático..., su madre! ¡Ah, no!... A esta idea, la muchacha se sentía aplastada. No podría aceptarlo. Y, sin embargo, era absolutamente preciso que ella lo salvara, que se ingeniara para salvarlo... Al fin se echó en el lecho, rota, vencida, con una sensación de desgarramiento en su pecho. Y allí estuvo inerte, muchas horas insensible, como hueca, sin darse cuenta de que el tiempo corría.

Luego bajó, haciendo un gran esfuerzo para disponer la comida, *y* le llevó la cena a su hermano. Slinger no quiso comer. Ella se sentó a la mesa, por acompañar a su madre, para evitar disgustos, aunque tampoco probó bocado.

Al oscurecer, salió a la huerta, empujada por una fuerza irresistible. Pensaba que su madre y su hermano estaban locos. ¿Cómo iba a volver Jim a ella, después de lo ocurrido? Molly lo ansiaba con todas sus fuerzas, y, al mismo tiempo, estaba rezando a media voz, para que no volviera.

Los murciélagos trazaban círculos sobre su cabeza, en el aire fresco de la noche. La mole del Diamante se erguía, negra y enorme, al fondo del paisaje. De los bosques vecinos llegaba el perfume dulce y penetrante de los pinos. Las voces nocturnas pasaban de vez en vez, lanzando sonidos agoreros.

De pronto, Molly se detuvo en seco, como electrizada. Había sonado un agudo silbido a lo lejos. Muchas veces, a estas horas, Molly había oído silbidos de los muchachos, que tenían esta costumbre en el pueblo para llamar a la novia. Pero jamás ningún silbido le había causado a ella esta emoción, esta ansiedad parecía como si le hubiera prestado alas... Y se encontró corriendo como una loca, a lo largo de la senda, en dirección al camino.

Una forma oscura se erguía junto a la puerta de la cerca. Molly se acercó, toda estremecida. ¡Ah, por Dios!... ¡Jim!... ¡Sí, Jim, Jim! ¡Él era!... Ella abrió la puerta, hecha de tablones y de espinos, y alargó una mano al adorado, mientras con la otra se contenía el corazón, que pugnaba por estallar dentro de su pecho.

El muchacho habló, habló, apasionadamente, pero ella no entendía sus palabras... De pronto él la cogió ambas manos con pasión; luego apartó uno de los dedos de la izquierda, y puso algo en él, delicadamente. ¡Era un anillo!...

Pero en aquel instante ocurrió algo terrible, enorme a espaldas de Jim, saliendo de la oscuridad, una voz ronca y fuerte había pronunciado estas palabras:

-¡Manos arriba, Jim!... ¡Y pronto!...

Dos formas oscuras surgieron de la maleza cercana, casi sin ruido. Uno de los bandidos apoyó un revólver en la espalda de Jim. ¡Seth Haverly!... Aquél tuvo que levantar las manos. Molly reconoció también a Sam Haverly. Un tercer personaje surgió ahora de entre la arboleda, cogiendo a Molly por un brazo fuertemente, al tiempo que decía:

-Molly, si gritas lo matarán, ¡oyes bien?

Molly estuvo a punto de venirse al suelo. ¡Había reconocido a Hack Jocelyn!

-¡Bueno, míster Traft, media vuelta y en marcha!-ordenó entonces Seth Haverly.

-Pero... ¿qué es esto?... ¡Esto es un asalto en toda regla!...-dijo Jim con voz ronca.

-¡Calle usted... si no quiere que le peguemos un tiro!-interrumpió Seth en voz baja.

-¡Bueno, chicos, yo me llevaré a la muchacha!-añadió por su cuenta Jocelyn, sin soltar a Molly.

Haverly hizo un gesto de rabia, al tiempo que acariciaba la culata de su revólver, y protestó.

-¡No seas bruto, Jocelyn! ¡Ya te he dicho antes que soy yo el que manda aquí!... Tú quédate donde estás, con la chica, hasta que nosotros nos larguemos con los caballos.

-Pero, Seth..., yo necesito a la muchacha, porque la quiero-insistió Jocelyn tercamente-. Es una de mis recompensas en este asunto del secuestro de Traft.

-¡Mira, Jocelyn!...-rugió Haverly, aunque sin levantar la voz-. Ya tenemos bastante con ese lío... No quieras tú meternos en otro con Slinger Dunn... Quédate aquí con la muchacha, que no nos hace maldita la falta, ¡y no seas necio! ¡Nosotros nos largamos!

Los Haverly empujaron entonces a Jim, y los tres se pusieron en marcha, hundiéndose

Librodot

en la negrura del bosque. Molly oyó el relincho de un caballo a lo lejos. Jocelyn se inclinó sobre la muchacha, diciendo entre dientes:

-¡Molly, te vas a venir conmigo por las buenas o por las malas!... ¡Y si dices pío... esos matarán a Traft!-Pero... ¿adónde se lo llevan?

-Allá, al Diamante... Más lejos aún. Ésa no era mi idea. Ellos no conocen a Curly Prentiss. Pero se han empeñado y se llevan a Jim no sé adónde, lejos..., para pedir un rescate por él a su tío. Sin embargo, cuando el viejo suelte la *mosca*, lo matarán, al sobrino, quiero decir. Dicen que lo van a colgar de un poste de su famosa cerca. Ése es el plan de ellos. Y la única probabilidad de salvarle la vida a Jim, ¿sabes?... está en tus manos.

-¿Cómo?-inquirió Molly ahogándose de ansiedad.-Sí, está en tus manos. ¡Viniéndote conmigo!

-¿Y quién salvaría a Jim, Jocelyn?

-Yo mismo, mujer. Yo engañaría a los Haverly, y lo pondría en libertad; y si era necesario emplear la fuerza, también lo haría.

-¿Me lo juras por Dios?-preguntó Molly apasionadamente.

-¡Sí, por Dios te lo juro!

-¡Mira que... Slinger te mataría, Jocelyn! Ya conoces a mi hermano. Te lo advierto lealmente.

-¡Oh, tu hermano, tu hermano!... Yo ya lo conozco también... Además, ahora está lisiado y no podrá moverse en mucho tiempo... Por lo demás, este asunto estará resuelto bien pronto. Mira, en cuanto los Haverly me den mi parte en lo del rescate de Jim, nosotros nos marcharemos del país.

-¿Quién? ¿Tú y yo?-preguntó Molly, asombrada del egoísmo y la estupidez de Hack.

-Sí, tú y yo, Molly. Lo he pensado largamente. Bueno, y ahora, ¿quieres que te ate para que te vengas conmigo?

-¡No, no!-opuso Molly en un extraño tono blando-. Yo iré por mi voluntad; pero suéltame.

Él la guió, entonces, a través del sendero desierto, y los dos se internaron, en el cercano bosque, silencioso y oscuro.

XIX

Cuando Jim Traft oyó aquella ronca voz que le ordenaba levantar las manos, y sintió el golpe de un cañón apoyándose en su espalda, no pudo evitar un hondo estremecimiento.

Luego vio surgir de las sombras la figura de un hombre al que reconoció en seguida, era Hack Jocelyn. Maldiciendo el instante en que no había hecho caso de los nobles consejos y las leales advertencias de Andy Stoneham, no tuvo más remedio que elevar las manos en el aire. Luego, otra sombra surgió de entre la espesura de los matorrales, ordenándole, tras pronunciar unas palabras que ahora no recordaba apenas, que diera media vuelta y se pusiera en marcha. En el último momento,

Jim pudo darse cuenta de que Jocelyn tenía fuertemente sujeta por un brazo a Molly. Esto aumentó el dolor y la pesadumbre del noble capataz.

Los hombres cambiaron algunas palabras, y luego le obligaron a ponerse en marcha, camino adelante. Los Haverly, a poco de haberse puesto en camino, comenzaron a hablar entre ellos, y Jim les oyó decir que Jocelyn quedaba allí para *«abrazar»* a Molly. Esto hizo hervir la sangre en las venas del pobre prisionero, ahora reducido tristemente a la impotencia. Una vez se volvió, con el propósito de decirle adiós a Molly, pero un leve siseo y un gesto significativo y amenazador de Seth Haverly le hicieron desistir de su propósito. No podía prestarle ayuda. Comprendía que quizás el granuja aquel de Jocelyn se uniría a ellos.

En el sitio en que el camino se bifurcaba hacia la aldea y la montaña, esperaban otros tres hombres, con varios caballos. Jim, asombrado, vio que le brindaban su propio caballo, con su propia silla y las riendas y los arreos que él conocía tanto.

-¿Qué diablo de plan tiene usted, Haverly?-preguntó Jim entonces a Seth.

-Muy sencillo: le retendremos a usted prisionero hasta que se nos entregue el rescate que vamos a pedir a su tío. Vamos a llevarle a un sitio escondido, y luego enviaremos a un hombre a Flag, con un papel para el viejo Traft. ¿Comprende?

-Sí, sí. Y yo recomendaré a mi tío que entregue el dinero..., pero con dos condiciones.

-¡A ver las condiciones!

-Que la suma que pidan ustedes sea una cosa prudencial, lo primero; y lo segundo, que no den ni la más pequeña parte a Jocelyn.

Jim había concebido una buena idea, que se apresuró a expresar y poner en práctica, y continuó, cuando el otro hubo lanzado una exclamación de asombro y casi de alegría:

-¡La cosa se explica con sencillez! El tal Jocelyn es una mala persona, créame usted, Seth Haverly. Tenía muy buenos amigos, allá, en mi equipo del Diamante, y a todos les ha hecho traición. No es un hombre leal. Juega siempre con dos barajas. Y ustedes son unos infelices, a los que también engañará.

-Sam..., ¿oyes esto?-dijo Seth en tono incisivo, dirigiéndose a su hermano.

-¡Ya, ya!-repuso Sam.

-No lo duden ustedes un instante-añadió entonces Jim-; Jocelyn les está embaucando para conseguir sabe Dios qué... Apostaría cualquier cosa.

-¡Seth, yo mismo voy a convencerme de ello!-dijo Sam-. Y créete que siento mucho que hayamos metido a Jocelyn en este asunto. Cuando Hack mató a Andy Stoneham esta noche, en aquel camino, yo le reproché con dureza lo que había hecho y hasta sospeché no sé qué. Los únicos que lo vimos fuimos Boyd, Hart y yo. Pero ya puedes suponerte que todo West Fork nos echará la culpa a nosotros de este crimen.

-¿Cómo?... ¿Que han matado a Andy Stoneham?-preguntó Jim volviéndose rápidamente-. ¿Cuándo?

-¡Oh, hace poco! Usted debe haber oído el tiro...-¡Sí, sí que es verdad, que he oído un tiro hace un rato! ¡Pero, por qué han matado a ese pobre muchacho?

-¡Oh, es que Jocelyn se las tenía juradas porque Andy también estaba enamorado de Molly Dunn! Y temía que la robara.

-¡Oh, qué horror!... j Celos del pobre Andy! Pero si estaba loco por Molly. ¿Cómo le iba a hacer ningún mal a la muchacha?...

-¡Mira, mira, no le esperemos, no esperemos a ese bruto de Jocelyn!-dijo entonces Seth Haverly-. Tú, Boyd, coge su caballo de la rienda y vámonos.

Luego, volviéndose a Jim, le ordenó que montara en su caballo.

-¡Hart!-gritó aún Seth-. Vaya usted delante, que yo cerraré la marcha.

Se pusieron en marcha, y pronto abandonaron el camino para internarse por un sendero en cuesta. Jim comprendió que no se dirigían hacia West Fork. Se acomodó en la silla lo mejor que pudo, porque comprendía que el viaje iba a ser largo, por lo que había oído a sus secuestradores. Se acordó de Andy. ¡Pobre muchacho! ¿Sería verdad que lo había matado momentos antes el bruto aquel de Jocelyn?... ¡Aún no hacía una hora que el noble Stoneham había avisado a Jim que debía permanecer en casa! Pero Jim no había querido seguir, desgraciadamente, este prudente consejo. Jim comprendía que

Molly estaba en peligro, en un grave peligro. Jocelyn se proponía, desde luego, secuestrar también a la muchacha. ¿Lo conseguiría?... Además: ¿podría llevarse a la chica aquel forajido?... Jim sufría horriblemente, dando vueltas en su pensamiento a las hipótesis más absurdas.

Mientras tanto, los caballos continuaban internándose en lo más intrincado del bosque. Los bandidos callaban, mientras los animales recorrían ahora un terreno llano y húmedo,

Librodot

donde las pisadas de los caballos sonaban blandamente. Luego el sendero comenzó a ascender. La luna surgió iluminando pálidamente la floresta dormida. Penetraron en un barranco, donde los animales resbalaban en las piedras y por el fondo del cual corría y saltaba el agua formando espuma. Jim se sentía las piernas salpicadas por el agua. El paisaje era fantástico, con sus pinos altísimos, con sus abetos de largas ramas, encantados bajo la luz de la luna. Luego salieron a un sendero que comenzaba a subir en zigzag la ladera de una montaña. Al cabo de mucho tiempo, hicieron un alto para que los caballos descansaran; Jim comprendió que estaban escalando el Diamante. Se extrañó de que estos muchachos del Cibeque le llevaran Diamante arriba, donde, precisamente, se encontraban los de su equipo, y, sobre todo, Curly Prentiss, tan buen conocedor del país, pero, cazador y maravilloso seguidor de rastros en el bosque, por lo tanto. ¿Adónde diablos le llevaba esta gente? Pero se consoló pensando que quizá los suyos le descubrieran.

La luna se ocultó, y la oscuridad se hizo más densa en el bosque. En el cielo parpadeaban estrellas y luceros. Bordearon un inmenso precipicio, al reanudar la marcha, y luego se internaron en otro bosque, en dirección al Este. Atravesaron un largo cañón, y luego volvieron a correr hacia el Oeste de nuevo. Aún tuvieron que escalar una alta colina, y después penetraron en otro bosque abrupto y espeso. Las primeras luces del alba los sorprendió trotando todavía. Jim observó que, al salir del bosque ahora, atravesaban unos campos anchos y solitarios, cubiertos de alta hierba, donde, naturalmente, las huellas de los caballos no se marcaban en el suelo. Debían ser praderas naturales. Así avanzaron mucho tiempo, hasta que el terreno comenzó a declinar un tanto. Empezaba el bosque otra vez. Y los caballos iniciaron el descenso de una altísima ladera arbolada, donde pinos y abetos alcanzaban proporciones gigantescas. Al fin, cuando el sol comenzó a ascender plenamente en el horizonte, los jinetes llegaban a una inmensa pradera, donde crecía una hierba muy fresca y alta. Una orla de bosque cerraba el paisaje por todos lados.

Jim vio una mísera cabaña, hecha de troncos de pino, en el lindero del bosque. Una inmensa manada de pavos salvajes, grandes, magníficos, perfectamente cebados y de un soberbio color bronce oscuro, picoteaban la hierba. Y al fondo del paisaje, junto a un arroyo bordeado de hermosos sauces, un rebaño de ciervos permanecía inmóvil, altas y erguidas las lindas cabezas y las orejillas diminutas.

Un hilo de humo blanco y oloroso de las piñas surgía de la pequeña chimenea de la cabaña. Un hombre apareció, llevando un rifle en la mano. Haverly silbó. Entonces surgió otro hombre que dio la bienvenida a los recién llegados a gritos, con una voz ruda y cascada.

La cabaña era muy vieja, construida toda ella de troncos de pino y pizarra. Del techo sobresalía un alero bastante ancho, que tenía en cada esquina de la casita un poste de madera. No había puertas ni ventanas en la casa, decrépita, con parte del techo medio derruido. En el interior se veía una lumbre, y, en torno, sillas de jinetes y paquetes y líos de impedimenta de los *cowboys.*

-¡Bueno, ya estamos!-anunció Seth Haverly dirigiéndose a Jim, cuando los caballos se detenían a la puerta de la cabaña-. No puedo quejarme de su comportamiento en el camino no ha dicho usted ni pío.

Este Seth Haverly era un muchacho muy joven, delgado, rubio, con ojos castaños y muy claros. Tenía una barba de cuatro pelos.

-No, Haverl^{y}-repuso Jim-. Yo no acostumbro quejarme. Además, comprendo que hubiera sido peor.

-Desde luego-dijo a su vez Haverly, dominando su sorpresa ante las palabras del capataz Yo creo que Jocelyn le hubiera atado a usted para traerle hasta aquí como un saco.

-¿Pues qué idea de mí les había dado a ustedes Jocelyn, entonces?

-¡Oh, decía que era usted un estúpido, pedante y pagado de sí mismo! Y juraba que por eso se había marchado de su equipo.

Jim sonrió, preguntando luego:

-Dígame, ¿estaba Jocelyn en West Fork ayer, cuando yo tuve esa pequeña pelea con

Slinger Dunn?

-No. Pero yo estaba allí y lo vi todo... Pero, permítame usted que le pregunte, míster Traft..., ¿a qué llama usted, entonces, una *pelea grande?*

-¡Oh!-repuso Jim sonriendo y en tono burlón-, una *pelea grande* se desarrollará cuando Curly Prentiss y los otros *boys* de mi equipo nos descubran aquí..., o cuando Slinger Dunn se encuentre a Jocelyn. ¡La verdad, no quisiera estar en el pellejo de Jocelyn ni por un millón!

-Pues lo mismo pienso yo de usted, míster Traft, y algo así le indiqué ya a usted el día en que nos vimos por primera vez, en Limestone, cuando yo iba acompañado de Arch Dunn. ¿No se acuerda?

-Sí, sí, ya me acuerdo. Aquel día usted parecía tener más juicio.

-Tal vez. Se ve que me lo he gastado-contestó Seth sonriendo.

Mientras tanto, los caballos habían sido libertados de las sillas y trabados, dejándolos al pasto. Jim pudo examinar entonces a su placer a los bandidos. Todos eran jóvenes y parecían *cowboys* huidos de sus equipos por Dios sabía qué causa. En todos adivinaba Jim una historia sucia o sospechosa. Esta clase de individuos parecían abundar mucho en Arizona.

Sam Haverly era también rubio, casi pelirrojo, más serio de apariencia que su hermano, y de complexión más fuerte. Hart Merrywell no tenía ningún detalle que le hubiera hecho distinguir de un grupo de *cowboys.* Boyd Flick era moreno y pequeñito, de aspecto débil y flojo en extremo. Otro de ellos, Matty, era un gigantón.

-¡Bueno! ¿Qué dice ahora nuestro jefe?-preguntó este último.

-¿Yo?-repuso Seth Haverly-. Digo que... ya hablaremos. Jocelyn se ha quedado allá.

Y en pocas palabras explicó al otro *cowboy* los motivos que habían retenido a Jocelyn allá en West Fork.

Los *boys* se extendieron en largos comentarios sobre ello.

Uno de ellos llamó, de pronto, desde la cabaña, diciendo que el almuerzo estaba listo.

-Proceda usted aquí como si estuviera en su casa-dijo Seth Haverly llevando a Traft a la cabaña.

Luego los hombres almorzaron, sentados unos, en pie otros, en cuclillas alguno que otro también y hasta arrodillados. Jim, que había sido recomendado al cocinero, tuvo una comida excelente, por cierto.

-Bueno, y ahora, ¿qué tengo que hacer?-preguntó luego Jim.

-Supongo que no querrá que yo cante algo para divertirle!-repuso Seth Haverly con sarcasmo y muy secamente.

-¡No, no, gracias!-contestó Traft con no menos sarcasmo-, ahora precisamente me encuentro muy bien, y no quiero correr el peligro de oírle cantar.

Los *boys* rieron, y todos miraron con interés a Traft, que estaba en la explanada que se extendía ante la cabaña.

-Bueno, míster Traft-siguió diciendo entonces Seth Haverly-; ¿debo atarle o no?... Usted dirá si es necesario.

-Yo no sé lo que pueda usted pensar sobre ello. En realidad, Haverly, no creo que tenga usted motivos para atarme. Advirtiéndole que no debía haber hecho nunca caso a Jocelyn, ni haberse metido en este asunto.

Matty y el cocinero fueron de la misma opinión, y con este motivo Seth Haverly se puso muy serio, y se originó una pequeña discusión, fría y serena, entre los tres *boys.*

-Bien-falló al fin Seth Haverly dirigiéndose al joven capataz-; si usted me da su palabra de no huir del campamento, no le ataré.

-Hombre, yo no puedo prometer eso! ¿Lo haría usted?-protestó Jim.

-Hombre, según...

-Bueno, míster Traft, escuche usted parece un hombre de palabra. Haga lo que le parezca y distráigase por aquí, o instálese con toda la comodidad posible. Yo creo que tendremos que rectificar el concepto que teníamos de usted. Ahora bien: si intenta marcharse, entonces le ataremos a un árbol. Ésa es mi orden. ¿Lo sabe?

Librodot

-Muy bien, muchas gracias. Molly decía bien cuando me afirmó que era usted un muchacho correcto y noble. Que eran sólo las malas compañías las que habían hecho de usted un vagabundo. ¡Ella se alegró mucho cuando Slinger se apartó del equipo de usted!

Jim comprendió, por la expresión del rostro de Seth Haverly, que estaba cayendo en el cepo que él le tendía con estas palabras. Ahora estaba seguro de que ese hombre tenía una mente simple y obtusa y le sería fácil el jugar con él.

-¡Ah! ¿De modo que Molly dijo eso de mí?-preguntó con una voz extraña, mirando a Jim con los ojos muy abiertos.

Y quedó largo rato pensativo.

-¡Mira!-dijo, al fin, Matty, que había oído también las palabras de Traft, y sin duda las había estado rumiando y revolviendo en su mente hasta ahora-. ¿Sabes lo que te digo, Seth?... ¡Pues que desde ahora Jocelyn se considera fuera de nuestro equipo! ¿O qué?... ¿Es que se le va a consentir a ese granuja que mientras nosotros estamos aquí, exponiendo nuestra pelleja, él se dedique por ahí tan lindamente a conquistar muchachas?... ¡Tú debes expulsarlo, Seth!

-¡No creo que haya conquistado a Molly!-repuso Seth Haverly, muy serio-. Y si se ha empeñado en tenerla a su lado algún tiempo, habrá tenido que atarla antes.

Jim concibió aún otra esperanza, y dijo:

-¡Dígame, Haverly! ¿Vio usted a Jocelyn coger anoche a Molly por un brazo?... Yo tengo la seguridad de que si no la hubiera sujetado, la chica habría huido.

-Sí, sí, ya lo vi. Y apostaría cualquier cosa a que la trae aquí.

-Pues sería una locura-añadió por su cuenta Matty-; ya tenemos bastante con haber secuestrado al joven Traft, y ahora pediremos el rescate. ¡Ah, y que nos salga bien el asunto! ¡Pero traerse aquí a una muchacha del Cibeque! ¡Por Dios! Si tal hiciera...

-Matty, no te tienes que molestar en irritarme ni azuzarme contra Jocelyn... Comienzo a conocerlo bastante...-repuso Seth Haverly-. Anoche se lo advertí claramente, y le dije que si traía a la muchacha... ¡bueno!, que no sabía lo que le esperaba.

Sam Haverly intervino, para decir.

-¡Matty! ¿No te has enterado de que Jocelyn mató anoche a Andy Stoneham?

Matty puso cara de asombro:

-¿Qué dices?... ¿Andy?... ¿Ese chico que era más bueno que el pan y que estaba de dependiente en casa de Enoch?

-Sí, sí, ése. Jocelyn decía que nos estaba vendiendo; y, además, creo que ha sido cuestión de faldas.

Todos los hombres se miraron llenos de asombro, de indignación, intrigados ante la noticia. Seth Haverly asentía en silencio. Y al fin todos estallaron en maldiciones, en blasfemias, afeando y condenando aquel vil asesinato de un pobre joven tan bueno.

-¡Muchachos!-intervino entonces Jim Traft-: Ese Jocelyn es demasiado astuto, demasiado pillo para convivir con ustedes. ¡Es un granuja, os lo digo yo!

-Bien, míster Traft-murmuró al cabo de un corto silencio Seth Haverly-; imagínese usted que nosotros pidiéramos que nos aconsejara en este asunto : ¿nos daría usted su consejo?

-No, no; pero con tal de que usted acepte lo que yo le he propuesto antes...

Seth se volvió a Matty, el cual, evidentemente, era un miembro importante del equipo, *y* aclaró:

-Míster Traft dice que él aconsejará a su tío que pague el rescate, siempre y cuando sea una suma prudencial la que pidamos, y que no hemos de dar parte alguna a Jocelyn.

-¡Eso me interesa!-repuso Matty.

-Jocelyn tocará el cielo con las manos... Él decía que iba a escribir la carta al viejo Traft; pero como no está aquí y nosotros no tenemos tiempo...

Jim tuvo una idea feroz.

-¡Haverly!-dijo-. ¿Quiere confiarme a mí la misión de que les traiga yo mismo el rescate que ustedes pidan?

Estas palabras dejaron al ansioso grupo silencioso. Pero antes de que Seth Haverly pudiera contestar, el cocinero, que acababa de salir a la plazoleta y estaba fregando una cazuela, lanzó un débil silbido. Todos se pusieron en pie rápidamente, echando mano a sus rifles. «

Seth Haverly preguntó ávidamente, avanzando algo fuera de la casa, y seguido de los demás:

-¿Qué pasa?

El cocinero extendió el brazo derecho hacia el bosque de enfrente y repuso:

-¡Mirad: es Jocelyn, que viene por allí, al galope de su caballo, que parece desbocado!

Matty y Seth rompieron en maldiciones, mientras Jim, que se había levantado también, pudo descubrir, en efecto, entre la lejana arboleda, a un jinete. El caballo venía al galope hacia el campamento. Pero de pronto refrenó la carrera, poniéndose al paso, al empezar a descender la cuesta de la montaña. Jim frunció el ceño de terror y de asombro. Molly venía a la grupa con Jocelyn, detrás del bandido, montaba a horcajadas. Jim descubrió su cabellera de ébano, luego su rostro de diosa morena, sus ojos de fuego... ¿Era posible?... ¿Cómo podría él volver a mirarse en aquellos ojos?... ¡Después que Molly había pasado toda una larga noche, en medio de estos bosques salvajes, en compañía de semejante canalla!...

El caballo avanzó hasta llegar ante la cabaña. El grupo de hombres, silenciosos, miraban a los recién llegados con inmensísima curiosidad. Hack Jocelyn detuvo el caballo, soltó las riendas, y luego, poniéndose las manos en las caderas, explicó, con una sonrisa leve :

-Perdimos el camino... y hemos tenido que esperar a que amaneciera.

Seth Haverly avanzó unos pasos ante sus camaradas, y dijo en tono frío y reposado, cortante como un puñal:

-¿De modo, Jocelyn, que traes secuestrada a Molly Dunn?

-¡Oh, no! Ella ha venido por su voluntad.

-¿Qué?

-Que ha venido por su voluntad. Pregúntaselo a ella-insistió Jocelyn fríamente.

-¡Molly!-exclamó entonces Seth dirigiéndose a la muchacha-. ¿Es verdad lo que dice Hack?... ¿Has venido aquí por tu propia voluntad?

-Sí, Seth-repuso Molly con gran calma.

Haverly se acercó aún más a la muchacha, mirándola fijamente en los ojos, como si quisiera leer no sólo la confirmación de las propias palabras increíbles de la hermana de Arch Dunn, sino también una sospecha que había cruzado por su mente. Luego, volviéndose hacia

Jim Traft, que estaba desconcertado, y cuyos ojos echaban llamas, murmuró en tono extraño:

-¡Míster Traft! ¿Quiere usted hacer el favor de mirar a Molly, y decirme si está borracha... o loca... o...?

No pudo terminar. Su voz se quebró en su garganta, y Jim comprendió que Seth también amaba o había amado a aquella mujer.

Jim se arrastró hacia delante para obedecer, a pesar de que le parecía que llevase unas pesadísimas cadenas atadas a los pies. Sin embargo, una fuerza misteriosa le sostuvo, no obstante el horrible dolor de su corazón.

El rostro de Molly estaba lívido. Sus grandes ojos negros se hundieron materialmente en los de Jim, que pudo leer en ellos amor, esperanza, inteligencia y dulzura infinitas.

-¡Buenos días, Jim!-murmuró la muchacha.

-Buenos días, Molly. ¿Cómo está usted?-murmuró Traft dominando su inmensa turbación.

-Muy bien, Jim.

-¿Muy bien?-contestó Jim como un eco. No comprendía el capataz lo que pasaba, y sólo por la autoridad moral que este bárbaro podía haber adquirido sobre la pobre muchacha, en las horas que pasaron solos y juntos en pleno bosque, podía Traft explicarse a medias la

Librodot

serenidad de Molly. Pero, de pronto, Jim experimentó una especie de consuelo como celeste: los ojos de la joven le hablaban en un lenguaje que Jim comprendía ahora muy bien.

-Sí-continuó diciendo Molly Dunn al cabo de un instante-; sólo que estoy muy cansada, muerta de sueño... y, además, tengo hambre. ¡Todo el cuerpo me duele 1

¿Vino usted con Jocelyn por su propia voluntad?

-Sí, Jim, sí...

Pero en este momento, por encima del hombro de Jocelyn, Molly lanzó a Traft una mirada tan elocuente, que Jim comprendió; aquella mirada no debió pasar inadvertida de los otros.

¯Has traído a Molly sin mi permiso y contra mis órdenes-murmuró Seth Haverly.

-Sí; pero ya te he dicho antes que ella *ha querido* venir.

-¡Cuéntaselo al diablo!-dijo Haverly ásperamente. Y luego, dirigiéndose a Molly, añadió en otro tono-:

¡Baja, muchacha! Te daremos algo de comer, y te improvisaremos una cama.

Cogió un hacha, al tiempo que Molly bajaba del caballo, y Seth se dirigió a un cercano bosquecillo de abetos. Molly se sentó bajo el ancho alero de la cabaña, y rogó que le dieran algo de beber. Matty le brindó un cuenco de agua fresca, cogida de un cubo, con cierta cortesía.

Jim devoraba a Molly con los ojos. En la mirada de ella estaba leyendo el capataz que su vida corría serio e inminente peligro. No había ninguna razón para que Jocelyn no matase a traición al capataz, como había matado al pobre Andy Stoneham. Sentándose en un tronco, comenzó a estudiar el terreno con disimulo, mientras pensaba y cavilaba acerca de su proceder futuro. En seguida comprendió que la fortaleza y la conducta de Molly debían estar inspiradas y sostenidas por un propósito de sacrificio. Ella debía saber algo que ignoraban él y todo el equipo de Haverly. Jim se dijo que no tardaría en descubrir la trama de todo esto.

Seth volvió, trayendo un gran haz de ramas de abeto, que llevó detrás de la cabaña, donde había una especie de cuadrita en un rincón. Evidentemente, allí improvisó con las ramas un lecho rústico para Molly, porque luego reapareció, yendo en busca de mantas. Después se dirigió a la muchacha, diciendo:

-Molly, ahí puedes dormir, fuera del paso; ya te he preparado una cama.

Al fin Jocelyn bajó del caballo, quitándole la silla y las mantas, lo trabó y lo dejó al pasto en el prado.

-¡Voy a comer algo-dijo-, y luego hablaremos!

Se acercó a la lumbre, sentándose en una caja, desde donde no podía ver a Molly. Y cuando comenzó a comer, Jim se aventuró a mirar a la joven. Ella entonces levantó la mano izquierda, y comenzó a jugar con la sortija regalada por Jim la noche anterior, en cuya piedra la luz del sol se rompía en mil gamas de maravillosos colores; al mismo tiempo lanzó a Jim una sonrisa que fue la recompensa a toda su larguísima agonía.

Seth Haverly vio la mirada de la muchacha y asimismo la sortija, aunque nada dijo.

Molly comió también, y luego se dirigió a la cuadrita donde le habían dispuesto la cama rústica. Jocelyn la siguió largamente con ojos de lobo, hasta que la chica desapareció. En seguida, Hack se levantó, y dándose una palmada de satisfacción en el vientre, avanzó con el aire de un hombre fuerte y seguro de sí mismo y de su situación. Se creía superior y más fuerte que todos los hombres que le rodeaban en estos momentos.

-¿Qué estás pensando, Seth?-preguntó.

-¡Mira, en ti precisamente!-repuso Haverly.

-Pues tú me dirás. Yo también estaba pensando en ti... Pero como te veía hablando con míster Traft...

-¿Y eso qué tiene que ver?... Si quieres hablarme...-Es que... con tanta gente.

-¿Qué importa la gente, hombre? Precisamente, yo quiero que Sam y todos los hombres de mi equipo oigan lo que tú dices.

Jocelyn se decidió, al fin, a sentarse en un leño, y, recostándose contra la pared, comenzó a liar un cigarrillo. Luego lo encendió con gran prosopopeya. Dio unas chupadas y paseó por el corro una larga y lenta mirada. Jim le observaba de reojo, recordando las palabras de Ring Locke. Jocelyn era, además de un experto jinete, un *cowboy* astuto y marrullero, un verdadero hombre peligroso. Ahora comprobaba esto Jim.

Seth Haverly, en vista de que Jocelyn no rompía a hablar, se decidió a hacerlo él, y dijo, en tono incisivo:

-Yo tengo la seguridad de que tú has sido el que ha matado a Andy Stoneham.

-¡Eso no es cuenta tuya!-contestó evasivamente Hack Jocelyn.

-¿Cómo que no? Tú perteneces ahora a mi equipo, y a todos nos echarán la culpa por lo que tú has hecho. Por tu culpa se nos va a echar a perder este negocio del secuestro de Jim. ¡A saber si podremos coger el dinero! Y para colmo, tú vas y raptas a Molly. ¿Te crees que esto no va a correr por toda la comarca como la pólvora?

-Haverly, te vuelvo a repetir que yo no la he raptado o robado, o como quieras decirlo; ya la habéis oído todos se ha venido conmigo voluntariamente.

-¡Bah!

Estas palabras de Jocelyn irritaron de nuevo a Traft. Y Hack añadió, con cazurrería:

-Por lo demás, querido Seth, no te preocupes tanto de Molly ni de su suerte ella se ha venido conmigo, porque nos vamos a casar.

-¿Qué dices?... ¿Y para eso habéis venido aquí?... ¿Y piensas marcharte?...

-Eso tú lo dirás... Yo te digo lo que proyectamos. Soy de opinión que debemos marcharnos todos lejos de aquí, hasta que las aguas vuelvan a su cauce.

Haverly se irritó ante tanto cinismo.

-Eso no es de mi incumbencia, si Molly quiere casarse contigo. Pero a mí me parece muy extraño, porque Molly es incapaz de traicionar ni a los perros del Cibeque... Lo que sí te digo es que tú estás ahora haciendo juego de alta escuela... Jocelyn, *y* resultas demasiado listo para mi equipo.

-Gracias, hombre. Pero el juego mío es el que hacemos todos; yo sólo me limité a proponerlo...

-De todos modos has hecho una mala acción que ha de perjudicarnos a todos. Porque el asesinato de Andy Stoneham y el rapto de Molly son dos cosas que nos van a costar muy caras. A Molly es preciso que la llevemos a su casa. Y de lo de Traft, no sé, no sé...

-¿Quién lo dice? ¡Hay que llevar las cosas adelante, y si no, nos veremos las caras! ¿Lo oyes?...

La amenaza hizo profundo efecto sobre Haverly. Era evidente que estos dos hombres acabarían por pelearse, tarde o temprano.

-¡Bueno, bueno!-dijo entonces Seth cambiando de tono-. No debemos perder tiempo en vanas palabras. Curly Prentiss es seguro que, a estas horas está ya sobre la pista de Jim Traft; habrá ido a West Fork, donde le habrán dado noticias de lo ocurrido ayer; y, además, hay que contar con Slinger Dunn.

-¡Bah, bah, Slinger Dunn!... ¡Slinger Dunn ha quedado fuera de combate para una semana, por lo menos! Míster Traft lo arregló ayer.

-j No digas tonterías, Jocelyn! Puedes tener la absoluta seguridad de que Slinger Dunn está sobre la pista nuestra y de Jim y de su hermana a estas horas.

Jocelyn miró al cielo por la parte del Sudoeste, donde habían aparecido unas nubes negras, y anunció:

-Esta noche lloverá, y nadie podrá seguir nuestro rastro.

-Bah, eso sólo servirá para demorar un poco el trabajo de Slinger. Él conoce hasta el último rincón de estas montañas, y nos seguirá por el olfato, como los podencos.

De repente, Jocelyn se levantó, y cogiendo a Seth Haverly por un brazo, le arrastró amablemente a cierta distancia, donde no podían ser oídas sus palabras. Se detuvieron al fin bajo un pino, y allí parecieron discutir un rato; Haverly iba haciendo cada vez menos

Librodot

protestas, hasta que por último pareció que los dos se ponían de acuerdo sobre algo. Entonces volvieron hacia la cabaña.

-¡Sam!-dijo Seth a su hermano-. Hemos hecho un arreglo, que es lo mejor dentro de lo malo, de lo mal que las cosas se presentaban. Verás el punto negro, el obstáculo, era Molly; yo no quisiera que nos cogiera aquí-Slinger, y menos estando aquí su hermana; hemos convenido que Jocelyn se lleve a la muchacha, más allá del arroyo ese, y se esconda con ella, en la cabaña esa de la fuente del Pavo. Si hay alarma, se le avisará por medio de un tiro de rifle; y en cuanto al negocio este de Traft... hemos convenido que Boyd llevará el mejor caballo, y suponiendo que tarde medio día en despachar, en un par de días puede ir y volver con el dinero. ¿Qué te parece?

-¡Muy bien!-aprobó Sam brevemente.

-¡Oh, no es tan fácil como parece!-murmuró Matty-. Mañana es sábado, y los Bancos no están abiertos. Imaginaos que Boyd no encuentra al viejo Traft en su casa. ¿Y qué?

-¡Toma!-dijo Jocelyn-. En ese caso, míster Blodgett o cualquier otro amigo del viejo Traft *aflojarían la mosca;* le prestarían los diez mil dólares.

-¿Tú crees que querrían hacerlo?...-preguntó Matty en tono incrédulo-. Bueno, de todos modos, yo voy a escribir la carta. Os juro que va a ser breve y dulce, como suele decirse le diré que si dentro de veinticuatro horas no ha venido Boyd con el dinero, mataremos a Jim Traft *y* colgaremos su cadáver en un poste de su famosa valla.

XX

Jocelyn abrió una cartera de la silla de su caballo, y sacó un pequeño paquete, que dejó en el suelo. Luego, como si lo pensara mejor, sacó del paquete una botella, que agitó con evidente satisfacción, y se echó un largo trago de un licor rojo oscuro. Después se metió la botella en el bolsillo posterior del pantalón.

Jim y Haverly experimentaron una gran sorpresa al ver lo que hacía Hack.

-No creo que estemos para beber ahora-le reprochó Seth.

-¡OH, es para inspirarme!-contestó Jocelyn cazurramente-. ¡Mira, para que veas! Tú eres un chico inteligente; pero a ti no se te ocurren las cosas que a mí. ¿Qué dirás que he pensado? ¡Pues hacer que Jim Traft escriba la carta a su tío!

-¡Vaya una cosa! Hace tiempo que se me había ocurrido a mí. Y él mismo se ofreció a hacerlo.

-¿Quién se ofreció?

-Traft mismo, Jim. Ése que ves ahí. Pero puso dos condiciones que no habíamos de pedir una suma excesiva; y que no te habríamos de dar a ti parte alguna del producto del rescate.

-¡Cómo!-murmuró Jocelyn mirando a Traft con inmensa dureza y rencor. Entonces, abrió el paquete y extrajo de él papel, pluma y tintero, colocándolo todo sobre un lavadero de madera. Luego, ordenó a un *cowboy:*

-Tráete un cajón.

Se trajo el cajón, y Jocelyn murmuró dirigiéndose a Jim:

-Bueno, míster Traft ahora va usted a poner a contribución su talento.

En el momento en que Jim se levantaba, oyó decir a Seth estas palabras extrañas:

-¡Oye, Jocelyn! : espera un instante; ya sabes que yo acepté lo de enviar a buscar el dinero del rescate; pero no quiero que se engañe al tío de Jim, como tú proyectabas...

-¡Habla bajo, hombre!-interrumpió Jocelyn-Molly puede estar despierta y oírte. ¿Qué quieres decir? ¡Hay que despachar pronto!

-Quiero decir que disiento en dos puntos de tu programa... La verdad, hay dos cosas con

las que no estoy conforme...

-¿A ver? ¿Qué cosas son ésas?

-Mira, la primera, lo de echarle la culpa a Slinger Dunn; y luego...

-¡Ya es tarde! Yo hice correr anoche mismo la voz por West Fork. De modo que no te canses en decirme el segundo punto.

Jim había oído lo suficiente para comprender el diabólico plan de Jocelyn. Entregara o no su tío el dinero exigido por estos bandidos para ponerle en libertad, era evidente que Jocelyn pensaba adornar la famosa valla de Traft con el cadáver del muchacho, colgándolo de un poste como se hace con los peleles de los campos. La duda de si este plan infernal pudiera tener éxito dio a Jim un valor y una astucia infinitos. ¡Ah, si hubiera tenido cerca un rifle de los brutos éstos!... ¡Con cuánta delicia habría matado a Jocelyn! Esto habría significado la salvación de Molly. Todos los músculos de su cuerpo se distendieron, como el arco de una flecha próxima a dispararse.

-¡Cómo!-preguntó Seth, en el colmo del asombro, y contrariadísimo-. ¿De modo que has echado la culpa a Slinger Dunn?

-¡Y claro que sí! Y nadie, sino los *cowboys* de tu equipo, pueden probar que Slinger Dunn no fue quien mató a Andy Stoneham.

-Jocelyn, tú eres muy listo, pero no puedes hacer milagros-dijo Haverly.

-Bueno, no discutamos ahora. No tengo tiempo de decirte en estos momentos como me las he valido para echarle la culpa a Slinger del asesinato del dependiente de Enoch Summers. Pero *ya está,* ¿comprendes?..: Y si ha salido del pueblo, en busca nuestra..., entonces, peor para él, porque las cosas se enredarán en contra suya de un modo endiablado.

-¡Dios mío!-murmuró Haverly, admirado y aterrado de la maldad de Jocelyn.

En este instante, Jim, que miraba a uno y otro *cowboy,* mientras iban discutiendo, descubrió a Molly, que observaba a hurtadillas a sus enemigos desde el ángulo de la cuadrita que le había servido de alcoba. Esto aumentó la inquietud y el desasosiego del pobre muchacho. Entonces comenzó a andar lentamente, a pequeños pasos, procurando acercarse a la muchacha, para avisarla del peligro y recomendarla que tuviera cuidado y prudencia.

Pero la voz de Jocelyn se elevó, de pronto, ruda y fuerte:

-¡Eh, a ver, alguno de vosotros que ate a Traft, y pronto! ¡No me fío ni un pelo! No hace más que mirar a un lado y a otro! ¡Ah, y poco que le agradaría largarse con mi novia!

Pero nadie se movió para cumplir sus órdenes. Entonces Jocelyn, cogiendo un lazo, lo lanzó sobre Traft; la cuerda fue a dar en una cadera del muchacho. Éste no podía defenderse, ya que sabía muy bien que el bruto este era capaz de matarle al menor asomo de resistencia o rebeldía.

-Media vuelta, y apóyese en este poste-ordenó entonces Jocelyn señalando a uno de los troncos que sostenían el gran alero a la casita. Muy bien; y ahora, ponga las manos atrás. ¡Así!

En seguida ató a Jim de pies y manos, haciendo luego varios nudos complicados en la cuerda. Después le dio dos o tres puntapiés, que le hicieron caer; Jim quedó sentado, apoyándose en el poste de madera, y tan devorado por la ira que sus ojos casi se salían de las órbitas. Sentía como si estuviera sudando sangre. Jocelyn sacó ahora la botella que llevaba en el bolsillo, y se echó un largo trago de *whisky.*

-¡Hay que celebrar el día, míster Traft!-comentó cínicamente-. Y cuando me beba esto, pondré la botella sobre su cabeza; verá como la rompo de un tiro. ¡Va usted a ver puntería!

Reparando entonces en el cajón, se sentó encima, al lado del tintero y del papel, y comentó:

-¡Ésta es buena!... ¡Iba a hacerle escribir la carta a su tío, *y* voy y lo ato!... Bueno; la escribiré yo mismo.

Y se puso a escribir la carta, lenta y penosamente, como un chico de la escuela. Luego la leyó de cabo a rabo, y le agradó.

Seth Haverly se acercó a él, de pronto, y preguntó:

-¡A ver! ¿Qué es lo que pones en la carta?

Librodot

-¡Oh!-repuso el otro, muy sereno, cerrando *el* sobre-. Tú no puedes leerla, si yo no quiero.

-Es que no es eso lo que hemos convenido nosotros-dijo entonces Seth con rabia.

-Yo sé lo que me hago. Diez mil dólares es una buena suma..., pero en este caso... Además, tú eres tonto, Seth. El viejo Traft pagará dólar sobre dólar para salvar la preciosa vida de su sobrino.

-Sí-comentó Seth con inmenso sarcasmo-; ¡y no le servirá para nada!

Jocelyn le miró un instante, y en seguida se acercó a Flick, entregándole la carta, al tiempo que decía:

-Ya te estás largando a llevar esto a Flag, y se lo entregas a Traft o a Blodgett, pero en su propia mano. Y si no tienen dinero a mano, que vayan al Banco. Y si el Banco está cerrado, que *desembuche* o que *apoquine,* como quieras llamarle, algún amigacho del viejo Traft. ¡Y ya estás aquí! ¿Eh?...

-¡No es tan fácil como parece el encarguito!-dijo Flick poniéndose en pie.

Flick arrojó la carta a la cara de Jocelyn al oír estas palabras:

-¡Vete al diablo! Que vaya tu abuela, que yo no quiero exponerme a nada, y además que me insultes.

Pero Seth y Matty intervinieron, el uno para recoger la carta y el otro para llevarse a Flick. Y entre los dos le persuadieron de que debía ir a Flag y hacer el encargo.

-Bueno, iré, y procuraré cumplir mi cometido lo mejor que pueda; pero desde ahora os digo francamente que Jocelyn ha engañado al equipo entero.

En seguida, cogiendo el caballo, se marchó.

Jocelyn había quedado a un lado de la plazoleta, echándose tragos de *whisky,* hasta que apuró el contenido. Y ya se disponía a tirar la botella a un lado, cuando recordó algo. Entonces, acercándose a Jim, le hizo estirarse sin levantarlo, dio un golpe con la cabeza del pobre prisionero contra el poste en que Traft se apoyaba y colocó la botella encima de la testa del infeliz.

-¡Bravo!-exclamó, como satisfecho de su gran idea. Y cogiendo su rifle, lo lanzó al aire, asiéndolo en seguida por la culata con gran habilidad. Después añadió-: ¡A ver! ¿Quién apuesta por mí?

Nadie contestó. Seth Haverly formuló tímidamente una protesta que él sabía inútil de antemano. Jocelyn había dominado al grupo. Entonces, el miserable Hack se alejó diez largos pasos del sitio en que el pobre Jim estaba atado, impotente, y, volviéndose con rapidez, mostró una cara radiante, iluminada de salvaje alegría. En seguida levantó el rifle, disponiéndose a disparar.

Jim vio que el gatillo del arma estaba levantado. Inmediatamente, vio el agujerito negro del cañón, como un ojo tétrico que le apuntaba. Toda su vida pareció concentrarse en sus pupilas. Y, de repente, el pequeño agujerillo negro vomitó una bocanada de fuego. Sonó un leve chasquido sobre su cabeza, y en seguida una serie de añicos le llovió sobre la cabeza y los hombros.

-¿Eh?... ¿Qué te parece esto, Seth?-gritó el miserable Jocelyn con un tono de salvaje alegría-. ¡He roto el cuello de la botella lo primero!... ¡Ahora verás!...

-¡Pues si quieres que te diga la verdad-comentó Seth también innoblemente-, has hecho muy mal, porque el tiro se debe haber oído a muchas millas de distancia!

Cuando Jocelyn levantó de nuevo el arma, Jim se hallaba a punto de perder la serenidad y el sentido. Jocelyn estaba apuntando esta vez más bajo que antes. Detrás del rifle relucían los ojos malignos de un gato que juega con un ratón.

De pronto, Molly, saliendo de su escondite, se abalanzó sobre Jocelyn con tal ímpetu que el arma se desvió, quedando apuntada hacia arriba.

-¡Eh, tú, chica!-protestó Jocelyn como si se hubiera visto sorprendido en su deporte favorito-; ¡que te vas a vas a hacer daño! ¡daño!...

-¡Jocelyn!-exclamó Molly, furiosa¡deja ese rifle!

-¡Oye, oye, chica! ¡Que yo estoy enamorado de ti!, ¿sabes...? Pero no admito que vengas ahora dándome órdenes.

-¡Suelta ese rifle, si no quieres que...!

-¿Qué harías?-la desafió Jocelyn con voz torva. Y, al mismo tiempo, volvió a levantar el arma para disparar de nuevo sobre su pobre víctima.

Seth Haverly, su hermano y sus tres camaradas mostraban ahora una satisfacción incontenible, por el giro que tomaban los acontecimientos.

-¡Tengo la obligación de evitar esta infamia!, ¿lo oyes bien?-gritó la hermosa muchacha como fuera de sí. Seth adelantó unos pasos, y dijo :

-¡Molly, apártate! Hack está de broma, pero no quiere hacer daño a Traft.

-¡Mentira, mentira!-gritó Molly-. Y tú lo sabes. ¡Todos sois unos cobardes y unos embusteros! ¡Y Flick tenía razón, que este hombre os ha engañado a todo el equipo del Cibeque! Tú has indispuesto a mi hermano con Jocelyn y ahora...

-¡Cállate!-ordenó Jocelyn, de mal talante, al tiempo que metía el rifle en su vaina de cuero-. ¡Molly, estás muy guapa cuando te enfadas, pero te pones muy cargante! ¡Y si no te callas, te voy a calentar!

-¿Tú a mí?... ¿Pegarme tú a mí?... ¡A ver! ¡Atrévete a ponerme la mano encima!

Y la muchacha habló ahora con tal pasión, que el mismo Jocelyn se impresionó, retrocediendo dos o tres pasos.

Jim, que adoraba tantísimo a Molly y veía la inmensa emoción de la muchacha, tuvo ahora como una extraña-, intuición de algo misterioso que acababa de ocurrir en el corazón de esta mujer. ¡No! La actitud de Molly no era, simplemente, la de una mujer amante que ve al adorado en peligro y pretende salvarle la vida; no : su actitud parecía obedecer, además, a otra cosa, que Jim no se explicó en el primer momento. Desde luego, Molly había adivinado que Jocelyn iba a matarle, valiéndose del truco de la botella, *y* que todo aquello no era más ⁹ue una odiosa pantomima; esto, naturalmente, había despertado el espíritu salvaje de la hermosa muchacha. Pero... ¡no, no, esto no era todo!... ¿Estaba Molly hablando para ganar tiempo?... Su actitud, como pendiente de algo invisible, sus miradas furtivas, el temblor de sus manos, la ansiedad que se retrataba en su rostro palidísimo..., nada de esto escapaba a Jim.

-¿Qué si voy a atreverme?-dijo ahora Jocelyn en tono amenazador-, ¡pues me parece que lo vas a ver, y pronto!

En este instante, Hack descubrió, en la mano izquierda de Molly, el anillo que le regalara Jim la noche anterior.

Jim vio que el rostro del bruto expresaba inmensa cólera y asombro. Y se le oyó decir :

-¡Oye, tú!, ¿de dónde diablos has sacado esa sortija? ¡La llevas en el dedo anular... y tiene un diamante muy grande! ¿Qué es eso?...

-¡Una cosa que a ti no te importa, Jocelyn!-contesté Molly, al tiempo que escondía sus dos manos en la espalda.

En este momento, Jim pudo observar que la muchacha miraba con disimulo a un punto lejano.

Jim volvió la cabeza lentamente, *y* miró hacia la lejana

ladera de la montaña. En aquel sitio, los pinos estaban muy claros, y Traft creyó distinguir, como en un relámpago, una forma oscura, que se desvanecía tras del tronco de un árbol. Le parecía que era un indio. ¿Lo había visto Molly?...

-¿Qué es eso, tú, coqueta, mala persona?-rugió ahora Jocelyn, en tono sombrío y celoso-. ¡A ver, a ver la mano!... ¡Sácala!...Sácala!

Molly, entonces, lentamente, con una frialdad calculada, sacó su mano izquierda, y la mostró a Jocelyn, con los dedos extendidos. Comprendía que de este modo exasperaba al *cowboy.* Jim adivinó que ella lo hacía, un poco por vengarse del infame, *y* un poco también cediendo a sus perversos instintos de mujer.

-¡Ah! , de modo que... ¡un anillo! ¡Eso no me lo ha-Mas enseñado, la verdad! ¡Lo

llevabas escondido!

-¿Quién te ha dicho que yo llevaba escondido el anillo?... ¿Ni por qué tengo yo que esconderlo ni de ti ni de nadie? ¡Es mi anillo de prometida!...

¿Qué dices?... ¿De prometida?...

-Sí, sí, de prometida... Y ahora me alegro de podértelo decir a ti y a todo el mundo.

-¡Ah, vamos, conque... te alegras!...

Jocelyn contemplaba ahora a la muchacha algo más sobre sí, como si la tremenda revelación le hubiera mostrado un alma perjura de mujer. Molly se le aparecía ahora más interesante y misteriosa.

Jim aprovechó el momento, de enorme intensidad, para volver la cabeza y mirar de nuevo a la ladera de la montaña. Y ya comenzaba a pensar que se había engañado cuando, de pronto, descubrió algo así como una rama de árbol que se moviera, o un cañón de arma... o el rabo de un caballo, entre los pinos, o...

-¡Molly!..., dime, ¿quién te ha dado esa sortija?-preguntó Jocelyn en tono amenazador.

-¡Míster Jim Traft!-contestó la joven enrojeciendo hasta las orejas.

Y, al hacer esta declaración ante todo el mundo, Molly experimentó un profundo orgullo y una inmensa alegría. Jocelyn rugió ahora como una bestia salvaje:

-¿Y... desde cuándo eres la prometida de ese bandido forastero?...

-Pues... ¡desde la noche del baile aquel, en Flag, cuando la feria

Nada de lo que hubiera podido decir Molly habría herido tanto y tan hondamente la vanidad de Jocelyn. Y se le vio transformarse, de segundo en segundo, hasta adquirir un aspecto repugnante, terrible, de bestia enfurecida.

De repente, sacando de nuevo el rifle de su funda de cuero, apunto a Traft... Molly dio un brinco, poniéndose delante de Jim y protegiéndole con todo su cuerpo.

-¡Antes me tendrás que matar a mí!-rugió noble y heroicamente la muchacha, segura de que el bruto aquel no se atrevería a disparar sobre ella.

Jocelyn se movía con lentitud ahora, sin ninguna prisa. Tenía el rifle en la mano. Podía torturar a sus víctimas todo lo que quisiera. Seth Haverly, sin embargo, tomó la cosa por lo trágico, creyendo que Hack sería muy capaz de matar a Molly también; *y* exclamó, aterrado:

-¡Por Dios, Jocelyn, suelta ese rifle!

-¡De ninguna manera, hombre! ¡Le tengo mucho cariño!

Jim observó que la pobre Molly estaba como al borde de la locura, en el límite de sus fuerzas. El bruto de Jocelyn la empujó lentamente, y ella retrocedía de espaldas hacia el sitio donde Traft estaba atado, impotente, sentado contra el poste, y sosteniendo todavía sobre la cabeza la botella de *whisky.*

-¡Oh, Seth Haverly!-gritó ahora Molly con "una aguda voz de terror-; ¡eres un cobarde, un cobarde!... ¡Dejarme a mí, a una pobre mujer, sola e indefensa, hacer frente a este demonio!...

-¡Pero Molly, demonio o no, yo tengo ahora un asunto importante con él!-repuso Haverly, picado-. Y yo no quiero delatar nuestro escondite con una tontería.

-¡Sí, un asunto, un asunto innoble, un negocio sucio... el que tú sabes! ¡Pero este hombre es un...!

-¡Molly Dunn!-interrumpió Jocelyn, furioso--, ¡cierra la boca, si no quieres que...! ¡Mira que va a ser tarde; que te va a pesar!...

-¿Que va a ser tarde?... ¿Tarde, para qué?... ¡Tú, so cochino, víbora!, pero, ¿piensas que puedo creerte ni un instante?... ¡Si quieres, puedes matarme a mí y a Jim, y a este grupo de cobardes nada me importa; pero ahora mismo te voy a desenmascarar!

Jocelyn hizo un gesto furioso. Su primer impulso fue caer sobre ella y ahogarla; pero se dijo que debía vigilar a los Haverly... y se contuvo.

-¡Ten cuidado!, ¿eh?...

Y Molly habló, fijos sus ojos magníficos de fuego en el miserable o en el grupo de hombres que asistían impasibles al horrible drama, semejante ella a un pobre animal

acorralado.

-¡Sabedlo de una vez, hatajo de cobardes: este hombre, Jocelyn, ha sido el que ha cortado la valla de Jim Traft varias veces, incluso cuando todavía pertenecía al equipo del Diamante! ¡Su propósito era que la culpa recayera sobre mi hermano y todos vosotros, los del equipo del Cibeque! ¡Os ha engañado a todos, como engañó a Jim Traft mismo, su amo! Además, no contento con ello, tiene el propósito de quedarse con todo el dinero del rescate de Traft..., matándolo luego y echando la culpa sobre vosotros... ¡Oh, yo lo conozco bien, al bandido este!... ¡Veo dentro de él y sé lo que piensa y lo que siente! ¡Es una víbora!... Jocelyn me ha traído aquí, porque me juró que si yo venía, él se encargaba de salvar la vida de Jim Traft. Entonces, yo acepté. Y luego..., nos vinimos para acá..., toda una noche larguísima, cabalgando a través de los bosques oscuros... Y una vez... yo tuve que luchar con él... como una fiera... Pero no me entregué... como él quería... ¡Antes me hubiera dejado matar!

-¡Tú, hiena, cállate ya!-gritó Jocelyn al fin, fuera de sí-. ¿Quién ha querido que te entregues?... ¡De haber querido..., con haberte atado!...

De pronto, el rifle estalló, con terrible estruendo. Jim oyó el silbido de la bala sobre su cabeza, al tiempo que Molly lanzaba un grito desgarrador.

-¡Molly, quítate te digo!-rugió el bárbaro-; ¡A ver!, ¿quién levanta aquí el gallo?...

Y se puso a andar por la plazoleta, yendo de acá para allá, con pasos descompuestos, los ojos extraviados y con una expresión feroz, llevando el rifle apoyado en la cadera.

Pero Molly no cedía. Le observaba, cambiando de posición conforme el otro se movía de manera descompuesta; la noble muchacha no quería dejar ni un segundo descubierto a Jim, sabiendo que ello sería la sentencia de muerte del pobre muchacho.

De pronto, Jocelyn se detuvo a pocos pasos, preparándose a disparar de nuevo sobre su víctima indefensa; entonces Molly, como un gato montés, saltó sobre el miserable, y desvió el arma, abrazándose a él. El tiro partió, y la bala dio en tierra; Jim sintió que le salpicaba una lluvia de polvo y de arena. En seguida, Molly se agachó, hundió sus uñas de tigresa en las manos de Jocelyn y luego hizo presa con los dientes en una muñeca, sin soltar el bocado.

-¡Suelta, perra, suelta!-gritó el bárbaro, enloquecido de odio y de furia-; ¡suelta, te digo, si no quieres que...!

Y luchaba desesperadamente con la muchacha para libertarse de sus garras, para quitársela de encima. Viendo que no lo conseguía, extendió la mano izquierda, y cogió a Molly por los cabellos, levantándola en el aire como si fuera una pluma, y balanceándola luego de un modo trágico. Pero ni aun así soltó Molly la presa. La sangre comenzó a brotar de la muñeca de Jocelyn.

-¡No me muerdas, perra!-rugió él, todavía furiosísimo.

Y, levantándola aún más en el aire, intentó apuntar con el rifle a Jim; pero Molly se balanceó más, alargó una mano, y logró desviar el brazo del canalla. La bala partió, rozando la cabeza de Jim, y perdiéndose en el bosque vecino. El retroceso del magnífico rifle Colt hizo vacilar a Molly, haciéndole soltar su presa: sus dientes se separaron; pero sus manos siguieron aferradas al miserable. Ahora Molly gritaba como una fiera, chillaba, lanzaba palabras cortadas, insultos, improperios, súplicas... Luego, viendo que todo era inútil, volvió a morder la muñeca del infame. Jocelyn la arrastró ahora hasta la puerta misma de su cabaña, mientras Seth Haverly y sus hombres, visto el cariz de la horrible lucha, huían a esconderse como ratas, detrás de la cabaña y en la cuadrita que era la alcoba de la pobre Molly. Desde allí todos se pusieron a atisbar el resultado de la contienda.

Jocelyn volvió a disparar sobre Jim y la bala rozó otra vez la cabeza de su víctima. El estampido del disparo, hecho al lado mismo de la oreja de Molly, pareció aturdir a la pobre muchacha, que abrió la boca, y estuvo a punto de derribarla al suelo. Jocelyn la cogió entonces por el cuello, hundiendo en la carne morena de Molly sus dedos, como garras. Entonces, el bruto lanzó un grito de triunfo ahora era cuando iba a poder matar a su odioso enemigo, porque la joven había quedado a merced de Hack, acogotada por aquella mano que la vencía definitivamente.

Librodot

Jim creyó ver una sombra que pasaba ante sus ojos dilatados por el espanto. No podía mover la cabeza. Pero con el rabo del ojo derecho pudo descubrir una extraña figura que acababa de aparecer como por arte de magia. Al mismo tiempo se oyó la voz ruda e inconfundible de Slinger Dunn, que gritaba desde lejos:

-¡Eh, boyero, alto!...

El rostro de Jocelyn adquirió una expresión de honda contrariedad. Al mismo tiempo, su sorpresa le hizo soltar a Molly, que se vino al suelo. El rifle de Jocelyn crujió ahora como un trallazo; pero casi en el mismo instante, el de Slinger vomitó también una llamarada, con gran estruendo. Jocelyn se estremeció, como si una mano invisible le hubiera empujado en el pecho. Y, herido en mitad del corazón, vaciló, soltó el arma, agitó los brazos, dio unos traspiés trágicos, y se desplomó al suelo como un saco que se desfonda, a pocos pasos de la cabaña.

XXI

Slinger Dunn lanzó una exclamación sorda, mientras sus ojos, muy abiertos, iban, desde el caído Jocelyn a su hermana v luego a Jim, atado e inmovilizado junto a aquel poste de pino. El rostro de Jim estaba desconocido a fuerza de golpes, de morados y de cicatrices; pero sus ojos relucían como una fiera de los bosques, seguían teniendo la misma expresión feroz de siempre.

-¡La verdad, no pensé encontraros tan pronto a ninguno!-murmuró con los dientes apretados.

-¡Slinger! ¡Llega usted a tiempo!-gritó Jim Traft. Molly se levantó, aturdida, sus cabellos sueltos y en desorden, llenas de sangre su cara y sus manos.

-¡Oh, Slinger, oh!-pudo decir solamente la infeliz, temblando como una hoja.

-¿Estás herida, Molly?-preguntó el hermano.

Pero ella, en vez de contestar a esta pregunta, gritó todavía:

-¡Arch!..., ¿está muerto?...

Y señaló el cuerpo de Jocelyn.

-¡Oh, a menos que llevara en el bolsillo de la camisa un reloj muy grande!-bromeó trágicamente el hermano.

Molly corrió entonces hacia Jim, conmovida hasta el fondo de su alma, y gritó a su hermano:

-¡Corta estas cuerdas, Arch, corta estas cuerdas, por favor!

Slinger sacó entonces un cuchillo y lo arrojó a los pies de su hermana, mientras preguntaba a Jim, cuyas ligaduras cortó en seguida la muchacha:

-¿Le ha herido... a usted?

-¡No, pero las balas me rozaron la cabeza varias veces!...

Y, viendo que Molly no acertaba a cortar todas las cuerdas, le dijo:

-¡Déjame el cuchillo!

-¿Qué dices?... ¡Los tiros me han ensordecido!...

Jim cortó al fin todas las cuerdas que le sujetaban, y se puso en pie. Esto hizo comprender a los dos hermanos que no estaba herido.

-¡Oh, gracias a Dios!-gritó la muchacha con voz temblorosa, cayendo sobre Traft en un impulso de ternura-. ¡Creí que te mataba!...

Y le tuteó por primera vez, con los ojos llenos de lágrimas. Jim la estrechó toda contra su pecho... Y este instante fue el más intenso, el más dulce y el más grande de su vida.

Slinger enfundaba el arma, y gritó:

-¡Eh, salid de aquí!

Seth Haverly obedeció el primero, lívido, desencajado, y tras él, con no mejor aspecto,

Matty.

-¡Slinger!-murmuró Seth Haverly señalando al caído-; ¡nos había engañado a todos!, ¿sabes?...-¿Quién está ahí, además?

Entonces salieron a.m. Haverly, después Hart Merriwell y por último Fletch.

-¿Dónde está Boyd?

-Jocelyn le envió a Flag, a llevar una carta al viejo Jim Traft.

-¡Ah, vamos!

-Entonces Slinger se volvió a su hermana.

-Ya te he visto que luchabas a brazo partido con este canalla, y es muy natural que él te pudiera; pero aquí estaban éstos..., Seth Haverly y su hermano Sam... Y no han sido capaces de ayudarte contra ese bruto, ¿verdad?...

El momento era crítico, *y* Molly gritó, todavía allí, entre los brazos de Jim Traft:

-¡Sí, Slinger, sí! ¡Son unos cobardes, unos miserables todos! ¡Me han dejado sola contra el granuja ese que ves ahí muerto!... ¡Todos, empezando por Jocelyn, *me* creían una perdida... y pensaban que o había venido aquí con él por propia voluntad, como una mujer cualquiera..., cuando lo que ocurrió fue que o acepté a venir por que Jocelyn me prometió que sólo así se salvaría la vida de Jim Traft!... Pero yo no confié en él ni un solo instante, bien lo sabe Dios. He estado ahí detrás, en esa cuadrita... ¡No sé cómo no enloquecí, Arch! .. . Me decidí a salir, y le rogué, le supliqué y luché con él, como tú has visto... Pero yo te había descubierto ya, cuando venías entre los pinos, allí lejos. ¡Y así estuve, peleando con él como una fiera... hasta darte tiempo a que llegaras!...

-En ese caso..., me parece, míster Traft, que puede usted alegrarse de que Molly sea hermana mía; de otro modo, a estas horas estaría usted en el otro mundo.

-¡Ya lo creo! ¡Muchas gracias, Dunn! ¡Y le doy también a Dios las gracias de que ella sea... *Molly Dunn del Cibeque!*

-¡Eso le reconcilia a usted conmigo!-murmuró Slinger-. ¡Llévesela de aquí... y lávela, haga el favor, que mire como va de sangre!

Jim la cogió en sus brazos y la llevó hacia el cercano arroyo, sorprendiéndose gratamente de lo mucho que pesaba la muchacha. Al fin, luego de bajar una ladera herbosa, se detuvieron cerca de la corriente, bajo la sombra perfumada de unos pinos.

-Bien; aquí puedes quedarte por ahora, Molly querida-dijo Jim tuteando también a la muchacha dulcemente-. Yo volveré allá...

-¡No, no me dejes!-dijo ella, toda temblorosa-. ¡Allí van a pelearse, seguramente!¡Bueno, no me iré! Déjame acercarme al arroyo, a mojar mi pañuelo. ¿Tú sabes cómo estás de sangre?

-¡Eso sí, ve, ve pronto!

Mientras Jim estaba mojando su pañuelo en el torrente, Molly oyó a Seth que gritaba con voz de cólera, allá en la cabaña. En seguida se oyó la voz aguda y terrible de su hermano, llena de furia también.

Cuando volvió Traft junto a la muchacha, Molly, temblando aún por la reciente lucha, murmuró:

-¿Sabes?... ¡Le mordí, le mordí con todas mis fuerzas!... ¡Pero ahora me pongo mala de ver *y* de oler su_ sangre miserable!...

-¡No te importe, corazón!-contestó Jim con inmensa ternura, comenzando a lavar el rostro de Molly-; ¡tú heroísmo y esos mordiscos al bruto de Jocelyn me han salvado la vida! ¡Dios mío, qué mujer más admirable eres, Molly!... ¡Y cómo me has hecho quererte..., cómo te quiero, cómo te quiero!...

Y la besó apasionadamente, muchas veces, manchándose de sangre.

-¡Oh, Jim, por Dios pueden vernos!...

-¿Y qué importa?... ¡Déjame limpiarte!...

Le lavó la cara y manos, incluso la boca por dentro y por fuera; toda ella estaba cubierta

Librodot

de sangre. De pronto, la muchacha murmuró:

-¡Fíjate, Jim: uno que se va! Mi hermano lo ha echado.

-¡Ah, sí! Es Matty-contestó Traft reconociendo al gigante del equipo de Seth. Llevaba una silla y los arreos de un caballo, y pasó muy ligero como en busca de los animales que pastaban, trabados, en el prado-. No parece que va muy contento.

-Me alegro que se marche, Jim; mi hermano, cuando se pone furioso, no mira nada; *y* cuanta menos gente quede ahí... Ya has visto lo que ha hecho con Jocelyn...

-¡No pienses en él, vida 'mía!... ¡Ese granuja ya está muerto!

-¡Sí; y mi hermano lo ha matado por culpa mía!

-No, no. Por culpa mía... y del mismo Jocelyn, Molly. ¿Tú pensabas ya casarte conmigo, cuando le dijiste a Jocelyn... que eras mi prometida?...

-Y claro que sí, Jim. Pero yo pienso que ahora ningún hombre, sino tú, podría quererme...

Y Molly añadió, en otro tono:

-¡Ahora tengo miedo de que mi hermano mate también a Seth y a Sam!...

-¡Bah, no creo!... ¡De todos modos, mientras ellos hablan *y* discuten, déjame que te diga lo mucho que te quiero, Molly de mi vida!...

-¡Calla, calla!... ¡A momentos me pareces Curly Prentiss!

-¡Con ningún hombre me gustaría tanto que me compares como con Curly!...

-Yo creo que me hubiera enamorado de él si no hubiera tenido las rudezas y las cosas de la mayor parte de los *cowboys.* Y ciertas debilidades.

-¿Qué debilidades eran esas?...

-¡Oh!-sonrió Molly-; ¡que era muy alegre con las muchachas!... La primera vez que veía a una..., como un joven del Este que yo conozco.....

-¡Ah! , ¿y dónde le conociste?...

-¡Oh, me parece recordar que fue en la feria de Flag!... ¡Oh, Jim querido!...

Los dos sonreían dulcemente cuando, de pronto, la muchacha frunció el ceño, señalándole a otro hombre que salía de la cabaña atravesando el prado.

-¡Mira, Jim! ¡Otro que se va!

-Éste es el cocinero. Creo que se llama Fletch.

-Pues, calla, ahora se marcha Merriwell también... En efecto, Merriwell salía también del campamento sin prisa alguna, con el remolón del hombre al que han echado de algún sitio.

Pero éste, en vez de alejarse, dio la vuelta a la cabaña, en cuyo interior estaban ahora Slinger *y* los dos hermanos Haverly, y se puso a mirar entre las rendijas de los troncos.

-¡Ahí pasa algo!-murmuró Jim moviendo la cabeza.

-¡Calla! ¿Oyes gritar a mi hermano?-contestó Molly.

En efecto; Arch gritaba, como si discutiera con alguien, y su voz tenía ahora una nota aguda y penetrante. Se veía que los tres hombres estaban discutiendo con calor, y Slinger debía echarles en cara a los Haverly que le habían traicionado cobardemente.

De pronto, el chasquido de un tiro estremeció a Molly, haciéndola abrazarse a Jim.

-¿Oyes?... ¡Ay Dios mío!...

-¡Ese disparo 'no me ha parecido del rifle de tu hermano!-contestó Jim. Los dos quedaron como en suspenso, tendido el oído, conteniendo el aliento.

En este momento sonó otro disparo, pero éste más ronco y fuerte, como de un arma más poderosa. Y en seguida se oyeron tres o cuatro disparos seguidos, y luego una verdadera salva, a la que siguió un silencio, como si se hubieran suspendido las hostilidades. Al cabo de unos momentos sonó un verdadero estampido de un arma potente: debía de haber sido de una carabina. ¡Silencio después!... El humo iba saliendo de la cabaña como una-nube lenta y clara que se desvanecía luego entre el verdor tierno de los pinos.

-¡Dios mío!-murmuró Molly,--. ¡Todos muertos! Se había tapado los oídos al empezar el combate, pero había percibido perfectamente todos los disparos.

-¡Yo también me lo temo!-contestó Jim-. Mira, ahora veo a Merriwell que vuelve... Yo

también voy allá, Molly!

-¡Dios mío! ¡Esto es el fin del equipo del Cibeque!... ¡Pobre Arch!... j No era tan malo como decían!...

-¡Espérame aquí, Molly!-dijo entonces Jim-. Debo ir allá... Volveré pronto, si...

Apretó dulcemente su mano, y echó a correr en dirección a la cabaña. El interior de ésta estaba todavía lleno de humo. Jim vio un hombre caído, como un fardo; entonces descubrió en otro rincón a Merriwell, arrodillado junto a Slinger, cuya cabeza sostenía en uno de sus muslos; *y* preguntó acercándose:

-¿Vive?...

-¡Oh, sí, vive, pero está acribillado a balazos!-contestó el otro-. Ayúdeme usted a que lo saquemos de este sitio, donde el humo le ahogaría.

Entre los dos lo sacaron de la cabaña, colocándolo sobre una silla de montar por cabecera.

-¿Qué puedo hacer yo ahora?-preguntó Merriwell.

-¡Hay que reconocer que el tal Slinger era una fiera! ¡Se ha batido, como un león contra los dos hermanos!

¿Dónde está Molly?-preguntó el herido abriendo los ojos un instante.

-Ahí, junto al arroyo-contestó Jim-. Voy a llamarla.

Se levantó para hacerlo; pero entonces vio que Molly venía ya, toda asustada; había visto como sacaban a su hermano herido de la cabaña. Jim salió a su encuentro.

¡Molly, tu hermano vive! Acaba-de preguntar por ti.

Tuvo que sostenerla para que no cayera al suelo.

Al llegar junto al herido, Molly se arrodilló murmurando, con los ojos llenos de lágrimas:

-¡Oh, Arch!... ¿Qué tienes, querido?... ¿Son graves tus heridas?...

-¡Ya estoy listo, Molly!-repuso Slinger, con una leve sonrisa.

-¡Oh, mientras hay vida, hay esperanza!-comenzó Jim arrodillándose también.

-¿Y qué podemos hacer, Dios mío?-gritó la muchacha, como enloquecida.

-¿No hay por aquí, por casualidad..., un poco de *whisky?-pidió* el herido con voz débil.

-¡Sí, sí!... ¡Aquí hay *whisky!:.. ¿Dónde* diablos lo he visto yo?... ¡Ah, ahora recuerdo; en una cartera de la silla de Jocelyn! Éste tenía un gran frasco, del que llenó antes una botella..., ¡esa botella maldita que...!

Y corrió a coger el líquido salvador. Dunn bebió un largo trago.

-¡Ya ha tenido usted suerte, míster Traft!-comentó luego Slinger con una sonrisa helada-. Usted podría verse ahora como yo me veo, acribillado a balazos.

-¡Ya lo creo!

-Yo tenía el propósito de haberle matado a usted... hasta que mi hermana me hizo una... promesa.

-¿Una promesa?... ¿Qué promesa?...

-Molly..., ¿la sostienes todavía?

-¡Sí, Arch!-repuso la muchacha inclinándose sobre su hermano, mientras unas lágrimas enormes iban deslizándose por sus mejillas.

-¡Bueno, en ese caso!...

-¡Molly querida, dime qué promesa era ésa!

-Es que... verás: mi hermano había hecho el firme propósito de matarte. Yo le rogué, por Dios, que no lo hiciera; y él entonces me contestó que... del único modo que te perdonaría la vida era si yo me las arreglaba para que tú me solicitaras de nuevo en matrimonio... ¿Comprendes? Y yo se lo prometí así.

Jim cogió dulcemente a la muchacha y murmuró:

-¡Oh, Slinger, usted no sabe cómo quiero yo a su hermana! ¡Se lo habría estado rogando hasta el día del Juicio!

-¡Oh, ahora veo que usted quiere de veras a mi hermana! No tengo que agradecerle

muchas cosas a Dios..., pero esto sí se la agradezco.

Molly se estremeció al oír estas palabras, indicadoras de la gravedad del herido. Éste sabía, tal vez, que iba a morir. Entonces la muchacha exclamó, en tono desesperado:

-¿Qué podemos hacer, Jim?... ¿Qué podemos hacer, Hart? ¿De verdad está tan malo?... ¿Dónde tiene las heridas?

-¡Oh, Molly, en todo el cuerpo!-contestó Merriwell.

-¡Mi hermano ha estado herido tantas veces!... Por suerte, no tiene atravesados los pulmones, porque no escupe sangre, y esto ya es bueno... Su brazo izquierdo está sólo roto... Aquí, en el hombro, tiene otro balazo... y más abajo, otro... Éste es más grave... ¡Oh, Dios mío!... ¡Pero vamos a curarlo y a vendarlo!

Pronto, bajo la dirección de Molly, los hombres, a quienes ella metía prisa, comenzaron a moverse en todas direcciones. Jim había creído siempre que un balazo en el abdomen habría matado irremisiblemente a un hombre ordinario; pero por lo visto, este Slinger era de la piel de los perros. Le curaron y le vendaron, luego de lavarle las heridas. Tenía un balazo en el abdomen, otro en una cadera... Todas las heridas parecían ser de bala de rifle.

Mientras le lavaban y vendaban lo mejor que se podía en este desierto, Slinger comenzó a hablar:

-Sam me hirió a traición, cuando yo estaba luchando con su hermano. Él fue el que me largó este balazo en el vientre. Entonces nos liamos a tiros los tres; yo tenía un rifle *Colt*, muy bueno, y una carabina *Winchester*, del cuarenta y cuatro. Sam se escondió luego en la cuadrita, pero yo largué dos tiros a través de los troncos y le herí, porque chillaba como un condenado... Entonces me escondí en la pared, de modo que si quería hacerme blanco de nuevo no tenía más remedio que entrar otra vez en la cabaña. Al fin, viendo que no salía, avancé y le disparé dos tiros que lo dejaron seco.

Salvo una leve nota ronca, el tono de la voz de Slinger era el mismo que de costumbre. No parecía emocionado siquiera. Su vitalidad era admirable. Jim sabía que lo más peligroso para un herido de bala es perder el conocimiento, y Slinger aparecía muy sereno.

-¿Qué hacemos ahora?-preguntó Jim.

-Yo creo que no hay nada que hacer-repuso Merriwell-. ¿Cómo te encuentras, Slinger?

-¡Regular!-contestó el herido.

Ahora estaba muy pálido, y cerró los ojos, quedando in-móvil. Su hermana le sostenía la cabeza amorosamente.

-¡Oigo caballos!-dijo de pronto Slinger abriendo un instante los ojos.

Todos escucharon, y Jim movió negativamente la cabeza:

-¡Ustedes no están tan cerca del suelo como yo!-insistió Arch-. ¡Les digo que oigo caballos!

Merriwell avanzó unos pasos para mirar en todas direcciones. En seguida gritó, volviendo:

-¡Es un grupo de *cowboys* que viene hacia aquí!... Yo creo que debería marcharme...

-No, no se marche usted, Merriwell-contestó Jim, luego de examinar a los que se acercaban-; es Curly Prentiss con algunos muchachos de mi equipo.

-¡Pues es verdad! ¡Y se ve que han cazado por el camino a Matty y a Fletch!

Curly Prentiss se acercaba al galope, rompiendo la marcha; después le seguían otros jinetes: Bud, Lonestar y Jackson Way, que llevaban, como a la deriva, a los dos miembros del Cibeque que se habían marchado los últimos de este campamento.

Curly echó pie a tierra, acercándose al sitio donde estaba el herido. De una ojeada, apreció la situación.

-¡Hola, mi amo!... ¡Buenos días, Molly!...-dijo, descubriéndose. Entonces miró a Dunn.

-Prentiss-murmuró entonces Slinger abriendo de nuevo los ojos-; llegáis un poco tarde... Veo que habéis detenido a Matty y a Fletch, pero debéis dejarlos marcar. Yo los autoricé a ello... La cosa ha sido con Jocelyn y con los Haverly... ¡Mira un instante ahí dentro, en la cabaña!

Librodot

Curly obedeció, y en seguida volvió con una expresión de terror en los ojos.

-¡Muy bien hecho, Slinger!-comentó-. Pero siento que te hayan malherido.

-¡Oh, aún no me he muerto! Te advierto que, si al fin lo hago, no será por culpa ni de Jocelyn ni de Seth; fue Sam el que me hirió, a traición, por cierto.

Bud Chalfack y los otros *boys* llegaron junto al grupo, echando pie a tierra.

-¡Hola, mi amo-saludó Bud-; la verdad es que no creíamos encontrarle a usted vivo! ¿Cómo va, Molly? Alguien nos dijo que te habías marchado del pueblo.

Entonces Jim contó todo lo que había ocurrido: cómo le secuestraron, trayéndole a esta cabaña, las condiciones que los bandidos ponían para su rescate, la infame conducta de Jocelyn *y* las peleas que habían seguido. Y Traft se extendió en largos elogios sobre el valor, la nobleza y la temeridad de Molly.

-¡Diablo de chiquilla!-comentó Bud-; ¡yo siempre te había tenido por la muchacha más valiente y notable de todo Arizona, pero ahora me descubro ante ti, maravillado!

Y se quitó el sombrero, con una reverencia cómica y galante.

Y como Curly bromeara también con Jim, diciéndole que al fin había conseguido el amor de la muchacha admirable, Slinger, que lo oía y lo veía todo perfectamente, y se daba cuenta cabal de las cosas, comentó abriendo los ojos otra vez:

-¡Es que... mi hermana es... Molly Dunn del Cibeque! Molly no quiso prestar oídos a tanto elogio, y murmuró:

-¡Pero, por Dios, hombres, ocúpense de esos pobres muertos!... ¡Curly, tú di lo que hay que hacer!...

-¡Perdóname, Molly!-repuso Curly, arrodillándose junto a Slinger-. ¡A ver!: ¿dónde estás herido?...

Molly y Merriwell le informaron ampliamente. Curly se levantó al fin, murmurando:

-¡Es una suerte, a pesar de todo...! Algunas heridas son graves, pero, en fin... A ver: Jack, coge tu caballo y lárgate a Flag, por el médico. Podéis venir en coche hasta Cottonwood; tú, Hollyday, y tú, Bud, volvéis al campamento y os traéis todo lo que hay por allí, en los paquetes... A ver si podemos poner a la pobre Molly con un poco de bienestar, y al herido también.

Luego se volvió hacia Jim.

-¡Mi amo!, ¿quiere usted que retengamos prisioneros a estos hombres del equipo del Cibeque?... Yo creo que si les dejamos marchar, saldrán al encuentro de Flick, avisándole, y largándose todos con el dinero del rescate. Y eso no debemos consentirlo, ¡caramba!

-Reténgalos usted aquí, Curly, hasta que vuelva Flick-ordenó Traft-. Usted y yo nos relevaremos en las guardias.

-¡La verdad es-comentó entonces Matty-que no tenemos ganas de marcharnos ninguno; de modo que si no quieren ustedes molestarse en vigilarnos!...

XXII

Slinger Dunn estaba ahora tan lívido, tan inmóvil, que Jim creyó que entraba en el período comatoso que precede a la muerte. Molly también tenía el convencimiento de que su hermano moriría de un momento a otro. Pero las horas pasaban; los tres prisioneros se habían puesto a jugar tranquilamente a las cartas en silencio; luego, Curly y Jim habían levantado una tienda sobre el lecho rústico de Slinger, haciendo una cama de ramas de abeto al lado, para Molly; los paquetes de Jocelyn contenían abundantes provisiones, que les sirvieron para hacer la cena. Un sol tibio y limpio, como recién lavado, llenaba los bosques majestuosos de maravillosa alegría. Y de vez en cuando, los pavos salvajes pasaban sobre la explanada, con un rumor sordo de sus enormes alas..., y Slinger Dunn continuaba viviendo.

Librodot

Al llegar la noche, un viento fuerte y recio, que silbaba en las ramas de los árboles, anunció la próxima tempestad. Coyotes y alimañas vinieron hasta cerca del campamento y no atreviéndose a acercarse, a causa del fuego. Molly permanecía sentada junto a su hermano, en la tienda improvisada, triste y pensativa. De vez en cuando tocaba una mano del herido, tomándole el pulso; y cuando éste se hacía imperceptible, se inclinaba sobre él, poniéndole el oído sobre el corazón, para cerciorarse de que aún vivía.

Jim permanecía allí, casi siempre en pie, acompañan-do a Molly, y sólo salía un instante de la tienda, de vez en cuando, para avivar el fuego, o echar una ojeada al interior de la cabaña, donde los prisioneros dormían. Curly dormía en la puerta, despertándose cada vez que Jim pasaba por allí, aunque no hiciese el menor ruido. Los muertos habían sido llevados a un rincón y cubiertos con mantas.

Jim se paseaba a veces por la explanada, entregándose a largas reflexiones. No durmió. En el silencio profundo de aquella noche estrellada de los bosques, Traft, pensando en Molly o contemplándola largo rato bajo la tienda, junto al hermano herido, comprendió lo mucho que valía aquella mujer. Un profundo respeto por la vida primitiva se elevaba en lo mejor del corazón de Jim. Comprendía que muchas cosas a las que las gentes civilizadas concedían un gran valor, eran completamente hueras y superficiales. Molly tenía las grandes cualidades que hacen admirable el alma y la persona: virtud, valor y un corazón lleno de ternura, capaz de llegar al sacrificio por el ser adorado.

De vez en cuando entraba en la tienda, inclinándose sobre el herido; y luego, al levantarse, los ojos de Molly, muy grandes y negros en la noche, brillando al resplandor del fuego, daban un aspecto de incomparable hermosura a la noble muchacha. Jim se decía que la vida había sido harto generosa con él, recompensándole con esta mujer por todos los dolores pasados.

Al amanecer, el viento fuerte cesó, sobreviniendo una temperatura casi baja. Se sentía frío. Jim echó su chaqueta sobre la espalda de Molly, v luego extendió una manta sobre Slinger. Después se acercó al fuego a calentarse un poco en las últimas brasas.

El alba pareció sumir los bosques y la tierra entera en una luz brumosa y opaca, en medio de una inmovilidad de muerte. No se movía ni una hoja. Jim pensó que Slinger no tardaría en morir.

Molly le llamó, de pronto, y Jim se apresuró a acudir junto a la muchacha.

-Ahora hablaba a medias, palabras, ¿sabes?... ¡No sé qué decía de la hermana de los Haverly!... Estaba enamorado de ella... Y quizá va a morir maldiciéndola...

Jim se sentó entonces junto a la adorada, abrazándola suavemente, esperando el final de aquella vida que se acababa por momentos. Aquélla era la más triste y melancólica de todas las horas de la noche. Poco después, con los primeros resplandores lívidos de la aurora, comenzó a

caer sobre la tierra una lluvia fina y silenciosa que iba calando los bosques poco a poco. ¡Y Slinger Dunn no había muerto todavía!

Curly apareció en la puerta de la tienda, bostezando, y saludó:

-¡Buenos días, *bebés de los bosques!* ¿Cómo está Slinger? ¿Vamos mal?

-¡Muy mal!-contestó Jim-. Toda la noche hemos estado esperando que se muriera...

-Me parece que pronto va a encontrarse en un mundo mejor-murmuró casi entre dientes Curly.

-Hace un momento, cuando amaneció, creíamos que se iba-dijo Traft.

-¡El pobre está sufriendo tanto!-añadió por su cuenta Molly.

Curly se inclinó entonces sobre el herido, poniéndole el oído en el pecho. En seguida, al incorporarse, se echó a reír, con una risa alegre, al tiempo que decía:

-¡Vamos, hombre, no hay que apurarse tanto! ¡No la *dañará!*

-¿Qué?-interrogó Jim.

-¡Oh, Curly!, ¿qué dices?-casi gritó Molly, en una voz llena a la vez de angustia y de esperanza.

-Les digo a ustedes que vivirá ¡vaya! Yo no soy médico, pero he visto morir a mucha gente, y Slinger no tiene ningún síntoma de muerte.

Molly se sintió desfallecer. Esta impresión, después de las tremendas emociones recibidas en las últimas horas, acabó con sus fuerzas y cayó, privada de sentido, entre los brazos de Jim Traft.

El muchacho la depositó con ternura en el lecho rústico de ramas y la cubrió con una manta, murmurando:-¡Duerme, mi novia, duerme, duerme!

Curly vino, anunciando que llovía mucho. Y al ver dormida a la muchacha, comentó:

-¡Es un ángel! ¡No sé, mi amo, cómo he tenido fuerza de voluntad para renunciar a ella y entregársela a usted!

-No gaste usted bromas con Molly, Curly-dijo Jim, muy serio.

-¿Y qué hacemos con los muertos, mi amo?

Se refería a los cadáveres de los tres *cowboys.*

¯¡Oh, habrá que enterrarlos, naturalmente!

-Los Haverly, aún, mi amo; pero lo que es ese indecente de Hack Jocelyn..., ¡la verdad, yo lo arrojaría a que se lo coman los coyotes!

Jim y Curly penetraron en la cabaña poco después. Curly destapó los cadáveres, mientras Jim retrocedía dos o tres pasos. El espectáculo no tenía, en verdad, nada de atractivo.

Jim despertó a los tres prisioneros, diciéndoles:

¡Arriba, tumbones, que hay que preocuparse de hacer el desayuno!

Los tres se levantaron prontamente, con la vivacidad y el aspecto de personas que buscan captarse las simpatías de los que les rodean.

-Qué, ¿no os habéis marchado, $_{h}$atajo de pillos?-les dijo Curly riendo.

-¡Oh, amigo Curly!-contestó en el mismo tono Matty-; no nos iremos aunque nos echéis. ¿No ves que no tenemos más medio de vida que el equipo?

Mientras desayunaban, cesó la lluvia, luciendo un poco el sol; pero luego el cielo volvió a ensombrecerse.

Molly continuaba durmiendo, y ni siquiera los cencerros y campanillas de las acémilas de carga del Diamante, que llegaron a media mañana al campamento, pudieron despertarla.

-¡Qué noche más larga, diablo!-comentó luego Bud-. ¡Creíamos que no llegábamos nunca!

-Pues, fíjese usted, Bud, si tan larga les ha parecido a ustedes, ¿qué no habrá sido para Molly y para mí?-contestó Jim.

-Ya veo que no han cubierto ustedes la cara de Slinger; eso quiere decir que *no la ha estirado* todavía.

Jim no podía imaginarse la alegría que iba a experimentar al ver de nuevo a los *cowboys* de su equipo.

-¡Hola, muchachos!-exclamó alegremente-; ¡me alegro infinito de verles a ustedes! ¿Dónde están Hump y Uphill?

-No sabemos. Cherry le dirá a usted algo... y le dará unas noticias que no son por cierto muy agradables-comentó Bud-. Nosotros dejamos en el campamento algunos caballos y bastante impedimenta. Jeff viene después. Dijo que prefería venir con el furgón o andando, porque es muy mal jinete.

-¿De qué se trata, Cherry?-inquirió Jim acercándose a Winters, que desmontaba en aquel momento.

-Es que, verá usted, mi amo. Es que Stevens y Frost han quedado allá, por Derrick. Les dejamos una nota para que supieran que veníamos acá; pero en vez de alcanzarnos, creo que se han ido, porque no los hemos vuelto a ver.

Jim no creyó ver gran motivo de preocupación en estas palabras del *boy;* pero le chocó la expresión del rostro de Cherry mientras le daba la noticia.

-Bueno, bueno-ordenó al fin Traft-; vayan ustedes deshaciendo fardos y líos y monten

Librodot

el campamento. Si Dunn lo cuenta, tendremos que permanecer aquí bastantes días. Vayan armando también la tienda pequeña, para Molly, si la han traído ustedes; y en cuanto acaben, hay que proceder a enterrar a los tres *boys* muertos ayer.

Los *boys* fueron entrando luego, uno por uno, conducidos por Bud, a echar una ojeada a Slinger y a Molly. Ninguno de ellos hizo comentario alguno por extraño que parezca; esto quizás obedecía al respeto que inspiraba la heroica conducta de la muchacha y lo horrible del drama que aquí se había desarrollado el día anterior. Luego, los muchachos se pusieron a trabajar para armar tiendas y garitos. Jeff Davis, el cocinero, llegó con la última tienda de la impedimenta, y se puso también a ayudar a sus camaradas.

Casi todo el día lloviznó, y en las primeras horas de la tarde llovió torrencialmente. Molly continuaba durmiendo. Slinger no parecía haber experimentado variación alguna en su estado. Los tres cadáveres habían sido sacados fuera de la cabaña, sin ceremonia alguna, y los *boys* se dedica ron a limpiar aquélla escrupulosamente. Jim, luego de permanecer unos instantes junto a Slinger y Molly, penetró en la cabaña, armándose de paciencia. Ahora sólo se trataba de eso, de esperar.

Bud apareció llevando un trozo de corteza de álamo sobre el que había grabado algunas palabras. Jim y Curly se inclinaron sobre el artista y leyeron lo siguiente:

Hackmore Jocelyn, N. G.

El que cortaba la valla de Jim Traft, descubierto

y muerto aquí violentamente.

Sepbre. de 1889.

Pero no recuerdo la fecha de su nacimiento-dijo el pequeño artista, examinando complacido su trabajo.

-Creo que tenía veintitrés años, o iba a cumplirlos ahora, a fines de septiembre. Además, ¿qué importa eso?-contestó Curly.

Los otros muchachos hicieron diferentes comentarios.

-Nadie podría imaginar que tú eras un grabador de marca-dijo Cherry.

-Pero si se muere Slinger tendrás que hacer otra inscripción-añadió Lonestar.

-¡Oh, es que Slinger no morirá!-contestó Curly por _ Bud.

-¡Pues yo te apuesto lo que quieras a que Slinger muere!-exclamó entonces Bud, muy animado ante la perspectiva de un pugilato.

-¡Vete al diablo!

-¡Te apuesto lo que quieras a que muere antes de que venga *Doc* Shields!

-¡Apuesta con tu abuela! Te juro que perderías. Como siempre.

-¿Siempre?... ¡Recuerda-que en ciertas apuestas he ganado! Alguna vez, en Flag, por ejemplo...

-Tú te acuerdas de Flag, por los bares... Siempre estabas borracho allá.

-Mira, Curly, si no fuera porque te tengo ley, te rompía la crisma... Pero, bueno, entre nosotros no hay ofensa posible. ¿Hace o no hace?... ¡Yo estoy dispuesto a que apostemos; aquí está mi *blanco!*

Y sacó del bolsillo un puñado de billetes, que hizo fruncir el ceño a Curly y despertó la codicia de Lonestar y de Cherry.

-Oye, oye, ¿de dónde has sacado tú ese dinero?-preguntó Curly Prentiss, un tanto intrigado.

-Son mis ahorros. ¡Bueno, ahora, venga; apostad lo que queráis! ¡Yo apuesto por que

Librodot

Slinger *las lía!*

El dinero de Curly fue salvado milagrosamente por la llevada inesperada de Jack Way y el doctor Shields. El médico era un hombre pequeñito, como perdido en un inmenso abrigo de entretiempo. Era muy popular y conocido en Flag y sus cercanías. Se quitó el sobretodo y abrió un pequeño maletín, del que sacó frascos y paquetes.

-¿Dónde está el herido?-preguntó después de ser presentado a Jim-. ¡Tráiganme agua caliente bien limpia!

Jim pensó que no sería necesario despertar a Molly. La pobre muchacha se empeñaría en ayudar. El doctor Shields tomó el pulso del herido, y luego puso la cabeza sobre el pecho de Slinger; después murmuró:

-¡Hum!...

Jim tradujo esta exclamación como de buen agüero.

Después, el doctor comenzó a cortar vendajes, empezando por los del abdomen. Al ver la herida, movió la cabeza a un lado y a otro; pero cuando comprobó que el proyectil había atravesado a la víctima de parte a parte, asintió en silencio, con evidente satisfacción. Cherry trajo una cazuela llena de agua caliente. En seguida el doctor se puso a la tarea, y una hora después, ayudado por Jim, había curado y vendado las seis heridas de Slinger Dunn.

Con gran asombro de Traft, aquél abrió los ojos. Sin duda se había dado cuenta de todo, porque preguntó:

-¡Usted debe de ser un doctor, señor!... Dígame, *¿las liaré* o no?

-Amigo Dunn-contestó el doctor-, el balazo del vientre tenía que haberle, matado a usted hace muchas horas. La herida de la cadera es menos grave; y las otras... ¡nada!

-¿Puedo beber un poco de *whisky?*

El médico asintió, apresurándose a dar de beber a Slinger un largo trago de *whisky.*

De pronto, Molly despertó, incorporándose, aturdida, y Slinger la saludó con palabras cariñosas y alegres, dándole *el* remoquete de sus horas felices.

-Hola, *ratoncillo del bosque!*-dijo-; ¡caramba si has dormido un rato!...

-¡Oh, Arch... Jim...!

-Molly, este señor es el doctor Shields, de Flag. Acaba de curar a tu hermano, y...

Slinger le interrumpió, diciendo a su hermana:

-¡Esta noche creí que me moría, chica!

-No hable usted-ordenó el doctor entonces-; no se mueva tampoco. Eso es todo.

En seguida, el doctor salió de la tienda, con Molly y con Jim.

-Lo que ha dicho su hermano de usted tiene mucho de verdad-continuó diciendo ahora el médico-. Yo no puedo hacer pronósticos; no me explico cómo no se ha muerto. Es un caso único. Muchos de estos *cowboys* del país son como los indios, a los que los balazos y las cuchilladas no parecen hacerles mucho daño. Usted, Curly Prentiss, es otro que tal... Yo he visto milagros. Este hermano de usted *quizá viva.* Si llega a mañana, entonces podremos tener esperanza de salvarle. Mañana veremos.

La lluvia penetraba a través del techo roto de la cabaña formando arroyuelos.

Curly ordenó que la recogieran. Molly tuvo que comer allí mismo, y todos la atendían con gran solicitud. Luego volvió a su tienda, una pequeña tiendecita, que habían armado para ella sola, limpia y confortable. Los tres prisioneros permanecían inmóviles agrupados en un rincón, mirando la lluvia o el paisaje. Boyd Flick no había vuelto. Los *boys* jugaban a las cartas, mientras Bud, evidentemente enamorado de su talento de grabador, tallaba cáscaras de árbol y escribía en ellas de un modo incansable. Cuando exhibió, al fin, la última muestra de su genio de escultor, los *cowboys* se quedaron boquiabiertos; en un trozo de madera, Bud había grabado un busto, y en él aparecían escritas estas palabras:

Curly Prentiss Murió soltero

Los *boys,* muertos de risa, presentaron la obra de arte a Prentiss, a la que no encontró

Librodot

gracia alguna, y comentó:-¡Soltero, soltero!... ¡Podías haber puesto casado con cien muchachas!...

Así fue pasando el día. Jim observaba-y atendía a Molly, que había vuelto al lado de su hermano, dispuesta a pasar-otra noche velándolo. La lluvia tabaleaba sobre las lonas de las tiendas, pero Molly estaba instalada confortablemente.

-¡Traft, usted parece muy cansado!-dijo el doctor Shields cuando cayó la noche-. Vaya a acostarse. Yo velaré al enfermo, y si empeora, le llamaremos. A mí me tiene asombrado.

Jim penetró en la tienda a despedirse de Molly; pero la muchacha le chistó débilmente, al tiempo que decía:

-¡Schst!... ¡Está durmiendo!

-Molly, supongo que no vas a pasarte otra noche sin dormir. Me ha dicho el doctor que él velará a tu hermano.

¯Ya me acostaré cuando tenga sueño. ¡Jim, empiezo a tener cierta esperanza!

-Y yo también-repuso Traft.

-Al mismo tiempo, abrazó dulcemente a la muchacha, que se estremeció, apartándolo con suavidad; pero en seguida se puso en pie, y tímidamente, pero dulcemente también, le devolvió el abrazo, besándolo con suavidad en una mejilla. Entonces Jim, agradecido y contento, estremecido hasta el fondo del alma, se despidió de ella y salió.

Su tienda había sido armada detrás de la cuadrita donde Seth Haverly había encontrado la muerte. Durmió con un sueño profundo, de fatiga y agotamiento, hasta que le despertaron los primeros ruidos del campamento. Era un amanecer húmedo y sombrío, pero evidentemente la lluvia había cesado.

Mientras se calzaba, oyó la voz de ¸Curly, que preguntaba al médico:

-¿Qué, doctor, cómo está el herido esta mañana?

-¡Oh, mal, desde luego! Pero ustedes los *cowboys* no
-me parecen seres de carne y hueso. Dunn me ha pedido un cigarro hace poco.

El doctor, cuando se acercó Jim, continuó diciendo:

-Míster Traft, no pierdo la esperanza de salvarle. Volveré a mirarle las heridas y a curarle después del almuerzo. Y si le encuentro bien, me marcharé. Tengo mis ca ballos ahí cerca, atados en un corral. -

Al sonar la hora del almuerzo, Molly salió de su tiende-cita, y con gran contento por parte de Jim, se sentó a su lado. La mañana tendía a aclarar, y a ratos lució el sol

El médico dijo luego:

-¡Miss Molly, puede usted descansar tranquila! Su hermano vivirá... Voy a darle unas cuantas instrucciones. Denle ustedes al herido sorbos de *whisky* y agua, de vez en cuando, durante dos días. Si hay fiebre, me avisan y yo vendré. Pero no me parece que haya signo alguno de calentura ni de complicaciones. Las heridas se han cerrado muy bien, en medio, y a causa de este aire purísimo de los bosques. Luego pueden empezar a darle sopas de buen caldo, un poco de carne asada, té y cositas alimenticias y ligeras. Pero todo muy parcamente, ¿eh?... Y dentro de diez días, hacen ustedes unas parihuelas o una camilla de lona y palos, y lo pueden llevar hasta el camino, donde una galera o el vagón de ustedes me lo llevará a Flag. ¿Estamos?

Cuando el doctor se despidió de todo el mundo, marchándose con su guía, Bud exclamó muy lentamente, y en tono de broma:

-¡Sopas de buen caldo, un poco de carne asada, té y cositas alimenticias y ligeras!... ¡Caramba, eso es lo que me hace falta a mí!

-¡Y a mí!-contestó Curly entre las risas generales.

Jim, que apareció poco después, de regreso de despedir al doctor, se encaró con Bud y con Curly, precisamente-con los dos *cowboys* que se estaban quejando de lo mucho que habían trabajado en la construcción de la valla, y les dijo:

-Amigo Curly, y usted Bud..., puesto que son ustedes tan fuertes, va¸ pueden dedicarse a reparar el techo de la cabaña. Cojan pizarra de ahí cerca, y arréglenlo.

-¡Oh, mi amo, no lloverá más, no es necesario!-opuso Bud cazurramente.

-Por si acaso. El cielo-no es muy tranquilizador.

-¡Mi amo, yo estoy cansado como un gato enfermo!-dijo Curly por su cuenta.

-¡Oh, trabajando se encontrarán ustedes mejor!-contestó Jim con suave ironía.

Cuando se marchó Traft, Curly comentó:

-¡Ésta es buena!... Mientras el amo se dedica a enamorar niñas bonitas.

Y como encontraron a Cherry, lo pararon:

-¡Eh, tú, Cherry, vas a ayudarnos a coger pizarra para el techo de la cabaña!

-¿Quién lo ha dicho?

-El amo.

Fue una suerte que Jim tuviera aquella idea, porque apenas habían terminado los *boys* de reparar el techo, comenzó a llover a torrentes. Llovió todo el resto del día. Los *boys* se pusieron a jugar las cartas, o hablaban, discutían y reían.

Jim volvió a ver a Molly a la hora de las comidas. AI pasar el peligro inminente de su hermano, volvía a mostrarse tímida y recatada como era su natural. Y los *boys* la miraban con ojos muy dulces...

Al llegar la noche, Jim se encontró un instante con Molly bajo la tienda donde estaba Slinger, seguramente maldiciendo al doctor Shields por no haberle autorizado a beber más *whisky*. Traft sólo pudo esta noche estrechar la mano de la amada furtivamente.

Aquella noche hubo una gran tormenta. La cabaña y las tiendas se estremecían bajo el terrible aguacero y las ráfagas feroces de un viento huracanado. Jim pensó que ,si la cabaña se venía abajo, podía haber una verdadera catástrofe, porque las vigas eran muy pesadas. Todo crujía o tabaleaba en el bosque, y los relámpagos iluminaban de vez en cuando la floresta, que parecía encantada bajo la lluvia. Luego, horrendos truenos hacían estremecer la tierra.

Al amanecer, cesó la tormenta, pero soplaba un viento fuerte y frío. El bosque había cambiado de aspecto por completo. Muchos árboles aparecían completamente desnudos y el suelo estaba alfombrado de hojas secas, de todos los tonos del oro. El otoño había empezado en esta parte del Diamante, y no era difícil adivinar que el invierno asomaba su blanca caperuza de nieve en los altos promontorios y las inmensas cordilleras. Esto causaba cierta inquietud a Jim, porque él había pensado tener terminada la valla antes de que cayeran las primeras nieves.

Jim salió para lavarse. La mañana era de una maravillosa belleza; unas nubes muy blancas, como talladas en mármol, bogaban por un cielo profundamente azul. Traft llegó junto al arroyo, convertido en rapidísimo torrente, y el agua, que burbujeaba formando blanca espuma, era tan fría, que le causó bien pronto un agudo dolor en los dedos.

Estaba secándose en su propio pañuelo, cara y manos, cuando llegaron 'Curly y Bud, con sendos rifles, llevando cada uno un hermoso pavo muerto.

-¡Buenos días, amo!, ¿se ha dormido bien?-saludó Curly con una sonrisa.

-¿Qué le parece esto?-añadió Bud.

Jim se enfadó amablemente.

-¡Oh, amigos míos, se han ido ustedes a cazar pavos salvajes sin avisarme a mí!-dijo-. ¡Yo que tenía tanta ilusión por acompañarles!...

-¡Oh, mi amo, es que era muy temprano cuando nos fuimos!... Aún era de noche, y hacía un frío terrible; por eso no nos atrevimos a llamarle.

-Pero... ¿me llevarán ustedes la otra vez que vayan?...

Y cuando los dos *boys* lo estaban prometiendo, se oyeron gritos y un tumulto que venía del otro lado del campamento.

Eran los *boys,* que se peleaban en broma. La presencia de Jim puso paz entre ellos, y luego Traft entró a ver a Slinger. El herido parecía en el mismo estado que el día anterior.

Al día siguiente, y en vista de los optimismos de Curly, que aseguraba que Slinger Dunn curaría bien pronto, Traft se levantó mucho antes de amanecer, y llamó por sí-mismo a

Librodot

Prentiss y a Bud. Los tres salieron del campamento envueltos en las tinieblas de la noche, llevando sendos rifles.

Bud comentó:

-¡Le advierto, mi amo, que los pavos salvajes no tienen nada de lechuzas, de modo que no los veremos en dos horas o más!

Luego Curly comenzó a hacerle advertencias a Jim, que le extrañaron al principio, pero o acabó por acatar:

-¿Sabe usted, mi amo?... ¡En esta clase de caza no se debe disparar nunca sobre un pavo que esté aún posado! Porque esto es caza, verdadera caza, y no deporte.

-¡Oh, después de haberme comido aquel muslo de ayer, soy capaz de todo para cazar otro bichito de éstos! Luego, Curly continuó burlándose muy suavemente de Jim; le recomendó que no hablara, para no espantar a los pavos; y al observar que Curly y Bud continuaban su charla en voz normal, preguntó:

-Y ustedes... ¿no los espantan?

-¡Nosotros no!-contestó Curly con una cómica gravedad-. Porque estos pavos salvajes están acostumbrados a vernos pasar por los bosques constantemente, y conocen nuestra voz muy bien.

Bud tuvo que morderse los labios para no estallar de risa; pero el noblote de Jim no comprendía que se burlaban de él.

La aurora llegó al fin; una aurora fría y rosada, se percibía su venida claramente. El rocío tapizaba prados y senderos.

Los tres hombres salvaron un torrente, y luego pasaron ante una cabaña, la cabaña que Jocelyn había escogido para venir a esconderse con Molly y esperar el dinero del rescate de Jim. Curly se extendió en largos comentarios sobre el cruel destino de los planes de los hombres malvados, que casi nunca tenían éxito.

-Flick debía volver hoy al campamento-añadió luego-; pero supongo que será lo suficientemente vivo para haberse enterado del giro que han tomado los acontecimientos, y poner pies en polvorosa, llevándose el dinero.

-No creo-repuso Jim.

E iba a continuar hablando, cuando Bud le largó un codazo, diciendo:

-¡Chist!.... ¡A callar, amigos! ¡Ya están aquí los pavos!

Jim oyó, en efecto, el graznido de un pavo, por cierto muy parecido al de un pavo doméstico. Los tres hombres llegaron ahora a una especie de pequeña glorieta o plazoleta, rodeada de maleza. De pronto, se oyó un ruido terrible de alas, y luego un agudo crujido de ramas y maleza. El animal se había posado cerca, seguramente.

-¡Eh, mírelo, mi amo! ¡Allí!... ¡Un pavo enorme! ¡enorme!... ¡Duro con él!

Jim miró al sitio que Bud le señalaba, y murmuró:-¿Aquello?... ¡Aquello es un tronco!... ¡Es un tronco negro!

-¡Qué tronco ni qué ocho cuartos!... ¡Tire usted!...-¡Vaya, por darle gusto a ustedes!...

Jim disparó su rifle. Y con inmensa contrariedad vio que lo que él creía que era un tronco se convertía en el más grande y hermoso pavo que jamás vieron sus ojos: un animal negro y bronce, con una cola moteada, semejante a un inmenso abanico.

-¿Conque un leño, eh?...-bromeó Bud-. ¿Por qué no ha vuelto usted a tirar cuando volaba?...

-¿Qué?... ¡*Pero* si eso era un relámpago! Volaba como una golondrina... ¡Qué manera de huir, amigos! ¡Ni un gamo! Hasta se me olvidó que tenía el rifle en la mano. Además, eso no era un pavo: era un avestruz.

-Bien, un tiro perdido-comentó Curly-. Pero bueno, pronto encontraremos otros. ¡Alto! ¡Mire usted aquí, amo; huellas de aves!, ¿las ve?... Son de pavos!

Jim se agachó; en efecto, en el suelo aparecían las marcas peculiares que dejan las patas de las aves al posarse y andar.

Poco después, descubrieron una enorme manada de pavos, bajo unos altos pinos. Jim

experimentó una gran alegría. ¡Ahora iba a poder cazar a su antojo! .

-¡Póngase de rodillas, mi amo, y arrástrese como yo!-ordenó Bud arrodillándose a su vez-. ¡Así! ¡Venga, con cuidado! ¡Ahora! ¿Oye?... ¡Los pavos se acercan! Deben de ser las pavas, que van siempre delante de la manada... Póngase usted en pie rápidamente, y ¡fuego!

Jim se puso en pie, y, en efecto, pudo ver a toda una inmensa manada de pavos, que venía hacia la plazoleta. Algunos eran enormes. Jim escogió uno, grande como una catedral, y apretó el gatillo. -

Entonces sobrevino una espantosa confusión, un terrible bullicio, un ruido agudo de alas desplegadas. La luz se oscureció con la enorme cantidad de aves que elevaron el vuelo. Algunos pavos saltaron rectos hacia arriba, volando luego con el vuelo rígido y velocísimo de las codornices; pero la mayor parte de la manada huyó, corriendo velozmente. Jim disparó ahora sobre varios animales, aquí y allá.

-¿Cuántos pavos-ha matado usted, mi amo?-preguntó Curly.

-¡Oh, no sé!... ¡Nunca había cazado pavos y no puedo tener idea!...

-¿Cuántas veces ha disparado?

-No sé... El cargador está vacío.

-Pues es verdad. Y como el cargador tiene diez balas y había otra en el cañón, resulta que ha hecho usted once disparos.

-¡Qué horror! ¡Pero ustedes también han tirado bastante!

-Sí; yo he aprovechado al menos mis balas-dijo Bud-; he matado un pavo soberbio.

-Y yo otro-repuso Curly-; fue ése que hizo tanto ruido al caer; parece un novillo.

Bud se adelantó, y cogió una magnífica pava muerta, entre la maleza. Curly, a su vez, salió en dirección contraria, trayendo casi a rastras un pavo enorme. Y los dos *cowboys,* muy ufanos, dejaron las piezas cobradas a los pies de Jim.

-este que está herido en el pecho es el mío-dijo Bud.

-Yo, en cambio, siempre tiro a los pavos al cuello, ¿ve usted?... ¡Apunto al cuello!... j y fuego!... De este modo,

no se desperdicia nada del animal. Escojo siempre un pavo que venga derecho a mí o que se aleje, pero en línea recta... ¡y fuego al cuello!... ¡Y mírelo!

-¡Es usted un tirador admirable!-contestó Jim, estupefacto. El pavo era un animal enorme, blanco, negro y dorado, de brillante plumaje, y tan pesado, que Jim lo levantaba con dificultad.

-Es preciso que mejore usted la puntería, mi amo-murmuró luego Curly, muy serio-. El día menos pensado tendremos que luchar con cualquiera de los equipos del país, el del Cibeque el de Hash Knife o cualquier otro, y es necesario que usted tire bien.

-Yo soy el primero que reconozco que tiro muy mal -contestó Jim, humilde y modestamente.

-Bueno, bueno, no se aflija usted, mi amo. Hoy, al regresar al campamento, pásese el día tirando al blanco, y mañana podemos volver. Verá usted qué diferencia.

Al llegar al campamento, la alegría y la animación de la caza se vieron turbadas por un hecho tan extraordinario como inesperado: Boyd Flick había vuelto trayendo, por cierto, el dinero del rescate entregado por el viejo Jim Traft; pero no hay que decir que los *cowboys* del Diamante se apresuraron a cogerlo, poniendo la suma a buen recaudo; y Boyd y los otros tres hombres de su equipo, o sean los prisioneros, estaban haciendo sus paquetes y equipaje para marcharse.

-¡Míster Traft! dijo Flick con franqueza-. Éste era un asunto en el que yo no tenía nada que ver; mi jefe, que era Jocelyn, me mandó a Flag, y o fui..., ¡pero ahora resulta que Jocelyn nos engañó a todos!... Por eso me he alegrado cuando me han dicho que Slinger lo ha mandado al otro barrio. ¡Ya era hora que nos viéramos libres de él!

Los cuatro se habían desayunado con los *boys* de Jim, y luego de hacer su equipaje, se despidieron de todos y se marcharon, contentos de haber librado el pellejo en este trance.

Librodot

Poco después, el campamento recobró su vida y su aspecto normales. Molly llamó a Jim. Le llevó detrás de la cabaña, a un sitio donde nadie podía verlos y le dijo sonriendo con una extraña sonrisa llena de picardía.

-¿No sabes, chiquillo?-comenzó a decir a media voz.

-¡Los muy pillos..., la que te han jugado!...

-¿Quién?-inquirió Jim, intrigado.

-Curly y Bud. En realidad, todos los *boys* de tu equipo. Escucha. Es que antes vi que Prentiss y Bud llamaban con mucho misterio a Lonestar y a Cherry, viniendo todos aquí cerca; y yo pude escuchar lo que decían. Y fíjate lo que decía Bud: « ¡Chico, no podéis figuraros lo que nos ha ocurrido con el amo! Curly y yo hemos ido de caza con él, a cazar pavos, ¿eh?... ¡Bueno! Al amanecer, vimos un pavo que parecía un castillo; Jim decía que era un tronco, pero nosotros le hicimos disparar, y se sorprendió mucho viendo que el animal volaba más ligero que el viento. Luego encontramos una manada enorme, y la acechamos. Yo le dije a Jim que se pusiera en pie y disparara. Él obedeció y Curly y yo le imitamos, hasta que agotamos las municiones. Ninguno de nosotros habríamos sido capaces de herir en el vuelo a pavos semejantes: ¡parecían buitres, y veloces como rayos! Pero Jim mató dos..., que nosotros, naturalmente, le trajimos a sus pies, y son esos que hemos traído al campamento; el pavo, ¡fijaos!, pesa treinta y cinco libras. Pero Curly y o hicimos creer a Jim que había errado el tiro, y que los pavos los habíamos matado nosotros, ¿comprendéis?... Curly me guiñó un ojo y o comprendí que le íbamos a jugar una buena pasada al amo. Curly le hizo creer a Jim que mataba los pavos largándoles un tiro en el cuello siempre. ¡Formidable!, ¿eh?... ¡Bueno, el bueno de Jim se tragó la bola, pero íntegra! ¡Yo no recuerdo haberme reído más en mi vida!...» Y los pillos se reían como locos. ¿Qué te parece, Jim?...

Traft estaba pálido de rabia, aunque reía también, divertido. ¡Tenía gracia!

Molly se brindó luego a ayudar a Jim a que tomara el desquite de aquella broma.

-¡Verás lo que he pensado, Jim!-dijo la muchacha con entusiasmo-. Esos estúpidos *cowboys* son incapaces de cazar patos salvajes, porque no saben una palabra de ello; pero yo sí. ¡Verás! Me enseñó mi hermano antes de tener o diez años... Yo sé llamar a los pavos.

-¿*Llamar?...* ¿Qué quieres decir con eso?

-¡Oh, sí! Yo los sé llamar, como a una persona. Y vienen a mi lado... De modo que tú los puedes matar incluso con un bastón.

-¿Y cómo los llamas?

-Con un pito especial, que hago de un hueso de ala o con una simple caña también. Ya te enseñaré. Mira el plan que tengo tú diles a Curly *y* a Bud que les ganas en esto de cazar pavos, y luego nos iremos tú y yo de caza en realidad. Iremos varios días, si es necesario. Por la tarde es mejor. ¡Ya verás los que traemos! Y cuando tengamos una docena o cosa así, puedes llamar a Curly y a Bud, y les dices: « ¡Amigos míos, ya no vuelvo más de caza con ustedes, por la sencilla razón de que cuando yo mato las piezas, ustedes dicen que no he sido o, sino ustedes los que las han cobrado! ¡Eso me pasó el otro día, con el pavo y la pava aquellos que trajimos; los maté yo; pero fingí que me tragaba el anzuelo de que habían sido ustedes los que los cobraron! » ¿Qué te parece?

-¡Formidable!-aprobó Jim, entusiasmado. Y añadió, todo estremecido-: ¡Molly querida, eres un ángel!... ¡Vete, vete..., si no quieres que te coma a besos y abrazos!...

Y ella se marchó sonriendo tenuemente.

XXIII

Cuando Jim anunció a sus *cowboys* que no pensaba salir más de caza con ellos, Curly y

Bud se miraron, muy escamados, y luego palidecieron ligeramente. Jim comprendía que con el plan de Molly su venganza iba a ser completa.

Aquella mañana, Slinger parecía francamente mejorado, y esto causó a Traft una alegría profunda. Se alegraba por Molly, aunque también por el herido. Hacía varios días que Traft había decidido recompensar a Slinger por haberle salvado la vida. Además, Molly adoraba a su hermano, y ésta era otra razón para que Traft se mostrara generoso con él. La atmósfera del campamento tomó una nota alegre, con la única sombra de la ausencia inexplicable de Hump y Uphill Frost. A sus preguntas, Curly contestaba con evasivas. Al fin, el joven capataz decidió enviar a Jackson Way y a Cherry Winters a Well Tobe, a ver si los muchachos estaban allí. En cuanto tuviera noticia de ellos, nada faltaría a Jim para sentirse completamente dichoso y lleno de esperanza.

En el campamento no había más que dos rifles, que pertenecían a Curly y a Bud. Jim los cogió al tiempo que decía:

-¡Ustedes no necesitan salir más de caza!-y cogió también las municiones, mientras añadía-: Porque teniendo en cuenta los miles de patos salvajes que habrá cazado Curly, y usted también, Bud..., usted, sobre todo, amigo Curly, con este tiro certero en el cuello del ave mientras vuela... ¿eh?, no quiero que se cansen más ni se exciten con esta caza tan emocionante. Por eso, y como por aquí abundan tanto esos animales, he decidido ir de caza o, acompañado de Molly. Iremos varias veces, si es preciso.

Estas últimas palabras bastaban para que Jim se considerara vengado de la broma de sus *cowboys.* Pero aún quiso revolver el puñal en la herida y mostrarse más cruel. Así es que, luego de la cena, que aquel día se hizo a media tarde, cuando apenas eran las cuatro, Jim salió del campamento, acompañado de Molly, en dirección a los bosques vecinos. Y en cuanto se perdieron en la floresta, él cogió a la muchacha por la cintura dulcemente, pidiéndole un beso.

-¡Jim!... ¿hemos venido aquí a cazar o a hacernos el amor?-preguntó la muchacha con mucha gracia.

-¡A las dos cosas!

-¡No, si hemos venido a cazar, cacemos; pero si hemos venido a hacernos el amor, sentémonos al pie de un árbol, y hagámonoslo! ¿No te parece?...

-¡Eres adorable, chiquilla!-repuso Jim tirando de ella hacia el interior del bosque.

Subieron la loma de una colina, *y* al llegar a la cúspide, Jim se quedó maravillado ante la salvaje hermosura del paisaje. Por todas partes, al avanzar ellos, huían conejos, ardillas, ciervos o gacelas. Altísimos pinos y abetos parecían dominar los álamos, los arces y los robles que crecían a la orilla de barrancos y cañadas. El suelo era blando, muelle y dulce, a causa de la alfombra de agujas secas de pino y de abeto de que estaba cubierto. Por todas partes se veían ramas o frutillos silvestres caídos; el sol de la tarde hería oblicuamente la floresta, vistiéndola de oro. Al fin llegaron a una especie de plazoleta que formaba el bosque, junto a una honda cañada, donde Molly descubrió bien pronto huellas de pavos en el suelo.

-¡Mira, Jim! Huellas de pavos. Ahora nos esconderemos, y en cuanto los veamos, te pones en pie y disparas.

Se escondieron agachándose, y comenzaron a avanzar así hasta la cañada. Ella no hacía el más ligero ruido; y cuando Jim rompía alguna ramilla, la muchacha le miraba con una expresión de reproche. De todos modos, y a pesar de la torpeza del muchacho, ella le condujo a unos veinticinco o treinta metros de una inmensa manada de pavos, que estaba en un claro del bosque. Eran de todos tamaños, desde los pequeñuelos, semejantes a pollitos, hasta animales enormes, del tamaño de un barril de cerveza.

-¡Trae pronto el rifle, Jim!-indicó la muchacha-. ¡Y cuando o diga *tres,* disparas! ¡Atención: una, dos... *tres!*

Los dos rifles dispararon a la vez. Jim vio que el pavo enorme al que él había apuntado daba un enorme salto, v luego emprendía un vuelo rapidísimo. La manada se dispersó; pero en el centro de la plazoleta había quedado un soberbio animal, con las plumas alborotadas. Traft

Librodot

corrió a cogerlo.

-¡Tiene dos años!-dijo Molly examinándolo-Bueno, ahora vamos a sentarnos en este leño, yo llamaré [a] los pavos. Verás como vienen.

Se sentaron, tan juntos, que el cabello de Molly le cosquilleaba al muchacho en la cara. Ella mostraba un dulcísimo abandono, que llenaba a Jim de respeto y como de solemnidad. ¡Señor: y pensar que sólo medio año antes, él consideraba la vida como una inútil, como una pesada y estúpida carga!

De pronto comenzó a oírse claramente el graznido especial de los pavos.

Molly sacó entonces de su bolsillo una especie de flauta rústica hecha con un hueso de ave, y comenzó a imitar la voz del pavo. La imitación era tan perfecta, que pronto comenzaron a contestar las aves, aquí y allá. Seguidamente empezaron a aparecer los animales. Un pavo soberbio surgió junto a la cañada, contestando a la flauta rústica de Molly.

-¡Atención, Jim! ¡Duro con él!-dijo la muchacha-. Comprendo que esto es un asesinato con premeditación [y] alevosía, pero tenemos que comer, qué caramba... ¡Fuego!

Jim disparó, matándolo; y luego, cuando fue a recogerlo, vio que era tan pesado, que tuvo que arrastrarlo por el suelo para llevarlo junto a Molly.

-Bueno, ahora voy a volver a llamar-siguió diciendo Molly.

-¿Cómo?-se asombró Jim-. ¿Pero van a venir los pavos otra vez?...

-¡Ya lo creo! Ahora verás. Mi hermano y yo nos pasábamos a veces medio día llamando a una manada como ésta, y acudían siempre. Lo que ocurre es que los machos viejos no vienen.

En efecto, Molly hizo sonar la extraña flauta, y los pavos comenzaron a venir. Se veía que eran jóvenes. Jim disparó tres veces, matando a dos.

El juego se repitió varias veces, y Jim fue cobrando piezas soberbias; al fin, con una provisión enorme, pensaron en la manera de trasladarlos al campamento.

-¡Estoy contentísimo, Molly!-comentó Jim-. Siempre me había gustado mucho la caza, pero sólo había cazado conejos o perdices, o alguna ardilla... ¿Cómo llevaremos esto al campamento?

-He traído una cuerda a prevención. Los ataremos por las patas, y haremos una especie de percha, con un palo. ¡Verás!

Ella se puso a la tarea; pero él la interrum[p]ió dulcemente:

-¡Antes dame un beso!

-¡Ah pícaro!... ¡Qué manía! ¡Mis besos no valen tanto como tú te crees!

-Para mí sí, Molly querida.

-Ya te dije en una ocasión que muchos muchachos me habían besado; pero siempre había sido a traición... ¡Además, un beso de mi boca, un beso de mis labios, nadie lo había conocido hasta que lo conociste tú!

-¡Oh, alma!... ¡No siento celos, porque tú, hasta que o te he conocido, eras una chiquilla, una criatura! Ahora, en cambio... ¡Y tú no sabes, no puedes tener idea de lo mucho que yo te quiero y te respeto!

Entonces se besaron, un beso largo, hondo, en plena boca, dulcísimo, que los tuvo largamente abrazados.

Después de atar los pavos, los colaron en un palo y se encaminaron al campamento. Al llegar allí, los *boys* les rodearon, con caras de asombro. Curly y Bud no salían de su sorpresa. Jim y Molly jadeaban a causa de lo pesadísimo de su carga.

-¿Qué es esto?

-¡Dios mío!... ¡Qué pavos!...

-¿No decíais vosotros que Jim era incapaz de hacer blanco hasta en una pared de seis metros?-preguntó Molly sonriendo-. ¡*Pues* ahí los tenéis! ¡*Todos* los ha cazado él!

-¡Miren... éste está herido en el corazón!-comentó el capataz señalando a un pavo-; y este otro, en el cuello... ¡Como usted los mataba, amigo Curly!

-Pero... ¿Usted se refiere a las aves o a las muchachas?...

-¡Yo les tiraba a veces al corazón también!

-Seguramente a las dos-comentó Molly, partiendo.

La cena de última hora, no hay que decirlo, fue opípara. Curly y Bud, picados, decidieron salir al día siguiente antes de amanecer, asegurando que volverían con una docena de pavos soberbios; pero una hora después de marcharse ellos, lo hicieron también Molly y Jim, regresando al campamento con tres hermosas aves, antes de que regresaran Curly y Bud. Éstos volvían con las manos vacías, echando cada cual la culpa al otro, despechados por la larga caminata; y cuando vieron los tres enormes pavos colgando del alero de la cabaña, se echaron atrás, mudos de asombro.

Jim les explicó:

-Los hemos cazado Molly y o, esta mañana mismo. Nos fuimos poco después de ustedes. Y... ¡acérquense, acérquense, y vean que todos están heridos en *el* cuello! ¡Ya sabe usted, Curly! ¡Como usted los mata!

Luego, entre las risas generales, explicó Jim a los *cowboys* que había descubierto su juego y quiso darles su merecido.

A la mañana siguiente, Slinger Dunn había mejorado tan notablemente, que Jim pensó que bien pronto, quizás antes de una semana, podrían llevárselo a Flag. Esto le hizo pensar en el porvenir. La señora Dunn había sido informada por Boyd Flick de que Molly estaba allí sin novedad alguna, así como lo ocurrido a Slinger. Le había añadido, como es lógico, que el muchacho mejoraba. Jim comenzó a acariciar la idea de llevarse también a Molly a la ciudad. El hecho de estar su hermano herido, explicaría la cosa ante las gentes. ¿Qué dirían las muchachas de Flag, cuando se enteraran de esta novela de amor maravillosa?... El tío Jim quizá se alegrara de ver que el sobrino quería casarse aquí y tan pronto; el único inconveniente era la edad de la muchacha. ¡Dieciséis arios!...

Otro motivo de inquietud para Jim era la prolongada ausencia de Hump y Uphill. Tal vez volvieran pronto al campamento con Jack y Cherry; pero Traft estaba inquieto por ellos.

Después de comer, Jim cogió su rifle y salió del campamento. No llevaba intenciones de cazar, sino de dar un largo paseo solitario. Llegó hasta la cabaña donde Jocelyn había pensado esconder a Molly. Mirándola, el muchacho se preguntó con melancolía: ¿Qué habría ocurrido allí, si las cosas hubieran tomado otro giro, si a él le hubiesen matado?

El bosque tomaba un aspecto dorado y fantástico. Los insectos zumbaban, reluciendo al sol. Jim se dijo que ésta era la verdadera vida, y que aquí, en medio de estos bosques grandiosos, había nacido el amor más dulce, más bello y más noble que puede albergar un corazón humano: su amor por Molly Dunn. ¡Sí: amaba esta vida! ¡El Oeste se le había entrado del todo en el corazón! Los bosques le habían endurecido, y aquí, entre estos *cowboys* valientes y astutos, él había sentido que nacía una nueva alma dentro de su pecho.

Al volver al campamento, con la caída de la tarde, vio una columna de humo que salía de un gran fuego al mismo tiempo descubrió varios caballos trabados, pastando por la pradera. Aligeró el paso. Probablemente los *cowboys* habían vuelto. Al acercarse a la cabaña, no vio a nadie. Extrañado, dio la vuelta a la casa, y sólo entonces pudo descubrir a su tío, sentado en un banco rústico, teniendo entre las suyas una mano de Molly Dunn. Jim, no hay que decirlo, se quedó de una pieza.

-¡Tío!... ¿Cuándo ha venido usted?

-¡Hola, hijo!... He venido con Locke, hace ya rato-contestó el rico estanciero, mirando a su sobrino dulcemente, de los pies a la cabeza-. ¡Y fíjate que no me encuentro solo!

-Ya lo veo, tío.

Molly tenía la cabeza algo inclinada, y el muchacho pudo ver que su rostro estaba sonrojado. Entonces, el viejo alargó la mano izquierda de Molly y dijo, señalando a la sortija:

-Debes de haber ganado mucho o haberte entrampado para comprar diamantes, ¿no es así?

-¡Uno nada más, tío!-bromeó el joven, que no pudo evitar subiera a su rostro una oleada

Librodot

de rubor. Molly libertó su mano dulcemente, y exclamó con timidez:

-Si me permiten ustedes, me voy a ver a mi hermano. Y se marchó.

El tío miró entonces al muchacho con una larga sonrisa, y murmuró muy lentamente:

-¡Ah, grandísimo pillo..., mátalas callando, mosquita muerta!... El doctor Shields me lo ha contado todo, ¿sabes?... Así es que Locke y o hemos cogido la galera vieja, unos cuantos caballos sueltos además, y hemos venido. Curly nos ha contado todos los detalles. He hablado un rato con Slinger Dunn y luego, como has visto, con su hermana... ¡Jim, déjame que te lo diga: lo de la valla era una obra de titanes, pero más aún lo era el conquistar el corazón de esa muchacha, que es un tesoro! Yo me he enamorado de ella en diez minutos, no te digo más. ¡Ahora sí que eres un hiˆo del Oeste, capaz de todo!

-¡Oh tío!-murmuró Jim, estremecido hasta el fondo del alma-. ¡A mí me alegra inmensamente que la chica le guste a usted!

Y Jim se sentó al lado del viejo.

-Ya hablaremos de ello... Ahora déjame que te diga algo que no sabes. Escúchame: Hump Stevens está herido, en casa de la señora Keech, aunque no tan gravemente como Slinger; Up Frost también está herido, pero mucho menos gravemente, y fue a Flag ayer tarde, hablando conmigo antes de ir a casa del médico.

-¡Ya! Yo tenía mis temores, tío, de que les hubiera ocurrido algo grave, en vista de que no volvían. ¿Quién los ha herido, tío?

-Up me dijo que se encontraron con un grupo de *cowboys* del equipo de Hash Knife, que estaban cortando nuestra valla, y naturalmente, se liaron a tiros. Hump cree que mataron a un enemigo, porque eran cinco, y a uno se lo llevaron hecho un pelele sobre el caballo; entonces

Up dejó a Hump en casa de la señora Keech y vino a Flag a avisarme de lo ocurrido.

-¡Hash Knife!-comentó Jim, pensativamente «Los *boys* hablaban con frecuencia de este equipo! ¿Qué es eso?

-¡No quieras saber, hijo mío! El equipo de Hash Knife fue durante muchos años el más fuerte, importante y valeroso de todos los de Arizona. De esto hace veinte o treinta años. El capitán era un tal Jed Stone, que había trabajado en mis equipos, y me mató luego uno de mis mejores capataces... Desde entonces... no te podría decir-los hombres que ha matado... Este equipo no tiene rancho, ni rey ni roque, porque ahora creo que no tiene ni siquiera jefe. Van de campamento en campamento, robando o matando ganado y haciendo fechorías. Y así viven.

-¿Le roban a usted su ganado, tío?

-A mí *y* a todos los estancieros. Pero, aguarda, aguarda, que ahora viene lo mejor: las últimas nueve millas de nuestra cerca las han echado abajo los muy bandidos, y en algunos árboles, álamos sobre todo, se ven las huellas de la marca del equipo ese, un cuchillo partido.

-¡Caramba!

-Ahora tienes enfrente un equipo mucho peor y más peligroso que el del Cibeque, el cual, desde el momento en que Slinger está herido, no vale nada; los de Hash Knife, en cambio, son gente dura, jinetes excelentes y tiradores magníficos, acostumbrados a pelear siempre. Bueno, verás: aún te faltan por hacer sesenta millas o más de valla; en este año habríais podido terminar, a no haber sido por los bandidos estos; de todos modos, estoy orgulloso de ti, sobrino. Puedes creerlo.

¯Gracias. Pero no importa lo que ocurra; en cuanto Slinger esté mejor y podamos marcharnos de aquí, llevándolo a Flag, con su hermana, volveremos a la tarea de construir la cerca.

-No, hijo mío. Hasta la primavera no podréis volver a trabajar.

-¿Por qué?

-Porque ha nevado mucho en el Diamante, allá arriba, con la tormenta de la semana pasada. Todo está cubierto de nieve.

-¿Es posible, tío?

-Ya lo creo. En Well Tobe hay dos pies de nieve, y conforme subes, más, naturalmente.

-¡Y o que me había hecho el propósito de terminar la cerca antes de que nevara este ario!

-Eso era un sueño, hijo mío. Bueno, dejemos esto, y ahora escúchame; tengo una idea que quizá te agrade. Desde que he hablado con Molly Dunn y la chica me ha dicho que su hermano mejora a ojos vistas, he pensado que tú podrías convencer a Slinger Dunn para que ingrese en tu equipo. Slinger es el muchacho más valiente y listo del país, y ello supondría el poder vencer al equipo de Hash Knife en el futuro.

-Yo también lo había pensado, tío. ¡Vamos, lo de incorporar a Slinger a mi equipo! Si le pudiéramos convencer. ¡Molly se volvería loca de alegría!

-Perfectamente. Entonces, en cuanto pueda, nos llevaremos a Slinger a Flag, y no hay que decir si a su hermana también. Mandaremos llamar a sus padres, y vendrán todos a mi casa. No quisiera que os casarais antes de un año. Molly es una criatura, y, además, no estará de más instruirla algo...

-¡Muy bien, tío!-aprobó Jim con entusiasmo-. Molly puede ir a un colegio, *y* le pondremos un profesor en casa, y en seis meses, con lo lista que es, será una chica instruida.

-Muy bien. Pues cuando quieras, háblale del asunto a Slinger. Tiene una debilidad, y es su hermana. Y otra, además: la ilusión de tener un rancho. Tú puedes jugar las dos cartas a la vez.

-¿Un rancho, tío?-inquirió Jim, extrañado.

-Sí; por cierto, o tengo uno, el de Yellow Jacket, que estoy seguro le agradaría. Es un rancho viejo, allá en un sitio perdido, donde sólo tengo unos centenares de reses. Se lo compré a Blodgett hace ya mucho tiempo, y tiene algunas tierras de labor, mal cultivadas. Tú háblale de ello a Slinger. Dile que o estoy dispuesto a cedérselo, a condición de que vaya a medias contigo en los beneficios *y* de que ingrese en tu equipo, desde luego. Y yo creo que aceptará.

Jim se puso en pie, y abrazó a su tío.

-¡Tío Jim!-exclamó con voz conmovida-; ¡ya veo que, como me había dicho todo el mundo por aquí, es usted el hombre más extraordinario del Oeste!

El estanciero hizo un gesto evasivo, y luego tío y sobrino se separaron. El muchacho se dirigió entonces a la tienda donde estaba Molly con el herido. Éste, sentado en el lecho, recién lavado el rostro y las manos, tenía un aspecto incomparablemente mejor que los pasados días. Jim tragó saliva, y se decidió a decir:

-¡Hola, Slinger, ya le veo a usted mucho mejor! ¿Qué le parece si echamos un párrafo?

-Con mucho gusto. Con tal de que sea usted quien hable.

Jim se sentó, y empezó a decir de esta manera:

-Amigo Slinger: bien pronto le vamos a poder llevar a Flag, ¿sabe?...

-Sí; me alegraré, por encontrarme cara a cara con Bray. ¡Lo que es a ése!...

-¡No piense usted en Bray! Lo que hay que desear es que se ponga usted bueno del todo, pronto, y de eso se encargará el doctor Shields. Dice mi tío que nos llevaremos a Molly a su casa de Flag... y llamaremos allí a sus padres, ¿sabe?... Molly y yo nos casaremos... dentro de un año o así...-al llegar aquí, Jim sintió que Molly le daba un codazo con disimulo-, porque usted sabe que Molly es una niña todavía. Ya no la dejaremos que vuelva más al Cibeque, excepto, claro está, cuando vaya a ver a sus padres, y usted debe quedarse en un sitio donde pueda verla a ella a menudo.

¯Claro que sí.

-Muy bien. Entonces, voy a decirle algo que creo le va a convenir. ¿Conoce usted por casualidad el rancho de Yellow Jacket?...

-Ya lo creo.

-¿Qué clase de rancho es ése, amigo Slinger?

-¡Oh, ni rancho puede llamarse a aquello! No es más que una cabaña y unos cuantos

corrales alrededor. Y todo salvaje: mucho bosque, prados naturales, dos o tres arroyos...

Jim pudo leer la alegría en los ojos de Slinger, que había comprendido.

-Bueno, pues... ¡verá usted! El tío me ha regalado ese rancho a mí, todo..., tierras, ganado..., ¡todo! Dice que no hay más que unas trescientas cabezas..., pero que aquello puede prosperar mucho, ¿comprende?... Y yo he pensado que usted podría encargarse de todo;

yo le hago mi socio, y compartiremos las ganancias: mitad para usted y mitad para mí. ¿Qué le parece?... Slinger enrojeció al oír estas palabras.

-Molly-preguntó luego-, ¿es que míster Traft está borracho o loco?...

-¡No *sé!*-repuso la muchacha con una sonrisa-; pero lo que sí te digo es que puedes confiar en Jim.

-Bueno, amigo Slinger, ahora, a ver si nos ponemos de acuerdo en todo. Verá usted: ¿por casualidad conoce a Jed Stone?

-Y tanto que lo conozco. Yo fui su amigo y su compañero, años atrás. Pero hace mucho tiempo que no lo veo...

-Y... ¿conoce usted su equipo de Hash Knife?...

-Mejor que todos sus *cowboys,* míster Traft.

-Pues bueno, Jed Stone y su equipo son los que me han cortado nada menos que nueve millas de mi valla. Para colmo, han grabado en varios árboles su marca; pero todo ello a mí me importa un bledo; en la primavera próxima volveremos a trabajar en la cerca; y ahora, Slinger, aquí viene lo principal: para terminar mi valla y defenderla, yo le necesito a usted, ¿sabe? ¿Quiere usted ingresar en mi equipo?

-¡Y claro que quiero, míster Traft! ¡Ahora me debo a usted!

Y Slinger echó una mano por encima del hombro del joven capataz.

-¡Venga esa mano!-repuso Jim-. Y aquí terminan nuestras desavenencias y nuestra enemistad, ¿verdad?

Y mientras los dos se estrechaban la diestra larga y amistosamente, Molly estrechó entre las suyas, con lágrimas en los ojos, la mano izquierda de Jim, el hombre bueno y noble que había completado este milagro de amor...